

Raquelita Gómez

**EL SECRETO**  
**DE TU** *mirada*



**BILOGÍA**  
*secretos*

**EL SECRETO  
DE TU MIRADA**

**2**

Raquelita Gómez

**EL SECRETO**  
**DE TU MIRADA**

**BILOGÍA**  
secretos

*El secreto de tu mirada.*  
Segundo libro de la bilogía “Secretos”.

1ª edición: diciembre, 2019.

© Gómez, Raquelita, 2019.  
*All rights reserved.*

ISBN: 978-17-31-55052-1  
Impreso por Independently published, Amazon (España)

Portada original: Munyx Design.

Queda estrictamente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra mediante cualquier medio o procedimiento, sea este electrónico o mecánico, sin la autorización previa y por escrito de la propietaria de los derechos de autor. De igual forma, no se permitirá la distribución de ejemplares no autorizados, quedando bajo las sanciones establecidas en la ley. La infracción de dichos derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para aquel viaje a Grecia que seguirá toda la vida  
en nuestros pensamientos.  
Gracias a todos por hacerlo inolvidable.

Y para esa persona fuerte que siempre estuvo, está y estará ahí:  
mi madre.

*“Si quieres nos tropezamos y lo llamamos destino.”*

Elvira Sastre

# PRÓLOGO

**D**ieron las 00:00. Sonreí. Había llegado el día. Al fin, después de años esperando el momento.

Me sentí libre. El mar era algo que me ayudaba a sentirme liberada, feliz, apartada de los problemas y de las preocupaciones. Inspiré aire fresco y me llené los pulmones de sueños por cumplir.

Dejé de remar para tumbarme en la pequeña barca que alquilaba cada poco. El dueño ya me conocía muy bien y me dejaba cogerla sin problemas. Sabía que luego pagaría lo que le debía, aunque a veces no me dejara hacerlo. Él conocía mi afición de estar en mitad del océano y mirar las estrellas, sin pensar en nada, dejando que todos los problemas se los llevara por un rato la marea.

Cerré los ojos para respirar el aire salado y concentrarme en él. Si pudiera, me haría una casa en el mar: un barco para mí sola, aunque, con lo viajero que era Daniel, el caballero andante de la casa y mi odioso pero, a la vez, amado compañero de sangre, seguro que me acompañaba a viajar por los mares. No me importaba, él era bienvenido, a pesar de las veces que quisiera matarlo.

Eso era amor de hermanos.

Mi móvil comenzó a vibrar en el bolsillo, haciéndome rodar los ojos. La tranquilidad se terminó. Lo cogí sin abrir siquiera los ojos y acepté la llamada automáticamente. Llevaba tantos años con ese móvil que casi podía decir que sabía cuándo contestar y cuándo no, por instinto. En realidad era porque había puesto a cada persona un tono diferente que lo distinguía.

—¿Sí?

—¡Hermanita! Feliz cumpleaños. ¡¡Ya eres mayor de edad!!

—Gracias, tonto.

—¡Oye! Tiene la línea ocupada, ¿quién ha llamado antes? —oí por detrás.

—¡Te he ganado, mamá! —gritó mi hermano sin separarse del móvil, haciendo que tuviera que separarlo de mi tímpano si no quería quedarme sin él—. ¿Vuelves a estar en el mar? Tienen ganas de verte.

—Solo han pasado dos horas desde que me fui. Iré pronto, pero solo porque es una ocasión especial. ¿Sabes algo sobre Aisha? Dijo que pronto nos veríamos y no ha dado señales de vida desde que se fue hace tres días a California.

—Te llamará pronto, ya lo verás. No te ocupo más la línea, ven a casa y sopla las velas. Se suponía que no tenía que decírtelo, pero, si no vienes en menos de quince minutos, la tarta desaparecerá.

Me incorporé con pocas ganas de volver a la realidad y comencé a remar hacia la costa. Dejé la barca atada en el pequeño puerto donde estaban las demás y subí a la tablilla. Despedí la pequeña embarcación con una mirada que significaba: “Pronto nos volveremos a

ver, pequeña” y fui a la caseta de alquiler para dar lo que debía por esas dos horas.

Estaba la luz encendida. Quizá Roger estuviera dentro, aunque a esas horas era poco común. Solía cerrar sobre las once de la noche, aunque dependía mucho del día y los clientes que tenía. Cogí mis zapatos para andar descalza por la arena y agarré el móvil al ver otra llamada entrante. Era Clary. Lo puse en altavoz para no tener que sujetarlo en la oreja y que me destrozara el tímpano, otra vez. Había aprendido la lección gracias a todos los anteriores cumpleaños. Todos y cada uno de ellos.

—¡Mi querida prima! ¡¡Felicidades!! ¿Cómo te sientes con dieciocho años? Seguro que ahora no se siente nada, pero tienes que sentirlo, hay que disfrutarlos antes de que se esfumen. Cuando llegues a los veintiuno como yo, me comprenderás. Hazme caso.

Reí a carcajadas. Todos los años decía lo mismo, pero cambiando mi edad y la suya. Solo nos llevábamos tres años, pero parecía que no fuera ninguno. Tenía la ilusión de una niña de cinco años cuando le regalaban un juguete nuevo. Además, siempre me agradecía que hubiera nacido, porque su hermana y ella se llevaban diez años y... Bueno, Lily ya era una mujer independiente en toda regla.

Por ello, y por todas las semejanzas que teníamos, éramos tan amigas. Lily lo agradecía, pues ella ya había crecido y madurado y no tenía veinte años para seguir nuestras locuras. Eso lo decía ella, pero yo creía otra cosa muy distinta que no dejaba de repetir: la edad no importaba, el espíritu joven sobrevivía en tu interior si tú lo alimentabas. Y yo pensaba mantenerlo vivo hasta morir.

Clary había nacido cuando tía Noemí, aunque no fuera mi tía de sangre, se casó con Dave. Lily y ella eran hermanastras porque su padre era distinto, pero su madre era la misma. De todas formas, eran inseparables, aunque fuera más conmigo por parecerse más en la edad. Cuando Noemí iba con su marido a cosas de la organización que tenían, Clary se quedaba en casa de su hermana, que compartía con su novio George y estaba más cerca de la mía.

—Gracias por el consejo, lo tendré en cuenta. ¿Qué tal todo?

—¡Muy bien! Y más cuando sepas el súper regalo de Aisha. ¡¡Es fantástico!! Seguro que te va a llamar en breve. Te dejo, nos vemos mañana, primita pequeña. ¡Felicidades otra vez! ¡Y prepara las orejas!

—No dejaré que las toques.

—¡Atrévete a impedírmelo!

Reí de nuevo y colgué. Subí las escaleras hasta la caseta mientras iba sacando el dinero justo, pues me sabía la cantidad de memoria. Escuché unos pasos detrás de mí mientras seguía contando el dinero e iba al lugar donde siempre se lo dejaba.

—No me esperaba que estuvieses aquí, ni que te fueras tan pronto. Es raro viniendo de ti.

Me di la vuelta de inmediato. Sonreí al ver a Roger en la entrada con su típica sonrisa. Llevaba trabajando allí unos 30 años y sabía que no iba a dejarlo por mucho que le dijeran que ya no hacía falta que trabajara, pues podía jubilarse cuando quisiera. A él le gustaba y eso era pasión de verdad. Me lo había dicho muchas veces: si algo te gusta, no se considera trabajar, sino que es un mero pasatiempo. Habíamos tenido muchas charlas de esas cuando dejaba la barca e iba a pagarle. Me gustaba hablar con él y de todas sus aventuras.

No me imaginaba ir por una barca y no verlo a él esperándome a la vuelta. Se había convertido casi en una tradición. No sería lo mismo sin Roger. No quería hacerlo si no estaba Roger. No podía hacerlo sin Roger. Él era parte de esa playa.

—Yo tampoco. Es tarde. ¿Aún trabajas a estas horas?



—Un problemilla de última hora. ¿Y tú? En un cumpleaños se debe estar con la familia y los amigos.

—¿Cómo sabes...?

—Te he oído hablando con una chica por teléfono. Me parece muy mal que no me hayas dicho cuándo es tu cumpleaños en todos estos años que llevas viniendo.

—No es algo que se diga en una conversación así como así, aunque debo decirte que la primera vez que alquilé una barca era mi cumpleaños. Mis padres me dejaron hacerlo por primera vez cuando cumplí catorce.

—Cuatro años... Qué rápido se pasa el tiempo. Ya cumpliste la mayoría de edad entonces. —Asentí y se quedó pensativo—. Creo que yo también debería darte un regalo.

Desapareció antes de que pudiera contradecirle. Dejé el dinero en la mesita y lo seguí. Fue al armario que estaba en la esquina y sacó un candado con unas llaves. Me dijo que lo siguiera con la mirada y fuimos en silencio hasta la playa. Tuve el ceño fruncido todo el camino, no me esperaba nada de eso. Ni siquiera sabía cuál era su cometido.

Subió al embarcadero y se dirigió a la barca que siempre alquilaba yo. Nunca quería ninguna más, tenía que ser esa, pues fue la primera que elegí y no había cambiado en los cuatro años que llevaba utilizándola. Se agachó con cuidado y puso el gran candado donde se ataba, haciendo imposible que alguien sin las llaves lo quitara. Me tendió una llave y sonrió. No podía imaginar lo que pretendía, pero la sola idea de ello me hacía la mujer más feliz del mundo entero.

—Es tuya. Ya no tienes por qué pagar por alquilarla. Puedes hacer con ella lo que quieras. Te dejo ponerla ahí para que no tengas que llevártela y traerla todo el rato. Es lo único que puedo darte.

—No... No puedo aceptarlo. Es... —titubeé sin dejar de mirar la llave. En ese mismo instante no me salían ni las palabras. Estaba totalmente alucinada.

—Sí que puedes. Debes aceptarlo. Es mi regalo.

—No sé qué decir... Mil gracias, Roger. —Me tiré a sus brazos con una sonrisa de par en par—. No sabes lo feliz que me hace, pero no quiero dejar de verte. Nos veremos, ¿no?

—Bueno, puedo hacer algo para solucionarlo. ¿Buscas trabajo para el verano? Aunque sé del negocio de tu madre y que tú a veces ayudas. No tienes por qué...

Supe al momento lo que quería decirme. Llevé las manos al corazón con las llaves en su interior y asentí lo más enérgica que me permitía mi poca compostura.

—¡Sí, claro que busco! Si no tengo más remedio, ayudo a mi madre en el restaurante, pero yo no valgo para ser camarera.

—Pues estás contratada. Tú mejor que nadie conoces cómo va esto, ya te lo explicaré con más detalle. Nos vemos el uno de julio, Tracy. Tu familia debe estar esperándote, no te entretengo más.

—Muchísimas gracias, Roger. Eres de lo mejor. ¡Nos vemos en una semana! —Le di un beso en la mejilla y me fui corriendo con mis zapatos.

La vitalidad se apoderó de mí. Me puse el calzado cuando llegué a las escaleras que separaban la playa de la ciudad y fui rápidamente a casa sin darme cuenta de nada de lo que pasaba a mi alrededor. Miré la llave y la llevé a mi corazón otra vez, guardada en un puño y bien apretada para no perderla o pensar que había sido un sueño. No podía creérmelo, tenía mi propia barca. MI barca. La barca con la que sentía celos cada vez que la veía con alguien más, como si fuera una persona y llevásemos ya cuatro años enamorados sin decírnoslo. Ese

día acabábamos de convertirnos en pareja oficial.

Cogí las llaves de casa y abrí la puerta cuando llegué. Mamá y papá estaban con la tarta justo en la entrada. Había dos velas con el número 1 y el 8 encendidos. Mi sonrisa aumentó al instante y las soplé con todo el aire que había en mis pulmones. No pedí ningún deseo. No lo necesitaba. Todos se habían cumplido.

—Felicidades, mi niña —gritó mamá, abrazándome con fuerza.

—Se ve que llevas bien los dieciocho —dijo papá. Asentí—. Felicidades, Tracy.

—No os vais a imaginar lo que me ha pasado —comenté, revolviendo el pelo del pequeño Dani. Siempre sería mi pequeño aunque solo nos llevásemos dos años de diferencia—. Roger me ha regalado la barca por mi cumpleaños y me ha contratado para trabajar con él en la playa todo el verano. ¡Me muero de felicidad!

—¡Enhorabuena! —chilló mamá con las lágrimas en los ojos—. Qué orgullosa estoy de ti. Mi niña se hace mayor.

—Ay, mamá, no llores que si no también lo hago yo.

Nos sentamos en la mesa y papá guardó la tarta en la nevera para comerla a la hora del almuerzo. En ese momento era demasiado tarde. Siempre querían que comenzara el día soplando las velas. Decían que daba suerte. Había funcionado todos los años, por lo que lo creía sin dudar.

—Toma. —Mamá me tendió un sobre y lo cogí con extrañeza—. Es de tu tía Aisha. No ha podido venir, pero quiere darte tu regalo. Quería que fuera el primero, pero, tranquila, no le diré que Roger se ha adelantado.

Lo abrí con alegría y agarré la carta que había dentro. Tardé unos segundos en leerla entera y por cada frase se me escapaba una pequeña lágrima de la emoción. Del sobre cayó un último papel que no me esperaba. Lo atrapé antes de que tocara el suelo y lo di la vuelta.

*“Vale por un viaje a Grecia.”*

# 1. GRECIA

*Viajar siempre fue una de mis pasiones,  
pero no solo era visitar otros lugares,  
pues en su definición  
también entraba la familia:  
la que tienes de nacimiento y la que escoges.*

**E**staba emocionada, eufórica, entusiasmada, contenta, feliz. Daba saltos de alegría. Me iba a dar un ataque al corazón si no me controlaba.

El año pasado fui con el instituto a Italia, aunque yo prefería haber ido a Grecia. Ese mismo día que se eligió el viaje a Italia, llamé a mi tía Aisha, indignada. En ese momento, recordando la conversación que tuvimos, me di cuenta de que ya me había dado pistas de ese viaje que me había regalado por mi cumpleaños. Y yo ni siquiera me había fijado.

¿Cómo podía esperarme que me regalaran un viaje con todo incluido? Eso solo lo podía hacer mi amada tía y su novio Marvin, al que también apreciaba mucho. La verdad, no entendía por qué no se casaban ya si eran inseparables. A mí me encantaban como pareja.

—¿Te puedes creer que han escogido Italia? A ver, que yo no digo que esté mal y todo eso, pero anda, es Grecia. Grecia es una pasada y, además, ¡está más lejos! Hay que aprovechar estas oportunidades en las que el instituto ayuda económicamente en el viaje. Hay que ir lo más allá posible.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. De todas formas, tranquila, mi niña, Italia es maravillosa también. Obliga a los profesores a que te lleven a Pompeya, es una pasada.

—Eso también es verdad... ¡Voy a decírselo a los demás! Tengo que ver Pompeya como sea. Aunque tenga que escaparme del grupo. ¿Vendrías a buscarme?

—¡Claro! ¿Cómo no? Yo te rescataré si te pierdes accidentalmente. Tú solo procura tener batería en el móvil para llamarme. Un consejo: no comas mucha pasta, te acabas cansando y vas a llegar a casa sin querer probarlo en semanas. Y en Grecia no abuses del queso. No he vuelto a probarlo desde que fui hace un mes. Lo repelo totalmente y eso que está buenísimo. Tranquila, algún día irás y espero estar yo ahí para guiarte.

Sonreí como una tonta. Mis tíos eran de lo mejor que tenía en el mundo. Eran un apoyo incondicional aun estando a tantos kilómetros. Ellos eran la viva imagen de “amor a distancia”, yo los quería como si los tuviera siempre a dos metros y ellos marcaban su amor en cada ciudad que visitaban.

No me había dado tiempo ni a prepararme mentalmente de que iba a Grecia cuando ya estaba en el aeropuerto con las piernas temblando y una sonrisa permanente en el rostro. Mi maleta viajaba a mi lado, era del tamaño perfecto para subirla conmigo en el avión y también para meter todo lo que necesitaba, excepto mi barca, por desgracia. Ojalá pudiera tener poderes para llevarla siempre conmigo. ¿Quién sabía cuándo podía necesitarla?

Anastasia, Clary, mis padres, Daniel, George y Lily estaban a mi lado. El avión salía en

cuarenta y cinco minutos y la fila ya estaba llena. La emoción se instaló en mí en forma de nervios y alegría a la vez. Repetí mil veces que el asiento de la ventana era mío. Amaba ver el paisaje que se veía desde el avión. Ver Italia desde el cielo fue una pasada y estaba encantada de poder hacer lo mismo con Grecia.

—Solo serán cuatro días, mamá. —La abracé con fuerza por quinta vez en quince minutos y me dio un beso en la mejilla—. No olvides que allí es una hora más que aquí. Estaremos bien.

—Cuidaos mucho y llamad si pasa cualquier cosa a cualquier hora, ¿vale? —Asentí al comentario de papá y lo abracé también. Luego fue el turno de Daniel y de todos los presentes que nos habían acompañado.

Clary se estaba despidiendo de su hermana y su cuñado. Había tanto amor en nuestra pequeña familia que casi me hacía vomitar a veces. Lily no es que fuera familia directa, pero su madre, Noemí, siempre había sido amiga de mi madre. Eso no nos convertía tampoco en familia en realidad, pero nosotros lo llamábamos así. Puede que no fueran de nuestra sangre, pero eran la familia que habíamos escogido. Al igual que yo había elegido a Anastasia, la chica que me había acompañado durante toda mi existencia. Mi mejor amiga, por decirlo de otra manera. Mi hermana pequeña, por decirlo de otra.

Me puse al lado de mi amiga para que no se sintiera excluida, aunque mis padres la conocían igual o más que a mí incluso. A parte de tener mucho amor entre todos, éramos muchísima gente.

—Oye, Roxy, ¿por qué tu hermana no cogió billetes para vosotros? —preguntó Lily, acercándose a nosotros.

—Sabe que no me hacen gracia los aviones. Además, tenemos que trabajar —dijo, mirando a papá—. Aquí estaremos bien. Preocupados, pero bien. Cuidaos muchísimo. Clary, eres la mayor, confío en ti.

—No te preocupes, tía, volveremos sanos y salvos, lo prometo. Además, tía Aisha estará esperándonos con el tío Marvin. Os llamaremos cuando lleguemos.

Asintió algo más aliviada. Nos pusimos a la cola del avión, enseñamos nuestros documentos y los pasajes y subimos sin problemas. Despedí a todos con la mano cuando nos alejamos y sonreí, esa aventura ya comenzaba. La gente andaba tranquila por el pasillo que llevaba a nuestro transporte mientras nosotros no parábamos de saltar de alegría.

Anastasia ya tenía la cámara encendida, grabando nuestro pequeño camino al avión, como dijo que iba a hacer para nunca olvidar ese viaje. Clary le siguió el rollo y Daniel se reía con sus ocurrencias. Nos sentamos en nuestros respectivos asientos y grité emocionada con Anastasia cuando estábamos despegando. Yo estaba a su lado y Daniel y Clary estaban justo delante.

Eso iba a ser una locura. Y todos lo sabíamos.

\*\*

—¡Mis niños!

El grito que oí me hizo girar de inmediato después de unos minutos dando vueltas por ese aeropuerto en el que todo estaba escrito en griego. Sonreí al ver a mi tía abriendo los brazos de par en par. Dejé la maleta con Anastasia y fui corriendo hacia ella hasta abrazarla. Luego, di un beso en la mejilla demasiado fuerte a Marvin mientras le abrazaba. No podía evitarlo.

Les echaba demasiado de menos.

—¡Bienvenidos a Grecia! ¿Qué tal el viaje?

—Estupendo, fantástico, emocionante... Sin palabras y eso que no hemos casi empezado —resumió el caballero andante a la pregunta de nuestro tío—. ¿Dónde vamos a ir?

—Os lo contamos por el camino —comentó poniendo una mano en mi hombro. Sonreí y asentí, de acuerdo con él.

Un taxi de siete plazas nos esperaba en la entrada. La taxista nos ayudó con las maletas y Aisha se sentó en el asiento de delante con su tableta. En la pantalla apareció un mapa con varios destinos señalados. Me guiñó un ojo y comenzó a explicarnos con el dispositivo en alto para que lo viéramos todos.

—Por el decimoctavo cumpleaños de mi querida sobrina Tracy, hemos preparado un maravilloso itinerario. Comenzaremos con una noche en Atenas y todo un viaje por la Acrópolis. Ese mismo día, viajaremos a Olimpia y, al día siguiente, Delfos. Os aseguro que es una completa maravilla. El último día, volveremos a Atenas y saldremos un poco de fiesta para ir cansados al avión y dormir en el viaje. ¿Qué os parece?

—Una completa pasada —susurré.

Siempre me había preguntado si mis tíos eran millonarios o algo parecido y, cuando vi los hoteles que habían elegido para dormir, lo afirmé sin ninguna duda. Uno tenía hasta piscina, en la cual estuvimos toda la tarde conociendo e intentado comunicarnos con algunas personas. Era divertido practicar el nivel de inglés que teníamos. Aisha y Marvin ya eran bilingües por lo que el idioma no era difícil para ellos, aunque creo que se sabían más de dos idiomas. Viajaban mucho y tenían mucho tiempo libre, yo haría lo mismo.

Pasamos los días viajando con un autobús para llegar a nuestros hoteles, dejando la maleta allí y sin volver hasta la noche porque pasábamos el día andando por sitios hermosos. Debo decir que, con los vídeos y las fotos que hicimos, podríamos rodar una película. No había foto o vídeo en el que no saliéramos haciendo cualquier bobada. Todos nos manteníamos unidos para evitar que nos perdiéramos.

El último día cenamos en un restaurante en el que hablaban también español y casi nos morimos de felicidad. Anastasia y yo contamos al camarero que llevábamos hablando inglés con todo el mundo desde que llegamos y que la mayoría de veces no teníamos ni idea de nada. No entiendo por qué se lo contamos, pero nos cayó bien. Se rio con nosotras varias veces. Él nos dijo que tenía familia en España y que le encantaría volver a visitar el país. Una noche completa, en definitiva.

—No puedo con mi cuerpo —murmuró Clary echándose en la cama del hotel—. Estoy agotada no, lo siguiente.

Marvin y Dani dormían en una habitación y nosotras en otra con dos camas grandes. No me importaba compartir cama, pues no era la primera vez que la compartía con Anastasia. Recuerdo el primer día que dormimos juntas. Era tarde, ya que habíamos salido por la noche con unos amigos, y llegamos tan agotadas a casa que nos tiramos a la cama y nos quedamos dormidas sin pensarlo.

—La noche es joven, querida Clary —dijo mi tía, animada—. Poneos cómodos, nos vamos de fiesta.

Marvin, Aisha y Dani terminaron los primeros. Clary, Anastasia y yo nos preparamos para darlo todo. Nos pusimos el conjunto ideal que habíamos llevado especialmente para una noche como esa y nos preparamos mutuamente mientras poníamos a Clary al corriente de los

cotilleos del instituto. Aunque serían los últimos. En septiembre llegaría una nueva vida: la Universidad.

Salimos una hora más tarde y Marvin nos llevó a una discoteca que, en dos horas, se había llenado hasta arriba de gente. Nadie que hablara nuestro idioma, por supuesto. Si no fuera por Aisha, no sabríamos pedir ni las bebidas al camarero. Me pidieron varias veces mi DNI, pues no se esperaban que tuviera dieciocho, la edad necesaria para beber, pero ya la tenía. Me sentía mayor y joven a la vez. Era emocionante.

—Mis niños, mañana tenemos que despertaros y, como no nos vayamos ya, no se levanta nadie. ¿Os quedáis?

—No fastidies, tía —contesté—. Pondremos ocho despertadores, pero tenéis que quedaros un poco más. Venga...

—No podemos, mi niña. Estamos viejos para estas fiestas. —Se echó a reír y Marvin asintió a su lado—. El hotel está muy cerca, ¿sabréis volver? Podéis pedir un taxi si os perdéis, yo os daré el dinero mañana. Aunque para dos o tres minutos que tardáis, quizá os lo dé gratis.

—No te preocupes, está todo controlado —afirmó Clary.

Se despidieron y seguimos bailando unas horas más. Era la primera vez que salía de fiesta con mi hermano pequeño toda la noche y debía decir que era de lo más gracioso. Nadie nos conocía ni nos reconocería nunca más, así que daba igual hacer el ridículo. Estábamos en Grecia, nadie nos recordaría si volviéramos algún día. Además, seguro que ni el 10% de esa gente eran nativos. La mayoría éramos turistas por esas fechas.

Bailamos como cuatro locos felices y reímos sin parar al oír alguna canción que estaba en otro idioma muy distinto al nuestro. Incluso el DJ nos puso alguna canción famosa en español al oírnos hablar a su lado. Las horas pasaban como minutos y sin darnos ni siquiera cuenta.

Sobre las seis, Dani ya comenzaba a perder el ritmo y Clary se reía de él. Ella intentaba seguir, pero también se notaba que comenzaba a cansarse. Los tacones dolían si lo pensaba mucho. Anastasia y yo estábamos acostumbradas, por lo que no fue problema para ninguna de las dos.

—Vamos, te acompaño al hotel. Yo también estoy muy cansada. ¿Os venís?

—Como si no nos conocieras —respondió Anastasia, riéndose.

—Os quiero ver temprano en el hotel. —Nos guiñó un ojo y asentimos. Sabíamos a lo que se refería. De las ocho de la mañana en adelante era llegar temprano para nosotras. Mis padres ya se sabían la broma de decir que tenía que llegar pronto y volver a las nueve, eso era pronto por la mañana. Lo que pasaba era que faltaba especificar.

Di un beso a mi hermano y los dos se fueron, escabulléndose entre el gentío que no dejaba de crecer. Anastasia y yo seguimos bailando al ritmo de la música y nos reíamos cuando había una canción medianamente lenta en la que nos juntábamos para bailar exageradamente, sobre todo canciones que no teníamos ni idea de cómo se hacía.

—¡Tracy! ¿Sabes cómo se llama esta canción? —preguntó apuntándome con la cámara del móvil. Reí, sabía que hacía un vídeo para cualquier aplicación. Mis amigos eran sus amigos de tanto enseñarnos en nuestras redes sociales.

—¿Acaso alguien lo sabe?

Guardó el móvil en el bolsillo y me cogió de la mano, dando varios saltitos. Sabía de qué era ese gesto de memoria.

—Baño, ya.

Lo sabía.

Lo que no sabía era lo que me esperaba en el simple camino que había hacia el baño.

## 2. ÉL

*El viaje fue una oportunidad  
de descubrir, de aprender...  
pero no supe hasta que lo hice  
que fue la gran oportunidad de conocerte.*

Seguí a Anastasia hasta el servicio. Iba demasiado rápido entre toda la gente y yo me entretenía mirando los rostros que pasaba de largo. Era divertido inventarse de dónde eran, incluso me inventaba nombres de nacionalidades. Sonreí yo sola y continué el camino hacia el baño, siguiendo a mi amiga de cerca.

Bajé unas escaleras y descubrí un sofá que parecía de lo más cómodo justo debajo, casi oculto. Los baños estaban en el pasillo de al lado. Me dirigí hacia allí, pero alguien me detuvo tomando mi brazo. Sentí su mano cálida. Cuando me giré, no lo reconocí, no me sonaba de nada. Era un chico un poco más alto que yo, aunque no tanto por los tacones que yo llevaba. Parecía que sus ojos verdes me atravesaban el alma. Su sonrisa pudo conmigo.

—*Oh, my Goodness...*

Ay, Dios mío. Eso quise decir. Lo tenía que traducir todo en mi mente para acordarme de cómo se decía cada palabra. No estaba segura de hacerlo bien, la verdad, por eso le daba mil vueltas en mi cabeza, a pesar de que mi profesora de inglés me dijera que no lo hiciera.

Me sonrió y me soltó el brazo para meterlo en su chaqueta. Se dispuso a sacar algo de su bolsillo haciéndome fruncir el ceño, pues no entendía la situación, pero la pregunta que formuló llegó primero. No estaba muy segura de que fuera de fiar, por lo que me separé un paso más de él.

—*Are you Tracy?*

*Inglés, Tracy, inglés. ¿Cómo se hablaba inglés?*

Sacudí la cabeza en lo que se suponía que era un asentimiento y sonreí de oreja a oreja. Su belleza me llegó de forma inesperada e hizo que todo se me olvidara. Por fin descubrí cómo se hablaba un poco en inglés después de dudar unos segundos. Al mismo instante me di cuenta de algo que no me encajaba del todo. ¿Había dicho que si era Tracy? ¿Cómo sabía mi nombre?

—*Yes... Wait. How do you know it?*

—*Oh, sorry. I found this and I saw you come here.*

Había dicho que encontró algo y me vio venir hacia ese lugar. Su mano sacó mi DNI de su bolsillo y me sorprendí al verlo. Lo cogí, asintiendo, y lo guardé en el bolso, asegurándome de que lo cerraba bien. ¿Cómo podía haber sido tan despistada como para dejarlo caer? Sabía que la chaqueta no era buena idea para guardarlo, pero nunca me había sucedido eso, aunque también era verdad que no había necesitado llevarlo encima todavía hasta esa noche.

Algunos dirían que no podía salir ni de casa porque lo perdía todo. Yo les diría que no tenía importancia. Lo único importante era yo, mi persona. Si yo no me perdía, el día habría



acabado bien. Las cosas como el DNI podían recuperarse al fin y al cabo de una manera o de otra. Eran recuperables, aunque una bronca quizá me llevaba. No, quizá no, estaba segura de que sí.

Cuando lo guardé bien, sonreí de nuevo al chico de enfrente y se lo agradecí con algún piropo que le venía de perlas y de los pocos buenos que había aprendido gracias a las clases de inglés.

Solo le llamé guapo, ¿vale?

—*Thank you so much, handsome.*

No pareció sorprendido. Al contrario, su sonrisa aumentó por segundos y una pequeña carcajada salió de él. Sabía que no podía irme de Grecia sin conocer a alguien y él era la persona indicada. El destino lo cruzó conmigo por alguna razón y yo debía dejarme llevar.

Sus ojos me llamaban demasiado. Su sonrisa me atrajo aún más. Además, había sido el primer chico que no me había mirado a primera vista de arriba abajo. No apartó la mirada de mis ojos marrones decorados con toques de maquillaje. Eso hizo que me detuviera mucho más en él y los detalles, pues acababa de decirme sin palabras que se fijaba en la mirada o que no podía apartar los ojos de los míos. De todas maneras, me gustaba.

—*Are you flirting with me, Tracy?*

¿Me acababa de preguntar si estaba ligando con él? Por su expresión pude entender que sí. Esperaba no equivocarme porque entonces quedaría en ridículo. Aunque, pensándolo mejor... ¿¡Qué más daba!? No volvería a verlo nunca más.

Mi voz se transformó en otra distinta. La seducción que había en ella hizo que la suya también apareciera. Juro que eso no me lo esperaba para nada. De todas formas, si se presentaba la ocasión de estar con alguien que a primera vista me había gustado, ¿iba a dejar pasar la ocasión?

No. Las oportunidades se aprovechan, no se dejan ir.

—*Maybe.*

—*Wow. How you dare... I like that, daring.*

Fruñí el ceño. ¿Qué me acababa de llamar? Mi nivel de inglés no era tan bueno como el suyo, pero al menos intentaba disimularlo. Le pregunté si era bueno o malo. Eso sí sabía decirlo.

—*Is that good or bad?*

—*For me? Oh, good.*

Eso significaba que estaba bien, pero no sabía exactamente hasta qué punto. No podía evitar seguir traduciendo todo en mi mente. A veces me traicionaba y no podía fastidiarla en ese momento con él. Aunque seguro que me echaba a reír si me pasaba. Yo era la primera en reírme si hacía el ridículo.

Me puse una notita mental sobre todas las demás: *Buscar en el diccionario el significado de daring.* No sonaba a insulto porque esos me los sabía bien. Mis compañeros se habían encargado de que supiera reconocerlos. Los profesores no lo daban por importante, pero mis amigos, sí. De eso servía saberlos, para identificar si te habían dicho algo malo o no cuando no tenías ni idea de lo que te habían dicho.

—*Perfect.*

Mi cuerpo se dio hacia delante sin ni siquiera pedírselo y choqué mis labios con los suyos mientras ponía mi mano en su cuello. No iba a presionarlo al comienzo, pero el siguiente paso lo dio él, sorprendiéndome. Posó una mano en mi cintura y me acercó aún más. Me separé

unos segundos después y vi su mirada encendida tanto como lo estaba la mía.

¿Quién necesitaba palabras en ese momento? Le cogí de la mano y anduve hacia el sofá que había visto debajo de las escaleras. Le empujé con suavidad para que se sentara y me puse encima a horcajadas.

—*Awesome.*

Su *impresionante* me sacó una sonrisa. Otra de muchas que me había robado en los minutos que llevábamos hablando. Aunque él aún no había visto nada, y eso fue exactamente lo que le dije.

—*You haven't seen anything yet.*

Esa vez fue él quien me acercó primero para besarme. Lo seguí sin problema y encajamos como si fuéramos piezas de distintos puzzles pero relacionados entre sí. Aparté mi pelo para que no me molestara y, en un movimiento veloz, me tumbó en el sofá con él encima. Su mirada de insuficiencia pudo conmigo. Su pelo me rozó cuando bajó despacio y atacó mi cuello. Ese chico pretendía matarme esa noche.

Aunque quizá fuera él quien muriera de placer.

\*\*

—*Nice to meet you, boy!*

Le di el último beso de despedida y me fui corriendo después de decirle que estaba encantado de conocerlo en inglés. Después de todo, no había necesitado utilizar el idioma tanto como había pensado.

La energía brotaba de mis venas aún más que en cualquier otra ocasión. Me puse el pelo hacia atrás para realzar mi maquillaje aún existente y salí del gentío que no parecía disminuir a pesar de la hora que era. Ni siquiera quería mirar el reloj, pero podía suponer que era bastante tarde. O temprano, según mi criterio.

Abrí la puerta de salida con una sonrisa y Anastasia me devolvió a la realidad cuando casi se chocó conmigo. O mejor, casi me choqué yo con ella. El aire soplaba con fuerza e hizo que me estremeciera un momento. Me toqué los brazos para darme cuenta de que mi piel estaba ardiendo. El frío de fuera se contrarrestó conmigo y por poco me hace explotar. Ese cambio de temperatura no era nada bueno.

A pesar del frío que hacía, el sol ya comenzaba a hacer de las suyas. Se notaba que acababa de salir hacía poco. Un nuevo día. El último en Grecia.

—¿Dónde te habías metido? Llevo diez minutos buscándote por toda la discoteca.

—Eso es que estaba bien escondida. Solo he conocido a alguien, tranquila. ¿Ya volvemos?

—Son las ocho y media de la mañana. Acaba de llamar Daniel para saber dónde estábamos.

—Dijo Clary que llegáramos temprano, ¿no? Es muy pronto.

Anduve dos pasos y me apoyé en un pie para quitarme un tacón. Después me apoyé en el otro e hice lo mismo. Miré hacia atrás donde Anastasia se partía de risa. Sonreí al ver que volvía a ser la amiga emocionada y divertida y cogí los tacones en una mano para ofrecerle la otra.

Ella me copió y cogió mi mano, poniendo los tacones en la otra. Su peinado estaba un poco desordenado, pero nada que en ese momento tuviera importancia. Nada a las ocho y media de la mañana después de una fiesta importaba. Mi pelo aún seguía como al comienzo

de la noche, con algún que otro mechón fuera de lugar. Nada con importancia.

—¿Le has dicho a Dani que no estaba? Ya sabes cómo es de preocuparse por su hermanita mayor —dije, comenzando a andar hacia el hotel.

—No, nada. Le dije que estabas en el baño y no podías hablar.

—Me perdiste hace dos horas. ¿Qué has estado haciendo? Solo tengo dos mensajes tuyos y eso es raro en ti a no ser que...

—Te mandé un mensaje y me choqué con un chico francés. Menos mal que escogí el idioma en el instituto y supe defenderme un poco. Acabamos hablando en inglés y luego...

—No hicieron falta más palabras, ¿verdad?

—Pues no. —Sonrió y le dirigí una mirada traviesa. Solo con eso llegábamos a entendernos—. ¿Y tú qué? ¿Qué te ocurrió? O mejor, ¿quién?

—Un inglés. Se me cayó el DNI y me siguió hasta el baño para devolvérmelo. Lo demás vino solo. Ya sabes, nadie se resiste a mis encantos. —Nos reímos a carcajadas cuando me aparté el pelo hacia atrás con gesto egocéntrico—. En realidad, tenías que haberlo visto. *So wonderful boy!*

Creo que dije bien que ese chico fue impresionante, si no me equivocaba. Una pena que no volviera a verlo ni supiera dónde vivía. Al menos debí haberle hecho una foto. Podría pedir a tía Aisha que viajáramos allí de nuevo en las mismas fechas y quizás me lo encontraría otra vez. En el fondo sabía que eso era imposible, pero se valía soñar. A la próxima me lo pensaría antes.

Nos reímos en mitad de la calle y llegamos al hotel agotadas. Abrimos la puerta con sigilo y nos tiramos en la nuestra cama. Nos quedamos dormidas en cuanto las sábanas tocaron nuestro cuerpo. Aunque yo me desperté unos segundos después por una duda que sobrevoló mi mente.

—Anastasia... —Bostecé—. ¿Sabes qué es *daring*?

No obtuve respuesta. Obviamente, ya estaba dormida. Volví a cerrar los ojos y mis pensamientos se remontaron al chico de los ojos verdes. Mi amor fugaz de Grecia al que nunca volvería a ver... Y caí rendida.

El despertador sonó. Más bien, la voz de mi tía sonó como un aparato que se había roto nada más empezar. Me quejé al instante de escuchar la puerta abrirse. Solía despertarme fácilmente con cualquier cosa que sonara más alta de lo normal, pero ella había levantado tanto la voz que todos nos despertamos al instante.

—¡Arriba, arriba, arriba, arriba, mis niños! Se acabó este maravilloso viaje, pero aún quedan unas horas de vuelo a casa que seguro que aprovecháis para dormir. ¿A qué hora volvisteis ayer?

—Temprano, tía, temprano —dije, tapándome con las sábanas que quité a Anastasia.

—Dame las mantas, ladrona.

La luz entró de repente en la habitación y un sonido de molestia salió de todos nosotros. Lo peor de salir de fiesta era tener que madrugar al día siguiente, por eso siempre escogía días en los que no tenía que despertarme unas horas después a cuando llegara de fiesta. Lo calculaba todo en realidad. La salud era lo primero y el sueño era un gran porcentaje de ello.

—Quedan dos horas para tomar el avión y una para que nos recoja el taxi. Tenéis una hora para cambiaros, hacer la maleta, desayunar algo y arreglar esa cara de muerto viviente que tenéis los cuatro —dijo Marvin, aplaudiendo para hacer ruido y despertarnos aún más—. ¡Arriba, arriba! Quien llegue tarde, se queda en Grecia.

—No me lo digáis dos veces que lo hago. Me encanta Grecia, ojalá vivir aquí. —Se levantó Clary mientras decía eso adormilada.

Mis tíos siempre tan simpáticos.

—Oye, tía —murmuré, aún medio dormida—. ¿Qué es *daring*?

—Atrevida, ¿por qué?

—Nada, nada, simple curiosidad.

Creo que no había un adjetivo que me definiera mejor. Ese chico había dado en el clavo sin ni siquiera conocerme.

### 3. LA CHAQUETA

*Me sentí Cenicienta:  
perdí la chaqueta  
y el príncipe buscó a su princesa.  
Hasta que dio conmigo.*

— ¿Por qué preguntaste la palabra esa? —me interrogó Clary mientras intentaba cerrar la maleta.

¿P Habíamos comprado tantos regalos para la familia que nos recordaban a Grecia que la maleta ya no soportaba todo el nuevo peso que habíamos añadido. Mejor dicho, necesitaba una nueva para meter todas esas cosas. No podía creerme que hubiera comprado tanto. Por suerte, era una experta en las ofertas y me había sobrado más dinero del que imaginaba.

—Solo era una duda. Me encontré con un chico inglés que me llamó eso y no supe entenderlo en ese momento. De todas maneras, supe improvisar un poco.

—¿Ligaste y no me lo dijiste?

—Anastasia tampoco te ha contado nada. ¿Qué tal con el francés? —dije mientras buscaba por todos los sitios una de mis prendas.

—¡¿Qué no me habéis contado?!

—Hay tiempo de camino al aeropuerto, tranquila. Me estás poniendo nerviosa, Tracy, ¿qué buscas? Yo te ayudo a buscarlo.

—No te molestes, no está en ningún lado —finalicé, poniendo los brazos en jarras y sin creerme aún que la hubiera perdido. Era un completo desastre con patas—. ¿Te acuerdas de dónde dejé la chaqueta que llevé ayer por la noche? No la encuentro por ningún lado y ayer se me olvidó por completo preocuparme por ella.

Recapitulé toda la noche y volví sobre mis pasos mentalmente. No podía haberla perdido. No era de las personas que se moría por perder una chaqueta pero, si pudiera encontrarla, mucho mejor. Mis padres iban a matarme si les decía que había perdido algo. Esa chaqueta me la había regalado Álex, el hijo de Steve, un amigo de papá que vivía en Madrid, cuando cumplí diecisiete años. Me recordaba a él y la había perdido.

Paré la secuencia en mi mente. El chico. La tenía antes de verlo y recordaba el frío que sentí al salir a la calle. No tenía chaqueta al salir. No me podía creer que no me diera cuenta en ese momento. ¿Cómo fui tan tonta?

—La dejé en la discoteca —recordé en voz alta—. Debí quitármela cuando estuve con el chico ese y se me olvidó cogerla. Fui demasiado deprisa a buscarte. Oh, Dios... La tiene él.

—Bueno, así tiene un recuerdo tuyo.

Mis dos compañeras se echaron a reír mientras yo suspiraba. No podía creer que fuera tan torpe como para olvidar la chaqueta. Maldito el chico que me distrajo y malditos sus ojos que no dejaron de observarme. Decidí dejar el tema, me daba igual, podía quedarse con ella si

quería. Cerré la maleta, intentando olvidar que la había dejado allí, y comencé a pensar lo que iba a decir a mamá y a papá para que no me regañaran mucho.

Siempre perdía algo, al menos en ese momento no fue la dignidad.

Cogimos el autobús mientras contábamos todo lo que pasó en la noche a Clary. No tardamos mucho, ya que queríamos resumir todo lo que podíamos para echarnos a dormir cuanto antes, pero llegamos al aeropuerto justo al terminar de explicarlo. Estaba realmente agotada.

—Gracias por este viaje, tía... Me lo he pasado genial.

—Todo por mi sobrinita. Suerte en el trabajo de la playa y no te olvides de llamar para cualquier cosa.

—No te preocupes por eso. ¿Dónde iréis vosotros?

—Suecia.

A veces los envidiaba. Viajaban y viajaban, parando a veces en casa para trabajar unos meses y volver a viajar con esos ahorros. Sabíamos que se quedaban por nosotros, pues no necesitaban trabajar para conseguir el dinero. No querían sentirse una carga en casa y por eso buscaban algo lo poco que se quedaban, aunque siempre había pensado que trabajaban desde el ordenador, desde casa. Algún día se lo preguntaría en serio, ellos siempre bromeaban con el tema.

Nos despedimos de ellos por décima vez y entramos en el avión. Pasamos todas las horas dormidos y nos despertamos por el aviso del conductor diciendo que ya íbamos a aterrizar y que nos pusiéramos los cinturones. Ni siquiera nos había dado tiempo a quitárnoslo desde que despegamos, nos quedamos dormidos antes.

Papá me había mandado un mensaje poniendo que no podían venir a buscarnos por trabajo. Él había vuelto a conseguir hacer lo que quería: fotógrafo. Hacía unos meses su amigo Dean le contactó con unos clientes y de ahí con otros y otros. En ese momento no era aún fijo, pero ganaba bastante con algo que disfrutaba. A veces iba a nuestro restaurante familiar a ayudar. Mamá, en cambio, era la encargada. Tía Annie trabajó varios años, según me contó un día, y yo también, para ayudar en los veranos. Contrataron a Clary y es por ello que ahora trabaja allí y lo combina con los estudios. Yo, en cambio, no tenía madera de camarera, me gustaba más el mar.

—Cojamos un tren. Creo que sale uno en veinte minutos.

En efecto, en unos minutos estábamos de vuelta a casa. Anastasia se fue directa a la suya, prometiendo que nos veríamos al día siguiente. Clary vino con nosotros, ya que su hermana venía luego a recogerla a casa a pesar de estar a unos diez minutos andando.

Anduvimos, aún sin creer que habíamos estado en Grecia. ¡En Grecia! Había pasado tan rápido como un sueño y a veces tenía que pensarlo dos veces para asegurarme de que había estado. Menos mal que teníamos los vídeos y las fotos que nos habíamos hecho, pues si no, no me lo creería. Vimos a mamá aparcar el coche en la entrada y Dani y yo nos miramos a la vez. Casi podía decir que nos leímos la mente.

—¡Mamá!

Se giró de inmediato. Sonrió de oreja a oreja y dejamos las maletas donde estábamos para correr hacia ella y abrazarla. Oí otro motor que se acercaba, pero no le di importancia, esa calle era muy concurrida al estar tan cerca de la playa.

—Mis niños... Justo iba a llamaros ahora mismo. ¿Qué tal el viaje? Contádmelo todo.

—Tracy perdió una chaqueta por estar con un chico.

—¡Maldito chivato!

—¿A quién habrás salido, hija? Eres una rompecorazones —oí detrás de nosotros. Era papá, que llevaba nuestras maletas. Nos reímos y también lo abrazamos a él.

—Creo que esa genética es mía. —Nos sonrió mamá—. No me conociste con su edad. No pasa nada, mi amor —dijo, poniendo una mano en el brazo de Clary, pero mirándome a mí—. ¿Cuál era? ¿La negra esa?

—Sí, la que me regaló Álex.

—Bah, de todas maneras, era horrible.

Reí y negué con la cabeza. Creí que iba a ser peor, pero debí haber supuesto que mis padres se lo tomarían así. En casa había muy pocas peleas pero, las que había, eran de lo más horribles. Por eso, Daniel y yo comenzamos a aprender a no hacer nada que los pudiera enfadar mucho, porque podían ser muy amorosos y simpáticos, pero enfadados eran demonios recién salidos del horno del infierno. Nadie quería verlos de esa manera.

Entramos a casa los cinco y Lily se llevó a Clary en quince minutos. Contamos todo con detalles, fotos y vídeos a mamá y papá y luego nos fuimos a dormir directamente. Yo, sinceramente, me moría de sueño.

\*\*

—Necesito que cierres el local todos los días excepto martes y miércoles que, por mi experiencia, es cuando menos gente hay. Por ello, los martes tendrás libre. ¿Te parece todo bien?

—Más que bien, perfecto. ¿De qué me encargo?

—Los dos haremos de todo. Si llaman, lo coges y tomas el pedido del cliente. Los precios de alquilar tablas de surf, trajes, barcas o lo que sea están en ese cartel y depende de las horas que quieran y las personas que sean, se lo dices y lo apuntas en la agenda de alquileres.

—Eso sabré hacerlo bien.

—Cuando vengan, les das lo que pidieron cuando paguen lo que deben y te encargas de que lleguen en el horario establecido. Lo dejas donde estaba y vuelta a empezar. Recuerda que hay más tipos en el trastero, por lo que siempre hay suficiente material.

—Vale. ¿Y de la tienda te encargas tú?

Ese local me encantaba. Era una larga caseta justo al bajar una de las escaleras que accedían a la playa. Era grande. Por una parte, había una tienda de alquiler de artilugios que podías utilizar en el mar y, por otra parte, la tienda donde se vendían flotadores, gafas de sol, crema solar... Cualquier cosa que pudieras necesitar en la playa y fueras tan olvidadizo como para dejarlas en casa. A mí siempre me pasaba. También había niños que pasaban y se les antojaba cualquier juguete. La mayoría de las veces los padres se lo compraban. Los niños nos ayudaban a seguir adelante. Además, Roger tenía piruletas para ellos. Yo recuerdo que de pequeña me daba las que eran del color del mar. Me encantaba la idea de ser yo la que tendría que dar a partir de ese momento las gominolas que tanto me alegraban el día en la playa años atrás.

Algunos vecinos de Tossa intentaron abrir tiendas parecidas cerca, pero el viejo Roger, como le llamaban, era ya muy reconocido y nadie podía hundirle el negocio. De todas maneras, él estaba ahí por gusto. Si quisiera, ya habría cerrado. Eso era lo que me gustaba de él, su pasión por ese trabajo y la playa. Ojalá fuera como él en un futuro.

—Sí. Podemos turnarnos, depende del día. Solo estamos nosotros dos, podemos hacer lo que queramos. Si un día quieres encargarte de la tienda, pues me lo dices y nos cambiamos, estamos a un escalón de distancia.

—¿Cómo va lo de la tienda?

—Es muy fácil. Tengo una agenda con fotos de los artículos que se venden y el precio. Un viejo como yo ya no está para acordarse de todo. Si alguien te pide algo, lo miras si tienes dudas y se lo dices. Seguramente te lo acabes aprendiendo. Siempre tengo cambio en la caja, así que no va a haber problema, y hay una calculadora por si acaso. ¿Algo más?

—Nada de nada. Me parece aún una fantasía poder trabajar aquí contigo. Creo que lo llevo imaginando desde que pisé la tienda por primera vez.

—Y yo sabía que ibas a trabajar conmigo en un futuro. Veía tu espíritu, tu amor por el mar. Confío en ti, Tracy.

—Juro que no te fallaré nunca. —Lo abracé sin pensarlo y sonreí—. Gracias por esta oportunidad.

—Gracias a ti, querida, por aceptar.

\*\*

Ya habían pasado dos semanas cuando algo que no me esperaba ocurrió. Volvía de amarrar unas barcas en el puerto perteneciente a la tienda. Sonreía, el trabajo no podía gustarme más. El horario era flexible, entraba a las once de la mañana, salía a las dos y volvía a entrar a las siete hasta la hora en la que el último encargo terminaba. En ese momento, podía cerrar la tienda hasta el día siguiente.

No entraba en mí de la felicidad que tenía.

Mi madre ya nos había hecho varias visitas y le había agradecido a Roger miles de veces por el trabajo. Sabía que no lo necesitábamos, ya que podía perfectamente trabajar en el restaurante, pero decía que se me veía más feliz desde que comencé el trabajo.

—Miles de gracias de nuevo. Nunca la había visto tan feliz trabajando desde que hizo su primera foto a los ocho años con la cámara de su padre. No puedo estar más contenta de que esté así. Todo gracias a ti.

—Créeme, Roxy, yo estoy aún más alegre de tenerla aquí. Trabaja como nadie y está haciendo que esto vaya mucho más rápido. Además, está bien tener una compañía tan agradable como ella.

—Me halagas, Roger —dije, moviendo unas cajas para encontrar unas chanclas que me había pedido un cliente.

A lo que iba, llegué al local después de terminar todo en el puerto y vi una chaqueta colgada en la puerta. Fruncí el ceño y me acerqué más rápido para disipar mi curiosidad. Me quedé helada. No podía creérmelo. No podía ser.

Mi chaqueta perdida en Grecia estaba allí, colgada delante de mis narices.

Tenía una nota.

*Nice to meet you too, girl.*

Traduciendo: encantado de conocerte también.

Me quedé paralizada. Había sido él.





## 4. GAEL

*No me esperaba un reencuentro  
y mucho menos el nuestro.  
Creí que no volvería a verte  
y ahí estabas, delante de mí.*

—¿Cómo ha llegado esto aquí? —La cogí de donde estaba colgada y revisé con detenimiento para asegurarme de que era la mía de verdad o solo estaba desvariando. Miré el pequeño detalle que tenía: el botón distinto a los demás que me cambió papá cuando perdí el original. Estaba segura, era la que había perdido hacía dos semanas en Grecia. El tiempo pasaba volando.

—Hola, Tracy.

Me di la vuelta de golpe y me quedé sin habla. Él. Era él. Y estaba delante de mí, mirándome con ese verde que me hipnotizaba. El inglés... ¿Inglés? El chico inglés me había hablado en español. ¡El inglés me había hablado en español! Parpadeé varias veces y bajé la mirada a la chaqueta para perder un poco el tiempo mientras pensaba en lo que decir. Nada, me quedé en blanco.

—Hola...

Un comienzo de lo más complejo e inteligente por mi parte. Me di un golpe mental y sonreí, que era algo que se me daba bien para hacerme pasar por una niña buena e inofensiva. Él tenía pinta de querer partirse de risa, pero no lo hizo, supuse que por respeto y educación, lo cual agradecí.

—Así que... ¿Haciéndote pasar por inglés en Grecia?

—Lo mismo te digo —lo acusé.

—Yo soy americano, querida, de Nueva York para ser exactos. ¿Cuál es tu excusa?

—Pues, si te digo la verdad, no tengo. Solo sabía que hablabas inglés y yo te seguí el juego. Además, si hablas español mejor que yo incluso. ¿Cómo es que lo hablas? No me intentes engañar.

—Mi padre es español. Sé los dos idiomas por igual. Aunque debo felicitarte, dudé bastante si hablabas inglés o no de verdad. No dudabas con tu acento, pero no me llegaba a convencer.

—¿Gracias?

Me volví a dar la vuelta para abrir la puerta con la llave y, cuando lo hice, mi mente me hizo voltear de nuevo. ¿Cómo podía ser tan despistada últimamente? Las preguntas más obvias tardaban en llegar a mi mente. Fruncí el ceño mientras miraba la arena y subí la vista para contemplar su amplia sonrisa. Se había cruzado de brazos, sabía lo que iba a preguntarle perfectamente.

—¿Cómo me has encontrado? —No dudó en la respuesta.

—Fue fácil. Miré tu DNI por el lado que no era al principio y, ¿sabes lo que leí? Tossa de Mar que, mirando en Internet, es un municipio español situado en la Costa Brava de Cataluña. Solo me he pasado buscándote todo el día. Es un lugar bonito.

—¿Has viajado hasta aquí solo para buscarme?

—No, la excusa era devolverte la chaqueta. Te fuiste tan rápido que no te diste ni cuenta. Parece que no te importó mucho que te dejaras algo.

—No, no... Ni siquiera me di cuenta en ese momento y claro que me importó, pero no es el fin del mundo. Además, ¿qué iba a hacer? ¿Volver a la discoteca a las once de la mañana? Sería inútil. —Negué con la cabeza mientras cerraba un segundo los ojos, estaba siendo un poco desconsiderada y había cruzado medio mundo para estar ahí—. Muchas gracias por la chaqueta y por venir aquí para devolvérmela. Tengo que hacer cosas. Adiós.

Entré en la tienda, dejando la puerta entreabierta. Oí que se abría más y suspiré, sabía que eso no iba a terminar ahí. El loco americano que hablaba español no había viajado hasta allí solo para darme la chaqueta. La verdad, tenía curiosidad de lo que tenía que decir y lo que pretendía hacer. Ser curiosa era un rasgo que había sacado de mi padre, por lo que él me dijo, pero se unía con la paciencia de mi madre, lo cual era buena combinación.

Metí el dinero que me dieron los últimos clientes en la caja y lo guardé todo en un escondite que solo Roger y yo sabíamos. Estaba dentro de la caja, pero en un cajón que no se veía a simple vista. Sonreí al oír que no se movía de la entrada y me atreví a hablar yo. Estaba en mi terreno, sabía manejar las cartas.

—¿Querías algo más? No sé lo que pretendes, ni siquiera sé tu nombre, me siento en desventaja por ello y tengo que encargarme de esto.

—Gael.

—¿Qué?

—Mi nombre. Me llamo Gael. ¿Trabajas aquí? —preguntó mirando todo el espacio.

—¿No es obvio? —Sonreí irónicamente—. Sí, trabajo aquí. Me gusta tu nombre, por cierto. Te queda muy bien.

—Lo sé, gracias.

Reí y cerré la caja con llave. Me coloqué la chaqueta en el brazo aún sin creerme que volviera a tenerla y di un último vistazo a la tienda antes de cerrarla. Él seguía allí, inmovilizado en el sitio como si fuera una estatua. Pude admirar mejor sus facciones. Eran tal y como las recordaba. No podía evitar olvidar aquella noche. Tenía buena memoria, en general.

Me acerqué a él con paso firme y noté que me superaba más que la otra vez en altura. Me ganaba varios centímetros más que con los tacones de la fiesta, como era obvio. Me sentía baja, aunque eso era normal, pero no por ello dejé que mi sonrisa desapareciera en ningún momento.

—No quiero echarte ni nada pero tengo que cerrar. Sé que no has venido aquí solo para esto, ¿a que no? Quizá me equivoque y tengas un avión mañana de vuelta a casa.

—Puede ser.

Salió nada más decirlo y suspiré lo más bajo que pude. Se estaba haciendo el misterioso y eso no me disgustaba, pero acabaría por ponerme nerviosa si se hacía el listo. Me conocía bien. Cerré la tienda con llave y la metí en mi pequeño pantalón vaquero. Allí el verano era algo que se notaba mucho. Cuando menos te lo esperabas, eras un charco de agua que se había derretido por el calor.

Cogí mis chancas para poder andar descalza por la arena y miré a Gael. Creí que nunca podría ponerle nombre. Creí que nunca volvería a verlo, pero parecía que el destino no estaba tan de acuerdo conmigo, por lo que me descolocó todos los esquemas y los volvió a colocar como él quiso.

*Bien, destino, tú ganas.*

—¿Quieres dar una vuelta?

—Claro.

La playa era grande. Nos acercamos a la orilla y seguimos andando para recorrerla entera. Íbamos despacio, oyendo a las olas terminar cerca, mientras la noche se cernía sobre nosotros. Me encantaba cuando la luna era un círculo completo que se reflejaba en el agua. Era como mágico.

—Espera... Si viste de dónde era, ¿por qué no me hablaste en español?

—Oye, podías haber nacido aquí y haber viajado a algún lugar con habla inglesa. Además, tu nombre es inglés y te recuerdo que no te conozco de nada. —Sonrió—. Y quería saber hasta dónde llegabas.

—No me conoces de nada pero aquí estás. Eres un chico un poco... Impulsivo. Y extraño.

—Comienzo a pensar que no te alegras de verme.

—Claro que lo hago solo que... Bueno, a ver, no me lo esperaba. Nadie que está con alguien en un viaje a horas de distancia en avión de su casa se cree que va a volver a ver a esa persona.

—Yo sí.

—¿Habrías venido si no me hubiera dejado la chaqueta?

—Seguramente. Me pareciste alguien interesante y tuve ganas de conocerte. Mi familia y yo siempre elegimos un lugar donde viajar en verano. No pretendíamos quedarnos tanto en Grecia y, cuando preguntaron dónde habíamos elegido, dije: ¿Por qué no España? Así mi padre podría recordar su infancia. Nació cerca de aquí.

—Y en concreto a una ciudad en la que vive la chica que me encontré y me enamoré perdidamente en Grecia. Ella es Cenicienta y yo el príncipe —terminé por él—. Pero en vez de tener un zapato de cristal tenías una chaqueta. Cutre.

Nos reímos a carcajadas y seguimos andando tranquilamente. La tensión que sentía al comienzo se disipó poco a poco y comencé a sonreír más a menudo. Aunque no lo superaba del todo, me seguía sorprendiendo que estuviera ahí. Seguro que me levantaría al día siguiente creyendo que fue un sueño, pero él seguiría ahí para despertarme de nuevo.

¿En qué clase de película me encontraba? Y mejor, ¿alguien podía chivarme el final?

—¿Eso significa que te quedas en Tossa?

—Todo el verano, hasta finales de agosto. Espero que me enseñes la ciudad algún día. Me parece bastante bonita y solo he visto unas cuantas calles. Casi me pierdo.

—Estás loco, Gael.

—Me gusta cómo suena mi nombre en ti.

—Eres todo un seductor. Creo que yo no soy la única atrevida.

—Perdona, pero la que se lanzó fuiste vos, querida. Me superas por poco. Si te digo la verdad, no esperaba encontrarme con alguien como tú. Llegué tarde al hotel por tu culpa, que lo sepas.

—No me eches la culpa, podrías haberme detenido y no lo hiciste.

—Como si fuera tan fácil.

Me volví a reír y la sonrisa se quedó pegada en mi rostro. Era de las pocas veces que me pasaba. Cuando salía a tomar algo con mi grupo de amigos también solía ocurrirme, pero nunca me había pasado con alguien desconocido como él. Normalmente, conocía más a las personas con las que acababa pasando la noche. No sabía exactamente qué fue lo que pasó en ese momento.

Dimos la vuelta cuando llegamos más o menos a la mitad de toda la playa y seguimos andando de regreso. Hablamos de cualquier tema sin importancia hasta que subimos por las escaleras para llegar a la calle principal. Miré la hora y sus ojos se juntaron con los míos como lo hicieron por primera vez.

—Creo que ya tengo que irme.

—Sí, claro. ¿Podemos vernos otro día? —Asentí y sacó su móvil, lo desbloqueó y me lo dio—. ¿Me das tu número?

—Será todo un placer para mi amor fugaz de Grecia.

Puse mi número en un nuevo contacto con el nombre de “*Querida Daring*”. Lo guardé sin avisarle y le di el móvil con una sonrisa. Me acerqué a él y posé un beso en su mejilla antes de irme con una sonrisa divertida.

—Nos vemos.

Me puse las chancas y me di la vuelta, yendo en dirección a mi casa. No me di la vuelta en ningún momento, por lo que no supe por dónde fue ni cuándo se movió del lugar. Quizá se había quedado parado como hizo en la tienda. Sostuve mi mirada al frente y no me detuve en ningún momento.

Abrí la puerta de casa y descubrí a papá y mamá viendo la televisión en el sofá. Me sonrieron cuando entré, como cada noche, pero una expresión nueva cruzó su cara acompañado del ceño fruncido: sorpresa, confusión... Sonreí, sabiendo lo que pensaban cuando bajaron la vista a mi brazo.

—¿Esa es la chaqueta que...? —comenzó a preguntar mamá, pero le corté.

—Adivinad qué chico miró el DNI de una chica por accidente y descubrió dónde vivía. Lo que utilizó para devolverle la chaqueta que se dejó. Ese chico está loco. Ha venido desde Grecia a Tossa mientras vive en Nueva York. Se ha recorrido el mundo en un momento.

—No tengo palabras —confesó papá—. ¿Cómo te ha encontrado?

—Ha estado recorriendo Tossa todo el día hasta que me ha visto en la playa trabajando. Cuando iba a cerrar, me encontré con la chaqueta colgando en la puerta y él detrás. Hemos estado hablando. Se va a quedar el verano entero.

—Eso suena a que alguien se enamoró de una muchacha en Grecia y quiso volver a encontrarse con ella, rompiendo distancias y barreras, para que su amor se hiciera realidad.

—Mamá, eres una exagerada enamorada. Sé que soy inolvidable pero tampoco tiene que perseguirme hasta aquí. —Me acerqué a ellos y posé un beso en sus mejillas—. Me voy a dormir. Buenas noches.

—Descansa, princesita. —Sonreí al apodo que aún me ponía papá y subí a mi habitación.

Dejé la chaqueta encima de la cama y me eché en ella, cansada del día que había tenido. El trabajo me encantaba, pero a veces era agotador. Igualmente, era la chica más feliz del mundo. Cogí el móvil y encontré un mensaje de un número raro y desconocido. Supe quién era al instante.

**Gael**  
Hello,

**Tracy**  
Hello,

## 5. CONTRATADO

*Conseguiste entrar en mi círculo.  
Dejé que lo hicieras y te empujé para ello.  
Bienvenido, handsome,  
siéntete como en casa.*

Me tomé mi café con leche de la mañana mientras miraba la televisión desde la mesa del comedor. Mamá siempre veía series que tenía grabadas, nunca se cansaba de ver lo mismo una y otra vez. Casi me sabía de memoria los diálogos. Cogí el móvil cuando sonó y contesté a varios grupos que no paraban de mandar mensajes. A veces tenía ganas de silenciarlos a todos, por pesados.

Se oyó la puerta de entrada y Dani miró quién entró desde su sitio, inclinándose a un lado. Se rio a carcajadas cuando supo quién era y volvió a sus asuntos con el ordenador. Papá bajó por las escaleras con su cámara y casi se chocó con Clary, que pasaba a toda velocidad por el pasillo con una carpeta.

—Perdón, tito. ¿Qué tal con el trabajo?

—Perfectamente, aunque casi acabas con él de un plumazo.

Le dedicó una sonrisa inocente y de disculpa y se sentó en la mesa a mi lado. Puso la carpeta encima de ella y me la pasó, queriéndome decir que podía y debía verla. Lo entendí con solo mirar la expresión que me dedicaba. Fruncí el ceño y la abrí para descubrir lo que había dentro.

Miles de papeles. Miles de fotos. No era de mirar muchos papeles, a no ser que fueran libros de los que me gustaba leer y que tenía papá desde pequeño. Solía leer más en vacaciones de verano, pues luego eran todos libros de clase. Comencé con la lectura a los doce años y, en vez de comprarme libros y libros, papá me recomendó varios que tenía como nuevos en casa. Me encantaron todos y amaba comentarlos con él.

—¿Qué narices es esto?

—Ya que tú no vas a trabajar en la cafetería ayudando a tu querida familia, nos hemos visto obligados a tener que contratar a alguien más. Roxy y yo no podemos solas si queremos tener algún tipo de respiro y no morir en el intento. Son currículums que hay que mirar para llamar a alguien esta misma tarde y decirle que está contratado. Hay una estrellita dibujada en los que más le gustan a tu madre, pues ya les ha hecho la entrevista a todos.

—Has venido al sitio adecuado y en el momento adecuado —dije, bajando las piernas de la silla de enfrente en la que me estaba apoyando—. Es mi día libre. ¿Quieres que te ayude a mirar? No tengo nada mejor que hacer.

—Te amo, primita. Sabía que podía contar contigo.

Me dio un montón de papeles y volví a apoyarme en la silla de enfrente. A los cinco minutos, mi madre se levantó del sofá, cogió sus gafas y alargó una mano hacia nosotras. Papá

estaba mirando unas fotos desde su cámara y pasándolas al ordenador. Cada día tenía que hacer algo diferente, no sabía cómo se centraba tan bien. Y además ayudaba varias veces en situaciones extremas en el restaurante. Hacía de todo.

—Pásame unos cuantos, yo os ayudo.

Le pasé unos pocos de los míos y nos pusimos a ello. Teníamos dos montones formados en la mesa: los que quizá podían ser contratados y los que ni de broma formarían parte del restaurante. Al final de la mañana, ya teníamos casi todos terminados. Nos quedaba elegir entre los que podían ser posibles de contratación. Todos me parecieron bastante interesantes y otros habían hecho de todo. De todas formas, me parecía increíble la cantidad de gente que quería trabajar allí. El negocio de mamá no podía ir mejor.

Dejé el último que me quedaba en el montón del “ni de broma” y suspiré. Papá y Daniel se habían unido para la fotografía, editando y eligiendo las fotografías adecuadas. Nosotras tres nos pusimos de lleno con la búsqueda de un nuevo miembro de nuestro gran hijo: el restaurante.

—Vale, aquí hay cuatro bastante interesantes.

—Yo aquí tengo dos que va a ser muy difícil decir a uno que no —dijo mamá, fijándose en uno en concreto. Vi pasar una mirada de confusión por su rostro, pero desapareció pronto—. Tienen pocos años y mucha experiencia. Mirad.

Se levantó y se sentó a nuestro lado. Miró los que habíamos escogido nosotras y cogí los que ella había elegido. Leí el primer nombre y no supe si echarme a reír o escupir el trago de zumo que justo estaba tomando. Se me atragantó y comencé a toser y a reír a la vez. Hasta mi padre se giró para ver si estaba bien. Daniel frunció el ceño a su lado.

—Sí... Tiene mucha experiencia. Hasta cocina, creo que os vendrá muy bien tener a alguien que sepa cocinar mejor que vosotras dos.

—¿Estás bien? —preguntó mamá.

—Estupendamente —afirmé. Tiré el papel encima de la mesa y me levanté para tirar el zumo que había vaciado a la basura—. Os presento a mi amor fugaz de Grecia: Gael Lanes.

Mi madre abrió los ojos como platos y cogió el papel de nuevo con rapidez, casi rompiéndolo por la fuerza con la que lo había agarrado. Clary se levantó para estar a su lado y lo miró con ella. No quitaron la vista del papel en varios segundos, mientras mi sonrisa no podía desaparecer. Esas casualidades me daban demasiado miedo, pero, como decía papá, el destino era el destino.

—Joder... Es...

—¿Guapo? Bastante —admití, terminando la frase de Clary.

Me volví a sentar y comencé a peinar mi pelo con las manos. Pillé un pequeño enredo en una de mis mechas y lo intenté quitar, con éxito. Hacía mucho que me cambiaba el color del pelo, aunque seguía en su color natural. Me explico: mi color marrón tenía mechas rubias por todo el pelo, lo que hacía que me encantara aún más. En realidad, tenía todas las puntas de rubio. En septiembre, me lo cambiaría a morado, era mi siguiente opción. Me propuse hacía un año teñirme cada año de un color. Me encantaba jugar con los colores.

Mamá decía todo el rato que debería cortármelo más, que luego me quejaba del calor que tenía, pero así era como a mí me encantaba. Amaba el pelo largo, tanto en chicos como en chicas. Además, ella a mi edad lo tenía aún más largo que yo. En las fotos que tenía con papá, los dos eran guapísimos, al igual que en ese momento, y conservaban su belleza bastante bien, como los famosos. Me reí interiormente por esa comparación y sacudí la cabeza ligeramente.



—Mira el novio de tu hija, cielo. —Sonrió mamá, levantándose para dar el papel a papá. Rodé los ojos, sabía lo que pensaban solo con esa mirada—. Me acuerdo de él en la entrevista, cuando fue a darme su currículum. Me atrajo bastante, la verdad. ¿A que es mono?

—*Wow...* Nada comparado conmigo, yo a su edad lo era más.

—Te has vuelto un egocéntrico.

—Porque desde que estoy con una reina me siento el hombre más afortunado del mundo y nadie puede superarme en eso.

—*Agh*, papá, por favor. —Rodó los ojos Daniel a su lado.

—No os quejéis tanto. Cuando crezcáis, rezaréis para encontrar a alguien como vuestro padre —contraatacó mamá.

Desviamos la mirada porque sabíamos lo que venía. Estábamos acostumbrados a esas muestras de cariño que tenían y no me parecían mal, pero me hacían sentir un poco incómoda. De todas maneras, tenía razón, si quisiera a alguien de verdad, desearía que fuera así siempre. Ellos habían conseguido reinar su vida y su familia de amor y cariño. Mis verdaderos ejemplos a seguir eran ellos.

De todas formas, como yo no estaba hecha para las relaciones, al menos en esa etapa de mi vida, pues no me preocupaba en ese momento. Los “te amo” y los “te quiero por siempre” podían darse la vuelta que a mí no me rozaban ni un pelo. Ya lo hicieron bastante.

—Pues decidido —exclamó Clary, sacando el móvil y apuntando el número de Gael—. Está contratado. Joven, con experiencia y de la familia.

—Guarda los otros, los voy a necesitar para cuando acabe el verano.

Ella asintió en dirección a mi madre y se dispuso a llamar a Gael. Mamá negó con la cabeza y exigió con un gesto que le dejara a ella. Le pasó el móvil y carraspeó cuando pulsó el botón de llamada. Tardó dos tonos en contestar. Mamá sonrió y lo puso en altavoz para que todos lo escucháramos.

No pude evitar rodar los ojos, ella no comprendía que no iba a tener nada serio con él por el simple hecho de ser de otro país mucho más lejano... Y porque no soportaba las relaciones a distancia y, bueno, en ese momento, ni las relaciones en general. Aunque, pensándolo mejor, seguro que lo sabía y lo hacía para fastidiarme de broma. Las madres eran así.

—¿Sí?

—¿Hablo con Gael Lanes?

—Sí... —Ni siquiera le dejó seguir hablando.

—Bien, encantada. Soy Roxanne, encargada del restaurante en el que entregaste el currículum. Me complace decirte que estás contratado para la jornada de verano. ¿Podrías empezar mañana mismo?

—Claro, no tendría ningún problema.

—Pues perfecto. Necesito que estés allí a las diez de la mañana. Te lo enseñaré yo todo personalmente junto con la información correspondiente.

—Allí estaré. Muchas gracias por todo.

—A ti, Gael. Nos vemos.

Colgó y sonrió aún más cuando le devolvió el móvil a Clary. Me hacía gracia, siempre trataba de “usted” a todo el mundo con el que no tenía mucha confianza y con Gael no lo había hecho. No me podía creer que tantas cosas nos estuvieran uniendo. Papá me había pegado la costumbre echar la culpa al destino. Siempre decía que no era justo echar la culpa a los demás, por lo que siempre se la echaba al destino o a las casualidades. Demasiadas estaban

ocurriendo en pocos días como para creerlas todas al mismo tiempo. Parecían algo irreal.

Uno de esos dos fenómenos, destino o casualidad, quería que Gael se integrara en mi mundo personal. Pues lo iba a tener difícil, mucho. A Tracy ya no la engañaban tan fácilmente como la tonta adolescente que era hacía años. El destino me hizo despertar y lo comprendí al instante. Había escuchado demasiadas historias de papá como para darme cuenta de que ese era el momento de levantarse.

—Me gusta su voz. Tiene un acento reconocible, pero raro a la vez. Pásame su número, Clary. —Me miró—. ¿Te vienes mañana a enseñarle el local? Seguro que se alegra de verte allí.

—Quizá por la tarde, que tengo libre.

El móvil de papá sonó de repente y lo cogió sin ni siquiera mirar quién era. Cuando estaba concentrado en algo lo hacía casi siempre. Lo gracioso era cuando hablaba en su tono formal y en realidad llamaba algún amigo o familiar. Todos nos reíamos de él y nos odiaba un poquito por ello.

—Estudio fotográfico de Kyle. ¿Qué desea?

—Espero que algún día aprendas que en la pantalla cuando te llamo sale mi nombre o como quieras que me tengas puesta, querido fotógrafo Kyle.

—Estaba centrado, Naira. ¿Qué tal todo?

—Perfectamente. Te llamo de parte de Álex. El pobre tiene vergüenza y no sabe cómo pedirnos si se puede quedar a dormir unos días como hace todos los malditos veranos. ¿Ves como no era tan difícil? Ya tienes casi veintisiete años. Madura.

—¡Mamá!

—Dile que sí puede, que no hace falta que lo pida, solo que avise cuándo viene. Bien sabéis que tenéis las puertas abiertas.

—Muchas gracias, fotógrafo profesional. ¿Qué tal el sábado?

—Perfecto, le esperamos. —Colgó y dejó el móvil en la mesa—. Tenemos visita del querido tímido Álex. Ya casi veintisiete... No me puedo creer que haya crecido tanto. Aún recuerdo cuando tuve que conducir rápidamente por todo Madrid a las tantas de la madrugada para llegar al hospital.

—Fue un día intenso, la verdad —coincidió mamá—. ¿Ya os hemos contado la historia?

—Solo unas quinientas veces —respondió Dani rodando los ojos.

—No te quejes tanto, caballero andante, eras tú quien no parabas de suplicar que te la contaran de nuevo.

—Eso era de pequeño.

—Lo sigues siendo.

—Te odio, princesita bajita.

Él bien sabía que odiaba que me llamara así. Era un juego de niños, ya éramos lo suficiente mayores para esas cosas. Aunque me divertía llamarle aún mi caballero andante y él me lo devolvía con ese apodo. Supongo que tenía derecho a decirlo, no sin después quejarme, claro. Ya era costumbre. Además, todos me recordaban que era más baja de lo normal y yo ya me lo tomaba a risa, pues sabía que no lo decían con mala intención. No era mi culpa no llegar a 1,60.

—El sentimiento es mutuo, querido.

—Menos mal que le damos nosotros amor a la casa —oí decir a papá mientras se levantaba para abrazar a mamá.

Quizás me ponía incómoda que hicieran eso porque los envidiaba. En el fondo sabía que era así, pero estaba lo demasiado hondo como para no hacer el mínimo caso a ese sentimiento.

## 6. LA VISITA

*Los amigos siempre fueron algo más,  
esa familia en la que confías al cien por cien,  
la que te apoya siempre  
y la que se ríe contigo en todo momento.  
Ahí estaban ellos.*

Cerré la puerta con llave y la guardé en mi bolso trasero del pantalón. Roger me sonrió y caminamos juntos hasta la calle a la que daban las escaleras de la playa. Él vivía cerca también, pero al lado contrario de mi casa. A veces le acompañaba cuando terminábamos más pronto de lo normal y otras me invitaba a entrar a tomar algo. Me estaba encantando conocerlo más personalmente. Era tal y como lo imaginaba mientras lo veía en la tienda: una persona fantástica tanto por fuera como por dentro.

Le miré y rodó los ojos con una sonrisa. Sabía perfectamente lo que iba a decir, pero no dejaría de recordárselo por mucho que me lo dijera. Me preocupaba de verdad por él y por la tienda. Antes también lo hacía, pero era pequeña y no me atrevía a decir algo más que no fuera: “¿Puedo alquilar una barca, por favor?”.

—Recuerda llamarme si hay mucha gente. No me importa acercarme y echar una mano, ¿vale?

—Tracy, tranquila, llevo años haciéndolo solo. Por un día o dos, como ayer y hoy, no me muero por volver a hacerlo sin ayuda. Te llamaré si viene una horda de gente un mísero miércoles por la tarde.

—De verano en el que la costa está repleta de personas.

—Vete sin preocupaciones, querida, sé que te gusta el trabajo, pero también debes de tener tiempo libre para ti. Compréndelo.

—Lo entiendo. Suerte.

Asintió, tomó mi mano como hacía siempre y la rodeó con las suyas, dando un pequeño apretón. Mi sonrisa apareció y puse mi mano encima de la suya, terminando aquella espiral de apoyo y ternura. Nos soltamos sin decir nada y nos fuimos cada uno a nuestro lado. Recordé el primer día que me lo hizo, no lo comprendí, y hacía poco había comenzado a unir mi otra mano también.

*Nota mental: preguntar algún día qué significa para él hacer ese gesto. Quizá lo hiciera en agosto, cuando se cumpliera un mes de trabajo con él y ya tuviera algo más de confianza. Aunque sentía que nos conocíamos desde siempre, ya que comencé a verlo hacía ya cuatro años y varios antes en los que me daba piruletas. Era una relación de toda la vida.*

Fui a casa a comer y mamá comenzó a hablar del que ya me esperaba que entrara en la conversación de ese día: Gael. Acababa de entrar a trabajar por la mañana y mi madre no

dejaba de sonreír, mirándome, cuando hablaba de él.

—Es muy trabajador y ha pillado todo a la primera. Acabo de dejarle ir a casa.

—¿Cuándo vuelve a entrar? —pregunté.

—A las seis. Hay un horario del restaurante en la cocina con todos los que trabajamos allí.

—Asentí. Era verdad, no me acordaba. Tenía que cambiarlo cada poco porque Clary y yo estudiábamos y solo trabajábamos en verano. Menos este, que yo no lo hacía—. ¿Vienes esta tarde?

—Sí, quiero ver la cara que se le queda al ver de quién es verdaderamente el restaurante. ¿Quién es en realidad la misteriosa jefa y qué tiene que ver con la querida chica de Grecia?

—Me eché a reír por mi tono de voz exagerado—. ¿Le habéis dicho algo?

—Nada de nada.

Podía imaginarme su expresión en ese momento, pero verlo en persona debía ser de lo más divertido. Decidido, tenía que ir. Debía enterarse algún día.

Las horas se pasaron volando. Me puse lo más cómodo que tenía y salí con el pelo suelto, como a mí me gustaba, aunque a veces me rendía y me hacía una coleta por el calor. Por suerte, en el restaurante había aire acondicionado para el verano y calefacción para el invierno. Mis padres habían hecho un gran trabajo montando todo aquello.

Anduve tranquila hasta el restaurante para llegar a la hora justa a la que había quedado y entré. Había un poco de gente tomando algo en las mesas. Mamá sirvió a una que tenía cerca y me guiñó un ojo, indicándome con la mirada que estaba en la cocina.

—¡Tracy! —exclamó Clary, saliendo de la barra para abrazarme—. Tu príncipe azul está dentro. Acaba de venir, lo que significa que tengo la tarde libre. ¿Tomamos algo?

—Claro, ahora voy. Vete cogiendo sitio, yo llevo las bebidas.

—Perfecto. Café, ya sabes cómo.

Sonreí y entré en la barra como una camarera más, aunque me faltaba el delantal, cuyo dueño en ese instante era Gael. Cogí dos tazas y comencé a hacer el café como me había enseñado mamá desde muy pequeña, pues recordaba en mis ratos libre estar allí con ella. La verdad era que no me entusiasmaba mucho hacerlo, pero por una vez no me importaba. Otra cosa era hacerlo continuamente, eso ya sí que no lo soportaba, pues la presión me ponía muy nerviosa y ese restaurante cada vez tenía más clientela.

La puerta se abrió, dejando ver a un Gael sonriente que cambió totalmente su expresión al verme. Abrió los ojos como plato. Me eché a reír a carcajadas y puse el café en las tazas. Uno con un poco de leche, como le gustaba a Clary, y otro con más, el mío.

—¿Qué haces aquí, Tracy? Espero que no me estés siguiendo.

—Podría decirte lo mismo, Gael. —Coloqué las tazas en los platos correspondientes con un sobre de azúcar y una pequeña pasta en cada uno—. ¿No te lo han contado?

—¿Qué me he perdido?

—Cóbrame esto, cariño —dijo mi madre, apareciendo con una cuenta y un billete. Asentí y lo cogí—. Gael, qué bien que ya estás aquí. Vete preparando más patatas, ya casi se me terminan.

—Claro.

Le di el cambio correspondiente y se esfumó. Sonreí a Gael, que se había quedado mirándome sin habla. Cogí las tazas e hice el ademán de irme con estilo, que en ese momento me salió solo. Su voz volvió a sonar y me detuve para mirarlo con una sonrisa de suficiencia.

—Sabía que Roxy se me parecía a alguien. ¿Es tu madre?

—Sí, y Clary una especie de prima. Que sepas que estabas muy igualado con otra persona y, gracias a mí, estás aquí. De nada.

—Gracias, pero... Te juro que no sabía que era tu...

—Tranquilo, solo acabas de ocupar mi puesto. Soy yo la que debería agradecerte, yo no quería venir más a trabajar. Sobre todo porque odio hacer café.

—Y aún así acabas de hacerlo. Creo que no soy el único loco.

—Yo nunca lo he negado. La locura es bonita. Ah, y bienvenido a la familia, Gael.

Le guiñé un ojo y fui a la mesa en la que estaba Clary. Puse los cafés y me senté enfrente mientras no dejaba de sonreír. El rostro con el que le había dejado era de lo mejor que había visto nunca. Mi prima frunció el ceño y miró a Gael, luego a mí.

—Le he dejado flipando.

\*\*

—Tenga un buen día.

Me sonrió y yo le devolví el gesto con cariño. La gente que sonreía me caía bien, me alegraba el día un poco más y me daba una nueva razón de estar trabajando allí. Sonó el teléfono y lo cogí mientras atendía a la siguiente persona a la vez. Un flotador pequeño azul, ¿dónde narices estaban? Asentí con la cabeza y enseñé un dedo para indicarle que esperara un momento. ¿Quién dijo que no se podían hacer dos cosas a la vez? Aficionados.

—¿...Una barca para las diez de la noche?

—Claro, ¿por cuánto tiempo aproximadamente?

Busqué en la caja grande y encontré el flotador. Sonreí al aire y volví a la tienda con la agenda de los alquileres en la mano y el bolígrafo colocado en mi oreja. Di el objeto a la chica y me dio el dinero justo, lo cual agradecí. Apunté la cita de la barca a las diez por una hora y colgué, no sin agradecer antes por haber llamado. A veces se me almacenaba el trabajo y no entendía cómo era que Roger podía con todo eso solo.

Justo cuando lo pensé, apareció por la puerta de la tienda de alquiler. La tienda tenía una bonita forma por dentro. La zona de alquileres estaba pegando con la ella, por dentro solo los separaba un pequeño escalón con el que me había tropezado varias veces ya. Era divertido ver a Roger avisarme cada dos por tres de que había un escalón y debía tener cuidado.

—¿Te ayudo en algo?

—Los pedidos, por favor. Ordénamelos un poco. Los escribo tan rápido que a veces no entiendo ni mi propia letra. Están encargando muchas personas para este fin de semana también.

—Se piensan que se van a quedar sin barca, pero lo que ellos no saben es que tengo muchas. Las oleadas de pedidos ya no me dejarán nunca sin barcas, ni barcos, ni tablas, ni trajes disponibles... Ni nada, nunca más. Aprendí de mi error de creer que no iba a tener gente.

Asentí con una sonrisa, que se convertiría en una risa si no fuera porque tenía que atender al siguiente cliente. A las diez de la noche, Roger atendió a los que me habían llamado antes y luego se fue. Su turno había terminado. A mí me tocaba cerrar cuando todo se devolviera a la tienda de alquiler.

Me aseguré de que todo estaba dentro y de que no se me olvidaba nada y cerré la tienda de objetos de playa. Cerraba a las nueve junto con la de alquiler pero, si había algo alquilado,

tenía que quedarme hasta que volviera a mis manos. Todo debía de acabar en su lugar. Mientras la tienda estaba cerrada y los alquileres abiertos, tenía un tiempo libre en el que muchas veces no tenía nada que hacer.

Cerré con llave la puerta de las dos tiendas y salí sin prisa hacia la orilla para asegurarme, como todas las noches, de que todo estaba en su sitio y en adecuadas condiciones.

—¿Es que nadie trabaja aquí o qué?

Me detuve un momento al reconocer la voz y sonreí, siguiéndole el juego. Carraspeé al chico que estaba delante de la tienda cerrada y puso los brazos en la cintura, como si fuera un cliente cabreado y decepcionado por el servicio.

—Perdone, pero ya ha cerrado.

—A las nueve y media de la noche en un verano así de cálido no puede cerrar. Es un insulto para los amantes del mar como yo.

—Le aconsejo que te des un baño, el agua está genial. Tenemos neoprenos y tablas si le apetece.

Nos echamos a reír a carcajadas y lo abracé en cuanto se acercó. Hacía tanto que no lo veía... Dos semanas y media para ser exactos. Se convirtió en mi amigo cuando lo conocí en el instituto. Repitió cuarto de la ESO y yo ese año pasé a ese curso. Nunca había suspendido nada a pesar de que me habían dicho que parecía mayor. No lo entendía, yo me sentía más joven que nunca.

Él era alto, más que yo, moreno y tenía unos ojos que eran extraños. Eran como los míos, marrones, pero de un tono más claro, como arena. No, más oscuros. Un punto medio que los hacía especiales. Cuando comencé a tomar confianza con él, me atreví a quedarme viéndolos minutos sin pasar vergüenza de ningún tipo. Años antes había sido demasiado vergonzosa, pero eso eran otros tiempos.

—Me alegro de verte, Eric. Creía que ya no te importaba y no ibas a venir a visitarme nunca.

—Si hubiera sabido que trabajabas aquí, habría venido antes. He ido esta mañana a tu restaurante y tu madre me ha dicho que ahora estabas aquí. Ya sabes que estaba de viaje y no he podido venir antes. Y no te quejes de eso que tú también has viajado. ¿Qué tal en Grecia?

—Una completa pasada. Creo que volveré algún día para verlo por completo y con lentitud. ¿Podemos seguir hablando mientras vamos al puerto? Sigo trabajando.

—Claro, yo te ayudo.

Me habló de su viaje a Finlandia y todo lo que vio. Estuvo allí dos semanas, por lo que tuvo tiempo de ver bastantes cosas. Hablamos de las últimas novedades, de todo lo que haríamos en el futuro. Él era uno de los pocos con los que quería seguir teniendo contacto a pesar de la distancia. Ese era el gran obstáculo de cualquier relación y el que demostraba realmente quién estaba y quién lo hacía solo por interés.

Me ayudó a atar varias barcas con un nudo que sabía que iba a ser difícil de deshacer al día siguiente. Me acordaría de él de mala manera por hacérmelo tan complicado. La pareja que había alquilado la última barca del día volvieron unos minutos antes para decirme que ya habían terminado con lo que pidieron, pero les ahorré el paseo, puesto que ya estaba allí.

—Y así son mis días. A veces termino a las diez, otros a las doce...

—¿Cuándo cenas?

—Cuando llego a casa. No importa la hora.

—Déjame invitarte a algo. Te recuerdo que te debo el dinero que me dejaste en Italia.  
—Creía que nunca oiría eso.



## 7. “celos”

*Nunca distinguí muy bien la diferencia  
entre familia y amigos.  
Creí sabiendo que todo amigo  
era parte de la familia.  
Y siempre defenderé tal idea.*

Estuvimos hablando y riendo la mayor parte de la cena mientras recordábamos momentos del instituto que me prometí no olvidar nunca. Me gustaba poseer recuerdos bonitos que poder tener en mente siempre que quisiera. Los malos tenían que ser opacados por ellos, a pesar de que a veces también eran necesarios.

A su vez, debía aceptar que todo había terminado. En septiembre comenzaría una nueva etapa: nuevos amigos, nuevas experiencias y todo un futuro que construir en la Universidad. Mi mente no dejaba de recordármelo y los nervios cada vez jugaban más conmigo.

Cuando salimos de allí, nos permitimos ponernos melancólicos mientras me acompañaba a casa. Quería sacar todos mis miedos: como era la separación de todos los que me caían bien, de todos mis amigos, de todos mis compañeros de vida que había tenido por el momento. Quería que esa unión nunca llegara a romperse. Sabía que sería difícil, que el futuro era incierto, pero esperaba que eso al menos se cumpliera, que nuestra amistad permaneciera intacta. Y, por supuesto, que vinieran muchas nuevas.

—¿Ya sabes dónde vas a ir? —preguntó.

—Pues... No, he echado la solicitud en muchas universidades. Comprobaré que me admiten en ellas y entonces elegiré la que más me guste en ese momento. ¿Y tú?

—Valencia. No estaré lejos. Además, cuando vengamos a ver a nuestras familias, podremos quedar todos. Navidad, Semana Santa, verano... En esas fiestas estaremos juntos. Nos veremos más a menudo de lo que piensas, ya lo verás.

—Sí, en eso tienes razón.

—Y tenemos el móvil, las redes sociales... —Levantó mi rostro, sosteniéndolo con una mano—. Vías de comunicación nos sobran, Tracy. No te preocupes, yo no dejaré de hablarte.

—Gracias, yo tampoco.

Unimos nuestras frentes con una sonrisa y lo abracé con fuerza. No dudaba de ello, sabía que nuestra amistad sería eterna. Reconocía que una vez me gustó, tuvimos algo en su momento, pero era en esa época en la que comenzaba a comprender que yo no entendía el amor, que esas cosas no eran para mí, que prefería ser un águila que volara libre.

Me cogió una mano para hacer una reverencia y posar un beso en ella, lo cual provocó que me riera. En el fondo sabía que nos parecíamos. Teníamos algo ahí que nos unía y no dejaba que nada nos separara. Lo supe desde que lo conocí. Bueno, quizá un poco más tarde, al

comienzo le odiaba con todas mis fuerzas.

El amor vino mucho más tarde.

Y el cariño un poco después, desvaneciendo lo anterior.

—Te quiero mucho, pequeña gigante, no lo olvides. Estaré en Valencia por si me necesitas. Mi piso alquilado siempre será tu piso alquilado.

—Así no queda tan romántico.

—Es lo que hay. Soy un pobre universitario, no un millonario.

—Mi piso alquilado de un lugar que aún nadie sabe será también tu piso alquilado. Ven a hablar de todo conmigo, hasta podemos hacernos alguna videollamada. Yo te aconsejaré bien, ya sabes.

—Lo sé. Si alguien me hace daño, ¿puedes convertirte en mi agente especial y personal?

—Y en tu asesina y abogada también. Aunque, ¿a quién queremos engañar? El día que a ti te rompan el corazón, la humanidad se extinguirá. Tenemos el corazón de piedra, ¿recuerdas?

—La risa inundó el espacio por un segundo y seguí—. ¿Nos veremos de nuevo antes de que te vayas?

En el fondo sabía que lo decía de broma. Los dos relatábamos que teníamos el corazón de piedra porque algún día nos lo rompieron hasta hacerlo añicos. Ya no permitíamos que nadie lo volviera a hacer. En el fondo sabíamos que, en un futuro, alguien podría volver a hacernos lo mismo, pero al menos estaríamos ahí el uno para el otro para poder ayudar.

Era un promesa que nos hicimos un día, después de comprender que esa amistad iba a ser para siempre.

—Eso no se pregunta. Iré cuando pueda a recogerte al trabajo y tomaremos algo. Te toca invitar a ti.

—Para eso puedes quedarte en tu casa —bromeé.

Nos reímos de nuevo y nos despedimos después de pasar minutos hablando. Siempre que era la hora de la despedida, seguíamos con nuestra conversación muchos minutos más. No podíamos controlarlo. Le vi torcer la esquina con su típica tranquilidad y sonreí. Solo me sacaba sonrisas.

\*\*

—¡Buenas tardes, querida familia!

—¿Aún no le habéis contado que no es nuestro primo de verdad? —preguntó Dani, echándose a reír. Mamá le dio una colleja y yo me reí por ello, tapándome la boca. Anastasia, por su parte, ni siquiera lo intentó ocultar.

—Es nuestra familia ahora, pero luego no se atreve a llamar él solito para pedir quedarse aquí unos días. Algunos adultos nunca crecerán —dije, negando con la cabeza. Cuando entró por la puerta, lo saludé como si no hubiera dicho nada—. ¡Álex! Qué alegría tenerte por aquí.

—Me alegro de veros. ¿Alguna novedad?

—Ninguna, ¿quieres ayudar en el restaurante? Buscan a alguien para que haga de camarero —murmuré y me llevé una colleja por parte de mi madre. Se había levantado a abrazar a Álex y me la dio de camino, sorprendiéndome.

Los demás se rieron conmigo. Mamá me dirigió una mirada asesina, pero yo no pude evitar la risa. Hasta veía a papá que estaba aguantándose. A mí no me engañaba. La verdad era que Álex intentó un año ayudar en el restaurante, pero digamos que ser camarero no se le

daba muy bien. Ni cocinar. Conclusión: no servía para ayudar allí. Cuando lo intentó, la cocina casi se convierte en un horno humano y perdimos varias cosas de la vajilla. Tuvimos que comprar otra, pero él no lo sabe, solo por no hacerle sentir peor de lo que ya se sentía.

—No le hagas caso. Lo dice porque hasta ella nos ha dejado abandonados. Hemos tenido que contratar a un... Digamos que a un conocido.

—¿Ah sí? Pues sí que me he perdido cosas. ¿Quién es ese conocido? ¿Y dónde trabajas entonces? ¿O te has revelado en contra de la sociedad y has declarado huelga de trabajo personal? Oh, ya sé, estás en tu año sabático.

—Siempre tan gracioso. —Bajé los pies de la silla en la que estaba sentada y me levanté para saludarlo con una sonrisa—. Trabajo en la tienda de la playa y el conocido es alguien con el que me choqué en Grecia. Quizá no es adecuado ni llamarlo siquiera conocido. ¿Y tú qué? ¿Consigues hacer algo productivo con tu vida?

—He decidido estudiar Economía. Comienzo este año. Y ya he sido productivo, enana, he trabajado todos estos años para que ahora el coste de la universidad corra por mi cuenta. ¿A que eso no lo puedes decir tú?

—Sí, he conseguido una beca por mis buenas notas. Supera eso, canijo.

—¿Canijo? Te saco ocho años.

—Perdóneme, faraón.

—Veo que nunca cambiarás.

—Quizá algún día, pero hoy no es ese día.

Me encogí de hombros y Álex rodó los ojos. Le di un beso en la mejilla y me volví a sentar. Nuestra relación era rara, pero nos llevábamos bien. Hablábamos a veces de nuestras parejas, de sus aventuras por la capital, de sus padres que eran dos enamorados apasionados como los míos. Teníamos charlas largas.

Eric mandó un mensaje por un grupo de una aplicación en el que también estaba Anastasia. Sus ojos me dijeron que era una buena noticia. Sabía que iba a decirme lo que era antes de darme tiempo a leerlo yo misma.

—Este viernes hay una fiesta. ¿Te apuntas, Álex?

—Eso no se pregunta.

—Yo paso. Sabes que odio ir de fiesta cuando tengo que trabajar al día siguiente —dije, escribiendo por el grupo que no iba. Todos en el grupo me bombardearon a mensajes y mi amiga se sentó a mi lado. Sabía bien lo que iba a decir.

—No me puedes fallar, Tracy. Tienes que ir, solo un ratito, por favor. Venga, anda. No me obligues a traer a Clary para obligarte a venir. Sabes que es muy capaz y yo aún más. Tengo muchos días por delante para hacerte ir.

—Bueno, me lo pensaré. ¿Y tú qué? —pregunté, mirando a Álex que nos miraba de pie junto a nosotras—. ¿Estás esperando acaso que te subamos la maleta como a los huéspedes especiales? Porque debo decirte que no tienes ese privilegio.

—Te adoro así, querida primita, aunque a veces me saques de quicio. —Me revolvió el pelo y le di un golpe flojo en el brazo para que apartara su mano de mi cabeza.

—Ahora se la subes tú, listilla, por hablar —dijo papá. No me podía creer que me dijera eso. Me giré a verle, estupefacta, y me devolvió una sonrisa. Miré el reloj y le saqué la lengua.

—Uy, qué pena. —Me levanté de nuevo y suspiré exageradamente—. Me quedaría a darte la bienvenida pero es tarde y tengo que trabajar.

—Te has librado por poco, princesita —susurró papá.

—Quizás a la próxima. Os quiero, hasta luego.

Salí con todo lo que necesitaba y, con Anastasia conmigo, seguí con mi jornada del día. Solo me quedaba la tarde y, al ser un sábado, los clientes se multiplicaban. Encontré a Roger un poco agobiado por la gente que ya había y me ocupé de la tienda mientras él se ocupaba de los alquileres y los pedidos. Mi amiga estuvo unos minutos con nosotros y luego se fue.

Al rato, nos cambiamos el lugar. Roger me dijo que unas personas estaban llegando y tenía que ir a atar las barcas. Asentí sin dudar y me dirigí allí con algo de prisa para no hacer esperar al cliente. Llegué a tiempo y me encargué de ellas mientras dejé que los que las habían ocupado se marcharan.

—¿Necesitas ayuda?

Sonreí al volver a escuchar su voz, después de días sin verlo ni saber de él, y negué, siguiendo con el nudo que había comenzado. Aunque sí que habíamos hablado algo por mensaje, pero desde el día anterior nada. Eran conversaciones cortas.

—No, gracias, puedo sola, es mi trabajo. Te creía desaparecido. ¿Qué tal en el restaurante? ¿Te trata bien mi familia?

—Especialmente bien, sí. Creo que les caigo bien.

—No te falta razón. —Me levanté cuando terminé con una y pasé a la siguiente—. Por un momento pensé que el trabajo te quitaba todo el tiempo. Creí que ya no ibas a visitarme.

—¿Le dices lo mismo a todos?

—¿Perdón? —Me había quedado sin palabras. Un *déjà vu* vino a mí y sonreí, casi pasando a risa, por poco—. Viniste el jueves, ¿verdad? Cuando me visitó Eric. Tranquilo, no tienes que estar celoso, es tan solo un amigo.

—¿Celoso?

—Sí, eso he dicho. ¿Vas a ser el típico que lo niegues? Puedes ahorrártelo, no vas a hacer que cambie de idea por mucho que lo intentes.

Terminé el nudo y me levanté, mirando una vez a mi barca, atada con candado y cuyas llaves solo tenía yo. Miré a Gael que fruncía el ceño y sonreí, rodando los ojos, se creía que había nacido ayer. Pues no, ya llevaba dieciocho años de vida, pocos para ciertas experiencias y demasiados para otras.

Miró a un lado con una sonrisa, como si le quedara poco para que su paciencia se terminara, y es que conmigo se necesitaba tener mucha. Quizá pareciera un angelito por fuera pero, por dentro, era más difícil de manejar.

—Bueno, pues me decidiré por aumentar tu ego y preguntar: ¿Un amigo?

—Me gusta tu actitud. Sí, un amigo de clase. Tuvimos algo, no te lo voy a negar, pero ya se acabó hace mucho.

—Eso suena a que es una historia larga.

—La cual aún no eres digno de escuchar —completé.

—Espero que algún día lo sea para saber la trepidante historia de la atrevida Tracy para descubrir sus oscuros secretos y adentrarme en su mundo.

—Quizá si sigues así consigues descubrirla. Tendrás que ganártelo, no es fácil que yo cuente cosas pasadas. Creo mucho en el presente y en el futuro. Me gusta vivirlos a tope.

—Ya veo, *daring*. Comienzo a acostumbrarme a ti.

—Siento decirte que esto solo es el comienzo, *handsome*. Aún te queda mucho por aprender.

—No me importa, soy buen estudiante.

## 8. PILLADO

*Ya no volvería a caer,  
ni a esperar algo fijo del futuro.  
El destino era quien mandaba.  
Me dejé llevar  
y seguí el rumbo del viento.*

Puse los ojos en blanco por décima vez en lo que iba de día. Roger ya se había ido y a mí me quedaban unas horas para cerrar. Anastasia me había ido a visitar para recordarme la fiesta de esa misma noche. Odiaba que el verano se me pasara tan rápido. No sentía pasar los días y aún suspiraba cada vez que veía el calendario. Tachaba los días cada vez que uno se acababa para contar los que quedaban hasta septiembre: mi nuevo comienzo.

Deseché esa idea de mi mente y giré a ver a mi amiga, que seguía hablando sentada en el escalón que separaba las dos tiendas. Cerré la agenda de los pedidos después de tachar los que ya estaban entregados y devueltos. Solo quedaba una devolución.

—Te he traído el vestido, lo mínimo que puedes hacer es llevarlo puesto. Más te vale que te vea con él o serás amiga muerta. ¿Quieres que te traiga los tacones que te gustan?

—Mañana tengo trabajo y ando mucho, no pienso llevar ni loca esos tacones. Ni ninguno, en realidad. Y me quedo hasta las tres, no más tarde.

—Quedamos que a las cuatro. No me seas aguafiestas, por fa...

—Vale, cuatro. No sé por qué me dejo convencer para estas cosas.

—Porque te gusta y tienes ganas, y lo sabes. Da igual que tengas trabajo, Roger es muy majo y también ha sido joven, seguro que te entiende. Lo pasaremos bien.

—Eso no lo dudo, y no metas a Roger, me tomaré una buena tanda de café antes de venir y me convertiré en el nuevo zombi de Tossa. No pasa nada, solo es un día.

—Tú lo has dicho.

—Te odio, querida.

Las dos sabíamos que lo decía de broma. Amaba a esa pequeña diablesa que era mi amiga. Me sacó la lengua y seguí con el trabajo mientras ella me daba conversación. Podría pasarme toda la noche allí que ella tendría temas infinitos de los que hablar sin parar. Le había dicho varias veces que era como a una caja de música a la que le das mucha cuerda y tardaba en callar. Me reí a carcajadas cuando se lo recordé y ella me tiró unas chanclas rosas que vendíamos, las cuales me había descolocado. Hice el gesto para simular que se las iba a devolver, pero la engañé y las guardé en otra caja. No iba a comenzar una pelea ahí si con ello me arrepentía más tarde. Me había costado colocar todo en su sitio.

—¿Qué tal con Álex en casa?

—Nada mal. A veces nos ayuda con las compras. Siempre se entretiene más y pone la

excusa de que no encontraba nada. No quiere contarme la verdad. Baja la mirada cuando lo dice, por lo que ya sabes, miente.

—¿Chica a la vista? —Me encogí de hombro—. Yo no le he visto con nadie. ¿Le seguimos un día?

—Estás loca, no. Hablaré con él, me lo contará.

—Si tú lo dices...

Negué con la cabeza. Estaba segura de que me lo contaría, cualquier cosa. A no ser que fuera demasiado importante... No, lo sabría. Tenía la suficiente confianza con él como para que me lo explicara. O al menos eso creía. Tendría que ser muy secreto para que no me dijera algo.

Cerré la tienda y dejé todas las cajas colocadas tal y como estaban por la mañana, solo que con menos objetos, ya que se vendían con rapidez. Anastasia seguía dando vueltas para no aburrirse, esperando a que lo último que habíamos alquilado volviera a nuestras manos.

Dejé una caja encima de la otra y giré hacia ella, ya había terminado esa parte. Anastasia no lo parecía, pero era muy observadora y podía saber con solo mirarte si te ocurría algo. Yo solo podía hacer eso con los conocidos. Le enviaba un poco en ese aspecto. Estaría bien tener ese gran poder en ocasiones.

—El otro día fui al restaurante —comenzó a contar—. Vi a Clary, a ver cómo iba y parecía nerviosa al verme. Me fui rápido porque me estaba pegando el nerviosismo. ¿No le pasa contigo?

—Que yo sepa, no. Está normal. Quizá hizo algo que no debía justo antes de que llegaras. Tendría miedo de que la pillaras —bromeé.

—Qué bobadas dices. No puede hacer nada malo, hay cámaras y las revisáis cada poco, ¿no? Ella lo sabe bien.

—Solo estaba bromeando. Estaría nerviosa por un mensaje que acababa de ver o algo parecido. Aunque normalmente está así cuando está enamorada y no la he visto con muchos últimamente, la verdad. Quizá lo esté de Álex —bromeé. Me eché a reír a carcajadas y negué con la cabeza. Anastasia no reía, estaba seria, pensativa. Lo estaba pensando de verdad.

—¿No eran primos?

—No. Son primos como lo somos Clary y yo. Solo nos llamamos así por vernos tanto y porque nuestras familias son amigas desde hace años. En realidad no compartimos sangre ni nada por el estilo. ¿Estás pensándolo en serio?

—¿Quién sabe?

—Lo que tú digas, loca.

Los chicos que habían alquilado el material llegaron unos minutos después. Se lo agradecí con mi mejor sonrisa y ellos se fueron rápidamente. Coloqué el material a secar y decidí que ya podía irme. Revisé por última vez toda la tienda y asentí.

Cuando me giré para ver a Anastasia, tenía el vestido en la mano, mostrándomelo bien para que lo viera. Suspiré de manera exagerada y alargué la mano para confirmar que lo aprobaba. Sonrió y dio varios saltitos de alegría. Me lo entregó para ponérmelo ahí mismo y dejé mi otra ropa en una caja que no solíamos abrir porque no solía hacer falta. Solo tenía más material por si se nos acababa algún día. Me puse una nota mental: *no olvidar la ropa en la caja. Cógela por la mañana o se quedará allí para siempre.*

Asintió al verme, diciendo sin palabras que me veía bien, y me tendió la mano. La cogí sin pensarlo y nos fuimos las dos directamente a la fiesta. Cerré con llave, las guardé en mi

pequeño bolso que me había llevado Anastasia, pues había pensado en todo, y corrimos por la arena, riéndonos como dos niñas alegres. Con ella me sentía yo misma, libre.

Mandé un mensaje a mi madre, recordándole que iba a la fiesta y que volvía a las cuatro en punto. Si se lo prometía a ella, tenía que cumplirlo. Nunca había incumplido su horario. Además, al día siguiente tenía trabajo y odiaba ir de fiesta teniendo que madrugar. Yo necesitaba dormir mis horas para no matar a nadie o no tener un humor de perros. Era obvio que para el trabajo que tenía, cara al público, debía sonreír.

—Ya se lo he dicho a mi madre. ¿Quién más va a la fiesta?

—Creo que de clase los de siempre y alguno más, ya sabes, es verano. Vienen muchas personas nuevas de turismo y nadie sabe cómo acaban en una fiesta como esta. ¿Has invitado a Gael?

Me sorprendí al escuchar su nombre. Con el trabajo y la insistencia de Anastasia de ir a la fiesta no me había acordado de decirle algo. Además, no hablábamos tanto por mensaje. Desde que llegó nos habíamos tratado como amigos, como si nos acabáramos de conocer. Aunque, en cierta parte, era verdad. De todas maneras, el trabajo nos quitaba mucho tiempo a los dos.

Aún, aunque no quisiera admitirlo, me daba curiosidad saber la verdadera razón de que haber ido a aquella ciudad. No me valía la excusa de devolverme la chaqueta ni nada por el estilo. Era todo un misterio, como él. Me hice una nueva nota mental: *preguntar en un momento adecuado la verdad sobre su llegada. No te creas lo primero que te dice*. Gael tenía los ojos de niño bueno y te podría engañar si te miraba fijamente.

—Pues... Se me ha olvidado por completo. A la siguiente se lo propongo.

—Vaya, qué pena. Hace mucho que no lo veo. Bueno, el otro día en el restaurante. Tu madre parece estar contenta con él. Ya es uno en la familia, ¿a que sí?

—Sí, lo sé, no para de repetírmelo. —Carraspeé y puse la voz de mi madre—. Gael es un chico muy trabajador. Y guapo, obviamente, se ve a simple vista. ¿Sabes algo más de él? Aunque claro, con el trabajo no os veréis mucho. Le daré algún día libre más para que vaya a verte.

—En realidad, te está haciendo un favor. Sabe bien que os gustáis.

—Ay, por favor, qué bobadas. A mí no me gusta nadie. Además, nos estamos comportando como amigos. Lo de Grecia no ha vuelto a ocurrir.

—¿Ni un solo besito pequeñito?

—Nada de nada.

—Qué decepción.

Subimos una cuesta, nos introducimos en la ciudad y buscamos la discoteca que más nos gustaba y que habían abierto más o menos cuando nacimos. Digamos que habíamos crecido todos juntos. Estaba llena de gente, como todas las noches en verano. Recordé que el año pasado pudo permitirse una reforma y hacerse más grande, el jefe nos lo dijo personalmente. Nos conocíamos, éramos sus clientes habituales, añadiendo que Clary había trabajado allí varios años, excepto ese. Decidió no hacerlo, con todo el dolor de su corazón, porque quería disfrutar el verano anterior a la Universidad como ella deseaba. Además, no necesita el dinero, ahorró bastante con los anteriores trabajos y en ese momento tenía suficiente.

—¡Mira! Hay muchísima gente nueva.

Me reí por su ilusión y anduvimos entre la gente hasta que encontramos a algunos de nuestros amigos. Eric estaba allí y no dudé en abrazarlo hasta casi tirarlo al suelo. Me



alegraba de verlo, demasiado, aunque lleváramos poco sin encontrarnos. Eso no importaba.

—Justo a tiempo, nena —me gritó Eric para escucharlo—. ¿Os venís con nosotros? Estamos en la mesa de siempre con todos los demás.

—Eso no se pregunta.

Nos llevó a nuestra mesa, pues siempre íbamos a la misma, y nos sentamos después de saludar a todos. Normalmente comenzábamos ahí y luego salíamos al centro de la pista. Nos encantaba hacer el ridículo, era nuestra especialidad.

—¿Y ese chico con el que andas, Tracy?

—Su querido y fugaz amigo de Grecia —contestó Eric por mí, guiñándome un ojo.

—Tenemos que viajar allí todos juntos, como hicimos a Italia. Hasta podemos llamar a los mismos profesores para que nos acompañen —dijo Anastasia—. Ya lo haremos el siguiente verano. ¿Vamos a bailar?

Asentimos y nos levantamos, dejando los vasos en la mesa. Bailamos y bailamos hasta que mis pies dejaron de ser conscientes de lo que hacían. Llegaba un momento en el que ya estaba acostumbrada a la música y mis pies no dejaban de quejarse. Los ignoré, como de costumbre, y me dejé llevar.

Sentí un codazo en el brazo y Anastasia señaló con la mirada a un chico que acababa de girar la cabeza. Nos había estado mirando. Era alto y rubio. Sonreí cuando vi que volvía a intentar cruzar nuestra mirada, pero de reojo. Sabía bien que le habíamos pillado.

—Tienes un admirador secreto.

—Es una pena que hoy no pueda atenderlo. Quizá otro día. Ya son casi las cuatro y tengo que irme.

—Me suena de haberlo visto por la calle en algún momento... Puede que vaya a la playa y te encuentre allí. ¿Te imaginas? Otro amor fugaz que...

—No digas bobadas.

De nuevo, el destino giró e hizo lo que él quiso, como siempre. Seguro que nunca dejaba de escucharme y quería seguir mis pensamientos pero al contrario, para que comenzara a acostumbrarme de que iba a ser así de por vida y sin excepciones. Siguiendo los consejos de papá, lo seguí para ver dónde me llevaba.

*Sorpréndeme, destino, yo te sigo.*

## 9. CASUALIDAD

*Comenzaron los secretos  
y no siempre me cayeron bien.  
Nos rozábamos a veces,  
pero nunca quise una amistad con ellos.  
Algunos eran sorpresas, y no siempre buenas.*

**A**l día siguiente, sonó la alarma demasiado temprano para mi gusto. La apagué sin muchas ganas de nada y suspiré, no tenía ganas de trabajar, aunque al menos hacía lo que me gustaba. Me levanté mientras sentía que los pies me dolían por todos lados. No debí bailar tanto. Menos mal que llevaba zapatillas cómodas. Si hubiera ido con tacones, tendría que llamar a una grúa para que me llevara.

Desayuné con papá, que también se iba a esa hora, y hablamos un poco de todo. Mamá estaba contenta con el trabajo, Clary se llevaba bien con Gael y Álex ayudaba con algunas cosas de la casa. Aunque siempre le decíamos que no hacía falta, él siempre insistía.

—¿Qué sentiste el primer día de universidad? —pregunté. Recordaba el tema cada vez que veía a mis padres, pues se conocieron porque papá fue a Madrid y allí se vieron por primera vez. Aunque, de todas formas, el destino los habría juntado tarde o temprano, solo que, si se hubieran conocido como hermanastros, las cosas quizá no terminarían igual. Ya me ha contó papá un día que mamá no le hacía mucha gracia ese tema, pero que se querían y eso ya no se podía dar hacia atrás.

—Nervios, aunque no tantos, ya que compartía universidad con Steve y varias clases. Y ya sabes, conocí a tu madre allí. Disfruta de estos años, mi niña, van a ser los mejores. Además, se hacen miles de amigos nuevos y te pasan las cosas muy locas que nunca pensarías que te van a ocurrir. Va a ser increíble, ya verás.

—Espero que tengas razón.

—Siempre la tengo.

Me eché a reír y me guiñó un ojo. Me dio un beso en la mejilla antes de irse y yo me fui unos minutos después. Ya estaba más preparada para afrontar aquel día. Mi padre siempre me animaba.

Roger me dio la bienvenida con dos pedidos y tuve que salir a la playa en cuanto di dos pasos en la tienda. Estábamos ya solicitados. Di dos barcas a unos clientes y até otras tres que ya habían sido utilizadas. El día empezaba fuerte.

Recordé mi nota mental de la ropa que dejé en una caja antes de la fiesta y la metí de inmediato en el bolso que llevaba siempre. Entró perfectamente a pesar de su pequeño tamaño. No había cosa que no entrara en ese bolso si me lo proponía. Mis amigas lo llamaban el bolso de Doraemon. Se puede imaginar por qué fácilmente.

—Hoy ha sido más tranquilo que otros sábados. Me voy, Tracy, te dejo con el último pedido y recuerda cerrarlo todo con llave.

—Sin problemas.

Le di un beso en la mejilla y él me despidió con su apretón de manos que ya me era muy familiar. Siempre lo hacía. Comenzaba a acostumbrarme. No sabía qué iba a hacer cuando me fuera a estudiar y no lo tuviera cerca. Ojalá pudiera trabajar con él toda la vida.

Sonrió después de soltarme las manos y se fue con su paso tranquilo. Esperé unos minutos más para ver si alguien quería algo de la tienda y luego me dispuse a cerrar esa parte. Por la noche ya nadie quería nada.

—Hola.

Fruncí el ceño y giré para ver quién era. La voz no me sonaba de nada, así que supuse que era un cliente, pero ¿a esas horas? Cuando lo vi, disimulé lo mejor que pude mi asombro. Tragué saliva para no tartamudear al ver el rubio del que me acordé al instante. No podía creérmelo, Anastasia tenía razón, siempre la tenía. Debía hacer más caso a esa pequeña loca.

—Eres el chico de la fiesta.

—El mismo —dijo con una voz algo grave. Su sonrisa superficial se hizo presente y evité girar los ojos. No entendía el porqué de que sonriera de esa forma—. Veo que te fijaste en mí.

—Lo mismo digo porque, si estás aquí, y no creo que sea para comprar algo, es porque me mirabas mucho. No deberías hacerlo tan exagerado, casi me pongo roja.

Apoyé un codo en la barra de madera que separaba al cliente del vendedor y solté una sonora carcajada mientras yo negaba ligeramente con la cabeza. Parecía bastante simpático o al menos eso quería aparentar, no podía conocerlo con claridad. De todas formas, no había ido ahí para nada y los dos lo sabíamos.

—Te vi por la mañana y me dio algo de curiosidad por saber con quién me encontré en esa fiesta y no tuve oportunidad de conocer. No pensaba encontrarte aquí. Fue más bien casualidad. Es más, iba a ir a la siguiente fiesta para verte. ¿Vas a todas?

—Con este trabajo no puedo. Quizá a algunas. —Le tendí la mano. Él la aceptó con el ceño fruncido y yo sonreí de oreja a oreja—. Sofía.

—Hugo. —Solté mi mano de la suya y noté que quería alargar el encuentro. Aún no sabía qué quería conseguir. Conocerme sería raro, en ese puesto ya estaba Gael, aunque aún ni siquiera me creyera que estuviera ahí. Al menos él sabía mi nombre real—. ¿Eres de aquí?

—Vivo aquí. ¿Y tú?

—Bueno, podemos decir que sí. ¿Te apetece dar una vuelta?

—Siento defraudarte pero estoy trabajando. Tendrá que ser otro día, ya sabes dónde encontrarme. Y ahora, si me disculpas, tengo que cerrar esta parte de la tienda.

Se separó cuando me levanté de la barra y cerré con algo de esfuerzo esa parte que se volvió oscura por la falta de luz. Encendí la de al lado y vi cómo Hugo miraba el espacio donde solo entraban mis amigos o los clientes que habían alquilado algo. Miró varios papeles en silencio y me crucé de brazos para que se diera cuenta cuando volteara.

Me vio. Carraspeó y dejó la agenda que había cogido donde estaba. Su mirada se convirtió en algo que se parecía a la vergüenza, pero no lo vi tan claramente. Di unos cuantos pasos hacia él y cerré la agenda.

—No deberías mirar las cosas ajenas. Estás cogiendo demasiada confianza y la verdad es que no sé de dónde has salido.

—Solo quería saber en qué trabajabas. Entonces... ¿Qué tal si alquilo una barca por unos

minutitos?

—Que tienes que pagar.

—Tengo lo que sea. ¿Cuánto es?

Sonreí para seguirle el juego y cogí la agenda y el bolígrafo. Apunté la hora y después la que sería en media hora, apuntando también su nombre y el importe que tenía que pagar por ello. La volví a poner en la mesa y fui a buscar mi pequeña chaqueta y las llaves para salir a desatar la barca.

Él ya había dejado el dinero exacto en la mesa y yo lo guardé en la caja registradora. Salí en silencio y él me siguió, entendiendo que lo había aceptado. Cerré la puerta con llave cuando él salió y fuimos en silencio hacia el embarcadero. Los que encargaron la última barca acababan de volver.

—Dejadme a mí, yo me ocupo. Espero que hayáis disfrutado.

—Gracias. Buenas noches.

Asentí con mi mejor sonrisa y Hugo se encargó de devolverles el saludo. Sujeté la barca con una cuerda y esperé a que los clientes se alejaran para mirar con diversión a Hugo. Me levanté y le tendí el cordón que tenía con una sonrisa. Él me miró con el ceño fruncido, pero pronto sonrió, como si lo hubiera pensado mejor y ya sabía por qué hacía aquello.

Dio dos pasos para llegar hasta mí y cogió la cuerda.

—Aquí tiene su barca, caballero. Espero que pase una estancia agradable por el mar.

—Es una pena que no tenga acompañante. Voy a sentirme algo solitario navegando por estas tranquilas aguas.

—Siento decirle que eso no entra en el precio. —Solté la cuerda y pasé por su lado con paso seguro aunque algo exagerado para hacerle notar que comprendía lo que quería hacerme entender. Las personas éramos tan obvias cuando queríamos...

—¿Eso significa que no quieres venir conmigo? He alquilado una barca para ver el manto estrellado que nos cubre. Solo descansaremos tumbados para apreciarlo.

—Es una oferta tentadora.

Me di la vuelta y vi que tendía una mano hacia mí. Me eché a reír a carcajadas y anduve de vuelta al borde donde se encontraba la barca. Acepté su mano y me empujó suavemente hasta estar cerca de su rostro. Unos centímetros de distancia nos separaban de besarnos, pero se distanció demasiado pronto y se alejó con una sonrisa.

Acercó la barca lo suficiente para subir y su mano me ayudó a hacerlo con seguridad, a pesar de que se movía un poco por las aguas. Se subió después de mí y cogió los remos, pues se encargaría él. Se veía seguro. Quizás tenía más experiencia de la que creía.

—Bienvenida al viaje en barca a manos de Hugo. Esta noche le prometemos un camino por las estrellas, en compañía de la luna y las hermosas luces de la ciudad. Cualquier cosa que necesite, consúltelo con el capitán.

—¿Tengo que entender que eres tú?

—Pues claro.

Me reí a carcajadas y asentí, comprendiendo que no dejaba de bromear. Me gustaba su actitud de “intento ser divertido, lo consigo y lo sé. Puedes reírte sin problemas”. La conversación no se dirigió en ningún momento al ámbito personal, sino que lo pasamos bien hablando de cualquier tontería que se nos ocurría. La verdad, esa era de las charlas que más me gustaban cuando quería despreocuparme de todo. Luego había otros momentos en los que me sentía mal y prefería tener a alguien, como en ese instante tenía a Eric, para contarle todo,

recordar momentos inolvidables felices y llorar o reír un poco con él. A veces las dos cosas, aunque llorar riendo no me gustaba, no podía controlar ninguna de las dos cosas y acababa llorando por reír o llorando aún más con una risa nerviosa. Todo era tan raro.

Una de las mejores sensaciones del universo era saber que tenías a alguien en quien confiar ciegamente y poder contárselo todo. A veces costaba encontrar a aquella persona, pero era como el amor, llegaba sin buscarlo y en el momento en el que menos te esperabas, que a veces era cuando peor estabas y más lo necesitabas.

Hugo era como yo, daba la apariencia de ser despreocupado, que todo en su mundo era divertido y perfecto. Por dentro sabía que había algo más, algo que le atormentaba, pero solo daba la cara de fuera. Mostrar el interior a veces costaba mucho y había personas que nunca llegaban a enseñarlo por miedo a la traición y al dolor. Ese era mi caso, y lo sabía bien, pues había entregado parte de mí y la habían tirado a la basura como si no importara en absoluto. Se acaba comprendiendo que nadie volverá a valer la pena como para volver a entregarlo. Luego llega alguien y te sacude, convenciéndote tarde o temprano de que estabas equivocado. Aún no me había pasado, aunque Eric se acercaba mucho.

De todas formas, yo no obligaba a nadie a abrirse, porque sabía lo que costaba. Y en esos momentos de diversión sería cortar el buen rollo que había en el aire. No, nunca se me ocurriría hacerlo, a no ser que fuera estrictamente necesario.

La media hora se alargó hasta una más, y otra. Los minutos pasaron como segundos y el tiempo no corrió en nuestra mente. Debía confesar que la primera media hora fue divertida, la segunda se tornó cómoda y la tercera fueron sus besos los que me atraparon e hicieron que ya no contara el tiempo que pasaba.

\*\*

—¡Buenos días! —gritó Álex, bajando las escaleras como cada mañana. Su alegría me hacía reír y provocaba que una sonrisa se quedara en mi rostro—. Primita, ¿me has preparado algo para desayunar?

—No, para ti nada —bromeé, dejando su taza de café en la mesa del comedor—. Qué feliz estás. ¿Alguna desafortunada ha pasado por tu puerta y ha tenido la horrible decisión de tocar y entrar?

—Sé que me quieres muy en el fondo, pero... Quién sabe. Puede que alguien se haya asomado y conocido a esta hermosa persona que soy por dentro.

—Pues debe de tener muy buena vista. No necesito gafas y no la he visto por ningún lado. ¿Me ayudas a encontrarla?

Le di un beso en la mejilla con una sonrisa y él me sacó la lengua como siempre. Me senté a su lado, colocando las galletas entre nosotros, y le miré con ganas de saber más. Si no me había negado nada era que estaba en lo cierto. Todos los años me pedía que le presentara a alguna amiga mía, pero no congeniaban del todo bien, por lo que no pasaba nunca a una relación.

—¿Puedo saber quién es?

—Quizás te lo cuente más adelante. Queremos... Mantenerlo en secreto. Te la presentaré, pero no esperes que sea pronto. ¿Y tú? Estuve paseando ayer por la tienda, porque llegabas algo más tarde de lo habitual, y adivina lo que me encontré al acercarme al embarcadero.

Rodé los ojos y tomé un trago de mi café. Álex tenía fama de estar en el momento

adecuado en el lugar indicado. Odiaba que se enterara de todo sin ni siquiera planearlo. La verdad era que se enteraba de todos los rumores solo por casualidad y suerte. La suerte del tonto, como yo decía.

—Conocí a alguien en la fiesta y me encontró en la tienda. Quiso conocerme un poquito, no pudo evitarlo, ya sabes.

—Claro, cómo olvidar tu belleza de rubia teñida. ¿Le dijiste que en realidad eres castaña?

—Solo soy rubia en las puntas, idiota. Nunca lo he escondido, me gusta cambiarme el color del pelo. Además, ligaría lo mismo de rubia que de castaña, incluso con el pelo rosa. ¿Quieres hacer la prueba?

—No, gracias. Sé que perdería, rompecorazones.

## 10. PRIMERA PREGUNTA

*No hicimos caso a lo realmente importante.  
Nuestra mirada coincidió  
y, en ese instante, el destino habló.  
Ni siquiera escuché,  
quería descubrirlo yo misma.*

A pesar de mi rostro con el ceño fruncido, por dentro sabía que no podía quejarme de nada. Estaba viendo los pedidos que quedaban para aquella noche y eran demasiados para ser un simple lunes. Lo que agradecía sin duda era que había muchos alquileres en una misma hora y terminaban más pronto que de costumbre. Eso estaba bastante bien, podría cerrar antes.

Roger se quedó una hora más de lo normal para ayudarme. Era increíble la cantidad de personas que podían pasarse por la tienda en un solo día. Un día me propuse contar todos los que atendíamos, pero perdí la cuenta cuando comencé a apuntar horas de alquiler y a contar dinero. Era totalmente imposible concentrarse en seguir una cuenta de personas con todo ese jaleo.

—Conque... Quedaba poca gente, ¿eh? —Suspiré para darle a entender que se había confundido rotundamente cuando lo dijo hacía una hora.

—Sí... A partir de ahora.

Me reí. Sabía que iba a decir algo así, me gustaba el ambiente que se respiraba en la tienda. Todo era comodidad, familiaridad, cariño hacia nosotros, hacia el trabajo que hacíamos y hacia los clientes. Nunca perdíamos la sonrisa, pero era totalmente real. Y eso era lo más auténtico que teníamos.

Entrelazamos nuestras manos como de costumbre y me sentí abrazada por su calor, su amor por las personas, su cariño por todo lo que le rodeaba, por mí. Mi mirada le decía todo lo que sentía. Roger era como mi segundo padre, mi segundo abuelo, mi familia.

Bajó los escalones de la tienda para llegar a la arena de la playa y se dio la vuelta antes de desaparecer por ahí. Me miró con una sonrisa y observó un punto frente a él después de volver a dirigir su mirada hacia mí.

—Por cierto, un chico te está esperando.

Fruncí el ceño de nuevo y dejé la agenda en la mesita, que tenía varias cosas revueltas, como la caja registradora, algunas monedas por ahí sin saber de qué pedido son y unos cuantos papeles. A última hora del día todo estaba un poco perdido, pero lo recogía todo antes de irme.

Roger desapareció al torcer la esquina y yo me asomé por la puerta de la tienda de alquiler para ver a quién había visto y por qué sabía que me esperaba a mí. Cuando bajé un solo escalón, sonreí de inmediato al reconocerlo. ¿Cómo no iba a reconocerlo? No llevábamos tanto tiempo sin vernos.

—Buenas noches. Qué sorpresa tenerte por aquí. ¿A qué se debe tu inesperada visita?

—Buenas noches, *daring*. ¿Tiene que haber alguna razón necesariamente para que tenga que venir a verte?

Me encanta cómo sonaba ese apodo en su boca y más si se refería a mí con él. Tenía algo que me atraía en la forma en la que lo decía. Intenté disimular mi boba sonrisa cuando lo dijo y me quedé en el escalón, pues al estar unos metros por encima del suelo, llegaba a ser perfectamente de su altura.

—No, claro que no. Sé que soy difícil de olvidar. Solo... Preguntaba por curiosidad.

—Vaya, no sé por qué no me esperaba esa respuesta. ¿Tienes mucho trabajo?

—No, termino en quince minutos. ¿Quieres ir a algún lado? Podemos dar una vuelta como el otro día, si te apetece, *handsome*.

El apodo que dije tampoco pasó indiferente por su rostro. Su sonrisa aumentó un poco más y se apoyó en la pared, mirándome de arriba abajo solo un segundo y volviendo a mis ojos al instante. Yo había hecho lo mismo, casi a la vez.

—Claro. Esperaré.

Me siguió sin decir ni una palabra, esperando que pasaran los minutos. Recogí todo mientras miraba con detenimiento ciertas partes de la tienda y las analizaba en silencio. Vino conmigo cuando tuve que ir a atar las últimas barcas y cerré sin incidentes un día más. Gael seguía a mi lado, apoyado en la pared y mirando al cielo. Estaba concentrado en quién sabía qué.

Pasé una mano por su rostro cuando lo observé unos segundos. No se sorprendió, solo bajó la mirada hacia mí. Moví la cabeza hacia la playa y comenzamos a andar lentamente. Recordé la primera noche que dimos un paseo como ese, el día que llegó y me devolvió la chaqueta. Aún parecía irreal.

Las olas no llegaban hasta nosotros, pero tuvimos que alejarnos varias veces, pues alguna casi nos alcanzaba y a esas horas no quería mojarme. Me daba mucha pereza quitarme la arena y todos esos rollos que tenía la playa. Podía ser de lo más maravilloso y bonito que se viera nunca, pero la arena y la sal eran graves problemas por los que había que pasar, porque realmente valía la pena.

—La verdad es que sí venía a por algo en concreto.

Lo sabía. Alcé la mirada hacia él y me la devolvió. Sonreía con los ojos. La verdad era que no me esperaba nada. Lo que me gustaba de Gael era que tenía una cualidad que me daba cierta curiosidad: era impredecible. Lo demostró bastante bien cuando fue a Tossa a dejarme la chaqueta. Después solo hacía vida normal, visitándome algunas veces, como si aún ni él supiera qué narices hacía allí y no estuviera seguro de nada.

Al menos eso era lo que yo imaginaba que ocurría.

—Pues dilo.

—Quedamos en que me enseñarías la ciudad, ¿no? Aún no has cumplido tu palabra.

—Debo pedirte mil disculpas por ello, caballero. —Reí. La bombilla se encendió en mi cabeza—. ¿Tienes prisa por volver a casa? —Negó con la cabeza—. Pues comencemos la visita guiada. Te enseñaré los lugares más bonitos. Empecemos por... Bueno, ya lo verás. Vamos a tardar un poco en llegar, así que espero que no tengas que madrugar mañana.

—¿No sabes el horario de tu propio restaurante? Mañana está cerrado.

—Cierto, se me pasó ese detalle. Mejor, tenemos un camino por delante, pero prometo que la espera no valdrá nada cuando llegemos a nuestro destino.



Salimos de la playa en unos segundos y le cogí de la mano para comenzar a correr. Quería que sintiera la brisa de la costa mediterránea. Me eché a reír a carcajadas cuando me sobrepasó por unos segundos, luego nos detuvimos, agotados. Seguimos a paso rápido hasta que llegamos a un camino que daba a lo más alto. Normalmente con mis amigos tardábamos unas horas en alcanzar la cima porque nos entreteníamos. Gael era más ágil de lo que esperaba, como yo, por lo que no se nos hizo difícil.

Hablamos del trabajo. Él estaba contento, pues mi familia le trataba muy bien y salía en los horarios estipulados. Le encantaba el orden que teníamos y el amor que nos demostrábamos. No podría ponernos más por las nubes.

—¿Queda mucho?

—No, estamos casi en el punto más alto.

—Deberías haber pensado mejor el recorrido y hacerlo por el día. Además, llevas chanclas, ¿cómo puedes aguantar todo este camino con ellas?

—Aguanto horas y horas con tacones. ¿Te crees que no voy a poder con esto? Aficionado.

—Ahí llevas toda la razón. Perdóneme si la he ofendido.

Llegamos a la punta del acantilado de Tossa de Mar y me senté en una de las piedras que estaban ahí colocadas. Era de los mejores lugares en los que se veía el mar y donde todos los días se podía observar un hermoso amanecer. Mis amigos y yo lo habíamos hecho miles de veces y era una de las mejores vistas que tenía esa ciudad tan encantadora.

Gael se colocó a mi lado unos segundos después. Se le veía algo dubitativo, pues un paso en falso y podrías caer al mar, pero yo había hecho eso miles de veces. El golpe sería demasiado fuerte, pero no estaba segura si sería mortal. Estaría muy bien comprobarlo si tuviera esperanzas de seguir viva después de ello.

—Primera parada: el acantilado de Tossa, lugar hermoso y muy recomendado para observar el mar y algún que otro amanecer cuando se pueda. ¿Te animas?

—¿Qué? —Me miró, totalmente sorprendido—. ¿Quieres ver el amanecer desde aquí? —Asentí varias veces, segura de lo que decía—. Déjame decirte que eres increíblemente impredecible, Tracy.

—Yo pienso lo mismo de ti. La verdad es que se me acaba de ocurrir. Lo he hecho varias veces con mis amigos y es muy bonito. No puedes irte de Tossa sin haberlo visto. Qué más te da, si no trabajas.

—¿Y tú?

—Tengo el día libre. Coincidimos bastante bien en ese aspecto. Podré llevarte a un lugar todos los martes, si no tienes nada mejor que hacer, claro. ¿Entonces qué? ¿Esperamos al sol? Solo quedan... Unas seis horas para ello. ¿O crees que tus padres pueden enfadarse contigo por llegar tarde a casa?

Se tumbó en la hierba, poniendo los brazos detrás de su cabeza, y miró las estrellas con una sonrisa pícaro. Sabía cuál era la respuesta antes de que saliera de sus labios. Me gustaba su actitud, se apuntaba a cualquier locura y eso era un punto importante para llevarse bien conmigo. Se lo había ganado.

—No, claro que no. Esperaremos a que salga el sol y, además, luego te invitaré a un helado para desayunar.

Asentí, feliz por la idea. Si lo pensaba mucho, podría comerme en ese mismo instante tres a la vez. Podría comer sin hartarme y, por eso, en mi casa había helados en todas las estaciones del año. Daba igual que fuera invierno, uno siempre venía bien, aunque fuera para

empeorar el frío.

Una hora después de haber decidido esperar a la salida del sol, nos encontrábamos riendo por alguna tontería que veíamos en las estrellas. Yo me había echado a su lado. Lo normal en las personas era buscar formas en las nubes, nosotros lo hacíamos en las estrellas. Decíamos cualquier bobada y esperábamos la reacción del otro que, normalmente, era un pensamiento totalmente contradictorio. Eso era lo divertido.

—Oye, tengo una idea —dijo. Yo esperé la respuesta, mirándolo—. ¿Y si nos hacemos una pregunta por cada día que visitemos un lugar? Así podemos conocernos más. No vale esquivarla. Hay que contestar.

—Me parece bien. Este ya es un día. Comienza tú.

Pareció pensárselo y lanzó la cuestión al cielo. Supe al instante que ya lo tenía anteriormente pensado, pues no tardó mucho en formularla.

La verdad era que la idea era muy buena, pero también daba algo de miedo. A medida que comenzáramos a conocernos, las preguntas empezaban a ser cada vez más privadas y abrirme de esa forma no estaba en mis planes. Rezaba por lo que más quería que no fueran muy difíciles ni personales, al menos las primeras.

—Cuéntame tu mejor recuerdo de la infancia.

Esa no era complicada, lo cual agradecí con todo mi alma. Desvié la mirada al cielo y sonreí. Era una bonita forma de pasar el tiempo que quedaba aún para que el sol saliera. Cinco horas exactamente, pues calculaba que fuera más o menos a las seis de la mañana y ya era la una, sorprendentemente. El tiempo con él pasaba volando.

No pensé demasiado la respuesta, pues me la sabía sin esforzarme mucho. Nos sentamos para ver el mar más cómodos y asentí. Los recuerdos me llegaron como un fresco soplo de aire que olía a sal. Sonreí sin pensarlo.

—He tenido muchos. Lo típico sería decir cuando nació mi hermano. Era una bolita con la que había que tener mucho cuidado, pero también me encantaba cuando visitábamos Madrid. Le cogía de la mano porque había mucha gente por las calles y nosotros éramos dos renacuajos que nos sentíamos hormigas. Mis padres nos tenían bien vigilados, pero nos gustaba andar con cierta libertad, por eso nos adelantábamos un poco.

—¿Ibais a algo en especial?

—Sí, a ver a unos amigos. Mi padre estudió allí y se enamoró de mi madre, que trabajaba en un restaurante. Su amiga sigue trabajando allí y el compañero de mi padre tiene un apartamento con su mujer y su hijo. Somos tan cercanos que los llamamos tíos y su hijo es mi primo. Al igual que las hijas de Noemí, una amiga de mi madre, Lilly y Clary.

—¿La que trabaja en el restaurante? —Asentí—. Ah... Pero no sois familia de sangre, ¿no?

—No, pero no necesitamos esa unión para llamarnos familia. Eso es lo que nos diferencia de las demás personas, al menos de las que conozco. Somos tan cercanos como si hubiéramos nacido todos juntos. Ahora te toca a ti. Cuéntame tu mejor recuerdo.

—Me has copiado.

—No he oído ninguna norma que me lo impida.

Sonrió, pero no dijo nada. Sabía bien que tenía razón. Seguro que, en su mente, se estaba arrepintiendo de no haberlo dicho. Ya era tarde, por lo que la regla no era aceptada como tal. Me había salido con la mía, aunque fuera una bobada.

Se apoyó las manos en la roca y se inclinó hacia atrás gracias a esa sujeción. Se quedó mirando al frente mientras yo lo observaba a él en silencio. Su semblante se volvió pensativo.

—De pequeño recogía piedras con mi abuelo en un lugar que descubrió él en uno de sus miles de paseos a las seis de la mañana. Un día me trajo a casa una de ellas. Era extraña. Tenía forma de un cono pero con el pico y la base redondeados. Me dijo que en el lugar de donde venía había una montaña con miles de ellas y muchos colores más. Al día siguiente, me levanté con él a las cinco de la mañana y estuvimos andando durante dos horas hasta llegar al sitio ese. Por el camino me contaba anécdotas de su pasado, lecciones que no olvidaré nunca.

Su mirada coincidió con la mía. Había nostalgia en ella, igual que en la mía. Podría descifrarlo solo con verle unos segundos. La luna reflejaba cierto brillo en sus pupilas que me obligaba a no separar mis ojos de los suyos.

—Cuando vi la primera montañita de esas piedras, salí corriendo hacia ellas. Cogí muchas en un puñado y salté de alegría. No había mucha variedad de colores: rosa, verde, gris y azul, pero cada una era especial para mí. Mi abuelo me dejó coger unas pocas y meterlas en mi bolso, pues había muchísimas y de diferentes tamaños. Nunca supe de dónde venían ni cómo se habían hecho.

—¿Aún las conservas?

—Claro, si no las tuviera me habría dado un ataque al corazón. Son un valioso recuerdo que tengo de mi abuelo.

Desvió la cabeza de nuevo al frente y bajé la mía. No había caído en que su abuelo ya no estaba con él. Debía habérmelo esperado, conocía a muy pocas personas que seguía teniendo a sus abuelos. Yo aún conservaba a dos de ellos.

—Oh... Lo siento.

Asintió despacio. Había sido un bonito recuerdo, pero tenía también uno no tan agradable detrás. Supuse que eso era como la felicidad. Puedes estar feliz un momento y, al siguiente, todo lo contrario. Ojalá poder cambiar esos sucesos. De todas formas, conservar un bonito recuerdo de un ser querido era la mejor manera de tenerlo en mente.

—¿Y tú? ¿Tienes abuelos?

—Sí, pero es algo gracioso.

—Me muero por escucharlo.

Crucé las piernas y me giré un poco hacia él, para tener de frente al mar y, a su vez, a Gael. A veces sentía que no nos mirábamos por vergüenza y la verdad era que sabía que ninguno de los dos la tenía, así que intenté romper esa separación imaginaria que teníamos.

—Mi abuela se separó de su marido porque sufría violencia. Él murió poco después por cáncer. No llegué a conocerlo. Mi abuelo también se separó de su mujer, se engañaron mutuamente. Ella también murió, pero hace unos años. Un accidente de coche. Había bebido de más y... Bueno, ya sabes. Nunca pudo dejarlo y... Eso.

—Lo siento. —Me encogí de brazos mientras jugueteaba con la hierba—. ¿Dónde está la parte graciosa?

—Que los dos abuelos que me quedan se casaron. Mi abuelo engañó a su mujer con ella. Por otra parte, no tengo noticias del novio de mi abuela. Tampoco le hemos buscado. —Me encogí de hombros—. Mi tía Annie me ha contado miles de veces la cara que pusieron mis padres cuando se enteraron de que estaban juntos. —Sonreí al recordarlo y miré a Gael. Me eché a reír—. Sí, más o menos como la tuya ahora mismo.

—A ver, a ver... Así que, por esa regla, tus padres son hermanastros. —Asentí—. Tu familia es... Extraña.

—Pero somos felices. Además, mis padres ya estaban saliendo cuando se enteraron, ya no

podían separarse. No hay vínculo de sangre por ningún lado, por lo que no he salido tan mal, ¿no?

—Voy a optar de nuevo por aumentar tu ego y decir que claro que no, saliste perfecta, *daring*.

—Me estás cayendo muy bien, querido.

Nos echamos a reír a carcajadas y le di un beso en la mejilla, diciendo que era como “premio” por ello. En realidad, lo hice porque no pude evitarlo. Tenía ganas de acercarme a él de alguna manera. Me sacó la lengua y seguimos sonriendo. Fueron cinco horas divertidas.

Cuando el sol comenzó a salir, me encontraba medio dormida y apoyaba la cabeza en sus piernas mientras me acariciaba el pelo, cosa que no dejaba de “enamorar” por su parte, y le explicaba que lo quería cambiarme el color.

—Si tú te lo cambias a azul, yo lo haré de rosa. Yo también quiero hacerlo algún día, pero no me he atrevido por cómo me quedará.

—Trato hecho. Seguro que ese color te favorecerá.

Sellamos la promesa uniendo nuestros meñiques como niños pequeños y sonreímos con la mirada, era fácil de descubrir en la suya. No era buena describiendo los sentimientos aproximados de una persona solo con ciertos rasgos de su rostro, pero con Gael me salía sin pensar.

El amanecer fue tan hermoso como recordaba y debía confesar que no pude evitar mirar su rostro mientras el sol salía por el horizonte, queriendo ver su reacción al verlo. Me sorprendí al instante. Él tampoco miraba el paisaje.

Los dos nos mirábamos como si lo demás no nos importara ni un poco.

# 11. TRAICIÓN

*Unas pocas preguntas fueron suficientes  
para que nos fuéramos conociendo.  
Y todo eso iba a descontrolarse  
hasta el punto en el que ninguno,  
pudiera detenerlo.*

La experiencia fue bonita, pues me había sentido tan cómoda como con mis amigos y eso era algo difícil de conseguir en mí. Gael era agradable y me gustaba su compañía, por lo que supe desde el primer segundo que ese recorrido por Tossa con él iba a ser divertido. Sin duda era una manera nueva y que nunca imaginé de pasar el verano.

Tardamos un poco más en llegar a la playa apostada para esperar a que las tiendas se abrieran y pudiera invitarme al helado que me había dicho. Fuimos los primeros clientes de la heladería más cercana y comimos el aperitivo dando un paseo por la playa. La tienda de Roger estaba cerrada a esa hora, como era obvio, por lo que pasamos sin más.

Cuando terminamos el helado, nos sentamos en la pared de piedra que separaba la calle de la playa y cerré los ojos en dirección al mar. Sentir la tranquilidad de la ciudad a esas horas era impresionante, sobre todo si podía oler la sal del mar en el aire suave que había cada mañana.

—Se nota que eres fanática del mar.

—No es difícil de adivinar, lo sé. ¿Quieres volver a casa o te sientes preparado para visitar otro lugar? Te dejaré dormir por la tarde.

—No, gracias, prefiero quedarme despierto todo el día. Odio descontrolar mis horas de sueño. ¿Cómo sabes a qué lugar ir? Comienzo a pensar que ya tenías pensado adónde ir antes de que te lo recordara.

—La verdad es que no. Por poco se me olvida, pero me sé mi ciudad de memoria, por lo que sé ciertos lugares que no puedes perderte si vienes de vacaciones. Aunque la mayoría de mi lista son calas y playas, pues el agua me encanta. Intento combinar un poco, pero vete preparándote porque te voy a enseñar playas fantásticas. No te culparé de nada si decides quedarte aquí para siempre.

Me levanté justo cuando terminé de hablar y comencé a andar hacia mi casa que estaba en dirección al siguiente lugar que tenía pensado visitar con él. La verdad es que eran dos en uno, pues veríamos uno primero y en el otro nos detendríamos a descansar y a tomar algo. Me gustaba planear las cosas en el último momento, siempre salían mejor que las planeadas

desde hacía mucho antes. Bueno, siempre había excepciones.

—Si no te importa, voy a ir a casa a cambiarme las chanclas porque no voy a aguantar así mucho más. ¿Quieres que te deje algo?

—No creo que tengas camisetas de mi talla, no aguanto más el calor que tengo con esta. Pero podré soportarlo, tranquila.

Tenía una de manga corta y negra, perfecta para atraer el calor del día. No podría seguir así todo el tiempo o iba a morirse de una insolación. Al instante recordé que tenía que volver a echarme crema solar. Había aguantado todo el verano sin quemarme, ese no iba a ser el día en el que lo hiciera.

—No digas tonterías, le quitaré una a mi hermano. No se dará cuenta.

No le dejé replicar, pues a mi casa se llegaba en poco tiempo y ya habíamos recorrido más de la mitad del camino. Andábamos a paso normal, por lo que no tardamos casi nada. Saqué las llaves para abrir la puerta y lo hice, desviando la mirada hacia el chico que tenía detrás, alejado a unos pasos de mí. No parecía dispuesto a entrar.

Fruncí el ceño cuando se apoyó en la valla que separaba mi casa de la acera de la calle y suspiré, apoyando un brazo en mi cintura. No sabía por qué se negaba a pasar, ya conocía a mi familia, trabajaba con ella todos los días, excepto ese en concreto.

—Oye, no te quedes ahí. Pasa, tengo que dejarte crema para que no te quemes y ya conoces a toda mi familia, no tienes por qué tener vergüenza de ningún tipo.

—Trabajo con tu madre y tu prima, no conozco a nadie más. Además, ni siquiera sabes si te dejan que entre.

Rodé los ojos una sola vez y anduve los pasos que nos separaban para cogerle del brazo y tirarle conmigo dentro. A mis padres les gustaba que les avisara de la gente que iría a casa, pero Gael les caía bien, por lo que no había problema alguno. De eso estaba totalmente segura. Además, solo íbamos a estar cinco minutos.

Cerré la puerta cuando entró, obligado, y me siguió por el pasillo hasta llegar al salón. En la cocina se oía ruido, por lo que supuse que papá ya se había levantado para trabajar. Moví la cabeza hacia la izquierda donde estaban las escaleras que daban a las habitaciones y me entendió a la primera. Subimos los escalones sin mucho esfuerzo y dejé la puerta abierta de mi cuarto al entrar.

—Toma la crema, échate la que quieras. —Le di el botecito y miré por todo mi armario buscando una camiseta que dejarle. Nada—. No tengo nada que dejarte, pero sé de alguien que sí tiene. Espérame un segundo.

Salí de la habitación antes de que se negara a aceptarlo y entré en el cuarto de Daniel donde dormía Álex con él. Ya estaban despierto, pues las camas estaban abiertas y no había nadie en ellas. Por otra parte, las cortinas aún estaban cerradas, por lo que se habían levantado hacía poco. Siempre abrían la ventana después de desayunar. Me tropecé con la maleta de Álex que estaba en el suelo y muy desordenada. Casi terminé encima de ella, pero mi equilibrio me ayudó bastante. Cogí la primera camiseta que encontré bien doblada, y supuse que le valía a Gael, y me fui sin dejar rastro.

Entré de nuevo en mi cuarto y le tiré la camiseta al chico, que se estaba echando crema en la cara gracias al espejo que tenía en la puerta del armario. Me dirigió una mirada asesina por tirársela y me reí por ello.

—No hacía falta, en serio.

—No te preocupes, ni siquiera va a darse cuenta de que le falta una camiseta.

Cuando nos cambiamos y nos preparamos para irnos, cerré la puerta al salir y bajamos las escaleras. El destino quiso que me cruzara con todo el mundo en ese preciso instante. Álex y Daniel salieron de la cocina y mis padres bajaron detrás de nosotros con algunos segundos de diferencia.

—¡Anda! Si es Gael, ¿qué tal? —dijo mi madre, entusiasmada, dándole un abrazo—. Mira, cariño, él es el chico que contratamos.

Mi padre lo saludó con un apretón de manos y le sonrió de oreja a oreja. Álex frunció el ceño y desvió la mirada cuando fue a recriminarme lo de la camiseta. La verdad es que no esperaba encontrarme con todos, ni con nadie en realidad. Mi suerte estaba echada. Y muy mal, debía decir.

Sonreí como si no hubiera hecho nada y él se cruzó de brazos, esperando una explicación por mi parte. Gael me miró interrogativo, sin entender mucho la situación. Carraspeé exageradamente y fui dando pasos hacia atrás lentamente.

—Es una simple camiseta. Te la devolverá, ¿vale? Además, él me devolvió la chaqueta que me regalaste y que perdí en Grecia. Se lo debes.

—¿Perdiste qué?

Mierda.

—¿Adónde se supone que vais?

—Vamos a visitar el castillo, mamá. Le estoy enseñando la ciudad.

Mis padres se miraron mutuamente con una sonrisa. Al observarme los dos a la vez, les leí el pensamiento: ellos hicieron lo mismo cuando se conocieron y así se acabaron enamorando. Me lo estaban diciendo sin palabras. No quería entrar en ese tema mientras estuviera él delante. Sería muy vergonzoso y no quería ponerme roja como un tomate.

—¿En serio...?

—¡Hasta luego, papis!

Cogí la mano de nuevo a Gael y le empujé conmigo hacia la salida. Oí a mi padre reír y le saqué la lengua al pasar el umbral de la entrada y justo antes de cerrar la puerta. Me apoyé en ella cuando lo hice y suspiré. Lo había hecho demasiado mal. Álex no debería haber sabido que perdí la chaqueta, pero se me había escapado. Nunca se me había dado tan mal confesar algo.

—¿Qué acaba de ocurrir?

—Mejor no preguntes. Nos vamos al castillo.

El castillo de Tossa estaba cerca de mi casa. Se llegaba mediante un paseo algo largo por las murallas, pero con unas preciosas vistas donde le hice un par de fotos para que tuviera de recuerdo. Claro que no llegamos hasta arriba, pues en ese momento no estaba del todo abierto. A pesar de ello, pudimos visitar bastantes de sus esquinas y disfrutarlas como si fuéramos parte de ellas. Reír con él era extremadamente fácil y la barriga ya me dolía de las tonterías que hacía para posar en las fotos.

Había comenzado yo y él había ganado el juego.

—No has salido bien en ninguna, pero todas y cada una de las fotos valen la pena.

—Mentirosa, yo soy muy fotogénico. Salgo perfecto en todas.

Le di la razón sin otra opción cuando comenzó a hacerme cosquillas por decir que salía feo. Me alejé dándole un manotazo amistoso en la mano y nos partimos aún más de risa. Recorrimos todos los rincones que pudimos y le llevé a otro lugar cercano: el faro. No se admitían las visitas hasta arriba en ese mismo instante, pero pudimos subir hasta el restaurante

que había allí, al pie del faro, con vistas preciosas al mar.

Le invité a algún tentempié allí y nos sentamos fuera, en la mesa más alejada del restaurante y la más cercana al extremo de donde estábamos. El mar se veía con más claridad desde ahí y seguía sintiéndome como en casa cada vez que lo miraba. Las olas eran pequeñas y tranquilas, pero se chocaban con fuerza contra las rocas. De pequeña siempre decía que eran bipolares y cambiaban de estado cada poco, por eso podían estar bien y enfadadas en el mismo minuto.

Desvié la mirada de mi lugar favorito cuando Gael interrumpió mis pensamientos y me examinó con sus ojos. Los rayos del sol los hacían brillar. Todo ello combinado en él era una completa maravilla.

—¿Hacemos una pregunta? —Asentí—. Te toca a ti. Yo comencé ayer.

—En realidad ha sido esta mañana, por lo que no cuenta como un día más.

—¿Dónde está la gracia si lo contamos así? Venga, haz una excepción. Era ayer muy tarde por la noche, no cuenta como hoy. Y da igual que fueran más allá de las doce.

Negué con la cabeza sonriendo. Lo único que él quería era otra pregunta para conocernos sin importar el día en el que hubiéramos hecho la anterior. Sí, había sido esa misma madrugada, pero lo dejé pasar y me permití hacer trampas a la única regla que pusimos: una pregunta por cada día que visitemos algún lugar.

—Cuéntame alguna situación que no se te vaya de la mente, algún pensamiento que haya pasado hace mucho y no dejes de darle vueltas. No vale decir la muerte de tu abuelo. —Me arrepentí al instante de decirlo tan espontáneamente, pero a él no pareció importarle. Abrí los ojos como platos, pero él negó con la cabeza—. Perdón, perdón. No quería soltarlo así como así... Ha sido demasiado brusco.

—Tranquila, no pasa nada. Me has pillado. —No pareció pensárselo mucho cuando ya estaba contestando—. La verdad es que no podrías haberlo definido mejor. Tengo un pensamiento que se ajusta perfectamente a esas características.

—Lo sé, todos tenemos uno. Te escucho.

Me apoyé en el respaldo de mi silla mientras tomaba el batido de fresa que me había pedido y lo miré fijamente. Él cruzó sus brazos y observó el horizonte, como si supiera qué decir pero no exactamente cómo. No le presioné, esperé con paciencia mientras hacía ruido con la pajita al beber. Debía decir que lo hacía a propósito para que nada se tornara tenso.

—Mi madre perdió a su primer bebé. —La confesión me sorprendió. No me esperaba para nada eso—. Mi padre siempre había querido a dos niños, por lo que siempre supe que, si el bebé no hubiera muerto, yo habría sido el que no llegara a nacer. Nunca he deseado ningún mal a ese bebé que no sobrevivió, pero no puedo evitar el... El...

—¿Alegrarte de que no lo hiciera para nacer tú? No te sientas mal. Somos un poco egoístas por naturaleza. No debes preocuparte por ello, es normal. Tú no hubieras nacido de no ser por ese hecho. Si ocurrió fue por algo, tú no puedes decidirlo.

—¿Eres de las que piensan que el destino manda por encima de ti?

—Mi padre me lo inculcó, sí. Te toca.

—Dime algo que te haya hecho cambiar tu forma de pensar sobre algo. Lo que sea.

No dudé con la respuesta.

—Una traición. Me hizo cambiar la visión de muchas cosas, de las personas, de la seriedad de ciertas situaciones... La verdad es que fue como un punto de inflexión. —Abrió la boca para hablar, pero le corté—. No pienso dar detalles. Aún no.



## 12. LOCURA

*La felicidad y la euforia  
se apoderaron de nosotros.  
Eran sensaciones que deberían ser obligatorias de sentir  
al menos una vez al día.  
Así la sonrisa no desaparecería.*

**Y**a habían pasado dos días desde que visité con Gael el castillo y el faro de Tossa. En cuanto a la conversación sobre la traición, la esquivamos rápidamente de las preguntas, pues ya habíamos terminado de contestar a ellas. Él entendió que no profundizara más en el tema y yo se lo agradecí mentalmente. El tiempo pasó rápido.

Me dejó en la puerta de mi casa, donde veía que Daniel y Álex estaban espiando por la ventana. Se lo conté en un susurro a Gael y él, a pesar de pedirle que disimulara, los miró y los saludó con una sonrisa. Volví a partirme de risa. Le despedí con un beso en la mejilla y me fui directa a la cama para dormir lo que no había dormido esa noche, no antes de sacar la lengua a los cotillas de la habitación de al lado.

\*\*

**Tracy**

Esta noche. En mi

**Gael**

¿Esta noche? ¿No me  
dijiste que tenías

**Tracy**

Así

**Gael**

¿Entonces? ¿Por qué no quedamos ahora? Yo también

**Tracy**

Esta noche he dicho, *handsome*. No

**Gael**

Perdón,

Una sonrisa apareció sin mi permiso en mi rostro y sacudí la cabeza mientras me estiraba en la cama. Me levanté de un salto y me puse las zapatillas para bajar a desayunar. No solía madrugar mucho, pero el dormir por la tarde el otro día me descolocó los horarios y me obligué a hacerlo para volver a mi cauce.

Mi madre había preparado café para ella y papá, que estaban los dos desayunando en el comedor. Me senté con ellos, quitándole la taza de papá con mucho disimulo mientras él leía las noticias en su *tablet*, y bebí un trago. Él estiró el brazo para buscar la taza y, al no encontrarla, subió la mirada, coincidiendo con la mía.

—Eres una tramposa, Tracy.

—Hay que ser más rápido, papá.

—En eso tiene razón —intervino mamá, poniéndole otra taza de café delante. Se sentó a mi lado y me dio un beso en la mejilla—. ¿Ya has vuelto a tu horario normal?

—Con algo de sueño de castigo, pero sí.

—Conque... Ahora le enseñas Tossa al querido Gael... —comenzó papá. Ya llevaba dos días intentando sacar el tema y no había tenido oportunidad aún para hacerlo oficialmente.

—Sí, y ya sé que vosotros hicisteis lo mismo. Ya sabéis cómo soy. No va a ocurrir. No os ilusionéis.

—Eso dije yo —murmuró mamá.

Le dirigí una mirada asesina y ella me sacó la lengua como de costumbre. A veces sentía que volvía a tener veinte años y eso me hacía reír. Papá siempre había dicho que yo era un espejo de ella, quitando su belleza y talento que era de él. Siempre se ganaba un codazo por parte de mamá, cada vez más fuerte.

Por la tarde estuve trabajando con Roger. Me dejó salir un poco antes al decirle mis planes de esa noche. Cuando no había mucha gente, le contaba todo lo que ocurría en mi

estupenda existencia. Él no tenía mucho que contar y, cada vez que lo intentaba, su mirada caía como si recordara algo que no quería, por lo que no insistía nunca. Lo dejaba pasar y le contaba algo gracioso de mi amiga Anastasia. Siempre había algo que contar de nuestras locuras y eso mantenía viva la conversación y la alegría.

—Quiero conocer un día a ese chiquillo. Se nota que te... Aprecia.

—Claro, ya se me ocurrirá algo ingenioso.

La verdad es que en esos días había planificado un poco los lugares que quería visitar con él y ya había encargado varias cosas. No sabía la mayoría de los días en los que íbamos a hacer todo, pues me gustaba improvisar un poco, pero no podía quedarme en blanco, por lo que los lugares estaban mayoritariamente pensados.

Por la noche, Roger volvió de atar unas barcas y me dedicó una sonrisa al entrar por la puerta. Sacudió la cabeza hacia su izquierda junto con su mirada, fuera de la tienda, y frunció el ceño. Se acercó a meter el dinero en la caja y susurró algo para que solo yo lo escuchara.

—Te esperan. Vete con él, yo me encargo del último alquiler. Diviértete.

—¿Estás seguro de que no quieres que lo haga yo? No importa que espere un poco más.

—Lárgate, anda. No te quiero ver por aquí hasta mañana, querida Tracy.

Le abracé con todas mis fuerzas, le cogí de la mano mientras le miraba a los ojos y sonrió de oreja a oreja. Esa era de las sonrisas más bonitas del mundo sin duda alguna. Cada vez que la veía me daba un vuelco al corazón. Nadie sabía en realidad todo lo que quería a Roger y me encantaba toda la cercanía que habíamos ganado con el trabajo. Y todo gracias a él.

Cogí mi bolso y salí con una sonrisa. Gael me la devolvió al bajar los escalones. Moví una vez la cabeza hacia mi derecha y comenzamos a andar en esa dirección, de vuelta al castillo. Él me siguió de cerca y se adecuó a mi paso en silencio hasta que no pudo resistir más la pregunta. Sabía que iba a hacerla, era tan predecible. Bueno, solo en ciertos casos, en otros era indescifrable.

—¿Vamos en dirección al castillo?

—Ajá.

—Pero ya hemos ido por allí.

—¿Y sabes lo que se esconde detrás de esa muralla? —Se quedó callado y negó con la cabeza—. Pues eso. Calla y sígueme, querido, no repito lugares y no soy tan olvidadiza como para olvidar los tres a los que hemos ido.

—Perdone, *madame*. No volveré a cuestionar sus decisiones sobre la visita a esta hermosa y espléndida ciudad.

Sonreí en su dirección y asentí, intentando ponerme seria, pero no funcionó muy bien y nos partimos de risa. Hablamos de situaciones graciosas en el trabajo. Me eché a reír cuando intentó volver a interpretar su casi caída en el restaurante por un niño al que justo se le había caído el batido. Su rostro fue lo más cómico que había visto nunca.

Desvié mi mirada hacia el paisaje. Las luces del castillo ya estaban encendidas y eran completamente hermosas, pero desde lejos eran aún mejor, concretamente desde el mar.

Cuando estuvimos a unos pasos de terminar la cuesta algo empinada que había detrás de las murallas, me giré hacia él y le corté el paso. Se me había ocurrido una idea en ese mismo momento, por lo que decidí llevarla a cabo.

—Cierra los ojos.

—¿Qué?

—Hazlo. Coge mi mano, no te vas a caer.

Aceptó a regañadientes y cerró los ojos, dándome una mano para apoyarse. Subimos unos escalones y bajamos otros para descender un poco la cuesta en la que nos encontrábamos. La fuerza del agarre se multiplicaba por segundos, pero yo le tranquilizaba, poniéndole la otra mía encima. Cuando nos quedó poco para llegar al lugar en concreto, me detuve y él hizo lo mismo cuando le puse una mano en el pecho. Lo entendido enseguida.

—Ya puedes abrirlos. Bienvenido a la playa Es Codolar.

La vista, en mi opinión, era una maravilla. No habíamos bajado del todo a la Playa por lo que se veía toda su dimensión. Era pequeña, rodeada de dos pequeños acantilados donde chocaban las olas y con las vistas del castillo y sus murallas detrás. Además, la iluminación que había en ese momento no podía generar una mejor vista como esa. El agua era clara y había un par de barcas apartadas en la arena y bien atadas a unas rocas.

Gael se asombró al verlo y no pudo evitar sonreír. Me cogió de la mano y echó a correr peligrosamente por aquella cuesta. Las piernas comenzaron a dar grandes pasos solas, sin que yo las mandara nada, y comencé a reír. Cuando llegamos a la arena, seguimos corriendo hasta el agua, pero se tiró al suelo para comenzar a rodar antes de llegar y yo salté para no caerme encima de aquel loco, tirándome a la arena y haciendo la croqueta. Mi barriga no podía más, no dejaba de reír aunque lo intentara.

Me apoyé en el brazo para levantarme, pero él me volvió a tirar hacia abajo y caí de nuevo. Su cuerpo me apresaba contra la arena, se había puesto encima de un salto. Nuestra mirada encendida coincidió varios segundos hasta que le pillé desprevenido y tiré de él hacia el otro lado, rodando con él encima y poniéndome entonces en su lugar. Me acerqué tanto a su rostro que incluso sentí nuestro pulso acelerado. Nuestros labios estaban a cinco centímetros escasos y una sonrisa pícaro brillaba en mi cara. Pasé mi mano por sus pantalones y atrapé su móvil, cogiéndolo.

Entonces me tiré a su lado y seguí rodando, levantándome al final y saliendo corriendo para que la ola no me llegara a tocar. Él lo vio muy tarde y se intentó cubrir, en vano, pues el agua le engulló del todo. Me eché a reír aún más fuerte y tuve que sentarme para no caer de la risa. Se había empapado entero.

—¡Bruja!

—¡Eso por distraerte!

Sus ojos fueron un láser mortal hacia mí, si hubiera podido hacerlo, claro. Se puso de pie con dificultad, chorreando agua salada por todos lados y abrí los ojos como platos al darme cuenta de lo que quería hacer. Eché a correr en dirección contraria, pero me alcanzó rápidamente. Me abrazó por detrás, mojándome entera y grité.

—¡Gael! ¡Suéltame, traidor!

—¿Traidor yo? Serás...

Se echó a reír cuando intenté librarme de su agarre y negó con la cabeza, apretando más. Colocó un brazo debajo de mis piernas y me cogió con fuerza para dejarme suavemente en la arena. No podía soportar lo mal que se había tomado el baño nocturno. Al estar la espalda mojada, la arena se me pegó a la camiseta y me eché a reír de nuevo. Cuando me tumbé completamente, él volvió a ponerse encima y dejó caer todo su peso, mojándome de nuevo, pero por completo.

—¡Te odio!

—Y que sepas que me falta vengarme.

—¡¿Esto no es ya suficiente para ti?! Encima que he salvado tu móvil de ser destruido por

agua salada...

—Gracias, por cierto, pero no. Esto aún no ha terminado.

Se echó a mi lado, mirando las estrellas y suspiré. Le odiaba de verdad. No estaba tan empapada como él, pero me tocaba aguantar todo el camino pareciendo un rebozado. En cuanto esas palabras pasaron por mi mente, él se echó a rodar de nuevo y la arena se pegó a su ropa.

—¡Mira! ¡Soy un filete empanado!

## 13. TU HISTORIA

*Los secretos siempre salían a la luz,  
tarde o temprano.  
A algunos no les dolerá  
y a otros les destrozará.*

La noche se volvió estrellada e iluminada gracias a las luces que veíamos del castillo. Nos habíamos alejado del agua para no volvernos a mojar. Comenzamos a jugar de nuevo a encontrar formas en el cielo gracias a las estrellas y no dejamos de reírnos ni un solo momento. No creía que enseñarle la ciudad iba a ser así, pues hasta yo deseaba seguir haciéndolo hasta que se aprendiese todos y cada uno de los puntos más importantes.

Nos reincorporamos ya a altas horas de la madrugada, aunque no tan alta si lo comparaba con la hora a la que llegaba a casa cada vez que iba de fiesta. Nos sacudimos la arena que podíamos, pues seguíamos con bastante pegada en la ropa. Él se había quitado la camiseta para no coger un resfriado más grave aún del que iba a tener.

—¿Ya volvemos?

—Sí —contesté—, pero no andando.

—No comprendo...

Me acerqué a una de las embarcaciones que estaban atadas y saqué la llave del candado de mi queridísima y amada barca. Quité la cuerda que la sujetaba y sacudí la cabeza en su dirección para que Gael me ayudara a empujarla hasta el mar. Con la ayuda de los dos lo hicimos sin problemas y, en unos segundos, ya estábamos navegando por las aguas en dirección a nuestra playa. Eso sí lo tenía planeado. Mi padre me había ayudado a llevar la barca hasta allí.

Él se ofreció como voluntario para remar de vuelta, pero, cuando llegamos a la mitad del camino donde ya veíamos la ciudad entera iluminada, se detuvo sin dejar de mirarme en vez de contemplar la preciosa vista que tenía delante de sus ojos. Y no estaba hablando de mí.

—¿Has alquilado una barca en tu propia tienda?

—Es mi barca, no es alquilada por nadie. Me la regaló Roger, el jefe de la tienda, cuando cumplí dieciocho años. Aunque también me regaló el trabajo.

—Fue un gran día, ¿verdad? Los dieciocho son una locura. Luego se pasan volando.

Ahí fue cuando me di cuenta de que ni siquiera sabía cuántos años tenía, pero, por lo que había dicho, tenía más que yo. Fruncí el ceño y me dispuse a hacer la pregunta. No pude, me detuvo mientras me leía el pensamiento.

—Antes de que hagas la pregunta, ¿cuántos años crees que tengo?

—¿Veinte?

—Casi. Cumplí veintidós hace poco. Y tú... La verdad es que también aparentas veinte, pero diré que diecinueve, porque se ve que tienes conexión con Roger y eso es que has trabajado más con él. ¿Me arriesgo si digo veinte?

—Tengo dieciocho. El viaje a Grecia fue un regalo de cumpleaños también. La conexión con Roger es debido a que llevamos cuatro años viéndonos, solo que era una pequeña cliente tímida a la que todo le daba vergüenza.

Me miró de nuevo de arriba abajo y frunció el ceño, haciéndome sonreír. Todos a los que preguntaba mi edad me decían que aparentaba más años de los que tenía. Eso hizo que con dieciséis años de edad me dejaran entrar a varias discotecas de mayores, aunque teniendo de acompañante a Eric era obvio, pues él también aparentaba más. En realidad era porque sí que era mayor que yo, pero solo nos llevábamos un año de diferencia.

Ya no me afectaba que me dijeran que creían que tenía veinte, pues era la cifra que más me decían. Ojalá siguiera aparentando veinte toda la vida. Si pudiera elegir un año con el que quedarme, sería con ese sin duda. Sería mayor de edad, pero joven por siempre. No podía pedir más.

Gael se echó a reír y negó con la cabeza mientras dejaba los remos encima de la barca, cerca de la camiseta que estaba justo detrás de él.

—Vaya, sí que sabes sorprender.

—Me lo dicen mucho. ¿Esa es la razón por la que has querido detenerte en mitad del mar? No me quejo ni nada de eso, me gusta, pero comienzo a comprender que todo lo haces por algo.

—Te recuerdo que nos quedan las preguntas.

Sonreí, sabía que había algo que se me escapaba. De todas formas, ya nos habíamos hecho varias preguntas y nos habíamos conocido un poco más gracias a ellas. Igualmente, ya tenía una preparada, por lo que lo dejé pasar de nuevo y asentí. Clavé su mirada en él y le señalé con ella. Lo entendió, pues se dio un poco hacia atrás y miró la ciudad a mi espalda. Yo había comenzado el otro día, por lo que le tocaba a él.

Parecía impresionante todo lo que se podía decir con una mirada.

Se lo pensó unos segundos, pero no tardó mucho en formular su pregunta, la cual me sorprendió.

—¿Cómo es la relación con tu familia?

—Buena, ¿por qué?

—Quiero descubrir si la traición de la que me hablaste fue por parte de familia o de amigos. Profundiza, por favor, así no gano nada. Y mucho menos en conocerte.

Su respuesta me asombró mucho más que la pregunta, pero ni siquiera cambió de expresión cuando lo dijo. Su mirada me analizaba por dentro y bajé la mirada hacia el mar. Miré el reflejo de la luna en él y asentí, no podía tardar mucho en responderla o sería como decir que me había pillado demasiado desprevenida. Que lo había hecho, por supuesto, pero no quería admitirlo.

—Creo que mi casa es en las que más amor se respira. Siempre ha sido así. El cariño que se tienen mis padres es el típico que querría encontrar cualquiera para toda la vida. La verdad es que nunca me ha faltado una pizca de amor. Nací creyéndome princesa y mi hermano se convirtió en mi caballero andante. Ahora nos llamamos así para burlarnos del otro. No sé cuándo cambió eso, supongo que crecimos.

Él me escuchaba atentamente, como si fuera la cosa más interesante que había oído nunca.

Sonreí, cómoda. No es que hubiera muchas personas con las que me abriera de esa manera y mucho menos que me escucharan así, tan profundamente y sintiéndome lo más importante en ese momento.

—Mi familia es de esas que son tan cercanas que no hay secretos. Mis tíos, abuelos, primos... Los de sangre y los que elegimos, lo sabemos todo de todos. Bueno, a ver, quizás hay algún secreto que se escapa, pero tarde o temprano se acaba descubriendo. Lo bueno es que podemos hacernos todas las bromas que queramos, pero siempre, siempre, sabiendo que estaremos ahí el uno para el otro cuando lo necesitemos.

—La traición no ha sido por parte de familia, ¿verdad? —Negué con la cabeza—. Ya, lo he supuesto. Me alegro de que todo sea así. La verdad es que noté ese cariño en cuanto entré al restaurante. Es bonito y te hace sentir cómodo.

—No si les caes mal, así que has tenido suerte. Me toca. —Hice como si pensaba y lancé la pregunta—. Cuéntame tu historia, Gael. —Él frunció el ceño—. Me dijiste que tu padre era de aquí, pero no tu madre. Viajáis todos los veranos, vives en Nueva York... Algo tiene que unir todo eso.

—Mis padres se conocieron aquí, en Barcelona. Tuvieron una temporada... Rara, pero acabaron juntos. Mi madre es de California. Estuvieron en su casa unos años y luego se mudaron a Nueva York. Mi hermano mayor y yo nacimos allí, por lo que soy norteamericano por nacimiento.

—Es gracioso, no se te nota el acento del inglés. Aunque yo sí lo he escuchado, pero la diferencia me parece increíble.

—A mi padre le pasa igual. Nos enseñaron los dos idiomas para entender a mi familia de aquí y de allí. Ahora ya lo controlo del todo, así que no tengo problemas. Viajamos todos los veranos porque hemos ahorrado lo suficiente y, además, ahora trabajo y gano algo más para ayudar. En la Universidad estudié Administración de Empresas, que terminé este año por cierto, y quiero seguir estudiando algo de eso aunque aún no sé muy bien el qué, ni dónde. Mis padres trabajan allí, pero se han comprado una casa en Tossa. —Eso me sorprendió—. Teníamos una en un pueblo cercano, pero la vendimos y nos vinimos a la playa. Fue fácil convencerles de elegir esta ciudad.

—Eso es una hermosa noticia. ¿Y en cuanto a la relación con tu familia?

—No es... Mala, por decirlo de alguna manera, pero me apuesto algo a que no se compara con la tuya. Mis padres tienen sus temporadas y mi hermano se ha cansado un poco de ello. Se ha mudado a una ciudad cercana con unos amigos por salud mental y por trabajo. Al menos nos acompaña a los viajes.

—¿Fue a Grecia también?

—Claro. Estaba con él hasta que me secuestraste.

—Qué ataque más gratuito. Me ha dolido.

Nos echamos a reír por milésima vez en la noche. Sabía bien que faltaba algo ahí que se me escapaba en su historia, pues su hermano no se había mudado por salud mental si no hubiera algo contra él más grave. No quería preguntarlo en ese momento, pues sabía que era demasiado privado todavía. Además, su mirada estaba perdida en el agua, como yo, por lo que supuse que aún era reciente o dolía, lo cual acepté.

*Nota mental: recordar a Gael más adelante que me lo cuente todo con detalles.*

Nos quedamos aún más tiempo ahí, en mitad del mar y de la noche, mirando las estrellas y las luces de la ciudad que parecían parte de ellas. Remé yo lo que quedaba de camino y até la



barca a su sitio. Me acompañó a casa, pues había insistido en ello, y le di un beso en la mejilla de despedida.

Cuando torció la esquina, fruncí el ceño ante unos pasos que sonaban muy cercanos y agudicé el oído en busca de los causantes. Di la vuelta a la casa y me encontré con dos personas besándose contra la pared de mi casa. No lo haría cualquiera, porque solo entraban conocidos al patio. Además, había alarma por si alguien pasaba sin permiso. Y no había sonado.

—¿Seguro que no se ha enterado?

—Que no.

Abrí los ojos como platos. Las voces eran conocidas. Muy conocidas. Anastasia había dudado de ello y no había hecho caso. Anastasia siempre tenía la razón, ¿por qué no comenzaba a hacerle caso de una vez? Esa pequeña loca tenía el poder de adivinar el futuro.

Una duda existencial se abrió en mi mente: ¿Alex y Clary estaban juntos? Si no ¿por qué narices estaban besándose a esas horas de la noche fuera de casa?

\*\*

Un escalofrío me recorrió entera cuando me desperté pensando en lo último que vi la noche anterior. El recuerdo me seguía sorprendiendo lo suficiente como para creer que fue un sueño que mi querido cerebro creó para confundirme. No, había sido real, totalmente real.

No supe decidir muy bien si me alegraba o no. ¡Qué narices! ¡Claro que me parecía bien! Si se querían, tenía que estar feliz por ellos. La verdad era que nunca se me había ocurrido verles como pareja. Aunque... ¿Ya era pareja oficial o solo algo de verano? Sentía mucha curiosidad por saber, pero cada vez estaba más contenta por haberlo descubierto.

Cogí el móvil y mandé un mensaje a Anastasia súper urgente.

**Tracy**  
Tía.

Todas las conversaciones serias o importantes empezaban así. Y ella lo comprendió a la primera.

**Anastasia**  
¿QUÉ HA PASADO?

**Tracy**  
Recuérdame hacerte caso a

**Anastasia**

Oh, qué sorpresa. ¿En qué ha acertado ahora?

**Tracy**

Tres palabras:

**Anastasia**

RESTAURANTE A LAS

Sonreí. Esa era mi amiga.

Guardé el móvil en mi bolsillo después de contestar afirmativamente y me preparé para bajar a desayunar. Salté los escalones de tres en tres. Me detuve en seco cuando escuché la puerta de mi hermano abrirse. Era Daniel medio dormido, por lo que seguí bajando sin preocupaciones. Quería ver la cara de sueño de Álex. Mamá siempre me decía que un día me caería y no volvería a hacerlo, lo que ella no sabía es que ya me tropecé una vez y seguía haciéndolo como si nada. El golpe fue duro, eso sí, pero nada con lo que no aprendiera.

Desayuné y fui directa al trabajo. Volví como siempre y oí que papá se quejaba de que Álex seguía dormido arriba. Nunca se había despertado tan tarde y me habría sorprendido si no supiera la razón de ello.

—¡Yo lo despierto!

Subí los escalones de tres en tres de nuevo mientras mamá gritaba que tuviera cuidado. No le hice caso y me planté delante de la puerta de mi hermano. No me decidía en cuanto a la forma de despertarlo, pero estaba generosa, por lo que no pensé en saltarle encima ni nada parecido que le hiciera estar de mal humor todo el día. Aunque seguro que llamaba a Clary para que lo animara. Ese pensamiento me hizo sonreír.

Abrí con sigilo la puerta y la cerré detrás de mí. La cama de Daniel tenía un cajón enorme debajo del que se sacaba otra igual de grande. Era cómoda, yo había dormido bastantes veces ahí cuando era pequeña. Subí a la cama de mi hermano sin hacer mucho ruido y me planté justo en paralelo al querido bello durmiente, viendo el buen niño que parecía dormido.

—Álex... —Enredé un dedo en uno de sus mechones que ya casi le llegaban a los ojos y le di un pequeño tirón—. Mi querido amorcito, Clary te espera abajo.

Sus ojos se abrieron en ese mismo instante y me eché a reír a carcajadas. El dormilón chasqueó la lengua y me tiró la almohada, dándome de pleno. Vi su sombra que se levantaba y comencé a acostumbrarme un poco a esa oscuridad, pudiendo saber qué hacía. Se pasó la

mano por los ojos.

—¿Qué hora es?

—Oh, solo las dos y media.

—¿Y por qué me despiertas a estas horas?

—Porque son casi las tres... De la tarde, dormilón. ¿Qué narices estuviste haciendo ayer hasta tan tarde?

—Ver una serie.

Rodé los ojos y le tiré la almohada de vuelta, ganándome una mirada asesina de su parte. Me senté en el borde de la cama y agaché la cabeza, teniéndole casi cara a cara. Quizás estaba tan dormido que no se había dado cuenta que sabía que se despertaría con el nombre de su amada.

Lo que no soportaba era que me mintieran cuando sabía la verdad. Lo peor para la otra persona es que siempre me acababa enterando de todo.

—¿Seguro?

—Claro, ¿qué voy a hacer a esas horas?

—Odio que me mientan y más si te he dado una oportunidad para rectificar. Creía que lo sabías, querido primo idiota. Veintiséis años y aún intenta mentir a su prima pequeña. ¿Crees que soy idiota? ¿Quién es la afortunada?

—¡Nadie!

—A la siguiente mentira no vuelvo a dirigirte la palabra, Álex, y sabes bien que soy capaz de hacerlo.

Él suspiró después de unos segundos sin quitarme la vista de encima. Cedió y bajó la cabeza. Álex era como yo, nunca bajaba la vista cuando sabía que llevaba razón, por lo que confesó que yo era la que la tenía con esa pequeña expresión. Seguí con el rostro serio. No me hacían ninguna gracia las mentiras y él lo sabía por experiencia. Nunca nos habíamos engañado y eso me hizo creer que había algo más ahí detrás que solo un amorío adolescente.

—¿Cómo te has enterado?

—Os vi ayer. Era muy tarde, ¿eh? ¿Por qué quedáis a esa hora?

—Lo mismo digo, pequeña. ¿Qué hacías a esa hora por ahí?

—Daba una vuelta con Gael. No cambies de tema, querido. ¿De qué os escondéis? Que yo sepa ni tú ni Clary tenéis novio, por lo que no hay nada de lo que avergonzarse. ¿Es porque os consideráis primos? Porque te digo desde ya que es una completa bobada y no debéis separaros por eso.

—No es eso, Tracy. Es algo más complicado que... No puedo contártelo. Prométeme que no se lo contarás a nadie, prima, por favor. Te lo contaré todo un día de estos, pero ahora no.

—Prometido. Excepto a Anastasia, ella ya lo veía venir.

—Hecho. Pero... ¿Qué tal con Gael? —Subió y bajó las cejas rápidamente y me hizo cosquillas, cambiando de expresión rápidamente. La sonrisa se me engrandeció y le quité la mano de un manotazo amistoso. Se le daba bien cambiar de tema—. ¿Qué hacíais a esas horas, eh?

—Idiota. —Le di un puñetazo flojo en el hombro y comenzamos a reír—. No hicimos nada, solo un paseo en barca. Le enseñé la playa y...

—No me cuentes historias, enana. Voy a tener que conocer a ese chaval si quieres seguir con él. Ya sabes, necesita mi aprobación. Aunque, con la sonrisa que tienes por pensar en él, ya me cae bien.



## 14. CALA

*Me leía con la mirada  
y yo me sentía desnuda ante él,  
desprotegida,  
como si no necesitara hablar,  
pues él ya sabía lo que iba a decir.*

**A** las cinco en punto me encontraba ocupando una mesa del restaurante. Gael me había guiñado un ojo al verme entrar y yo le había lanzado un beso que había hecho como si lo guardara en su corazón. Me senté en la mesa más apartada del local y esperé a que llegara mi loca amiga. Anastasia solía llegar siempre entre uno y cuatro minutos tarde, depende de la ocasión a la que iba.

Cogí dos granizados de fresa mientras esperaba y, al volver a la mesa, ella ya estaba sentada mirando el móvil. Lo guardó en cuanto posé los vasos y me miró con una curiosidad increíble. Me puse a su lado y observé que nadie nos escuchara para contárselo todo. Ella escuchó con atención y sin interrumpirme ni un momento. Abrió la boca de par en par mientras terminaba.

—No fastidies, tía. Entonces hay algo más ahí detrás de esta parejita. Tienes que descubrir qué es.

—Me lo contará tarde o temprano. Lo descubriremos, esto no va a quedar así.

—¡Clary! —gritó Anastasia, alzando el brazo e indicándole que se acercara a nuestra mesa. Ella miró varias veces a los clientes y se acercó con rapidez a nuestra mesa.

Parecía que estuviera avergonzada de algo. Lo que ella debería esperarse es que nosotras no íbamos a juzgarla por nada. Sinceramente, nos sorprendía más que no nos lo hubiera contado al hecho de que estaba saliendo con Álex. Además, Anastasia ya se lo esperaba, por lo que no era ninguna sorpresa para ella. Solía acertar en bastantes cosas. Su destino y ella eran bastante amigos.

Se sentó en la silla de enfrente y nos miró cautelosamente a las dos. Cogí una mano suya por debajo de la mesa y le sonreí de oreja a oreja, sabiendo que mi amiga iba a comenzar a hablar. Se acercó a ella con la silla y bajó la cabeza para que solo lo escuchásemos nosotras. A pesar de que no lo entendíamos muy bien, respetábamos el que quisieran mantenerlo oculto.

—¿Por qué no nos lo contaste? Ha tenido que enterarse Tracy a escondidas.

—Lo siento, decidimos no contárselo a nadie y... Eso. ¿Podréis guardar el secreto, por favor? Nadie más que nosotros cuatro, ¿entendido?

—No te preocupes —aseguré—. Lo guardaremos bien, pero tenéis que contarnos algún día por qué.

Suspiró pesadamente y asintió. No podía creerme que hubiera algo detrás tan importante

como para ponerse así de pensativos los dos. Seguía creyendo que era porque creían que sus padres no lo aceptarían, pero estaba segura de que no iba a ser así. Nuestra familia era una caja de amor y cariño, nunca nos negarían algo así y menos con alguien con el que no compartíamos la sangre, sino el amor.

—Algún día, Tracy, algún día. —Su rostro se transformó al instante y miró hacia atrás, comprobando que no hubiera nadie—. ¿Qué tienes con Gael?

—¡Nada! —Me crucé de brazos y rodé los ojos. ¿Esa era la pregunta de la que tenía que comenzar a acostumbrarme?—. Somos amigos.

—¿Solo?

—No hemos vuelto a hacer nada. Además, ya sabes lo que pienso de las relaciones serias, no quiero volver a saber de ellas en años. ¡Años!

—Clary —le llamó alguien detrás de ella, sorprendiéndonos. Ninguna de las tres le habíamos oído llegar—, hay bastante gente en la terraza. Dice Roxy que no te paga por estar de charla con tus amigas.

—Vuelvo al trabajo —dijo ella, asintiendo. Nos despidió con la mirada y se fue, pasando al lado de Gael. Él se dio la vuelta, pero se detuvo antes de dar algún paso. Sonreí en su dirección y se dirigió a mí.

—Te recojo a la salida, *daring* —murmuró, y se fue por donde vino.

—¿*Daring*? ¿Qué es eso? ¿No querrá decir *darling*? Es lo que se dice a tu... ¿Pareja? En español es *cariño*, refiriéndose a una persona, ¿no?

—Sí, pero lo otro significa atrevida. Fue la palabra que pregunté a Aisha, ¿recuerdas? Me lo llamó cuando le conocí y no sabía muy bien lo que era.

—Qué monos sois.

Me pellizó un moflete y le quité la mano de un manotazo, asesinándola con la mirada. Tenía la típica mirada de “amiga orgullosa por su amiga enamorada de un chico mono”. Odiaba que me miraran así. Yo no estaba enamorada de nadie.

Bueno, de mí misma.

\*\*

Dieron las once de la noche. El trabajo de los viernes podía llegar hasta la una de la madrugada incluso, por lo que quizás me pasaba fuera de casa de nuevo toda la noche. Había planeado un recorrido con Gael, pero fui una tonta en hacerlo un viernes cuando la gente en la playa, y en el pueblo en general, se multiplicaba por dos. Le había contado el plan a Roger y él estaba muy contento por nosotros, a pesar de que sabía bien que no éramos nada más allá de amigos.

Gael llegó a las doce de la noche. Mi jefe le hizo entrar con nosotros en la tienda mientras cerraba una parte de ella. Los alquileres aún seguían en pie. Terminé en dos segundos de recoger todo y fui a saludar a mi invitado especial, pero Roger me interrumpió en mitad del camino.

—Oye, ¿por qué no os vais? Yo termino los últimos pedidos.

—Ni de broma. Ya lo has hecho otros días, me toca a mí.

—De eso nada. Soy tu jefe. Te estoy echando del trabajo. Mañana te readmito de nuevo.

—Eso no vale.

—Claro que vale. Es mi negocio. Yo mando y hago lo que quiero. —Se puso detrás de mí

y me empujó a la salida junto a Gael, que se reía de la situación—. Sois jóvenes, haced locuras y divertíos. Tenéis la edad para eso, no para estar trabajando hasta altas horas de la madrugada.

—¡Te lo compensaré!

—¡Ni se te ocurra! —gritó antes de guiñarme un ojo y cerrar la puerta.

Me reí a carcajadas y negué con la cabeza. Pensaría que estaba loco si no fuera porque lo conocía bien. No me gustaba dejarle todo el trabajo a él, a pesar de que sabía con seguridad que siempre lo había hecho él solo, pero yo estaba ahí para ayudarlo. Me encogí de hombros, otro día recuperaría esas horas y lo echaría yo a él.

—Me cae bien.

—Tú a él también.

Mi confesión le sorprendió, pero no hizo preguntas. Nos dirigimos hacia la avenida, subimos los escalones y comencé a buscar con la mirada. Lo encontré sin mucho esfuerzo y cogí de la mano a Gael para que no se quedara atrás y acabara perdiéndose. Nos detuvimos delante de un taxi.

—¿Cómo vas, Mike? —saludé al conductor mientras entraba en el asiento del copiloto. Mi compañero entró detrás y mi amigo taxista lo miró de arriba abajo, sonriendo—. Él es Gael, un amigo que hice en Grecia.

—Bienvenido a Tossa de Mar. Tienes una buena guía. Se conoce las playas mejor que todos los que viven aquí juntos. Es una sirena fuera del agua.

—No podría definirlo mejor —coincidió Gael.

Le di un codazo amistoso a Mike y comenzó el viaje. El chico que estaba detrás no dijo ni una palabra en el trayecto, por lo que toda la conversación la tuvimos mi amigo de clase y yo. Se había sacado el carné de conducir el primero del grupo y se había hecho taxista como su padre. Estaba sacando bastante dinero según me contó, lo cual me alegraba. A todos nos estaba yendo mejor de lo que cualquiera esperaba.

Nos dejó cerca de los lugares que quería visitar y me tiró los billetes a la cara cuando intenté pagarle. Le obligué a quedar un día para poder recompensárselo y me dijo que eso estaba hecho, lo cual me alegró. Gael le despidió con la mano.

—Podría habernos traído yo si me lo hubieras dicho, yo también tengo el carné de conducir.

—No lo sabía.

—¿No leíste mi currículum cuando se lo di a tu madre para el trabajo?

—No pasé de la foto y del nombre, la verdad es que tu caso lo llevó Clary. Da igual, así has conocido a Mike. Es un amigo de clase. ¡Vamos! Tenemos dos lugares por delante y de noche son más bonitos aún. Bueno, el mar es bonito a todas horas.

Subimos una pequeña colina hasta llegar al Mirador de Tossa y me recordó a la noche que anduvimos hasta el acantilado. La verdad era que no me había dado cuenta de que la mayoría de los lugares los habíamos visitado de noche, como si las estrellas quisieran acompañarnos.

Había un prismático enorme en la punta para ver todas las vistas de cerca. Yo lo había hecho miles de veces, por lo que le dejé a él primero y le fui explicando todos los sitios que veía.

—¿Ves? Allí se ve el castillo, no está muy lejos de aquí. Y... ¿Ves esa pequeña cala del otro lado? A nuestra izquierda. —Él asintió—. Pues grábate en la cabeza su vista desde arriba, vamos a verla personalmente.

—Me parece una idea fantástica.

Bajamos la colina sin dificultad y le guié por el camino más movidito hasta la playa. Incluso tuvimos que bajar por algunas rocas. Las risas estaban aseguradas. Me tiré en la arena para rodar como en el anterior lugar y él me siguió el juego como dos niños pequeños. Aunque de enanos no teníamos nada.

La noche estaba espectacular. Volvió a estar tan brillante como las anteriores veces con la ayuda de la luna llena y las estrellas a su alrededor. Nos pusimos uno al lado del otro y le miré mientras señalaba una constelación. Cuando se dio cuenta de que no le escuchaba, giró también.

—Estás loco, *handsome*.

—Y estoy orgulloso de ello, *daring*. —Los segundos pasaron como si nada entre esa conexión de miradas—. Puedo... ¿Puedo preguntarte algo? —Asentí—. ¿Esa traición de la que me hablaste fue la que te causó que no quieras tener relaciones serias en años?

—¿Nos escuchaste?

—¿Es tan obvio? —Sonrió, asintiendo.

—Sí, y voy a decidir no profundizar todavía. Aún no tengo la suficiente confianza con un loco que conocí en Grecia y ha venido a buscarme a un país que está a cuatro horas de allí y a muchas más de su lugar natal.

—El día que me lo cuentes, yo te contaré el porqué de estar aquí.

Eso era una condición muy justa. Asentí, de acuerdo y cerrando el trato que habíamos hecho sin necesidad de entrelazar las manos ni nada de eso. Los dos sabíamos que lo cumpliríamos. Al menos yo estaba segura de ello.

Caminamos por la cala y se dio cuenta de que también allí había barcas, pero ya estaban en el agua. Me preguntó si alguna era la mía, pero no era así, lo cual dudó. Era verdad que ninguna era la mía, pero tenía otro plan para volver que no era un taxi. La Cala Bona, como se llamaba, era una pequeña playa rodeada de rocas y vegetación. Era alargada, por lo que cualquier barca o transporte acuático era visto desde su entrada, que estaba metros más allá.

Me subí a unas rocas que delimitaban la cala y él se puso a mi lado. Nos sentamos cuando encontramos un lugar cómodo y estuve preparada para las preguntas. Yo iba primero, por lo que lancé la mía antes de que se me adelantara.

—Me toca preguntar. Confiésame uno de tus mayores miedos.

—Uf... —Suspiró y miró el suave movimiento del agua—. Pues siempre he sido una persona algo... Familiar. Me gusta cuidar de mis cercanos, por lo que uno de mis miedos es perderlos a todos y... La soledad, supongo. Temo quedarme algún día solo sin nadie que me acompañe.

—Creo que todos tenemos algo de ese miedo. Lo comprendo.

—¿Y el tuyo?

Me había devuelto lo que yo había hecho en la primera pregunta: utilizar la misma. No lo consideraba como trampa, pero, si lo hubiera sabido, no lo hubiera dicho. La verdad es que siempre pensaba cuántos miedos tenía y cuáles eran. Nunca me salía una respuesta concreta hasta que no los sentía en ese momento o cuando uno estaba cerca de producirse, por pequeño que fuera.

No sé cuánto tiempo estuve pensándolo. Tenía muchos miedos, eso era algo que no podía negar, pero en ese instante solo uno rondaba mi cabeza. Quizá en otro momento hubiera dicho otro. Sentía que el propio miedo era una ironía, pues decirlo era abrirme un poquito más a



Gael y eso cumplía parte de él.

—Temo que algún día alguien pueda bajarme las barreras de la confianza de nuevo y lo utilice para destruirme definitivamente.

Los recuerdos invadieron mi mente, haciendo que un escalofrío me recorriera de pies a cabeza. Ya habían pasado tres años de ello y aún no dejaba de odiarme por lo tonta que fui. Ese día me prometí no volver a caer en trampas de niñas enamoradizas que acababan con el corazón roto. Romperlo una vez ya fue suficiente.

—Como una vez hicieron. —Su comentario me hizo girar en su dirección—. Comienzo a entender tu historia, Tracy, pero no ahondaré en el tema. No quiero que te sientas mal por ello y mucho menos por los recuerdos.

—¿No crees que es muy tarde para eso?

—No, porque aún estoy a tiempo de hacerte desaparecer esos pensamientos con una de mis tonterías. No vas a recordar tales cosas mientras estés conmigo, *darling*.

—*Daring* —le corregí.

—No me he confundido.

## 15. VENGANZA

*Las venganzas nunca eran buenas  
aunque, en ciertos casos,  
dependía de la persona.  
Y de Gael...  
Sería mala solo para que me lo devolviera.*

Su mirada me había mostrado todo sobre él y a mí se me habían escapado muchos detalles, por no decir todos. Fruncí el ceño por su sorprendente afirmación, él solo sonrió y volvió a mirar las estrellas por unos segundos. Luego pareció volverse loco. Me cogió de la mano y corrimos hasta volver a la arena, donde me cogió en brazos por sorpresa y comenzó a dar vueltas conmigo. Me partí de risa sin poder evitarlo y me dejé llevar por el mareo, mirando las estrellas que se movían en círculos como yo.

Se cayó al suelo y salí rodando para no aplastarle. Me eché a reír de nuevo hasta que el dolor de barriga comenzó a ser notable y mi respiración se aceleró. No se me quitó la sonrisa, pero me tuve que detener unos segundos por falta de oxígeno en los pulmones. Aunque todo eso funcionó, me olvidé de todo por unos minutos, que era lo que siempre conseguía con él.

Él se colocó a mi lado poniendo una mano en mi cintura. Asentí, afirmando que estaba bien, y él sonrió con la mirada.

—Pesas más de lo que creía.

—Ah ya, es que la comida es mi amante y tenemos una cita muchas más veces de las que deberíamos al día.

No se esperó la respuesta, pues se echó a reír. Se quedó a mi lado hasta que me encontré perfectamente y miré la hora, quedaban cinco minutos para que nuestro taxi personal llegara. Me levanté y me puse justo antes del límite que marcaban las olas del mar. Gael se quedó a mi lado, confundido.

—¿Esperamos algo? ¿Cómo vamos a volver, por cierto?

—Calla y verás.

Dos minutos después, se oyó un sonido característico al comienzo del paseo marítimo que llegaba hasta la playa, donde nosotros estábamos. Un ferry no muy grande se acercaba a la costa y Gael fruncía el ceño mientras lo veía. Se detuvo a la derecha, a unos metros de nuestra localización, pues tenía poca profundidad y no podía pararse ahí. Sonreí de oreja a oreja y saludé al capitán desde allí.

Gael no se lo podía creer. Se volvió a echar a reír a carcajadas cuando vio que era Roger el que se encontraba navegando en ferry. Escalamos varias rocas para acercarnos al barco sin necesidad de meternos en la helada agua que nos rodeaba y le saludamos a lo lejos. Nos subimos de un salto a la embarcación cuando estuvo lo suficientemente cerca y nos saludó con

un abrazo a cada uno.

—Bienvenidos al viejo ferry de Roger. No, perdón, siempre me confundo. Bienvenidos al ferry del viejo Roger. Sentíos como en casa y disfrutad de la comodidad que os ofrece. — Señaló todo el ferry—. Hay un salón enorme justo aquí en el medio y una zona de relajación total arriba donde hay vistas a toda la inmensidad del paisaje. Os lo aconsejo, sobre todo sabiendo cómo es Tracy. ¿Nos ponemos ya en marcha?

—Sí, mi capitán.

Subimos a la parte de arriba donde había varios asientos y otro espacio para andar con libertad. Se veía todo como si fuera más alta en estatura y tenía techo de ningún tipo, por lo que tenía unas vistas espectaculares. Nos pusimos en marcha en cuestión de segundos. Me apoyé en la valla que nos salvaba de la caída al piso de abajo y me sentí como en casa. La brisa era fría y no tenía nada que me tapara ni me salvara de la piel de gallina que se me ponía a veces, pero me daba igual.

—Gracias por esforzarte tanto en enseñarme Tossa. Me está encantando, de verdad.

—Con esas palabras ya vale la pena que lo haga. Está siendo divertido, no me importaría hacerlo una y mil veces, aunque no sería lo mismo si no tuviera el mismo cliente.

—Yo no querría hacer este pequeño viaje si no fuera con la misma guía.

—Tranquilo, soy tu única guía personal contratada para todo el verano y gratis, además. Son todo ventajas.

—¿Qué tal el trayecto? —nos sorprendió Roger mientras subía las escaleras y se unía a nosotros.

—No podría ser mejor —afirmó Gael.

Nos sentamos en las sillas formando un círculo, mientras el capitán nos daba conversación, aunque era dirigida mayoritariamente a Gael, pues quería conocerlo mejor como me había dicho. Planeé todo eso para que pudiera hacerlo, sabía que iban a caerse muy bien. Incluso hubo un momento en el que los dejé solos para que siguieran hablando mientras yo daba una vuelta por el barco. Recorrer todos sus rincones me tranquilizaba.

Recordé que con ese ferry fue el primer viaje que di por el mar y Roger seguía siendo el que lo dirigía. Allí fue la primera vez que lo vi, pero yo era demasiado tímida para saludarlo. Luego, a los catorce, fue cuando me animé a alquilar una barca. Mi padre me acompañó e hicimos bastantes fotos de esa pequeña vuelta que dimos. Después de eso no pude dejar de volver al alquiler siempre que me dejaban. Gastaba todas mis propinas en ello, a veces acompañada por amigos.

Lo único de lo que estaba segura era de que estaba enamorada del agua.

Sentí una mano en la espalda y supe al instante que era Gael. Roger la habría puesto encima de las mías. Nuestra mirada conectó y la luna volvió a reflejarse en ella. Parecía que siempre lo miraba cuando el astro hacía ese efecto en sus pupilas.

—¿Puedo hacer una cosa?

—Depende...

Me cogió en brazos, sorprendiéndome. Por un momento había creído que estaba pensando en besarme, pero los movimientos siguientes me hicieron querer hacerle de todo menos eso. Se sentó en la barandilla que nos separaba del mar y le rodeé el cuello por miedo a lo que quería hacer. No podía pensar en eso, no estaba tan loco... ¿No? Ni siquiera podía asegurarme de ello, estaba chiflado.

—Ni se te ocurra, Gael.

Se puso en el lado del mar y me dirigió una última sonrisa que me prometí borrarle de la cara. Saltó al agua y me liberé de sus brazos, buceando. El agua estaba completamente helada, el viento en comparación era una mera brisa ardiente. Subí a la superficie, en busca de ese maldito traidor y le maté con la mirada cuando sacó la cabeza. Roger nos veía desde el barco.

—¿Todo bien por ahí abajo?

—Quizá sí ahora, pero no dentro de unos minutos cuando lo mate. ¿Unas últimas palabras?

—Te dije que me vengaría.

Me apoyé en sus hombros y le hundí hacia abajo. Cogió mis piernas y me tiró con él. No podía ni pensar en nada más en ese momento, solo en matarle y enterrarle delante de mis ojos y con mis propias manos. Subí antes que el traidor en busca de aire y nadé los pocos metros que faltaban para llegar a la orilla. Roger dejó el ferry con los demás, cerca de la costa en la que estábamos y Gael llegó unos segundos después detrás de mí.

No podía creer que lo hubiera hecho, y no es que no hubiera saltado antes desde ahí, pero no de noche, con ese viento y en brazos de alguien más. Iba a matarle, era la única certeza que rondaba mi cabeza. Me levanté empapada y me crucé de brazos mientras veía que Gael se intentaba secar la camiseta. Roger se acercaba riéndose a carcajadas.

—Te odio muchísimo.

—Oh, vamos, ha sido divertido.

—Te voy a dar yo a ti divertido, ¡loco!

—En mi defensa diré que no sabía que iba a hacerlo —comentó mi jefe—. Estáis un poco tarados, pero eso está bien, sedlo ahora, luego os quitarán la locura de un plumazo. La vida te hace serio, y cuando te haces viejo y no te importa nada, vuelve tal y como se fue. Es el espíritu de la juventud, queridos.

—Estoy loca pero no tanto como... Ese.

—Tengo nombre.

—Lo he olvidado, solo pienso en asesinarte.

Una sonrisa me delató cuando me escurrí el pelo e intenté quitar gran parte del agua que tenía en él. Era imposible, necesitaba una ducha ya. Nos despedimos de Roger, que ya era muy tarde para él, y le prometí que yo madrugaría para abrir la tienda. Se lo debía por todo lo que había hecho por mí, aunque sabía que con eso no lo compensaría todo. Eran tantas cosas... No podría terminar de agradecerse nunca.

El querido traidor me acompañó hasta casa, pero comenzó a intentar contentarme cuando nos quedaba una sola calle. Torcimos la esquina y se acercó para pasar una mano por mis hombros. Lo esquivé muy sutilmente y le saqué la lengua.

—Eres un rencoroso.

—¡Te la debía! No te me pongas así. He visto tu sonrisa intentando salir todo el camino, no intentes engañarme.

—Qué mentira más grande. —Me crucé de brazos y giré la cabeza en dirección contraria a la suya.

—¿Has oído alguna vez el chiste sobre una persona bajita que se enfada? Porque acabo de demostrar que es cierto. Estáis adorables cabreadas. —Abrí los ojos como platos y le di manotazo en el brazo—. ¡Ay! ¡Oye, que duele!

—¿No es tan adorable el golpe de una bajita? Vaya, qué pena.

Me abrazó por detrás por sorpresa. Intenté librarme de su agarre, pero él utilizó más fuerza para que no lo consiguiera. Dejé de intentarlo cuando vi que no era capaz de superarle,

pero fue en ese momento en el que dejó de hacer esfuerzo y me liberó despacio, pasando sus manos por mis brazos y mi espalda. Me di la vuelta para tenerlo cara a cara y sonreí irónicamente.

—Ojalá decrezcas.

Se agachó para estar a mi altura y rodé los ojos. Todo el mundo hacía lo mismo para burlarse de mí y hacerme sentir más bajita de lo que era. No me importaba que lo hicieran mis amigos, pues sabía que no lo hacían para herirme, por lo que no me sentí mal cuando Gael lo hizo.

—¿Así?

—No me sirve, pero gracias por el esfuerzo sobrehumano que has tenido que hacer.

Pasó las manos por mis muslos y me levantó, obligándome a rodear su cintura con las piernas. Me puso contra la pared de los vecinos y todo el mundo calló por un instante, solo para dejarnos solos. No podía creer que nuestra mirada y respiración se aceleraran tanto en tan poco tiempo. En un momento estaba enfadada, en otro quería matarle y en el siguiente solo pensaba en besarle.

Así que lo hice. Terminé con la pequeña distancia que nos separaba y uní nuestros labios en un beso totalmente provocado por él y esperado por los dos. Fue como sentir de nuevo los sentimientos de aquel día en Grecia, puesto que era la primera vez que nos besábamos desde que llegó. En mi opinión, habíamos tardado mucho en hacerlo, pero nos había servido para conocernos un poco más. Me respondió con tranquilidad y sin prisa de ningún tipo. Fue como la primera vez, maravilloso.

Me separé de él y me bajó con cuidado hasta tocar el suelo. Me obligué a despegar la mirada de la suya, que parecía que me hipnotizaba y me retenía ahí con él. Sonreí como una niña pequeña y le aparté de un empujón.

—Sigo odiándote.

—Casi me lo creo.

Nos miramos y nos echamos a reír. No había podido haber un mejor desenlace para la noche. Le cogí de la mano y anduvimos hasta la puerta del patio de mi casa. Me quedé ahí quieta unos segundos y acabé por ponerme de puntillas, como todas las veces, para darle un beso en la mejilla.

—¿Así que eso es lo que hacen los que son solo amigos...?

—Cállate, Anastasia, se suponía que no los habíamos visto.

—Pero si se han besuqueado aquí al lado, ¿cómo no vamos a verlos si estamos aquí?

—No sé de dónde has aprendido hacer las cosas con tanto disimulo —ironizó Clary.

Las dos estaban mirando por la ventana de la cocina de mi casa. No me podía creer que estuvieran ahí. ¿Qué hacían a esas horas en MI casa? ¿Habíamos quedado para una noche de chicas y no me acordaba de ello? No, no me olvidaba de esas cosas, lo recordaría. Gael carraspeó para evitar reírse y yo rodé los ojos.

—¡Subid a la habitación, cotillas!

## 16. PERSONAL

*Me animó a amar,  
a buscar esa persona  
que me quisiera tanto, tanto,  
como para buscar todos los trozos perdidos.  
A mí no me quedaban.  
Todos se quedaron por el camino.*

**E**n cuanto entré en casa, me crucé de brazos mientras las dos espías salían de la cocina. Anastasia miraba disimuladamente hacia otro lado y Clary tenía las manos entrelazadas a su espalda, mirándome con una sonrisa aparentemente inocente. Me sentía una madre que acababa de pillar a sus hijas haciendo una tontería que había destrozado la casa. La verdad era que no estaba enfadada, pues la sonrisa me delataba, pero podían haber sido un poquito más disimuladas.

—¿Qué hacéis aquí a estas horas?

—Clary quería una noche de chicas y yo apoyé la idea. Tu madre nos dejó entrar para esperarte en tu habitación, pero no sabíamos que ibas a tardar tanto. ¿Soléis llegar tan tarde? ¿Cuándo dormís?

—Un día dormimos toda la tarde, ya te lo conté, cuando fuimos al acantilado.

—Qué romántico —comentó Clary, entrelazando las manos delante de su pecho. Rodé los ojos otra vez y subí las escaleras hasta mi habitación. Me siguieron de cerca y la última cerró la puerta.

Sabía que me esperaba una noche con dos chicas que iban a intentar convencerme de que Gael y yo parecíamos, y éramos, más de lo que decíamos. Con lo que habían visto, ya no iban a creerse ni una palabra de lo que dijera, por lo que casi ni lo intentaba, sabía que sería una bobada y una pérdida de tiempo.

Nos sentamos en mi cama, yo apoyada en la pared con el móvil en la mano y contestando ciertas conversaciones, y ellas mirándome como si tuviera algo que contar. Se equivocaban, no había más novedades de las que habían visto. Aunque al pensarlo me di cuenta de que cualquier cosa que les pudiera contar sobre mis ratos con Gael lo malinterpretarían. Seguirían mirándome con la mirada de “amiga orgullosa de su amiga enamorada”.

Rodé los ojos cuando levanté la mirada del móvil y les vi observándome fijamente. Les enseñé el móvil y sonreí irónicamente.

—No estoy hablando con él, es Eric. Dejad de pensar en nosotros, no somos naaada. ¿Cuántas veces tendré que decirlo?

—Hasta que tú te des cuenta de la mentira que dices.

—Yo no miento.

—¿Y a ti misma?

—Quizás antes, ahora no.

Lo dije segura, sin dudar ni un segundo ante el interrogatorio de Anastasia. Clary se encogió de hombros y cambió de tema, pues las tres sabíamos que no íbamos a sacar nada más importante de ahí, por desgracia para ellas, por fortuna para mí.

—¿Te apuntas a la fiesta de mañana?

\*\*

Corrí hacia el restaurante, pues ya llegaba tarde y eso que no solía pasarme nunca. Daniel intentó sacarme algo más de información de mi noche con Gael, con ayuda de Álex, y los mandé a los dos de paseo. No podía soportar que cuatro personas el mismo día me martillearan con el mismo tema. No es que me importara sobremanera, pero llegaba un punto en el que la insistencia de los queridos emisores era muy intensa y la paciencia de la receptora, o sea yo, comenzaba a rozar los límites de convertirse en nula. Cuando me di cuenta, eran las cinco de la tarde, hora en la que había quedado con Gael en el restaurante.

Entré con algo de prisa y por poco me choqué con él, que estaba a punto de salir. Clary me sonrió de oreja a oreja, guiñándome un ojo, y yo le saqué el dedo del medio para enseñárselo. Me lanzó un beso y yo cerré la puerta en respuesta. Me eché a reír mientras Gael fruncía el ceño con nuestro juego de señas. Amaba a mi prima en el fondo de mi corazón.

—¿Todo bien?

—Ah, sí, estupendo. Tenemos dos horas, ¿no? Entras a las siete, si no habéis cambiado el horario.

—Es la primera vez que creo que has mirado el horario de los turnos de restaurante que tienes en casa. Lo has hecho, ¿verdad?

—Siento defraudarte, se lo pregunté a mi madre esta mañana. ¿Cómo saber que tenemos un horario en casa?

—Se lo oí decir a tu madre.

Se dio con la mano en la frente y yo intenté disimular mi torpeza mirando hacia arriba o a cualquier lugar que no supusiera verlo a él. Me encantaba el ambiente que había entre nosotros y nunca dejaría de admitirlo: me gustaba estar con él. Era agradable y me sentía tranquila, como en casa.

No tardamos mucho en llegar al lugar que tenía planeado. En dos horas podía darnos tiempo o a muchas cosas o a ninguna, por lo que, con prisa, decidí ir a ver algo rápido y en el que pudiéramos irnos cuando quisiésemos. Subimos a la parte alta de la ciudad y entramos en una zona llena de tierra pero arreglada para que no manchara mucho. Había vallas que separaban los espacios y formaban los caminos que recorrer.

—¿Dónde estamos?

—Bienvenido a la Villa Romana de Ametllers. Algo rápido y sencillo de ver. Y, mientras lo analizamos, podemos hacer las preguntas. ¿A quién le toca? —pregunté, sabiendo la respuesta. Le tocaba a él.

—Me gusta la idea. Bien... Cuéntame tu historia con Eric.

—¿Sigues intentando buscar de dónde viene la traición de la que te hablé o es por simple curiosidad y celos?

—¿Quieres que suba tu ego y diga las dos? —Me eché a reír y me encogí de hombros—.

Como quieras. Estoy súper celoso de tu amigo con el que compartes una historia seguro que muy bonita y que te dañó mucho, pero hubo una reconciliación que lo arregló todo y ahora tenéis una relación irrompible de amistad.

—Casi, pero no. Sobra el detalle de dañar, él no fue quien me traicionó.

Anduvimos unos pasos viendo el impresionante mundo del pasado. Los suelos estaban formados de dibujos coloridos hechos de teselas, esas piedrecitas pequeñas cuadradas con las que se crearon los puzzles. Eso me lo acababa de inventar, pero seguro que no iba mal encaminada. Le expliqué un poco lo que me dijo mi profesor hacía años cuando lo visitamos por quinta vez en toda mi vida y desvié un poco el tema de la pregunta. En realidad lo que estaba pensando era en la respuesta para no entrar en un tema... Definámoslo como pantanoso.

Cuando nos quedamos viendo una habitación en un nivel inferior que las demás, más hundida, por decirlo de otra manera, me dispuse a seguir. Las preguntas ya habían pasado a un toque más personal, pero no me importó lo más mínimo.

—Eric suspendió un año y yo aprobé, lo que nos colocó en el mismo curso. Ya lo conocía de haber escuchado algo de él. Todos decían que era mejor no meterse con él, que no sé qué problemas tenía con su padre... Bueno, miles de cosas. Yo acababa de pasar por el peor verano de mi vida, por lo que no estaba de humor para tantas tonterías. Me senté a su lado con una cara parecida a la suya... —Gael frunció el ceño—. De estar seria, me refiero.

—¿Sois los típicos amigos que no se llevaban bien al principio y luego os convertisteis en los mejores?

—Somos los típicos amigos que se enfadaron ese día, se liaron esa noche, se contaron todas sus penas y se convirtieron en mejores amigos.

—Qué bonita forma de consolidar la amistad. Profundiza, adelante.

Recordaba aquel día como si fuera ayer. Me senté a su lado en clase porque el sitio más cercano a la ventana siempre había sido mi lugar y los demás estaban ocupados. Nuestra mirada nos recorrió simultáneamente hasta acabar a la vez. Me senté sin decir ni una palabra y el profesor nos interrumpió el análisis que nos estábamos haciendo. Los dos nos conocíamos de alguna fiesta o de encontrarnos por los pasillos, pero nada más allá de una simple mirada.

—¿Has cambiado de la noche a la mañana, niña? Parecía que era ayer cuando te intimidabas con una mirada.

—No te confundas, la tuya no me interesaba, por lo que ni siquiera te prestaba atención. Siento decírtelo así, pero no tengo tiempo para perderlo. Puede que haya cambiado, ¿tiene algo de malo o te incumbe? Quizás eras mi padre y me lo has estado ocultando todos estos años.

—No juegues con fuego, querida.

—¿Y qué si quiero quemarme? ¿Acaso te importaría?

—Si es conmigo, sí. Quizá te duela y vayas llorando a tus padres. ¿Tendré que preocuparme?

—Te va a doler a ti más que a mí, guapo. El hielo también quema. Prueba y verás.

Esa tarde fue al restaurante, donde trabajaba algunos días para ayudar a mis padres. Él fue a visitarme y se quedó hasta que me fui, esperándome en la salida. No me sorprendió verlo, ni tampoco que me cortara el paso cuando ignoré que estaba ahí. Le sonreí, sabiendo que me lo esperaba de lejos y me asesinó con la mirada.

—¿Has perdido algo en el restaurante? Debes hablar con la jefa, yo he terminado mi turno.



Vuelve mañana si quieres que te atienda.

—He perdido algo que se llama... Llama, ¿podrías encenderla por mí?

—Eso sería un placer, aunque quizás no debería. Dicen cosas muy malas por ahí de ti. ¿Tengo que asustarme? Porque ahora mismo, aunque no lo veas, estoy temblando. —Alcé una mano y la moví exageradamente para que notara mi sarcasmo—. Mi casa está aquí al lado. ¿Vienes o no?

Después de conocerlo más profundamente físicamente, nos desmoronamos en mil pedazos emocionalmente. Tuve que forzarlo un poco y utilizar por primera vez la llave con la que podía cerrar mi habitación por dentro si quería. La fabriqué con Daniel de pequeños para que mamá y papá no nos molestaran cuando construíamos mi castillo de la realeza y luchábamos con espadas de plástico. Después, nuestros padres me hicieron una cerradura de verdad cuando, un día, Daniel entró sin llamar en mi cuarto justo cuando me estaba cambiando de ropa.

Nos encontrábamos tumbados en la cama, mirando el techo y respirando aún con algo de rapidez por el momento de intensidad. Fue largo, bonito y totalmente placentero, sin quejas de ningún tipo. Eric era algo como una máquina demoledora que, en el fondo, se movía por un fantasma que lo obligaba a destruir todo. Por muy cliché que pareciera, había gente así.

—¿Vas a contarme algo de ti? ¿Qué es lo que cuentan por ahí de tu padre? ¿Es verdad?

—¿Qué te importa?

—Déjame saberlo, anda. Soy curiosa, pero guardo secretos. Quizá te venga más tener una amiga de verdad.

—¿Y quién te ha dicho que quiero ser tu amigo?

—Lo que hemos hecho y que tú me has buscado, no yo. Cuéntamelo. ¿Es verdad que te escapaste de casa por él? Supongo que no puedo contar con tu madre, ¿verdad? Es una mierda, en realidad.

—¿Qué sabrás tú? Sí, me fui y ahora vivo mejor.

—Si tú lo dices...

Seguimos con varias discusiones de esas hasta que se cansó y se intentó ir, pero la puerta estaba cerrada. Le enseñé la llave y me levanté de la cama para acorralarle contra la pared. Mi baja estatura no ayudaba, pero mis pupilas lanzaron llamas hacia todo su cuerpo. Rodó los ojos como muestra de que no me podía sostener la mirada y me eché a reír, separándome.

—¿Quién es el que quema ahora, Eric?

—Vete al Infierno.

—Yo soy el Infierno.

Abrirnos después de eso no fue difícil. Le abrí la puerta para que pudiera irse cuando quisiera, pero no lo hizo, se quedó y me obligó a abrirme a mí también. No lo tuve muy fácil, pero acabó por dar en el clavo y saber tocar donde dolía, como yo había hecho sin ninguna dificultad. Parecía que nos conocíamos bien sin saberlo.

La amistad fue consolidándose con el paso del tiempo hasta llegar a ser nuestra otra mitad. Nos protegíamos, nos contábamos todos, nos queríamos, nos preocupábamos el uno por el otro... Éramos todo sin ser nada en particular, y eso era lo que más nos gustaba: no nos definíamos.

Gael asintió cuando le conté la mayoría de los detalles y yo sonreí al recordarlo todo en el recorrido que caminábamos. Obviamente, habíamos tenido también peleas y discusiones que nos costaron lágrimas y voces a todo pulmón, pero fueron lo suficiente duras como para

explicarnos sin palabras explícitamente dichas lo que nos preocupábamos por el otro. Después siempre acabábamos disculpándonos a la vez.

—¿Eso es que voy a tener que enfrentarme a él si quiero conseguir tu querido y amado corazón que tanto ansío y tanto me quita el sueño? —preguntó, haciendo gestos exagerados.

—Eso es seguro, él debe darte su consentimiento. —Sonreí y asentí—. ¡Me toca! ¿Con cuántas chicas has estado, querido Gael? ¿Cuántas veces te han roto el corazón?

—He estado con tres chicas. Una duré un año, otra seis meses y otra una semana. —Me reí por la poca duración de esa relación y se encogió de hombros—. Todas me rompieron el corazón. Sí, duele al comienzo, pero no por ello tienes que cerrarte a volver a enamorarte. ¿Quién sabe si alguna de esas chicas iba a ser el amor de mi vida? ¿Y cómo iba a descubrirlo si no lo vivía? Esas son las preguntas que debes hacerte siempre. Alguna vez, te lo prometo, encontrarás a un amor inmortal, pero primero tienes que arriesgar un trocito de corazón por cada persona que crees que puede ser.

—¿Y qué pasa cuando se acaben todos esos trocitos?

—Llegará alguien y te dará los suyos. Esa, esa es la persona.

## 17. LA NOTA

*Terror, esa palabra que ignoramos  
hasta que la sentimos en los huesos.  
Nos recorre el cuerpo  
sin dejar un solo hueco libre.  
Te destruye.*

**M**e puse los tacones que más me gustaban y las tres, Anastasia, Clary y yo, nos miramos al espejo de la primera. Su casa era la más cercana a la discoteca, por lo que nos preparábamos ahí siempre que podíamos y no tuviésemos que trabajar. Por suerte, ese día Roger quiso terminar los encargos él mismo y colocarlo todo, porque habían llegado muchas cosas en el último camión de la empresa con la que trabajaba. No le puse muchas pegas, pues tenía ganas de pasar un buen rato con mis amigos y había colocado lo que pude antes de irme, no soportaría dejarle ahí solo con todas esas cajas.

Eric y los demás nos esperaban a la puerta. Clary ya les conocía a todos y se llevaban bien, por lo que no dudaba ni un minuto en salir con nosotras. Recordaba que, al principio, siempre se aseguraba de no molestar, luego se fue soltando un poco y ahí estaba, como una más en el grupo.

Bailamos nada más entrar, pues habíamos llegado más tarde que otros días, pero el ambiente era mejor. Eric se ofreció a bailar una lenta conmigo y acabamos haciendo el tonto e inventando nuestros propios pasos. Clary me dio un empujoncito y me señaló una mesa en la que no conocía a nadie de los que estaban sentados.

Excepto una persona.

—¿No es el chico del otro día?

—Hugo, sí.

—Te robo a Eric un rato. Vete con él.

Sonreí a mi querida prima y asentí, cediéndole mi sitio. Ella era mejor bailarina, pues había ido a clases de baile unos años. Nos había intentado enseñar bien cómo se bailaba una canción lenta, pero acababa de los nervios por lo incompetentes que éramos. Nos gustaba ir a nuestro ritmo y con nuestras bobadas.

Me acerqué con seguridad a la mesa y un chico, supuse que amigo de Hugo, fue el primero que se giró y me vio. Frunció el ceño y subí unos pequeños escalones que daban a la zona de las mesas. La parte de abajo era la pista de baile. Apoyé una mano en el hombro de Hugo y levantó la cabeza para verme, sonrió al instante, dejándome un espacio para ponerme.

—¿No bailas?

—Si es contigo quizá me lo pienso.

—¿Y esperas una invitación o algo por el estilo?

—Primero preséntanos a la chica, ¿no? Tenemos que saber a quién has conocido sin contárnoslo —oí decir a su amigo. Le sonreí sin dudar.

Busqué con la mirada a Anastasia y moví los ojos hacia el chico que tenía al lado cuando me miró. Me entendió a la primera y se acercó a mí sin ni siquiera decir una palabra a los del grupo, me habían visto llamarla disimuladamente. Subió las escaleras con cuidado, pues su vestido no se estiraba mucho por estar pegado a sus caderas, y se colocó a mi lado.

—Yo soy Sofía y ella es mi amiga Lucía. ¿Me dejáis llevarme a vuestro amigo un ratito? Lucía puede llenar su hueco, ¿verdad?

—Claro que sí —se adelantó a decir el chico—. Ven, voy a presentarte a todos. Estábamos jugando a “verdad o atrevimiento”. ¿Te apuntas?

—Me encantan los juegos —dijo mi amiga. Me puso una mano en la cintura y se acercó a mi oído—. Podéis tardar lo que queráis, no hay prisa. Yo entretendré a este chico tan simpático.

Ofrecí una mano a Hugo y él la aceptó sin miramientos. Se levantó de su sitio y se puso Anastasia en su lugar sin dejar de mirar al otro chico. Se acercaba a su oído para coquetear y eso que no llevaba ni cinco segundos sentada. Negué con la cabeza imperceptiblemente y sonreí en dirección a mi acompañante.

Nos colocamos en mitad de la sala. Rodeé con mis brazos su cuello y él mi cintura, bailando con nuestros cuerpos muy cerca el uno del otro. Se aproximó más aún para hablarme al oído, pues la música era alta y no nos oíamos siquiera.

—No te había visto pero, si lo hubiera hecho, habría ido directo a por ti. Me alegro de que lo hicieras tú.

—Te veía muy... Parado. Hay que mover ese cuerpo con algún baile. La noche es para eso.

Cogió mi mano y me dio una vuelta, que hizo que mi falda se moviera conmigo. Me acercó aún más cuando terminé de darla y me rodeó la cintura con un solo brazo. Su mirada desafiante me mantenía sin hacer ningún movimiento, pero con una sonrisa creciendo en mi rostro.

—Eres todo un galán.

—Si tú lo dices...

\*\*

Desperté en la cama de Anastasia con ella a mi lado. Clary se había caído y estaba en la alfombra con un cojín como almohada. Aunque, pensándolo mejor, quizá la tiramos nosotras. Eso tenía mucho más sentido. Mi amiga se revolvió a mi lado y miró la hora en su móvil, que encendió con darle dos toques a la pantalla. Las diez de la mañana.

—Duérmete.

—Tengo que irme a trabajar. —Me levanté de un salto y crucé la habitación sin pisar a Clary—. Hablamos luego.

No podía creer que ya me despertara sin alarma a la misma hora todas las mañanas. Supuse que era la costumbre y por eso conseguí no llegar tarde al trabajo, pero me di un golpe mentalmente por olvidar poner el despertador en el móvil. Si hubiera defraudado a Roger, me habría enfadado conmigo misma. No podía hacer eso.

Fui directa a casa para cambiarme de ropa a una más ligera para trabajar cómodamente. Justo cuando buscaba las llaves para abrir la puerta, Dani la abrió. Sonreí, pero se me

desvaneció al instante cuando vi que llevaba una maleta detrás de él. ¿Dónde se iba y por qué no lo sabía? No recordaba que me lo dijera en ningún momento.

—¿Dónde vas?

—A casa de Tomás una semana. Me invitó ayer y papá y mamá me dejan. Nos vemos, hermanita.

Se fue sin decir ni una palabra más. Fruncí el ceño por la rapidez de nuestra conversación y entré en casa, donde mamá y papá hablaban en el salón. Por sus rostros noté que ni siquiera ellos estaban muy seguros de lo que acababa de pasar. Yo aún no sabía si había sido real o solo una alucinación.

—Oye, ¿qué narices le pasa a Daniel?

—No lo sabemos, te íbamos a preguntar a ti. Se va con Tomás, ¿cuándo se ha ido con él en verano? ¿Le ha pasado algo con sus amigos, quizá?

—No tengo ni idea.

—Hoy mismo pienso llamar a su madre para asegurarme de que está allí. No sé por qué tengo un mal presentimiento.

Lo que no sabía mi madre era que su presentimiento no estaba dirigido a Daniel, sino a mí.

\*\*

—¡Ya estoy aquí, Roger!

—¡Tracy! Ocupate de la tienda, por favor —dijo, mirándome un segundo para verme. Había varias personas formando una cola—. Te han dejado un sobre, no sé quién era, pero parecía que te conocía. Lo he dejado aquí encima.

—Gracias, yo me encargo.

Parecía algo cansado por la tienda, por lo que no hice más preguntas. Vi el sobre con el ceño fruncido, pero lo cambié al instante por una sonrisa al ver que me tocaba atender a varias personas. Lo hice con alegría y sin nervios, pues ya me lo había aprendido todo casi de memoria, excepto algunos precios.

Cuando tuve un rato libre, cogí el sobre y lo abrí con algo de desconfianza. No estaba nada segura de lo que podía encontrarme ahí. Pensé en todas las posibilidades de lo que podía ser. Una carta de Daniel no podía ser, pues Roger conocía a mi hermano, pero podía haberla escrito él y habérsela dado a un amigo para que la entregara de su parte. ¿Iba a fugarse por lo que había pasado? ¿Qué narices había pasado para que estuviera así de raro? Eso era una locura. Había visto demasiadas películas.

La siguiente opción era Hugo, que no me había encontrado en el trabajo y me escribió algo. Tampoco lo creía posible, pues me esperaba por la noche como hizo la última vez que alquiló una barca para los dos.

Gael tampoco podía ser, porque haría lo mismo: esperar a que terminara mi turno. Además, no habíamos quedado todavía para ver nuestro próximo lugar y Roger lo conocía.

Me quedaba sin opciones. Abrí el sobre y deslicé de su interior un folio blanco cortado sin cuidado para que entrara perfectamente en el sobre sin dobleces de ningún tipo. Había unas cuantas palabras en el medio. Un mensaje corto y sencillo.

*Te he encontrado, pequeña. No sabes lo que has hecho, pero espero que reflexiones y lo descubras, porque vas a pagar por ello. Tú y tu querida familia. Os arrepentiréis de todo.*

*Saludos, un amigo.*

Un escalofrío me recorrió entera cuando leí varias veces lo que estaba escrito. Se habían confundido de chica. Yo no había hecho nada grave para merecer una nota amenazante. ¿Y qué quería decir todo eso? No tenía ni idea, pero como siguiera pensando en ello, los nervios me traicionarían.

Se habían equivocado, seguro.

—¿Ya sabes de quién era la nota? —preguntó Roger, sorprendiéndome.

—No... Pero puedo imaginármelo. Nada grave, tranquilo.

## 18. PEDACITOS

*No me importó que te enteraras.  
Me importó tu reacción.  
Tus palabras se quedaron clavadas en mí.  
Odiaba que tuvieras tanta razón,  
pero yo ya estaba perdida.*

No dejaba de releer la carta. Estaba escrita a ordenador, por lo que no pude reconocer ningún tipo de letra. No había dormido casi nada por esa maldita amenaza que temía por un lado, pero no creía por otro. Estaba confundida, asustada y era la primera vez que mentía a Roger sobre algo. No sé por qué exactamente, pero no pude confesar en ese momento lo que en realidad era aquello. No me salieron las palabras adecuadas.

Guardé la nota en el cajón de mi mesita de noche, debajo de varios papeles para que nadie la encontrara importante y la leyera. Solo con pensarlo me revolvía el estómago. Mis padres no podían enterarse, se volverían paranoicos y no me dejarían ni salir de casa. Estaba al noventa por ciento segura de que el remitente se había confundido de persona, pues ni siquiera ponía mi nombre en ningún lado. No iba dirigida a nadie en concreto, en realidad.

Lo que debía haber pensado es que quedaba el diez por ciento de posibilidades de que no fuera tan irreal. Aunque, en ese momento, no pudiera ni imaginarlo. No era capaz.

Nunca había sentido tantos nervios en el estómago desde aquel verano que me rompieron por primera vez el corazón. La cabeza me daba vueltas, al igual que todo lo que había desayunado aquella mañana. No había podido dormir apenas y me distraía en el trabajo, aunque intentaba disimularlo lo mejor que podía. El día anterior, Roger pensó que era mejor que saliera antes y descansara. El lunes me desperté temprano, a pesar de tener toda la mañana libre, pero no podía parar quieta.

Un mensaje me llegó en ese mismo instante. Me asusté y di un pequeño salto en la cama. Estaba paranoica. Sentía que cada señal que me diera el destino sería algo que me acercara a aquella nota, a la persona que la mandó. Sacudí la cabeza. No, nada de eso era real. Fue una simple equivocación que acabó sin querer en mis manos.

Entonces... ¿Por qué seguía preocupándome tanto?

**Gael**

¿Qué tal en la fiesta

No me esperaba esa pregunta por su parte. Habíamos estado hablando un poco los últimos días y no había mencionado la fiesta hasta ese momento. No creí que fuera nada malo, por lo

que respondí con total sinceridad. Aunque también debería haberle invitado, como la anterior vez que se me olvidó. No insistí en darle vueltas, no creía que estuviera molesto por eso. ¿Debería estar enfadado por algo acaso?

**Tracy**

Bueno, nada

**Gael**

¿Nada mal? ¿No te gustó cómo besaba el

Me sorprendí. ¿Cómo se había enterado? Nunca contaba nada de esas cosas y mucho menos al chico que estaba conociendo, como era él. La pregunta sonó a molestia, pero no sabía muy bien por qué. No éramos nada serio en realidad. Además, creía que sabía que no me gustaban las cosas serias.

**Tracy**

¿A qué viene esa

**Gael**

No te hagas la loca. Me he enterado, querida.

**Tracy**

¿Estoy contigo seriamente acaso? Porque no me he enterado. Estoy con los que quiero. Además, fue un



**Gael**

Para mí quizá la

**Tracy**

Pues mala suerte para ti,  
querido. No estoy para aguantar

Dejé el móvil encima de la cama y me levanté. No estaba para soportar esas bobadas y mucho menos de alguien que no tenía derecho a decirlas. No le contaba nada para ahorrarme cosas como esas, pero parecía que todo se acababa sabiendo, por desgracia o fortuna, no lo sabía exactamente muy bien. Me daba igual, no era su novia y no iba a serlo de nadie, al menos por el momento.

\*\*

Me apoyé en la barra de la tienda mientras miraba unas conversaciones. Había mandado un mensaje a Daniel para que me dijera lo que en realidad ocurría, que sabía que había algo más que no había contado a mamá y papá. Me lo había negado todo y no me había vuelto a responder. Eso es que era grave.

Me fijé en los mensajes de Gael, ya no había contestado nada más, pero sabía que lo había visto. Suspiré, nunca había pasado por una situación así. A los chicos con los que estaba no les había importado con quién más iba o venía. Vamos, que no les importaba mucho yo, en general, y ellos tampoco me importaban a mí. Me parecía un trato justo.

Unos pasos me despertaron de mi ensueño y vi que Roger se acercaba con una mirada algo rara, preocupada diría yo. Se sentó en el taburete que teníamos escondido debajo de la barra y que pocas veces podíamos utilizar. Fruncí el ceño y me miró como lo haría un padre a su hija, como si me conociera de toda la vida.

—En los treinta y seis días que llevas así no te he visto de esta manera, Tracy. Estás... Distraída, pensando en tus cosas. No digo que no lo hayas hecho otras veces, pero no estabas tan torpe como para preocuparme. ¿Qué te ocurre?

Ni siquiera me esforcé en negarlo. Sabía bien que me pillaría cualquier mentira, excepto la de la nota, que había sido creíble hasta para mí. En ese momento no tenía fuerzas ni para mentir, pues Roger se enfadaría conmigo y no podía hacerle eso, me rompería definitivamente. Me encogí de hombros y miré las olas acercarse a la playa y cubriendo la arena para mojarla e irse. Así sucesivamente.

—Tengo un lío muy grande. Daniel se ha ido con un amigo casi sin avisar y no me quiere decir el porqué y Gael se ha enfadado conmigo.

—¿Has intentado hablar con tu hermano? —Asentí—. Uy... Eso es preocupante. Bueno, te

lo contará cuando sea el momento adecuado. Quizás él todavía no lo ha superado todavía y quiera alejarse un poco para pensárselo. No le culpes por ello. En cuanto a lo de Gael... ¿Por qué? ¿Has hecho algo?

—Estar con otro chico en la fiesta del sábado.

—¿Y no has podido pensar que podría importarle?

—¿Por qué tendría que hacerlo? Ninguno de los chicos con los que he estado le ha importado. ¿Por qué a Gael sí? Y luego somos las chicas las raras y a las que nadie entiende.

—Quizás seas tú quien no lo entienda. Otros lo verían muy claramente, como yo. ¿Has intentado alguna vez...? No sé... ¿Tener algo de empatía por alguien? No digo que no lo hagas, por supuesto, pero quizá con ciertas personas lo necesites un poco más.

—Siempre la tengo. Sobre todo con Eric, mis amigas, mi hermano, mi primo... Con todo mi mundo cercano, en general. Roger, yo entiendo a las personas, intento saber lo que piensan y lo que les viene mejor. Gael es imposible, es impredecible.

—Eso no es del todo cierto. Aunque, con todo lo que has pasado, comprendo que no entiendas al pobre chico. No sabes meterte bien en la mente de ellos, con los que sales. ¿Lo has pensado alguna vez? Ninguno te ha importado y a ninguno le has importado, ¿me equivoco? —Negué con la cabeza—. Intenta meterte en la mente de Gael, tiene algo que contar y no lo sabes.

Lo que me sorprendía era que Roger lo dijera como si lo supiera, por lo que comencé a sospechar que sí lo sabía y no me lo quería contar. Quería que lo descubriera yo misma, pero no era tan fácil, lo veía en su mirada.

—¿Y qué es?

—Pregúntaselo tú misma. Yo solo puedo darte una pista. —Asentí varias veces, la necesitaba con urgencia—. ¿Algún chico ha vuelto a buscarte desde tan lejos? —Negué—. ¿Y por qué crees que ha sido?

—No lo sé, se lo he preguntado y no me lo quiere decir.

—Busca la respuesta en vuestros encuentros. Puedes empezar ahora.

Miró a la playa, a mis espaldas, y saqué un poco la cabeza del puesto para ver lo que él observaba. Gael se acercaba a paso lento y con la cabeza baja hacia la tienda. Roger se levantó y se puso la chaqueta fina que siempre se ponía. Puso una mano encima de la mía, haciéndome levantar la cabeza para verle, y sonrió. Esa sonrisa que siempre me animaba pero, que en aquel momento, me había confundido aún más.

—Suerte. Te toca cerrar la tienda.

Me quedé con la mirada perdida en los pasos que daba mientras se alejaba en dirección a Gael, pues su casa estaba por allí. Siempre íbamos por la otra escalera que estaba al otro lado, pero solo lo hacía cuando iba conmigo, ya que así quedábamos a mitad de camino de las dos casas. La arena se hundía bajo sus pies a la vez que mi mente se esforzaba en buscar una solución a todo eso. La había y debía encontrarla yo sola. ¿Por qué todo se había complicado en tan poco tiempo? La nota, Gael, Daniel... La cabeza se perdió en aquellos pensamientos sin escuchar el mundo que la rodeaba.

Solo me desperté cuando una sombra me tapó la luz de las farolas que había cerca. Subí la mirada y me puse recta torpemente, intentando buscar unas palabras para decir, pero nada salió con tanta rapidez como para disimular el lío que tenía en la cabeza. Me sentía más distraída que de costumbre y eso no me gustaba nada.

—¿Cómo...? ¿Cómo tú por aquí?

—Quería hablar contigo. No me gusta discutir por mensaje. Solo quería dejar claro que puede que me haya molestado, pero no voy a decir nada más. Estás con quien quieres, pero yo no voy a ser más de ellos. No quiero ser solo uno más.

—Lo... Lo entiendo. O al menos eso intento, te lo prometo, pero... No...

—No digas nada, Tracy. Tenemos mentalidades distintas. Yo no podría estar con más de una a la vez, aunque no fuera nada serio. A diferencia de ti, yo sí te comprendo. Creo que he pillado ya cómo vas con los chicos. ¿Cuántas veces te has enamorado?

—Eso parece una pregunta de las nuestras. No hemos visitado ningún lugar.

Se inclinó hacia mí y se apoyó en la barra como yo había vuelto a hacer. Estábamos cara a cara y la cercanía nunca me había puesto tan nerviosa como en ese momento. Sentía que tenía algo entre manos y odiaba no saber lo que era. Me gustaba lo impredecible, pero mi manía de esperármelo todo chocaba con ese deseo. Era algo raro que ni siquiera yo entendía. Me gustaba tener pensados todos los caminos por los que podían caminar las situaciones, y esa conversación era una carretera que se acababa de formar, desconocida e impredecible.

—Me adelanto a cuando vayamos, aunque eso signifique que no pueda hacer una pregunta en el siguiente sitio al que iremos. Me da igual. Responde sinceramente, por favor.

Muy a mi pesar, contesté:

—Una.

—¿Y cuántas te han roto el corazón?

—Una.

—¿Te has vuelto a enamorar después de eso?

—No.

—¿Lo has intentado?

—No. Dejo muy claro desde el principio que no quiero nada serio.

—Y lo haces por miedo a que te vuelvan a romper. —Había entrado en mi interior sin yo dejarle y me había recorrido entera, cada rincón, cada esquina escondida—. Vaya, somos algo... Distintos. Lo entiendo, te dolió.

—Son muchas preguntas, has perdido varias oportunidades futuras.

—Es una pregunta formada por muchas. Solo que las he preguntado separadas para que me contestes una a una y no dejes ninguna sin responder. Falta una en ese conjunto, por cierto. —Tragué saliva. No aparté la mirada, pero estuve apunto de hacerlo. Sentía que su mirada decía algo más que sus palabras—. ¿Has pensado alguna vez que puedes importarle a algún lío de los que has tenido?

—No, porque sé que no es así. Es como un trato que no se dice pero se sabe.

—O sea, déjame comprenderlo. Te quieres, eso está claro, pero no sientes que puedas importarle a alguien más. ¿No te crees suficiente para que alguien te vea como su futura pareja?

—No es eso. No quiero parejas, y, por eso, no lo pienso.

—¿Y por qué no lo piensas ahora? ¿No sería mejor arriesgarte alguna vez?

—Cuando mi corazón se rompa en los mil pedacitos que dijiste, Gael, nadie vendrá a darme los suyos.

—Quizá debas mirar mejor a quien te rodea. Quítate la venda, Tracy, el mundo es mejor sin ella. Te sorprendería ver todas las personas que darían esos pedacitos por ti. Los ojos son el espejo del alma, solo tienes que observar mejor lo que transmiten con la mirada.

## 19. ¿ESTÁS BIEN?

*Una de las preguntas más importantes,  
a la que menos damos importancia  
y la que más duele si te lo dice la persona adecuada.  
Cuidado, peligro de rotura.  
¿Estás bien?*

**M**e desperté sobresaltada. No me podía creer que aún mi mente se preocupara por tantas cosas irrelevantes como era la nota. El caso de Daniel era importante, pero ese no. Quizá el destino quería avisarme de que tuviera cuidado, que lo tenía, y mucho más de lo que querría confesar. Me dolía la cabeza. Miré la hora en el móvil y descubrí que eran las nueve de la mañana. No podía creérmelo. Madrugar en un día que tenías libre no podía ser legal para las leyes del cerebro.

Me levanté sin muchas ganas, pues ya no me sentía con fuerzas para volver a dormirme y aguantar esa inquietud. Me hice un café con leche como me gustaba y entré en alguna aplicación del móvil para pasar el tiempo y distraerme. Un mensaje me interrumpió un vídeo y me di cuenta de que había pasado una hora desde que me había despertado.

**Gael**

Te paso a recoger en  
quince minutos,

Abrí los ojos de par en par y me levanté del sofá de un salto. Subí las escaleras de tres en tres y me preparé con lo primero que pillé en el armario. Se me había olvidado por completo que Gael iría a buscarme a esa hora. Tenía un despertador que apagué cuando tocó, pero lo hice por costumbre. Volvía a estar distraída. Me di un golpe mental por ello y salí, asegurándome de que tenía todo. Perfecto.

Cuando salí, su coche ya estaba en la entrada con el conductor apoyado en él y con el móvil en la mano. Lo apagué al verme y lo saludé con un beso en la mejilla. Entramos y nos fuimos de inmediato. Le coloqué el móvil con el *Google Maps* para que lo hiciera caso y así no nos perdiéramos.

—Casi te llamo.

—Perdona, se me había olvidado que habíamos quedado a esa hora. Si no fuera por tu mensaje, habría salido en pijama.

—Tampoco te sentaría mal.

Aparcamos unos minutos después cerca de la costa del mar Menuda. Salí con una sonrisa a pesar de haber estado pensando en mis cosas por el camino. Todos los pensamientos preocupantes se unían en los momentos en los que no me distraía con algo más, por eso deseaba no dejar de hacer cosas. Gael me siguió por la calle y anduvimos unos metros.

—¿Cuál es el plan? ¿Almorzar aquí?

—Sí, pero primero tengo una sorpresa.

Entramos en una tienda en la que vendían varios utensilios para el mar, pero lo más importante era lo que alquilaba. Un chico alto y muy simpático nos atendió con una sonrisa. Era el típico chico que salía en las películas con el pelo rubio y rizado que trabajaba en esos puestos. Me recordaba a mí en la tienda con Roger. Lo conocía, iba al menos una vez al año con mis amigos. Ese se nos había complicado un poco por el trabajo, los estudios y algunos que se sacaban el carné de conducir.

—¡Tracy! No sabía que habías reservado para hoy. Y vienes bien acompañada con alguien nuevo. Es la primera vez que vienes solo con una persona. ¿Eso es bueno?

—Claro, es el amigo que conocí en Grecia. Vengo a enseñarle la ciudad y, claro, no podía perderse esto. Mira bien la agenda, no me atendiste tú la llamada, por lo que seguramente no lo sepas. Aunque te recomiendo llevar la cuenta de los clientes que vas a tener al día.

—¿Lo dices por experiencia? —Le guiñé el ojo y asintió, bajando la mirada hacia el cuaderno. Yo lo hacía todos los días con los clientes que iba a tener en los alquileres—. Sí, estás aquí. Dos personas para las once. Perfecto. Venid conmigo, yo os acompañaré con la visita.

—No me esperaría menos.

—¿Vamos a surfear? Porque créeme, soy verdaderamente malo. Soy un desastre personificado en la tabla. No nos caemos nada bien, definitivamente.

—No es eso exactamente.

Pasamos a la sala contigua donde guardaban todo el material y Gael miró todo con el ceño fruncido. Cuando mi amigo nos enseñó varios trajes de buceo, me dirigió una mirada de sorpresa. Sabía que no iba a esperárselo. Eso era que había hecho las cosas bien, aunque me había mordido varias veces la lengua para no contárselo. Había valido la pena.

Cogí el mío, pues ya me sabía mi talla de traje de buceo de memoria y esperé a que a Gael le diera uno personalizado para su cuerpo. Los que trabajaban allí sabían con solo una mirada la talla que aproximadamente tenía una persona.

—Id a cambiaros y luego os explico todo.

Lo hicimos sin rechistar y salimos con una sonrisa. Me sentía cómoda con el traje. A comparación que con el neopreno, que era cómodo, pero nunca me gustaba quitármelo. Se pegaba a mi cuerpo de tal manera que era capaz de quitarme los tatuajes, que no tenía, pero Eric sí y lo decía siempre que íbamos alguna vez a surfear. Se miraba todos los que se había hecho para asegurarse de que estaban bien, aunque era una exageración que nos hacía reír.

—Perfecto. Me presento, soy Carl y seré vuestro acompañante en un viaje bajo las profundidades del precioso mar Menuda. Vamos a terminar de prepararnos y nos pondremos manos a la obra. Os explicaré todo por el camino.

Nos preparamos con todos los utensilios como las gafas de buceo, las zapatillas en forma de aleta que me encantaban y la bomba de aire que llevábamos a nuestras espaldas. Nos adentramos en el mar con la barca de Carl, que, por cierto, compró a Roger hacía varios años. Por eso sabía que yo trabajaba con él, aún eran buenos amigos. Nos explicó que no debíamos

preocuparnos por nada, cómo utilizar todo y la señal que teníamos por si algo salía mal. No ocurría nunca, pero por si acaso.

Gael confesó que nunca lo había hecho y yo le cogí la mano para que se tranquilizara e intentara pasárselo bien. Yo iba a estar a su lado, aunque estaba acostumbrada ir a mi propio rollo, estaría ahí para él.

—¿Preparados?

—Menos hablar y más bucear, Carl —dije.

Salté al agua la primera. Me encantaba esa sensación de poder verlo todo con claridad y poder ir hasta el fondo si yo así lo quería. Carl y Gael saltaron unos segundos después. Cogí la mano de mi acompañante para seguir al profesor en su ruta por el agua y me sonrió, agradeciéndomelo con la mirada. Cuando comenzó a acostumbrarse, me permití soltarlo para que pudiera probar la sensación de tranquilidad que se respiraba ahí abajo. Nos sumergimos hasta el suelo, donde había varias piedras enormes con vegetación. Siempre pasábamos por dos grandes rocas que formaban un camino por el medio. Era alucinante mirar hacia arriba y verlo todo con tanta claridad.

Gael lo examinó todo como si fuera la primera y última vez que lo hiciera. Sonreí cuando vi que se lo pasaba bien y agarré su mano para que viera lo más bonito de estar allí. Salimos del camino estrecho y señalé hacia arriba, donde bancos y bancos de peces nadaban. Varios comenzaron a rodearnos y a seguir su camino sin importar que estuviéramos ahí, en mitad de su camino.

Carl nos miraba de cerca para no perdernos de vista. Los últimos minutos del recorrido siempre nos dejaba estar con total libertad una vez que ya nos lo había enseñado todo. Lo visitamos todo varias veces más, pues nos encantaba. Al menos el rostro de Gael decía eso y su mirada me contaba que quería quedarse ahí mucho más tiempo del que nos quedaba. Me agarró la mano, a pesar de que lo controlaba ya todo a la perfección, y di un ligero apretón para que supiera que no le iba a soltar.

Por las rocas divisamos varios animales marinos que no conocíamos muy bien, pero uno me sorprendió: un pulpo que se movía poco a poco y casi no se apreciaba muy bien si no te fijabas en él. Gael intentó tocarlo, pero le paré antes de que hiciera cualquier bobada. Le di una colleja que casi no dolió, porque el agua paraba mi fuerza, y nos empezamos a reír. No podíamos dejar de hacerlo ni debajo del agua.

Cuando ya se hacía tarde, Carl nos ayudó a subir a la superficie y nos subimos de nuevo a la barca. Nos quitamos ciertas cosas para estar más a gusto y respiramos el aire puro de la costa. La experiencia había sido magnífica y bastante gratificante al ver que a Gael le había gustado tanto. Tenía una sonrisa al salir y miró el fondo del mar como si le invadiera la nostalgia y ya quisiera volver. Yo tenía esa misma sensación siempre que iba, y eso que lo hacía cada año.

—Dios, ha sido hermoso —murmuró.

—Indescriptible diría yo —confirmé.

Dejamos todo en la tienda de vuelta al llegar y le dimos mil gracias a Carl para despedirnos. Nos acercamos a la costa y entramos en un restaurante para comer un poco, pues me moría de hambre. Cogimos algo rápido que Gael no me dejó pagar y nos sentamos en la terraza con vistas al mar.

—Me alegro que te haya gustado. Ha merecido la pena ocultártelo todos estos días para hacerlo posible.

—Te ha tenido que costar bastante, Tracy, no deberías haberte gastado eso en mí. Aunque... A ver, no voy a mentirte, me ha encantado la experiencia y no voy a olvidarlo nunca, pero me siento mal por ello.

—No digas tonterías. Me habría quejado si no trabajara, pero tengo un sueldo y ya he pagado la Universidad, no hay nada por lo que sentirse mal. Solo he utilizado lo que me ha sobrado. A finales de agosto lo recuperaré, no te preocupes.

—Te odio, que lo sepas. —Asentí varias veces, haciendo como si me lo creyera y me llevé un trozo de helado a la boca. Simplemente delicioso—. Bueno... Ya que he perdido mi oportunidad de las preguntas en este lugar, te toca a ti.

Miré al cielo, pensativa, y me dio una punzada en el corazón. Daniel aún sobrevolaba mi mente. Iba a matar a ese estúpido crío como me enterara de que la verdad de su ida era una simple bobada. Más le valía que fuera algo importante de lo que preocuparme porque si no se iba a arrepentir de haber nacido como mi hermano pequeño.

Gael frunció el ceño cuando volví a mirarlo, parecía como si esperara mi pregunta con impaciencia. Quizás me había quedado varios segundos ahí parada con la vista en el sol. No me fijé en ese detalle, por lo que seguí sin interrupciones de ningún tipo más y mucho menos de mi cerebro.

—¿Cómo es la relación con tu hermano? Me dijiste que se mudó, ¿os veis mucho?

—Bueno, nos vemos habitualmente y más en verano que pasamos las vacaciones juntos, pero algo hace unos años nos distanció un poco. Fue una bobada pero la declaración tan tardía de nuestros padres nos dolió. Creo que más a él que a mí. Siempre he sabido que esa fue la razón de su mudanza.

—Eso suena a algo que no me has contado.

—Me lo salté el otro día, sí. No quería entrar en el tema en ese momento. Ya que ha salido ahora... Creo que no tengo más remedio que contártelo. —Asentí mientras tomaba mi batido y esperé pacientemente—. Hace años mi padre nos confesó que sí, somos hermanos, pero mejor dicho hermanastros. Somos hijos del mismo padre y de distinta madre. Tuvieron unos líos muy raros que aún no he comprendido muy bien del todo. Sinceramente, fue porque en ese instante no quería escuchar nada más. Yo soy el hijo de su esposa, pero mi hermano no.

Su confesión me pilló por sorpresa. No sabía muy bien lo que podía sentir por eso, pero eran dos hermanos que se habían criado juntos como ello y, por mucho secreto que tuviera su padre, nada iba a cambiar eso. O al menos eso pensaba yo, la verdad, no sabía cuál serían sus sentimientos.

—¿Y eso os distanció?

—No exactamente. Gabriel, mi hermano, suplicó a mi padre que le contara quién era su madre de verdad. Él no quiso y luego me enfadé con él por no hacerlo, pero me confesó que su madre en realidad no quería saber nada de él, por eso nunca nos había dicho nada. Se distanció un poco y yo vivo con mis padres, por lo que también lo hizo un poco de mí. Ahora voy a visitarle más a menudo. Nada cambia nuestra situación. Seguimos siendo hermanos y comportándonos como tal. Por ello... Bueno, hemos tenido pequeños baches.

—Me alegro de que al menos lo vuestro esté solucionado. ¿Sigue llevándose mal con tu padre?

—No, pero ha decidido quedarse en la otra casa para sentir algo más de libertad. Está más alegre, por lo que nunca le he intentado convencer de lo contrario.

—Oh, bueno, me alegro también. Por cierto, una duda que me surgió el otro día y no quise

hacerlo por... Porque no veía que fuera el momento. ¿Quién te contó lo de la fiesta?

—Se lo oí decir a Clary. Hablaba con el chico este que estaba en tu casa. —Supuse que fuera Álex—. No quiero volver a estar mal contigo por ello. Respeto tu mentalidad, por supuesto, pero no juegues...

Le corté al instante. Lo había estado pensando tanto por la snoches que casi no había dormido nada. Entendía que él fuera un chico que quería a una sola chica, ya fuera en relación o no, y yo debía respetarle. Sabía que no podríamos avanzar si yo no sacrificaba lo que sentía, o más bien lo que no me dejaba sentir a mí misma.

Así que di el paso y me decidí por un pensamiento que rondaba mi cabeza. No quería perderlo por esa manía que tenía yo de que todo en ese tema me diera igual. Había personas a las que no le daba igual. Y con ello me refería a mí, yo le importaba a Gael y él me importaba a mí. Eso era lo único que había descubierto por el momento.

—No, no volveré a hacerlo. También respeto tus creencias y, obviamente, puedo estar solo contigo. Aunque, claro, tendré que dejar una lista de pretendientes muy larga detrás de mí —bromeé, haciendo gestos exagerados con la mano.

—¿Lo dices de verdad?

—Claro, será como volver a mis viejos tiempos cuando aún creía en el amor y no me gustaba estar con más de un chico, ya sea serio o no. Ahora, sinceramente, me da igual, pero no me gusta enfadarme contigo y me divierto mucho en estos ratos, lo paso bien estando juntos. La verdad es que no lo cambiaría por un lío que no tiene ninguna importancia.

—Es lo más bonito que me has dicho nunca. ¿Puedes repetirlo para grabarlo?

—Idiota.

No podía creer aún que me abriera tanto a él. No había mentido en ningún momento, pero sentía que me había expuesto demasiado. No podía definir muy bien la sensación, pero no me había vuelto a pasar desde hacía años. Bajé la cabeza, fingiendo solo tomar el batido, a pesar de todas las cosas que pasaban por mi mente. Un gesto suyo me hizo mirarle.

—Pregunta seria: ¿estás bien?

—¿Por qué lo dices?

—Me fijo mucho en las personas y tienes momentos de distracción que no controlas. Algo te preocupa, ¿qué es?

Me había descubierto con solo mirarme. ¿Era tan obvio? Ya dos personas me lo habían dicho y no podía negar que no estuviera un poco rara, pero no sabía que se notaba tanto. Gael debía tener algún poder, pues había intentado ocultarlo lo mejor posible. Ni eso me había funcionado y siempre solía hacerlo.

No podía confesar lo de la nota, aún no me lo creía ni yo misma y no quería preocuparle por algo así. Habían pasado días desde que me llegó y no había ocurrido nada malo, por lo que debía intentar olvidarla.

—Mi hermano se ha ido de casa una semana con un amigo con el que nunca va. Nos avisó muy poco antes de hacer la maleta y se fue con una cara larga. Creo que le pasa algo y no quiere decirme el qué.

—Eres su hermana, te lo contará. Tú solo dale tiempo.

Asentí y volví a mirar al batido, esa vez para darle vueltas con la pajita y olvidarme un poco del tema. Notaba una mirada pegada a mí y era la de Gael. Me ponía nerviosa tener unos ojos tan centrados en mí, aunque me pasara pocas veces, pero con él solía pasarme casi siempre. A pesar de ello, nunca lo confesaría.



- Deja de mirarme, parece que me lees el pensamiento.
- Voy a dedicarte una canción, *darling*. Te la paso luego por mensaje.

## 20. ESTADO CRÍTICO

*Un suceso feliz no te prepara  
para que poco después te disparen.  
La bala no es para ti,  
pero te atraviesa como si lo fuera  
y te mata emocionalmente.*

La canción llegó a mi móvil en cuanto toqué el suelo de casa. Después escuché el coche de Gael arrancar. Era en inglés por lo que vi en el título. *Monsters* de Timeflies y Katie Skay. No me sonaba de nada, a decir verdad. La pulsé y la escuché mientras caminaba a mi habitación. Solía entender las canciones en ese idioma después de escucharlas varias veces, pero el estribillo se tradujo por arte de magia en mi mente y lo vi claramente.

*Veo tus monstruos,  
veo tu dolor.  
Dime tus problemas,  
los ahuyentaré.*

*Yo seré tu faro.  
Lo haré bien.  
Cuando vea tus monstruos,  
me pararé ahí tan valiente  
y los ahuyentaré.*

Me quedé estática en el sitio. Cerré la puerta de mi cuarto a mis espaldas y seguí escuchando la canción desde el suelo. Me senté apoyada en la pared y volví a reproducirla varias veces hasta que llegó el punto en el que yo misma la murmuraba. Solía aprender la letra rápidamente y esa me llegó incluso al corazón. Hablaba de una chica que ayudaba a un chico y le decía el estribillo, pero en nuestro caso era al revés. Lo entendí perfectamente al escucharla un par de veces.

No supe qué responder a Gael porque me había dejado un poco sin palabras, y eso no me gustaba. No estaba acostumbrada a que me ocurriera. Siempre tenía algo que decir, por muy tonto que fuera. No le dije nada, me puse la canción en bucle y seguí en mi habitación, perdida en la melodía hasta que mi padre gritó:

—¡La comida está lista, Tracy!  
—¡Voy!

Bajaba por obligación, pues el helado me había llenado un poco, pero siempre había espacio para más, incluso para otro postre. Mi madre me dijo un día que tenía un estómago aparte para los postres, lo que me hizo reír de nuevo al recordarlo. Mis padres estaban locos, pero al menos eran felices.

\*\*

Al día siguiente no tuve ningún sobresalto ni sueño raro que se volviera pesadilla por cualquier razón de las que me atormentaba. No había vuelto a sacar la nota del cajón y me habría propuesto quemarla esa misma tarde que tenía libre. Verla arder acabaría con todos mis males. Me preparé rápidamente y bajé. Mis padres ya estaban despiertos y mamá se fue corriendo a trabajar, dándome un beso en la frente para despedirse.

Las horas de trabajo pasaron volando. Me fui sin mi bolso, pues en mi mente recordaba que no lo había llevado y tampoco lo encontraba en la tienda. Al llegar a casa, no estaba. ¿Dónde narices se podía meter un bolso? Recorrí mis recuerdos lentamente y me acordé de que lo dejé rápidamente debajo de la barra porque entré directamente a ayudar a Roger. Había mucha gente en ese momento como para preocuparme del maldito bolso. No me podía creer que no me acordara.

Bajé las escaleras de tres en tres y aterricé de un salto en el salón. Papá se asomó por la cocina con el delantal de cocinero y frunció el ceño.

—Vamos a comer en diez minutos. ¿Dónde vas?

—A por mi bolso, no tardo nada.

—¿No puedes ir luego?

—Tengo que hablar con Gael y el móvil está ahí. ¡Tardo cinco minutos!

Antes de que me replicara más, cerré la puerta de casa con una sonrisa y salí corriendo hacia la tienda. Me gustaba correr y sentir que la brisa iba en dirección contraria, a pesar de que la gente me miraba un poco raro cuando me veía correr. ¿Qué pasaba? ¿No podía hacer algo de ejercicio? ¿No podía tener prisa por algo? No soportaba esas miradas, no tenían ningún sentido.

Al llegar a la playa, comencé a ir más lento y me sorprendí al ver la tienda cerrada. Aún quedaba media hora para que lo hiciera, según el horario que teníamos. No había tampoco mucha gente cerca, solo una persona que estaba alejándose. Tenía una capucha que me pareció demasiado sospechosa.

Abrí los ojos como platos. No, no podía ser. Era una locura pensar aquello.

Entré corriendo en la tienda por la parte de los alquileres, que estaba abierto por suerte, porque mis llaves estaban en el bolso. No cerré detrás de mí, solo me importaba asegurarme de que Roger estaba bien. Era una bobada, ¿por qué no iba a estar bien? Pero ¿por qué todo era tan sospechoso? La parte de la tienda estaba a oscuras, pues al cerrarse, debíamos encender una bombilla. Di al interruptor para hacerlo y descubrí a Roger en el suelo con una mancha roja debajo de él.

—¡Dios mío, Roger!

Me tiré al suelo de rodillas y puse una mano en su mejilla, intentando que despertara con mi tacto. Sus párpados se movieron un poco mientras yo inspeccionaba su cuerpo. Tenía una herida en la parte baja del tronco que sangraba sin parar. Me quité la camiseta y la coloqué ahí con fuerza para intentar detener la maldita hemorragia.

—Mírame, Roger, estoy aquí contigo. ¿Qué ha ocurrido?

—Tracy... —Sonrió y puso su mano en mi mejilla con bastante esfuerzo—. No... No lo sé. Alguien entró y... No pude hacer nada.

—No pasa nada, voy a llevarte al hospital, ¿vale? Te pondrás bien. —Asintió y cerró los ojos, suspirando—. No te duermas, Roger, mírame. Hablemos de algo.

Seguí presionando la herida con una mano, que me temblaba como nunca, mientras con la otra intentaba alcanzar mi bolso y cogía mi móvil con algo de torpeza. Él ya no me miraba, ya no escuchaba, se había dormido o quedado inconsciente. La otra opción no era la correcta. No podía dejarme, debía vivir muchos años más y ver su tienda crecer aún más.

Encendí el móvil con una mano y utilicé los números que tenía en marcación rápida. Llamé a la ambulancia la primera, pues yo no sabía seguir con el procedimiento en esos casos y sabía que en mis brazos no tenía más de quince minutos con vida. Después llamé al tercer número que tenía en esa sección y me lo puse rápidamente en la oreja mientras las lágrimas comenzaban a brotar a chorros. No podía detenerlas, más que nada porque no tenía más manos para apartarlas, pero ni siquiera lo intenté.

—¡Tracy! ¿Cómo...?

—Ven corriendo a la tienda. Te necesito.

—Llego en dos minutos.

La ambulancia y Eric llegaron casi a la vez. Dos personas se encargaron de controlar la hemorragia y se lo llevaron en una camilla mientras otro me daba una manta para taparme. No la necesitaba, pues hacía bastante calor, pero en ese momento me recorrió un frío y un miedo insostenibles. La vida de Roger se me desvanecía en los brazos y ya no podía hacer más por ella. No lo soportaría.

Eric llegó cuando la chica que me puso la manta me ayudaba a levantarme. Él también se ofreció a prestarme su hombro para ponerme de pie y vi toda la sangre que había dejado en el suelo, recorriéndome un mareo terrible al volver a ver la escena. Si no me desmayé al verlo antes fue porque tenía que salvar a Roger. Ver un poco de sangre no me importaba, porque cada mes la veía, pero no aguantaba ver tanta cantidad y mucho menos en una escena como esas. Mi pantalón también se había teñido de ese horrible color y mis manos estaban goteando de sangre que no era mía.

—Me estoy...

—Le marea ver tanta sangre. Se va a desmayar.

Eric me cogió en brazos y oí varias palabras que no supe a quién iban dirigidas, pero ni siquiera las entendí muy bien. Cerré los ojos, acomodándome en el pecho de mi amigo, y me sentí en una nube en la que me entró sueño. Me dormí antes de que pudiera detenerlo. Mi último recuerdo fue la sonrisa de Roger, tan viva, y su rostro tan alegre. Nunca lo había visto triste, excepto una vez de pequeña, pero nunca le dije nada. Quizá... Quizá debí decírselo cuando pude, saber el porqué, convertirme en su sonrisa, como él se había convertido en la mía todos esos años.

Ya no sabía si era demasiado tarde.

\*\*

Desperté en una camilla, rodeada del color blanco y con un dulce rostro a mi derecha. Me tomaba el pulso mientras sonreía en mi dirección. Supuse que fuera la doctora, pero ¿por qué

estaba yo ahí y por qué necesitaba que alguien me atendiera? Mi pulso se disparó al instante. Lo recordé todo, llevándome un pinchazo en la cabeza. Me apoyé en la cama con un brazo e intenté levantarme, en vano, pues me dolía aún más y la chica me lo impidió.

Me preguntó si me encontraba mejor en ese momento y si vi algo de lo que ocurrió. Solo le conté lo del hombre que salió con una capucha. En verdad, fue lo único que vi y dudé mucho sobre que estuviera detrás la persona de la nota. Lo dudé, pero por dentro estaba completamente segura de ello.

—¿Roger está bien?

—Descanse unos minutos. Sus familiares vendrán ahora a ver cómo está. Luego os informaré sobre ello.

Asentí sin mucha seguridad y me volví a echar, pero me apoyé en la pared para estar sentada y no tumbada al completo. Poco a poco, los recuerdos volvieron y comencé a pensar en todo lo que había ocurrido hacía... No sé cuánto tiempo llevaba ahí. Intenté no recordar toda la sangre que se encontraba en el suelo para no volver a marearme por ello. Respiré profundamente varias veces y noté mi corazón relajarse. Aunque no por mucho tiempo. Comencé a llorar a lágrima tendida y coloqué las piernas en un solo lado de la cama, sentándome en el borde para buscar mis chanclas e irme.

Una mano me detuvo al colocarse en mi pierna derecha. Levanté la mirada y vi la sonrisa triste de Eric. Mi vista se nubló por completo. Mi amigo me acurrucó en sus brazos al instante y arañé su camiseta con rabia y tristeza acumulada. Iba a matar al culpable como a Roger le pasara algo grave. Sabía que a su edad había que tener mucho cuidado con la salud y él estaba perfecto hasta que algún loco le clavó un cuchillo en el estómago.

No era detective ni nada por el estilo, pero iba a descubrir la identidad de ese traidor.

Me separé poco a poco de Eric y respiré de nuevo profundamente todo lo que pude hasta que se me acabó el aire. Asentí para mostrar que estaba algo mejor y miré a mi alrededor. Anastasia y Gael estaban apoyados en la pared, estáticos y con la mirada triste. Ella me abrazó en cuanto se alejó Eric y vi que Gael miraba de reojo a mi mejor amigo. No estaba para descifrar esas miradas. No podía pensar en algo más que no fuera Roger.

—Estamos aquí, cariño. Tus padres están viniendo. Eric nos ha informado a todos. Te he cambiado de ropa.

—Gracias —dije cuando me di cuenta que, efectivamente, no tenía la misma camiseta ni el pantalón que antes—. ¿Y qué hay del restaurante?

—Se encargará Clary de todo —contestó Gael, acercándose—. Han cancelado las reservas de hoy para apoyar a Roger. Aunque nadie nos ha dado detalles y no sabemos muy bien lo que ha pasado.

Lo abracé también con todas mis fuerzas. Sentí que me apretaba más que nunca. Se acercó a mi oído mientras limpiaba los restos del agua de mi mejilla con su mano. Me sentí arropada por todos en cuestión de segundos.

—No me apartaré de tu lado.

La frase me llegó al corazón. Una lágrima más resbaló por mi mejilla y asentí casi imperceptiblemente para que solo él me entendiera. Aumenté un segundo mi fuerza y él hizo lo mismo, demostrando así que éramos capaces de hablarnos solo con esos gestos. Me encantaba esa conexión que teníamos.

Con el paso de los minutos llegaron mis padres, que me dijeron que no querían preocupar a Daniel por el estado en el que estaba. Álex iba con ellos con esa sonrisa triste que a todos

acompañaba, yo ni siquiera intentaba sacar algo bueno, aunque ese gesto no lo fuera en su totalidad. Después de todo, una sonrisa era una sonrisa, pero triste no tenía nada que ver con el significado original que tenía aquella palabra. No podía creerme lo que una acción podía estropear el día, incluso la vida entera si todo salía mal.

Se preocuparon demasiado por mí y eso que yo no era la que peor estaba.

—¿Tenemos noticias de él? —pregunté a mi madre.

—Papá irá a ver. Infórmate, cariño.

Él asintió sin dudar y salió de la habitación. No tardó ni dos minutos en volver a entrar acompañado de la misma doctora que me había atendido anteriormente. Tenía varios papeles en la mano y una rara sensación me recorrió al verlos. Su rostro no me reflejó ninguna pista de lo que iba a decir.

—Tengo dos noticias. La primera es que puedes irte ya del hospital, el mareo no ha tenido más importancia. En cuanto te encuentres mejor, siéntete con libertad de marcharte. La segunda es que... El señor Roger acaba de entrar en un estado crítico.

## 21. TYLER

*Un personaje... Perdido.  
Encontrado para dar miedo,  
para llenar vidas de preocupación.  
Nadie estaba a salvo.  
Nadie estaba preparado.*

**E**stuvimos minutos u horas interminables en la sala de espera. No sabía en qué momento había salido corriendo de mi habitación para encontrar la sala en la que estaban operando a Roger. No se veía nada, pero sabía que estaba ahí debatiéndose entre la vida y la muerte. No quería creer que estuviéramos en esa situación tan irreal. Eso pasaba en la ficción, no en la vida real. Y mucho menos en la mía. Ya hacía varios días, desde que llegó Gael a Tossa, que mi vida parecía una película que iba a salir en la pantalla grande.

Eric no me soltaba ni un segundo y los demás andaban de un lado para el otro o estaban sentados con la cabeza agachada. Eso no estaba ocurriendo, eso no estaba ocurriendo... Eso era una pesadilla más que no podía concebir. Roger no podía morir. Las personas buenas debían quedarse por siempre con vida. ¿Por qué las circunstancias hacían lo contrario? ¿Por qué siempre se llevaba a los mejores? Yo me cambiaría por él si hiciera falta.

La puerta se abrió, sorprendiéndonos. No podría con más sustos en ese día, el corazón ya me iba a mil y no aguantaría con más ataques así. Mi respiración desapareció en cuanto el chico que había salido sonrió. Estaba feliz. ¿Por qué lo estaba? ¿Era una sonrisa triste que no había identificado o era alegre de verdad? La vida de Roger había estado en sus manos hasta hacía unos segundos y eso era lo que más miedo me daba.

—Roger está estable. La operación ha salido bien. Le llevaremos en unos minutos a su habitación. —Me rompí en los brazos de Eric al sentir que las piernas me fallaban. Lloré de alegría y sentí que mi amigo me sujetaba en pie—. ¿Eres Tracy?

Cuando abrí los ojos y dejaron de estar nublados por las lágrimas, me fijé en que el hombre se había acercado a mí y me sonreía aún más, contagiándome. Asentí, aun queriendo preguntar por qué lo sabía y por qué estaba tan seguro de que era yo. Aunque, pensándolo mejor, era de las únicas que estaba expresando tanto con gestos. Los demás lloraban en silencio.

—Antes de la operación estuvo diciendo tu nombre. Se alegrará de verte, sin duda. Calculo que en unas horas estará con una sonrisa de nuevo. Id a la cafetería a tomar un café o algo, os vendrá bien. Yo mismo iré en unos minutos a informaros en qué habitación está.

—Gracias por todo.

Hicimos caso a lo que nos dijo. Nos sentamos todos en una mesa enorme de la cafetería y tomamos un café cada uno. Papá mandó un mensaje a Daniel para informarle de lo ocurrido, aunque dudaba que contestara pronto, pues tardaba en hacerlo últimamente, como si quisiera

desconectarse del mundo por un tiempo. No sabía qué le ocurría, pero se estaba pasando. Ya podía ser importante.

Dejé que Gael se sentara a mi lado, pues no conocía a mucha gente que estuviera ahí y no quería que se sintiera incómodo. Me cogió de la mano para calmarme y yo se lo agradecí con una mirada. Eric me guiñó el ojo cuando nos vio y, por primera vez en la tarde, dejé que mi sonrisa apareciera tan sincera como siempre. Ya no había tanta tensión en el ambiente, Roger estaba bien y esperaba que saliera del hospital con su misma sonrisa y su personalidad alegre y optimista.

Vimos al médico desde que cruzó la esquina del hospital. Estábamos enfrente de la puerta de entrada del restaurante para verlo bien llegar. Ya habíamos terminado hacía tiempo el café y solo hablábamos de cualquier cosa para no sacar el tema que importaba en realidad. Sabíamos que habría tiempo para ello. Me levanté de mi sitio en cuanto entró y se dirigió a nuestro sitio.

—Habitación 185. Creemos que va a despertar pronto. Va mejorando considerablemente. Deberás darte prisa si quieres estar ahí.

—¿Se pueden correr por los pasillos? —pregunté mientras miraba de reojo la puerta de salida.

—No, pero te haré un justificante por si te pillan. Vete anda, seguro que tu familia te alcanza ahora.

Asentí con una sonrisa y salí corriendo sin importar que a veces el suelo resbalara. Subí al piso de arriba saltando las escaleras de tres en tres mientras mi adrenalina volvía a aparecer. Quería estar ahí cuando sus ojos se abrieran. Me conmovía que se acordara de mí hasta cuando estaba apunto de desmayarse otra vez. Tenía ganas de sentir su tacto, ver su mirada y contagiarle mi alegría como él hacía todos los días conmigo.

Me detuve de golpe al ver la habitación y pasé sin ni siquiera tocar a la puerta. Era individual y cómoda, pues tenía un poco de todo: una televisión, un sofá para dos personas, una ventana con vistas al mar lejano y la cama en la que se encontraba Roger dormido. Una enfermera terminaba de suministrarle algún líquido por el tubo que se conectaba a su cuerpo cuando se asustó al verme. Me dio igual, solo tenía ojos para él.

Me acerqué a paso rápido a la cama mientras la enfermera hacía lo contrario. Nos dejó solos en ese espacio y busqué la mano de Roger para rodearla con las mías. Estaba un poco frío, pero nada que importara demasiado. Toqué su rostro un momento, estaba a una temperatura normal lo cual agradecí.

—Roger, soy Tracy. ¿Estás bien? ¿Me escuchas? ¿Cómo te encuentras? Dime algo, aunque sea una pequeña señal. No importa cuál, yo la entenderé.

Tardó en ocurrir, pero su otro brazo se movió y se levantó. Su rostro comenzó a moverse un poco más, dándome la esperanza que necesitaba para seguir respirando con normalidad. Su mano se posó encima de las mías y las rodeó, terminando nuestro gesto de despedida que tanto añoraba, y eso que llevábamos poco sin hacerlo, pero por una parte había sentido que ya no volvería a poder hacerlo nunca.

Me eché a llorar en silencio. Sus párpados se movieron hasta abrirse poco a poco. Su mirada se dirigió directamente hacia mí. Sonreímos a la vez. Me subí a la cama para poder tumbarme a su lado y le rodeé con el brazo, atrayéndolo hacia mí sin tocar la herida que sabía dónde estaba de memoria.

—Te escucho, mi niña.



—Creí que no volvería a oír tu voz ni a ver tu sonrisa. Te he echado mucho de menos.

—Yo también he temido no volver a verte. No importa ya, estoy bien. Gracias por estar aquí, eres lo único que tengo en esta vida.

Su confesión me conmovió y las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas con mucha más rapidez de lo habitual. Pasó su mano por debajo de mis ojos antes de que hablara para quitarme ciertas gotas de agua y sonreí como nunca. Sentía que la felicidad de aquel momento no volvería a repetirse en mucho tiempo, nada me hacía más feliz que tenerlo a mi lado, sano y salvo.

—Nunca me iré de ella. Voy a quedarme contigo hasta que los dos nos hagamos viejos.

—Se te olvida un pequeño detalle: yo ya lo soy.

Nos reímos por unos segundos, quitando la poca tensión que había en el ambiente. Nunca la había con él, pero la situación era bastante nueva para mí y no sabía cómo sentirme. Mis pensamientos no paraban quietos y solo su tranquilidad me salvaba de marearme.

La puerta se abrió con un pequeño chasquido justo cuando me bajaba de la cama para no agobiarle. Todos entraron a saludarlo y a decirle unas cuantas palabras de felicidad que le animaron. Nadie sacó el tema hasta una hora después. Roger suspiró y me cogió la mano con el rostro serio. Tenía miedo de lo que eso pudiera significar, pero, por su expresión, sabía de sobra que entraríamos en el tema.

—Tracy, ¿sabes quién fue quien te dio la nota?

Me tensé de inmediato. No había contado nada a nadie sobre la carta y no tenía intención de hacerlo ni de admitir que quizá tuviera algo que ver. Algo me decía que iba a descubrirlo en cuestión de segundos. Negué con la cabeza mientras la agachaba, avergonzada y con todas las miradas de los demás encima de mí. Todo el mundo se preguntaba lo mismo, no necesitaba oírlo.

—Él fue quien me hizo esto.

Alcé la mirada hacia él al instante. No quería creerlo, a pesar de que mi cabeza no dejaba de repetir que ya lo sabía, no podía admitirlo. Me mareé, por lo que solté nuestro agarre y me puse la mano en la frente. No me podía estar pasando eso, era demasiado fantasioso. Cuantas más veces lo repetía, más imaginario parecía y más difícil sería afrontar la maldita realidad.

Mi madre se colocó a mi lado, poniendo una mano en mi espalda para intentar animarme con su sonrisa, que vi de reojo. Mi padre estaba totalmente serio y los demás tenían el ceño fruncido, sorprendidos por la inesperada noticia. No quería contar nada, me sentía en una película de terror en la que harían daño a todos los que supieran sobre su existencia.

Pero esa era la vida real y tenía que soltarlo todo.

—Cariño, ¿qué nos estás ocultando? ¿Ha pasado algo? Sabes que puedes contárnoslo todo, estamos aquí para ayudarte.

Las lágrimas brotaron más y más. Asentí. Solté las palabras sin pensarlas, me las sabía de memoria, cada punto y coma. Esa nota se había metido en mi mente como la peor pesadilla de todos mis tiempos y me acababa de dar cuenta en ese preciso instante de que me la sabía de cabo a rabo.

—Te he encontrado, pequeña. No sabes lo que has hecho, pero espero que reflexiones y lo descubras, porque vas a pagar por ello. Tú y tu familia. Os arrepentiréis de todo. Saludos, un amigo.

—¿Qué? —preguntó mi padre.

—Roger me dio una nota hace tres días de alguien desconocido. Ponía esas palabras

exactamente. No dije nada por miedo a que fuera real, quería pensar que se habían confundido de persona o algo así. Nunca supe que podría pasar algo así. Que atacara a Roger ha sido culpa mía, por ignorarlo.

—Ni se te ocurra decir eso —saltó Eric, arrodillándose enfrente de mí—. Que haya un loco por ahí amenazándote no tiene nada que ver contigo. No has hecho nada malo.

—Pero la nota pone...

—El hombre ese está loco —me interrumpió Roger, dando la razón al chico—. No tienes la culpa de nada. Descubriremos quién es antes de que haga algo más a alguien. Tenemos que ponernos en contacto con él para que podamos dejar las cosas claras. Quizá sí se ha confundido.

—¿Qué aspecto tenía el hombre? —intervino Gael como si fuera un detective. Tenía la mirada seria y el rostro tenso.

—Era muy alto, delgado, pero no tanto, rubio y tenía los ojos claros. No lo vi del todo bien, pero eran entre azules y verdes.

La mano de mi madre se movió en mi espalda, como si se hubiera asustado al oír la descripción del sujeto. Subí la mirada y vi que mis padres se miraban con un rostro indescifrable. Fruncí el ceño. Mi madre sacó el móvil de inmediato y buscó en su galería una foto. Las miré todas, no sabía muy bien qué quería encontrar. Pulsó una de un chico tal y como lo había descrito Roger.

Lo entendí todo.

Mi madre conocía al chico.

Mi madre era a la que realmente se refería en la nota. Pero, ¿por qué iba dirigida a mí?

—¿Es ese, Roger? —interrogó, enseñándole la foto.

—Sí, algo más envejecido, pero sí. ¿Lo conoces?

—Tyler. —gruñó mi padre. Dio un puñetazo a la pared y todos nos sobresaltamos. Mi madre se levantó de inmediato para tranquilizarlo y decirle unas cuantas cosas en silencio para que no lo escucháramos nadie.

Reconocí el nombre, era el chico con el que había salido mi madre de pequeña. Ese que le había hecho tanto daño, ese que los amenazó con volver... Ese que había cumplido su promesa.

Tyler había vuelto.

## 22. CONFESIONES

*No descubres que las verdades de tu mente  
son verdades  
hasta que se lo dices a alguien  
y te aseguras de que lo que sientes por alguien  
es totalmente real.*

Todo se sumió en silencio. Mi padre se tranquilizó poco a poco gracias a mi madre, que seguía a su lado. Eric se sentó a mi lado y me cogió de la mano. Se lo agradecí mentalmente, pues en ese momento no sabía qué pensar. Tyler no se había confundido del todo, iba a por mi madre, pero había atacado a Roger y era de las personas más importantes que tenía en mi vida.

Entonces lo comprendí.

Iba a por mí para vengar a mi madre.

La respiración se me aceleró. Miré a Eric a mi lado, a Roger, a Gael... Todos estaban en peligro si estaban conmigo. Lo había visto en las películas. Iba a por mi madre y me había elegido a mí para hacerme daño y hacérselo a ella en consecuencia. Tyler lo había pensado muy bien, pero seguía sin entender del todo la nota. Yo no tenía la culpa de ciertas cosas porque las hizo mi madre, que no hizo nada malo en mi opinión, pero, ¿tenía que reflexionar y descubrir lo que había hecho? ¿Qué cosas había hecho para merecer eso? No entendía nada.

Comencé a llorar sin poder evitarlo. Roger me puso una mano en el hombro, Eric me mimaba y Gael me observaba con una cara triste. Álex no sabía muy bien dónde meterse y Anastasia se encontraba a su lado, pero sin dirigirse ni una sola palabra. Había demasiado silencio para mi gusto.

No sabía qué sentir. Mi madre estaba callada con la cabeza gacha y suspirando en voz baja para que nadie lo oyera. Conocía eso, lo hacía cuando estaba a punto de llorar y no quería que los demás lo supieran. Quería levantarme y darle un abrazo, pero sentía que iba a destrozarme si me movía un milímetro más.

—Tracy, no te hará nada mientras estemos aquí contigo —dijo Eric, intentando tranquilizarme.

—No me preocupo por mí, me preocupo por vosotros. Ha hecho daño a Roger porque seguro que sabía lo mucho que me importaba. Ahora irá a por vosotros y yo no puedo estar tranquila sabiendo eso. Debéis alejaros de mí.

—No hará nada más. Yo me ocuparé de ello —dijo, segura, mi madre.

—No, mejor que nosotros no intervengamos en nada más. Mis padres son inspectores. Los llamaré y ellos nos ayudarán.

—No queremos molestarlos, Gael —respondió mi padre—. Y además, seguro que están

de vacaciones. Sería...

—Nada. Vosotros me habéis acogido como uno más en el restaurante, tanto que me he sentido de la familia en poco tiempo. Para eso están los amigos, para estar en los mejores y peores momentos. Quiero ayudar y voy a hacerlo. No voy a permitir que os hagan nada y mucho menos cuando yo puedo evitarlo.

La decisión en la mirada de Gael me lo dijo todo. Mis padres no dijeron nada más. Mis lágrimas cayeron en silencio, viendo la firmeza que admiraba de ese chico que tenía delante. Me miraba como si la última palabra la tuviera yo.

Asentí. Eso le sirvió para sacar el móvil del bolsillo y salir fuera.

\*\*

Todo fue silencio. Lágrimas, consuelos y silencio.

Gael hizo una llamada rápida a sus padres y nos dijo que no había ningún problema, que al día siguiente, cuando todo pasara un poco, quedaría con mis padres y lo hablarían. A pesar de ello, insistió en saber la historia, al menos unos pocos detalles. Mis padres no dudaron en dar la versión corta de los hechos.

Tyler había sido un chico que persiguió a mi madre después de dejar claro que lo que tenían se había terminado. Los problemas que tuvieron los resumieron para que no quedara la historia muy larga y yo los pasaré por alto, pues es otra historia que no me toca contar a mí. Conclusión del cuento: el malo escapó y ha vuelto para volver a dar la vuelta a ciertas vidas, como la de Roger, y eso no me parecía nada justo para una persona que no había hecho nada malo.

Anastasia, mi padre y Álex se fueron en un rato. Mi madre se quedó con nosotros un tiempo más, hasta que se hizo de noche. Ella supo lo que pensaba con solo mirarme, necesitaba quedarme con Roger, no podía dejarlo ahí sin nadie más por nada del mundo. Me negaba rotundamente. Comprendía que ellos tuvieran que volver a la rutina. Yo ya no sabía qué hacer ni con el trabajo. No me importaba en ese momento.

—Podéis iros, yo estaré bien. Quiero acompañar todo lo que pueda a Roger.

—¿Seguro? —Asentí a la pregunta de Eric—. Llámame si pasa algo, cualquier cosa y estaré aquí en cinco minutos, ¿vale?

—Lo sé, lo tengo muy en cuenta, ya lo sabes. Eres al primero que llamo. Vete, mañana te cuento.

Después de insistir un rato más, mi madre y Eric se fueron. Gael seguía a mi lado, a pesar de que también le había despedido. Mi madre ni siquiera le había esperado. Eso es que ya sabía lo que iba a pasar. Fruncí el ceño y él me respondió encogiéndose de hombros con una mirada inocente. Entró en la sala de nuevo y se sentó en el sofá mientras hacía como si no hubiera hecho nada.

—¿Por qué no te vas? Aquí no vas a dormir bien.

—Tú tampoco. Quiero quedarme contigo. Tengo la sensación de que estarías comiéndote la cabeza constantemente y me niego a dejarte así toda la noche. Además, a Roger no le importa. Estaremos bien.

Suspiré, no tenía fuerzas para discutir. Bajé los hombros y sonreí sin remedio. Nos quedamos en la habitación toda la noche. Roger contaba recuerdos que le habían pasado de pequeño, en la tienda, situaciones graciosas la mayoría. Intercambiábamos sucesos para pasar

el tiempo y no pensar en el tema que más nos preocupaba a todos. La verdad es que lo conseguimos bastante bien. Los tres estábamos bastante animados.

Gael cayó bajo el hechizo del sueño sobre las dos de la mañana. Se durmió sentado en el sofá, dejándome un pequeño espacio para dormir yo. Seguí hablando un rato con Roger hasta que nuestras manos se unieron en el mismo gesto que siempre teníamos. Entonces la duda volvió a surgir en mi mente. Busqué sus pupilas entre la poca luz que entraba de la ventana. La noche ya había caído hacía horas, la luna se asomaba en la habitación y nos iluminaba. Me senté con él en su cama con las piernas colgando y nuestras manos entrelazadas. Las di un apretón suave y sonreí.

—Tengo... Una duda. Creo que siempre la he tenido, pero nunca he sentido tanta confianza como para preguntarlo, por miedo a... No sé, a que sea muy personal. —Sacudí la cabeza—. Bueno, quiero decir... ¿Por qué...?

—¿El gesto? —Asentí. Me dio un apretón como hice yo y sonrió—. Nunca te he contado nada sobre mi familia. Murieron, cada uno por sus circunstancias. Con otros tengo mala relación desde siempre, por lo que tenemos un pacto no escrito de no vernos. Eso da igual. Mi verdadera familia murió en un incendio. Por eso hace mucho tiempo que me refugio en el mar. Debo confesar que le tengo verdadero pánico al fuego. Mi esposa murió por nuestro último hijo, pero a los demás les pilló desprevenidos la primera llama.

—No lo sabía... Perdona.

—Tranquila, ocurrió hace mucho. Tuve una nieta que... Bueno, murió en el accidente. Era ciega. Aprendí el lenguaje de signos por ella, aún intento recordar algunos gestos, pero tengo mala memoria para esas cosas. Lo único que recuerdo es darle mi apoyo cuando se sentía mal de esta forma, uniendo nuestras manos y diciéndonos con una mirada que estábamos ahí. Ella sabía que le miraba en ese momento, por eso nunca necesitamos palabras. Siempre encontraba mis ojos, a pesar de no verme.

—¿Y...? Yo...

—Tú eres lo más cercano que he tenido a una familia desde que perdí a la mía. Supe desde que te vi mirando al mar que ese iba a ser tu lugar. Me alegro de que tus padres te dejaran alquilar esa barca aquel día y todos los siguientes.

—Yo también estoy muy agradecida por ello. No sabes lo importante que eres para mí. Eres como... Mi segundo padre, mi abuelo. Me habría dado un ataque de ansiedad si te hubiera perdido. No quiero perderte, no ahora.

—No lo harás, Tracy, no voy a irme. Este viejo tiene mucho trabajo que hacer aún.

Le solté las manos y le rodeé, abrazándole. Me tumbé a su lado de nuevo y quise permanecer ahí de por vida. Siempre había sabido todo lo que había sido para mí, pero sentía que no había pensado nunca que podría haberlo perdido en cualquier momento. No me gustaba esa sensación ni ninguna parecida a ella, pero sabía que iba a tenerlas muy en cuenta a partir de ese instante. No quería perderlo e iba a luchar por ello.

Me acarició el pelo sin parecer que estaba malo ni que le habían clavado un cuchillo horas atrás y me permití no pensar en unos minutos. Estando allí no necesitaba nada más. Yo estaba bien si él lo estaba, y viceversa.

—Veo que... Fue bien la charla con Gael el otro día.

—Sí, me hizo muchas preguntas. Me dijo que me comprendía. Parecía como si me analizara por dentro. Fue raro.

—¿Y en qué quedasteis?

—Bueno, he accedido a no estar con nadie más aparte de con él. En plan... No como pareja, ¿sabes? Sino como amigos que se besan, quieren conocerse más y... No sé adónde llegaremos, si te digo la verdad.

—¿Tienes miedo?

—Un poco, no te lo voy a negar.

—¿Te gusta Gael?

Me quedé callada. Levanté un poco la cabeza para mirar el sofá en el que dormía profundamente. Me encantaba ver a la gente dormir, se convertían en los más tranquilos, como si todos fuéramos unos ángeles recién caídos del cielo. Gael era un ángel incluso despierto.

Mis sentimientos me golpearon con ese comentario. Roger esperaba pacientemente una respuesta y sabía que no iba a darme ningún tipo de prisa. ¿Lo quería? No, no creo. Mi corazón no estaba abierto para esas cosas, para esas sensaciones, para esas desilusiones finales. ¿Me gustaba? Quizá.

—Supongo que sí.

—¿Qué sientes cuando le ves?

—Comodidad, como con Eric o con Anastasia. Es de las personas con las que puedo ser yo misma. Aunque también me siento demasiado desnuda a veces. Me mira con esos ojos que me ven por dentro y me comprenden, pero no dice nada.

—¿Crees que podéis llegar a tener algo?

—Mi corazón no me deja, ya lo sabes.

—¿Dónde está la Tracy que se deja llevar? El destino te está hablando, querida, hazle caso de una vez. Gael es un buen chico, quiere lo mejor para ti y sé que te ve con... Otros ojos, distintos a los de Eric, por ejemplo. ¿Sabes por qué no se enfadó contigo esa noche en la que os quedasteis hablando? —Fruncí el ceño. Recordaba que él se había ido por el camino por el que Gael venía, pero no pude unir nunca los puntos—. Yo hablé con él. No mucho. Lo suficiente para que no te dieras cuenta de ello. Le hablé de ti, de tus inseguridades sobre el tema, le pedí que tuviera paciencia contigo y te comprendiera. Creo que lo hizo bien.

—Lo hizo demasiado bien.

—Ve con él. Hay que dormir un poco, al menos. Yo estaré bien aquí. Él también te necesita a veces, aunque no lo diga.

Le deseé unas buenas noches y me bajé de la cama, feliz por tenerlo ahí y haber hablado con él. Le di un beso en la frente antes de alejarme de la cama. Me acerqué al sofá en el que Gael dormía sin hacer el menor ruido y me senté despacio, mirando su cara y la tranquilidad de sus músculos. No había tensión por ningún lado. No sabía de qué me sorprendía, él tenía mucha paciencia, nunca estaba especialmente alterado por nada. Incluso el caso de Tyler que llevarían sus padres se lo tomó con mucha calma para comprenderlo y prestar atención a cada detalle.

Me senté despacio para no molestarle y toqué su pelo para desviar su dirección de los ojos. No sabía por qué en ese maldito momento lo veía con otros ojos. Mi mirada había cambiado con respecto a él y eso me asustaba. Dejé mis manos quietas sobre mi regazo y me quedé un rato mirándole fijamente. Bajé la cabeza, sin saber qué hacer, ni qué pensar, ni qué sentir. Me sentía perdida. Tenía ganas de llorar y así desahogarme de todo, de lo que no me dejaba sentir, de lo que no quería concebir como real.

Entonces sentí unas manos encima de mis hombros. Su mirada estaba frente a la mía al levantar el rostro. ¿Cuándo se había movido? Estaba sentado en la esquina del sofá, dejando

todo su sitio libre.

—Nada de pensar, *darling*. Ya lo has hecho mucho.

Me dejé empujar hasta tumbarme en el sofá y él se puso a mi lado. Nos miramos unos segundos, sabía que él descifraba mi mirada y yo solo intentaba entender mi corazón, pero no debía seguir pensando mucho. Me apoyé en su pecho y me dejé abrazar por él. Caí rendida al instante con una lágrima bajando por mi rostro.

## 23. MIRADAS

*Un beso en la frente  
tiene muchísimo más significado del que uno piensa.  
Siempre he creído que nunca se dan porque sí.  
algo hay ahí, sentimientos puros.  
Amor. Locura...*

**D**esperté con un calor tremendo físicamente, pero demasiado bien emocionalmente, a pesar del lío que mi mente se estaba montando. Recordé las palabras de Roger: debía dejarme llevar. Tenía tanta razón. ¿Dónde estaba la Tracy a la que no le importaba nada, esa que se dejaba llevar, la que aceptaba ir a cualquier lugar si era con sus amigos? No estaba perdida, se había escondido para ciertas ocasiones, pero no podía permitirlo. Debía salir de nuevo, debía guiar el paso.

Abrí los ojos con una sonrisa de par en par al sentir los brazos de Gael cubrirme en la misma posición en la que me había dormido. Me estiré un poco sin molestarle y así despertar mis músculos. La luz se colaba por la persiana y había cierto jaleo por el pasillo. Respiré profundamente varias veces, haciéndome saber que no debía alterarme. Gael podría enseñarme a hacerlo, a él se le daba bien.

Los temas que hablé hacía unas horas con Roger volvieron a mi cabeza. No podía imaginarme por todo lo que había pasado después de perder a su familia. Nunca tenía palabras para esos momentos en los que te contaban que se había muerto alguien cercano. Solo me salía del alma abrazar y transmitir mis ánimos de esa forma. Sabía bien que las palabras no servían de nada.

En cuanto a lo de Gael, sabía que iba a durar mucho en mi cabeza convirtiéndose en uno de los temas principales, al menos en lo que quedaba de verano. Sabía que iba a doler si pasábamos un nivel más de lo que teníamos y aún no estaba preparada. No sabía cómo acabaríamos, pero tenía una sensación dentro de que terminaría, lo que fuera. Y tenía miedo.

Sentí que el agarre que me mantenía presa me apretaba aún más contra su pecho. Intenté no reírme, pero no pude evitar soltar algún ruidito entre risa y queja. Me separé de él a la fuerza, empujándole el pecho para que se quitara de mi lado. Le besé nada más separarnos un poco para tener una excusa para acercarnos. Fue uno simple y corto que nos hizo sonreír a la vez.

—No me esperaba esto.

—Solo me he dejado llevar. Tengo hambre. ¿Desayunamos?

Una mirada nos hizo falta para levantarnos con el mayor silencio posible y salir de la habitación. Roger seguía dormido, por lo que no quisimos molestarle. Fuimos al restaurante de abajo y comimos hasta llenarnos. Tuvimos una conversación animada, no quería ningún tema grave que me hiciera recordar todos los demás. Quería ser positiva, Roger estaba bien y



los padres de Gael iban a ayudarnos. Todo iría correctamente.

O al menos eso esperaba.

Cuando subimos, la enfermera había salido con una bandeja vacía. Debía invitar a Roger a algo decente en cuanto saliera. La comida del hospital era una completa... No estaba buena, en definitiva. Corrí hacia Roger para cogerle de la mano e infundirle alegría.

—¿Qué tal?

—Muy bien, ¿y vosotros? ¿Fuisteis a desayunar? —Asentimos los dos—. Os vi salir. La enfermera también me ha traído algo. Me ha dicho que seguramente la semana que viene me dé el alta. No ha sido tan grave y no ha dado a ningún órgano vital, saldré de aquí antes de que os deis cuenta.

—Eso es genial —comentó Gael detrás de mí.

—Deberíais ir a trabajar, yo no tengo por qué pararos más de un día. La vida y el verano siguen y yo ya estoy bien. Además, el trabajo no va a salir adelante solo. Yo no estoy, pero, Tracy, puedes ocuparte del puesto.

—Yo no puedo sola, Roger, eso es una locura.

—Lo sé, déjame terminar. Contrata a alguien para lo que queda de verano. Tengo algún currículum en un cajón por si acaso. Aunque ahora no recuerdo muy bien dónde. Son de junio, seguro que alguien quiere cubrir una baja.

—Mi hermano puede hacerlo. No hace nada en todo el día, esto le vendrá bien. Ha trabajado de muchas cosas, camarero entre otras. ¿Qué te parece?

—Confío en ti. Tracy, te encargas de enseñarle, que se quede con mi horario o... Tú sabrás organizarte. Si ves que no hace nada, échale. Tú mandas a partir de ahora e indefinidamente hasta que me ponga mejor.

—Pero yo... Es una locura.

—No digas bobadas, tú puedes. Yo confío en ti.

Estaba flipando de verdad. Aún no podía creermelo que me hubiera convertido en la jefa de una de las tiendas más famosas de Tossa de Mar. No cabía en mi sorpresa, ni en mi felicidad-tristeza-presión. Demasiadas emociones en un solo momento. Estaba feliz y emocionada por saber que Roger confiaba en mí lo suficiente como para dejar su negocio en mis manos. Estaba triste por saber la razón de que se obligara a dejármela, él no podría ocuparse en un tiempo. Sentía una presión en mi pecho por el miedo que tenía a no hacerlo bien, a no enseñar como debería al hermano de Gael, a llevar a la tienda a la ruina.

Y todo por mi culpa.

Gael puso una mano en mi hombro, animándome por la situación. La decisión en la mirada de Roger me dio el último empujón. Asentí, segura de mí misma y poniendo una mano encima de la suya.

—Lo haré.

\*\*

De camino a la playa, Gael me acompañó. Llamó a mi madre para decirle que iría a trabajar al restaurante justo después de dejarme en la tienda. Había insistido miles de veces, a pesar de asegurarle que estaría bien. No podía negar que tenía cierta inseguridad por Tyler y cierto miedo de que la escena de Roger me rondara en la cabeza al pasar por ahí. Me dio un escalofrío cuando llegué a la puerta cerrada. Varias personas me vieron con una sonrisa. Los

reconocí como clientes habituales. Dar explicaciones de haber cerrado un día entero iba a ser difícil e incluir en ellas la ausencia de Roger, aún más.

Gael entró conmigo y tragué saliva mientras abría la tienda y la luz iluminaba el lugar. La escena se apareció en mi mente, como predije, pero ahí estaba él para calmarme. Iba a estar bien si había gente, pues no me dejaría pensar en otra cosa que no fueran los pedidos.

—¿Seguro que vas a poder tú?

—Claro, un día no pasa nada. Mañana ya puedes traer a tu hermano con ganas de trabajar porque voy a mandarle bastantes cosas. Que venga bien despierto.

—Eso está hecho. Por cierto... ¿Por qué no me contaste lo de la nota? ¿Eso era otra de las razones por las que estabas tan distraída el otro día?

Suspiré, sabiendo que debía salir ese tema en algún momento. Lo acepté y asentí. No podría guardarlo mucho más y la conversación tenía que salir en algún momento. Fui tonta por no contarle, pero el miedo había ganado en mi interior.

—Sí, la verdad es que sí, pero no me atreví a decir nada. No sabía cómo reaccionar, quería creer que no era para mí. No sé, Gael, nunca había sentido tal... Tensión. Descubrir que era Tyler no lo ha mejorado. Siento que puedo perder a cualquier persona importante para mí en cualquier momento.

—No vas a perder a nadie más. Mi familia os va a proteger. No voy a dejarte sola ante esto.

—Bueno, ahora te vas a trabajar y me vas a dejar aquí. —Abrí los ojos como platos al descubrir que estaba reprochando algo que no pensaba en realidad—. Quiero decir, que no me importa. Los clientes me mantendrán ocupada. No me pasará nada, te lo aseguro.

—Me ha dicho Roxanne que luego vendrá tu padre a buscarte. No se fía mucho de nada.

Asentí agachando la cabeza, comprendiendo. Mi padre era una persona genial hasta que hacían daño a su familia, entonces había que tener demasiado cuidado con él. Eso le había afectado bastante, como era obvio. Se preocupaba por todos e iba a intentar protegernos a todos a la vez. Por ese aspecto, me alegraba que los padres de Gael nos ayudaran con todo ese rollo, necesitaba sentirme segura de nuevo. No había echado en falta esa sensación hasta que la había perdido.

—Gracias por todo, Gael. No sabes bien todo lo que me has ayudado. Siento que te debo algo.

—No me debes nada. Haría cualquier cosa por mi *darling*.

Ya me había acostumbrado a que dijera cualquiera de las dos palabras. Me sacó una sonrisa inocente y lo abracé con todas mis fuerzas. Podía creer que había sido un amor de verano, pero en ese instante comprendí que se había convertido en algo mucho más grande. Sabía de sobra que había ganado más que un simple y corto amor que no sabía muy bien dónde o cuándo acabaría. Éramos amigos ante todo y ya lo consideraba de la familia, uno más en el restaurante, uno más en casa. Uno más en mi vida.

Me separé despacio, no queriendo hacerlo. Lo miré fijamente, a esos ojos que transmitían tanto y me decían tantas cosas que no comprendía ni la mitad. Recordé cuando Roger me dijo que me fijara mucho más, dentro de esas pupilas que tantos sentimientos guardaban. Algo había ahí escondido que no llegaba a alcanzar, que no llegaba a vislumbrar.

O que no quería creer.

Sonrió. Se acercó a mi rostro, creyendo que iba a bajar más para besarme, pero no. Posó un beso en mi frente y se fue, soltando mi mano despacio. No quería admitir que no quería

hacerlo, pero tampoco podía retenerlo ahí por mucho más tiempo. Dejó un camino de esperanza e incertidumbre que seguí hasta la salida. Lo vi marcharse y alejarse. Luego comencé el trabajo.

Vuelta a la rutina.

\*\*

A las diez de la mañana en punto ya estaba abriendo la tienda. Había quedado a esa misma hora con la familia de Gael. No estaba nerviosa por conocerlos, ni mucho menos, sino por cómo sería su hermano, mi futuro aprendiz. Solo sabía que conmigo no debía hacer muchas bobadas porque la paciencia se me acababa. No iba a ser muy estricta si me hacía caso y veía que se esforzaba, eso era lo único que exigía en el primer día. Incluso le había hecho un calendario con su horario para que no se olvidara de nada. Había cambiado varias cosas para que no estuviera mucho solo los primeros días. Sería pedir demasiado y no quería ser exigente.

Ya había colocado los pedidos de ese día cuando alguien tocó la puerta con los nudillos, a pesar de que estaba abierta. Sonreí ante el gesto que sabía perfectamente de quién era y me di la vuelta para encontrarme con él. Sí, con Gael y con su familia, entre ellos, su hermano.

Hugo.

## 24. REENCUENTROS

*Tu herida acababa de abrirse.  
Él solo fue otro recuerdo más  
que hizo que todo estallara.  
Tómate tu tiempo  
y sigue adelante.*

Me quedé paralizada en el sitio en el que estaba. Sus padres entraron justo detrás de sus hijos. Desperté unos segundos después, mientras Hugo me miraba de arriba abajo como yo había hecho. Gael ya se había dado cuenta de que algo ahí no iba bien del todo. Nos miró con el ceño fruncido y se acercó a mí unos pasos.

—¿Tracy? ¿Estás bien?

Mierda. Ya me había descubierto. Sofía se acababa de esfumar en una nube de mentiras. Sonreí de oreja a oreja para disimular mi asombro y mi fastidio y di unos pasos hacia él también.

—Claro, es que... Me suena de ver a tu hermano en alguna fiesta, así de pasada, nada con importancia. ¿Me equivoco?

Recé a todos los dioses existentes y por existir que me siguiera el juego. No podía creerme que algún día me viera inmersa en una situación como esa. Me sentía incómoda, expuesta. Una sensación de arrepentimiento me recorrió entera al ver al chico con el que me había liado mientras conocía a Gael.

Me había liado dos veces con su hermano.

—No, creo que a mí también me sueñas un poco de eso.

—Pues... Tracy, él es mi hermano Gabriel. Gabriel, ella es tu nueva jefa Tracy.

Me quedé de piedra. Además de haber descubierto mi nombre real, yo me di cuenta de que también había sido engañada en cuanto a eso. No podía sentirme más estafada. En ese momento me hizo gracia, pues me la había devuelto con la misma moneda, es decir, me lo merecía.

—Encantada, Gabriel.

—Igualmente, Tracy.

Nuestros nombres salieron de nuestras bocas con algo de diversión. Nos saludamos con dos besos y una mirada traviesa, como si tuviéramos una conversación pendiente. Y tanto que la teníamos. Necesitaba reírme a carcajadas por su ingenio por lo del nombre, como había hecho yo y que nunca me había pasado, y una larga charla sobre las razones por las que no me atrevía a decir a Gael que el chico con el que había estado en la fiesta era su hermano.

Me sentía fatal, pero me hacía gracia a la vez.

Era la peor persona del mundo.

Desvié la mirada de la del traidor Gabriel y me dirigí a sus padres. Parecían unidos, pues estaban cogidos de la mano. Se separaron para saludarme y me dio un abrazo cada uno. Eran

los dos altos, como mis padres. Su madre tenía el pelo corto y negro, llevaba unas gafas azules bastante bonitas y una cara dulce que no dejaba de sonreír. Su padre era parecido, feliz, con el pelo aún más oscuro que la chica y con un gesto simpático.

La verdad es que se notaba bastante que Gabriel no era hijo de esa chica, pues era rubio y ninguno de los era así. Me apostaba cualquier cosa a que él era más parecido a su madre que a su padre, por eso Gael y él eran tan distintos... Por eso no se me había pasado ni un momento por la cabeza que podrían ser hermanos.

—Mi madre Evie y mi padre Adley.

—Encantada, linda. ¿Cómo va Roger? Gael nos lo ha contado todo.

—Bien, no tardarán en darle el alta. Gracias por estar aquí y ayudarnos, mis padres están demasiado nerviosos, aunque no lo quieran admitir. Seguro que así se sienten mucho mejor sabiendo que sois los padres de Gael. Le quieren casi más que a mí.

—Exagerada —murmuró él, dándome un codazo.

—No es nada, estamos encantados de ayudar —comentó su padre—. Tenemos que daros las gracias a vosotros por tratarle como uno más. Nunca le he visto tan feliz en un trabajo. —Sonreí en su dirección y él se puso rojo—. ¿Podrías darnos el número de teléfono de tus padres? Quedaremos con ellos cuanto antes.

—Claro, os daré el de mi padre, está menos ocupado ahora mismo. Espero veros de nuevo pronto y, tranquilos —dije, posando mi mano en el brazo de Gabriel—, cuidaré bien de vuestro otro hijo. Espero que vengas con muchas ganas de trabajar. Bienvenido a la familia también.

—Gracias.

—Llámame si ocurre algo —nos interrumpió su padre, dándome una tarjeta con su número—. Vendremos enseguida.

Gael me dio un beso en la mejilla antes de irse detrás de sus padres. Oí que ellos llamaron a mi padre nada más alejarse unos pasos del puesto. Sabía que, al llegar a casa, me iba a decir que había hablado con ellos. A primera vista eran unas personas que caían bien, al igual que sus dos hijos. Los cuatro eran tal para cual, a pesar de que Gabriel era hijo de otra madre. Quizá solo actuaba, o no. No conocía muy bien sus relaciones familiares.

Cerré la puerta y me di la vuelta con los brazos cruzados. Él estaba igual. Gabriel. Era mucho mejor que Hugo, en mi opinión. Me sonaba más real en ese momento que había descubierto la verdad. Sabía lo que iba a continuación.

—Hugo.

—Sofía, ¿eh? ¿Nos leímos los pensamientos?

—Somos demasiado parecidos, querido. Lo supe con solo hablar un rato contigo. Ahora voy a dejarte dos cosas muy claras: no quiero que Gael se entere de lo que tuvimos, quizá algún día me atreva a decírselo, pero no en un futuro cercano, y ya puedes estar listo para trabajar. Soy tu jefa y no tengo remordimientos. Te echaré si no te esfuerzas. ¿Comprendes o te lo repito dos veces?

—Me queda claro como el agua. ¿Por qué no quieres que se entere? ¿Tenéis algo serio?

—No del todo, tenemos algo tan raro que no sé definirlo, pero estamos lo demasiado bien como para no querer estropearlo. Además, no sé dónde llegaremos. En un futuro esto quedará como anécdota, ahora le haría daño.

—Y tanto, pero que sepas que si se entera solo, vas a tener más problemas que si se lo dices tú.

—No invoques a la mala suerte, ya tengo demasiada.

Por la mañana le expliqué todos los procedimientos para cuando llamara algún cliente, pues había que empezar con una frase concreta y apuntar los pedidos en el día correspondiente. Además de que debía saberse los costes del alquiler de todo, al contrario que de los de la tienda que estaban apuntados. Lo entendió bastante bien a la primera por lo que los primeros pedidos fuimos a hacerlos a la vez para que supiera cómo tratar a los clientes, cómo desarmar las barcas y cómo volverlas a atar, incluido el lugar exacto de cada uno de ellas. De los barcos y otras cosas me encargaría yo, ya se lo explicaría en otro momento.

—¿Ves esa barca? —pregunté, señalando la blanca que relucía por su color intenso y su lejanía de las demás. Él asintió—. Esa no se deja a nadie, además, tiene candado y no vas a poder abrirlo sin la llave. La tengo yo y es mía, nada de alquilarla, ¿lo pillas?

—Lo pilló. ¿Algo más?

—Voy a enseñarte cómo va la tienda. Si lo haces bien, quizá te deje estar solo un día de estos. ¿Te ves capacitado?

—Sí, es fácil.

—Perfecto. Hay cámaras, así que ten cuidado con lo que haces. Tengo todo controlado por si alguna se estropea de todas formas. No es que no me fíe de ti, pero puedes dejarte la puerta abierta cuando vayas a atar alguna barca. Te daré las llaves luego. Debes cerrar en el primer instante en el que abandones la tienda, aunque sea por diez segundos.

Él asintió, comprendiendo. La verdad era que no había ningún tipo de cámaras en la tienda y no me fiaba de él, por ello me lo inventé. Me reí interiormente y volvimos al puesto. Ví que miraba por algunas esquinas, buscando los aparatos, cosa que no encontraría en ningún lado. Esperaba que se pensara que estaban bien guardadas, lo cual era lógico.

Le enseñé todo lo relacionado con la tienda, el libro de los precios por si se olvidaba de algo, aunque se acababan aprendiendo con la práctica. Yo ya me los sabía casi todos, a excepción de productos que no eran muy pedidos, entonces siempre lo consultaba. Él se defendió bien con los primeros clientes, por lo que lo dejé ahí con ellos y yo me encargué de los alquileres.

Nos iría bien.

\*\*

Al día siguiente, todos nos levantamos temprano para trabajar, excepto Álex que era un vago y se quedaba dormido. Le perdonábamos, pues venir con nosotros eran sus vacaciones. Mi padre preparó el café mientras mi madre miraba los horarios. Eso significaba que había un suceso que los descolocaba.

—¿Ha pasado algo?

—Hemos quedado con los padres de Gael por la tarde. Voy a dejar a Clary y a Gael un rato solos en el restaurante y no quiero que sea cuando haya mucha gente. ¿Qué tal con su hermano, por cierto? ¿Has hablado con Roger?

—Se llama Gabriel, y muy bien. Es trabajador y no se le ha hecho difícil. A Roger le llamé ayer por la noche, dice que está mejor y se alegra de que vaya bien. Parece que todo vuelve a su cauce.

—Eso espero, mi amor, eso espero —intervino mi padre, posando una mano en mi

hombro.

Sabía que estaba preocupado y que iba a seguir estándolo hasta que no viera a Tyler en las manos de los policías. Lo comprendía. Yo solía aparentar calma con ellos para que no se alteraran con el tema, pero en realidad estaba aún más asustada que ellos. Tyler había ido a por mí, a por mi amigo. Por suerte, iba a salir solo con una cicatriz por ello y un mal recuerdo para toda la vida. Aquello era mucho mejor que no salir.

Mi padre me acompañó hasta las escaleras que daban a la playa por precaución y porque no se fiaba ni un pelo del hombre que nos había vuelto desconfiados de un día para otro. Abrí la tienda y me preparé para un nuevo día. Tenía ganas de saber cuál era su plan para atrapar a Tyler. Sabía bien que iba a ser difícil, pues no había dado más señales de vida y prefería que fuera así. ¿Quién sabía lo siguiente que haría.? Yo, sinceramente, no quería tener nada que ver.

Al final quedaron sobre las siete de la tarde. Mi padre me había vuelto a ofrecer llevarme, pero le dije que estaría bien. Quedé en llamarle en cuanto llegara y así todos los días hasta que pasara el peligro. Se podía notar la tensión que había al hablar del tema, odiaba esa sensación.

Me fui justo antes de que los padres de Gael llegaran. Me prometieron contarme todo con detalles al llegar del trabajo. Gabriel ya estaba en la tienda cuando llegué, le había dejado abrir a él por primera vez y no lo había hecho nada mal, pues ya estaba encargándose de la tienda y de los pedidos a la vez. Le eché una mano y enseguida nos adecuamos al ritmo.

Lo raro ocurrió después. Iba a atar dos barcas cuando vi a una mujer de pie a orillas de la playa. El viento le movía el pelo largo que tenía y las olas le alcanzaban los pies. Tenía una delicada figura, aún más con el vestido largo que se ondeaba con la brisa. Me acerqué al puerto cada vez más despacio al comenzar a sonarme esa persona.

Mi madre.

Miré la hora, mientras me acercaba a las barcas sueltas, y vi que eran las siete y media de la tarde. Debía haber quedado ya con Evie y Adley. ¿Por qué estaba ahí? ¿Había ocurrido algo? Até las barcas con una rapidez insospechada y me acerqué a ella despacio, observando sus gestos para saber más o menos lo que ocurría. Cuando estuve casi a su lado, vi que estaba llorando.

—¿Mamá?

Ni siquiera se sorprendió cuando le llamé. Giró la cabeza para verme y se quitó las lágrimas con la mano. Yo me quedé parada a unos metros de ella, no sabía cómo reaccionar. Sonrió ligeramente en mi dirección y ladeé la cabeza. No era la primera vez que veía sus lágrimas caer, pero siempre era tan impredecible que no sabía qué pensar.

—¿Qué ha pasado?

—Ven.

Me acerqué a su lado y me pasó un brazo por los hombros. Nos quedamos las dos mirando el horizonte mientras las olas nos mojaban hasta los tobillos. El mar nos arrastraba con él. Miré hacia arriba para ver su cara, ya no lloraba. Nunca me había fijado tanto en ella como en ese momento. Éramos tan parecidas como gotas de agua, a excepción de mi pelo teñido. Daniel, a su vez, era una copia de papá. Y los dos habíamos salido con su ternura.

Tardó unos segundos en hablar.

—¿Te acuerdas cuando te conté sobre el chico con el que me escapé a Madrid?

—¿El que te dejó por la chica embarazada? —Asintió—. ¿Qué pasa con él? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Se llama Adley, cariño, y es el padre de Gael.



## 25. COSAS CLARAS

*Discutir a veces es necesario,  
expulsar todo lo que te molesta  
y buscar una solución con tranquilidad.  
La ira nos puede a todos  
y no muchos sabemos controlarla.*

No cayeron más lágrimas de los ojos de mi madre, solo apareció una sonrisa en su rostro. Volvió a observar todo más allá del mar con la mirada perdida en los distintos colores del cielo. No parecía triste, ni tampoco feliz, sino que supe por su silencio que, antes de que supiera que estaba ahí, estaba pensando qué hacer con aquel tema. No sabía nada de lo que había ocurrido, si es que había pasado algo o hablado de lo que realmente importaba. De todas formas, la aparición de Tyler y luego ver a Adley tuvo que repercutir en su mente. Entendía que se hubiera ido de la charla. Las madres también tienen su pasado, aunque a veces nos olvidemos de ese pequeño detalle.

—¿No habéis hablado de nada?

—No, me he ido en cuanto los he visto. Esa chica era ella, lo supe por las fotos que recuerdo que me enseñaba Adley. Hacen buena pareja.

—Pero... Si estaba embarazada, ¿dónde está el hijo? Gael no puede ser y Gabriel no es de ella.

Abrí los ojos como platos. Acababa de comprenderlo. El hijo que perdió su padre... El que me dijo Gael. Tenía que ser ese. Las piezas encajaban.

—No lo sé, cariño, no me ha dado tiempo a preguntar siquiera. Necesitaba un rato para pensarlo todo bien, seguro que papá se ha encargado de ellos. Mañana quedaré de nuevo para hablar como adultos. He sido un poco niña al irme corriendo, lo admito.

—No debes disculparte, mamá, todo se ha unido en muy poco tiempo y ha explotado en tu cabeza. Lo entiendo. Todos te comprendemos. Lo de Tyler ha abierto recuerdos y Adley solo le ha echado más sal a la herida.

—Me conoces como si fueras mi madre y no al revés.

Eso nos hizo reír y, después de una conversación calmada, nos despedimos y volví al trabajo. Gabriel no preguntó nada sobre mi tardanza, lo cual me dio igual, pero agradecí que fuera tan suelto y alegre en el trabajo. Podía confiar en él, lo hacía bien.

\*\*

Saqué las llaves del bolso para abrir la puerta de casa. Estaba acostumbrada a madrugar para ir a trabajar, pero no con el horario tan temprano de Roger. Gabriel tenía por el momento mis

horas de trabajo, por lo que él iba más tarde. Debía cambiar eso en algún momento. Roger estaba acostumbrado, yo no.

En cuanto pasé el umbral de la puerta de entrada, oí unos gritos que provenían de mi hermano. Eso era que había vuelto a casa, lo cual me alegró, pero no así. Clary se defendía de los chillidos, por lo que supuse que estaban dirigidos a ella. Me acerqué al salón y los vi discutir. Álex estaba delante de Clary y mis padres bajaban por las escaleras para ver el desastre. Ellos estaban tan sorprendidos como yo.

Nos quedamos callados hasta que Daniel se desahogara. Nuestro método de discusiones era dejar que alguien lo soltara todo e intervenir si hacía falta. Normalmente contarle todo tranquilizaba a la persona en cuestión, por lo que después teníamos todos una conversación más calmada. El problema era que Daniel estaba que echaba humo.

Algo me decía que iba a descubrir por qué se fue.

—No tenemos nada, Daniel, no tienes que ponerte así por esa tontería.

—¿Y por qué me ocultas lo de Álex? Podías habérmelo dicho si lo que tuvimos no fue nada. ¿En qué había afectado?

Mi prima miró a su alrededor, fijando su mirada en mí. Fruncí el ceño y abrí los ojos de par en par al comprender. Mi hermano y Clary tuvieron algo, no sabía cuándo había sido exactamente, y por eso se veía a escondidas con Álex. No quería que Daniel se enterara de su romance o lo que sea que tuvieran. Se fue por un desamor.

Y porque uno de los causantes de ello, Álex, dormía con él.

—Daniel, tranquilo —pidió Álex—. Debimos...

—¿Contármelo? Sí, la verdad es que hubiera estado muy bien. Me duele porque no puedo evitar que alguien me guste, pero me molesta aún más que ninguno de los dos me lo contara. Lo habría entendido perfectamente si lo hubiéramos hablado. ¿Os habéis olvidado de que en esta casa se soluciona todo hablando las cosas o qué?

Mi hermano ya sobrepasaba el rojo de su cara, por lo que me acerqué a él y lo cogí del brazo para echarlo hacia atrás. No podía permitir que diera muchos pasos más hacia Álex, que protegía a Clary, pues parecía que iban a pasar a algo más que palabras y eso estaba totalmente prohibido en esas paredes.

—Si no te enfadaras por todo, te lo habríamos contado. ¿Cómo iba a saber que reaccionarías bien después de liarte con ella una sola noche? Le das importancia a todo.

Daniel se encendió aún más, al igual que Álex. Me puse en el medio de los dos, deteniendo a papá que estaba ya a punto de hacerlo también. Le dirigí un asentimiento para que se tranquilizara y observé severamente a los que se enfrentaban. Llegaba un momento en el que había que intervenir antes de que alguien se pasara de la línea imaginaria.

—Se acabó. —Miré a la pareja que dejó de respirar un momento ante mi mirada—. Debisteis haberlo contado con todos delante, hacerlo público de una manera más tranquila y no quedando a escondidas a las tantas de la noche. ¿No sabéis bien que todo se acaba sabiendo? ¿Cómo esperabais que iba a reaccionar Daniel si se enteraba por otra persona o por él mismo y no por vuestra parte? ¿Eh? A la próxima, os lo pensáis dos veces.

Los dos agacharon la cabeza y me fijé en Daniel, que se había calmado un poco. Le di un toque en el pecho para empujarlo, sorprendiéndolo. Se esperaba que iba a defenderlo, pero también tenía su parte. Nadie se quedaba sin nada.

Incluso yo, que en mis propias palabras había visto mi caso claramente. Por una parte, entendía el deseo de la pareja de mantenerlo en secreto para no dañar a Daniel, pero, por otra

parte, dolía más que se enterara por otra persona o él solo, sabiendo que confiaba en aquellas personas. La similitud con lo que me pasaba a mí me chocó en la mente, pero lo aparté por el momento.

—Y tú, ¿qué? ¿No puedes pensar en los demás y tener el mínimo detalle de decir lo que te ocurre? ¿Sabes lo preocupados que hemos estado todos cuando te fuiste de esa manera? Eso no se hace, Daniel. Los desamores son algo de lo que debes acostumbrarte. No hagas un espectáculo por ello. Si algo te molesta, nos lo cuentas y lo solucionamos hablando. No tienes que irte una semana y volver para dar gritos como un loco.

—¿Es mejor o peor que encerrarse en la habitación porque tu amor te traicionó?

Eso era un golpe duro, pero ni siquiera me hizo trastabillar. No me esperaba que Daniel me dijera eso, evocando la traición de mi ex, pero supuse que fue el enfado quien lo hizo, por lo que no me lo tomé tan mal como me lo habría tomado en otro momento. Él sabía lo que me dolía hablar de ello. Sacarlo en mitad de una discusión fue algo que casi me hizo perder los papeles.

—Yo al menos seguí estando ahí para ti y no desaparecí. ¿Has hecho algo acaso cuando te dijeron que Roger estaba en el hospital? ¿Sabes que ha estado a punto de morir porque lo apuñalaron? ¿Sabes por lo que he tenido que pasar? No me devuelvas cosas del pasado, querido, solo te sirven para confesar que te quedas sin argumentos. La pelea no es contra mí. Si vienes con ganas de pelear, mejor quédate callado.

Intentó desafiarme con la mirada por ser un poco más alto que yo, pero la altura no le sirvió de nada contra mi decisión. Dio medio vuelta y subió por las escaleras sin dirigimos ni una sola mirada más.

—Lárgate de mi habitación, Álex —dijo desde arriba, dando un portazo.

—¿Tracy...? —susurró. Sabía perfectamente lo que me iba a pedir Álex.

—Sí, múdate a la mía. Tú y yo vamos a tener una charla esta noche. Por vuestro bien, quedaría en otro lugar para estar juntos, al menos por un tiempo. No creo que tengáis la suerte de que esté yo ahí la próxima vez que se enfade.

Mi madre me abrazó por detrás y me dio un beso en la mejilla que me hizo sonreír. Solté todo el aire que había retenido en mis pulmones sin darme cuenta y cerré los ojos unos segundos. No quería saber nada más sobre esas tres personas en unos minutos o la rabia me volvería a subir por el cuerpo. Odiaba esa sensación, pero a veces me obligaba a sacarla para ordenar todo. Al menos en ese momento había funcionado.

Necesitaba esa charla con Álex por la noche para contarme todo. No iba a dejar que se saltara ni un detalle, pero podría descansar toda la tarde y yo me entretendría con el turno de trabajo que aún me quedaba. Ese día iba a ser muy, muy largo. Con solo pensarlo, ya quería irme a dormir para comenzar uno nuevo.

—Lo has hecho bien, cariño.

\*\*

Me tumbé en el sofá después de la jornada de trabajo agotadora y mi padre puso los brazos en jarras, indicándome que le dejara un espacio. Rodé los ojos y me senté correctamente. Sabía la razón de que estuviera así: quedaban diez minutos para que llegara Adley, el padre de Gael para hablar con más tranquilidad. Mi madre había estado desde el día anterior sin hablar mucho, solo lo necesario.

Cuando quedaron cinco minutos, me levanté, cogí un libro de la estantería del salón y me senté en la mesa del comedor, el cual estaba justo detrás del sofá. La verdad era que no tenía pensado perderme esa historia, pero papá me había dicho que debía disimular o hacer otra cosa para no parecer tan descarada. Escogí la historia que había dejado a medias justo hacía una semana, y no me había dado tiempo a seguir, y me coloqué cómodamente para no molestar, pues normalmente me movía mucho. No encontraba la postura perfecta para leer sin quedarme quieta.

El timbre sonó puntualmente. Mi padre fue a abrir la puerta y mi madre se quedó esperando en la entrada del salón, al igual que mi mirada. Me levanté solo para saludar, dejando el libro entre mis manos. Mi madre sonrió al verme, cambiando su ánimo por completo, y le abrazó. Adley no se esperaba ese gesto, pero lo correspondió con alegría y una sonrisa que parecía de alivio.

—Roxanne... No...

—Tranquilo, perdóname por mi comportamiento. No fue el adecuado.

—No digas eso, lo comprendo. Fueron muchas cosas inesperadas y no te dio tiempo a asimilar lo de Tyler cuando aparecí yo. No he querido que viniera Evie por... Para que no tuvieras tantos malos recuerdos, pero yo te contaré lo que quieras.

—Siéntate, he preparado café.

Él asintió, más tranquilo, con una sonrisa que en nada se comparaba con la cara con la que había entrado a casa. Me alegraba de que mi madre lograra tanta magia en solo unos segundos y un par de gestos. Adley me vio y se acercó para abrazarme también, fijándose en el libro que tenía.

—¿*Hamlet*? Tiene un trágico final.

—Es un libro tan dramático como yo.

—Me gusta tu actitud.

En unos segundos ya estaban enfrascados en la conversación. Yo me quedé leyendo el libro y escuchando ciertas partes hasta que llegó la historia que me interesaba. Sí, era demasiado curiosa, lo admitía. Mi padre estaba tomando un café callado, dejando que mamá y Adley se entendieran con la mirada y lo arreglaran todo así. Él parecía más feliz al ver el cambio de actitud de mamá, que tenía una radiante sonrisa permanente en su rostro.

Hablaron sobre cómo nos había ido todo, pues Adley les había preguntado primero a ellos y mis padres resumieron toda su historia hasta ese momento. Me miraban de reojo cuando hablaban de mí y yo sonreía. No quería meterme en la conversación, pero a veces no podía evitar sacarles la lengua.

—¿Qué fue de vuestro hijo, Adley? Gael y Gabriel no tienen la edad suficiente para... Ya me entiendes, coincidir con las fechas. Tendrían que tener unos años más.

—Lo perdimos. Después de eso, la relación fue de mal en peor y decidimos dejarlo. Cuando ocurrió, tú ya estabas con Kyle, te vi un día en el restaurante, feliz. Ahí supe que el chico que tenías delante era el que te daba esa alegría y no quise intervenir. Años después, viajé a California y... La cosa se desmoronó un poco. Olvidé que Evie era de allí y volví a verla, muy cambiada y con las ideas claras, como yo. Ya no éramos los niños que éramos. Fui a una fiesta de trabajo en Nueva York, tuve un lío que se pasó demasiado y tuve a Gabriel. La madre no quiso saber nada de él y lo cuidé solo. Volví a California, donde tenía mi pequeño piso. Evie intentó quedar conmigo muchos días y yo siempre le decía que no porque tenía al rechazo por el niño. Un día me encontró dando un paseo con él. Lo supo todo solo con vernos.

—¿No le dijiste nada?

—No hasta que me lo pidió. Me desmoroné y ella lo entendió. Nos acogió en su casa, nos casamos y nos mudamos a Nueva York, donde tuvimos a Gael. Fue una aventura bastante... Extraña, pero ahora todo se ha estabilizado. Seguimos viviendo allí, venimos de vacaciones, aunque este lugar lo escogió Gael, hacía mucho que no veníamos. Nos hemos mudado aquí, queríamos un sitio de costa y acabamos comprando una casa y vendiendo la otra.

Escondí una risa con una tos y todos me miraron, creyendo que tosía de verdad. Levanté la mano para no preocuparlos y seguí con mi supuesta lectura. No me estaba enterando de nada de lo que leía por estar atenta a la conversación, pero estaba valiendo mucho la pena.

—Me alegro mucho que te fuera bien. Es bonito saber que alguien a quien quise tanto ahora le vaya así de bien.

—Lo mismo digo, Roxanne, estoy muy orgulloso por todo lo que has formado y siento haberte dejado así ese día. No sé en qué estaba pensando dejándote de esa forma. Fue... Estúpido.

—Éramos niños. No pasa nada. Ahora llama a Evie, tenemos que hablar del caso, ¿no?

## 26. MALENTENDIDO

*Ahí comprendí, y no solo yo,  
lo que me importabas.  
Mi mirada se descifraba con facilidad  
y mi sonrisa... Bueno,  
me convertía en un libro abierto.*

La conversación de mis padres con Adley terminó con otro abrazo aún más largo que al reencontrarse decentemente hacía ya casi una hora. Eran las doce de la noche, pero a nadie le importó eso. Álex bajó sin saber que Adley estaba visitándonos. Saludó con una sonrisa y se sentó a mi lado. Ya me quedaban unas pocas páginas para terminar y le dije que no me hablara con el dedo, moviéndolo de un lado al otro para indicar que aún no. Tardé dos minutos en terminar el libro y le miré con una sonrisa. El libro había acabado tal y como lo imaginaba.

Él no parecía muy feliz y aún tenía algo que se llamaba arrepentimiento en su mirada. Papá me había dicho que la cena había sido bastante tensa. No me gustaba que pasara eso, pero debía entender que Daniel necesitaba un poco de tiempo para superarlo del todo. Ni siquiera yo me atrevía a hablar del tema con él, se enfadaría o no me hablaría y no quería eso. Sonreí ante Álex para intentar que se le pasara esa cara larga, pero no tenía los mismos poderes que mamá.

—Ya me he mudado a tu habitación. Hay una sola cama, ¿quieres que lleve un colchón o algo?

—¿Clary se va a poner celosa si duermes con tu prima?

—Claro que no, creía que te molestaría o algo.

—No estoy enfadada, Álex. Eres mi primo y te quiero a pesar de lo tonto que seas a veces, igual que a Clary. Quizá deberías preocuparte más por tu querido primo Daniel, pero dale tiempo. Yo hablaré con él un día de estos. Solo espero que hayáis aprendido algo de esto.

—Sí, la verdad es que sí.

—Eso es lo que importa. Ponte el pijama, yo iré en un momento. Piensa cómo me contarás la historia. No quiero mentiras, voy a vigilar tus gestos y sabes bien que me los conozco de memoria.

Asintió sin mucho ánimo. Posé una mano encima de la suya antes de irse y le transmití mi sonrisa. Algo sí que funcionó, pues intentó esconder la suya sin mucho éxito. Subió las escaleras despacio y suspiré. Papá me estaba mirando justo en ese momento. De casualidad a mí también se me ocurrió ver cómo iba la charla y coincidimos. Me hizo un gesto con la cabeza para que subiera con mi primo y yo asentí en respuesta. Dejé el libro en la mesa y le seguí, después de mandar un beso en el aire a todos. Evie llegaría en unos minutos y eso ya

sería una conversación que debían tener ellos solos. Yo estaba servida de información.

Aunque no lo suficiente.

Subí con rapidez y alcancé a mi querido primo. Dejé la puerta un poco abierta de la habitación, por si acaso nos llamaban en alguna ocasión. No había necesidad de que subieran la voz y despertaran al hombre pequeño de la casa, Daniel, que bastante mal humor tenía ya como para aumentarlo. No, gracias. Las bestias podían quedarse dormidas en su cueva.

Nos pusimos cada uno el pijama y se echó en un lado de la cama. Me senté en el otro mientras me quitaba los calcetines y los tiraba en un sitio visible para recogerlos al día siguiente. Oí que suspiraba. Me tumbé a su lado, sujetándome con el brazo apoyado en la cama. Sabía que en unos minutos se me iba a quedar dormida esa parte del cuerpo, pero correría el riesgo.

—No sé por dónde empezar.

—¿Por qué no por el hecho de que mi hermano y Clary se liaron? ¿Cuándo fue eso?

—Eso no es algo que deba contarte yo.

—Luego hablaré con ella y haré como que no lo sé. Cuéntamelo.

—En Grecia. Volvieron antes que vosotros al hotel y ahí... Ocurrió. Supongo que fue la primera vez de Daniel, por lo que... Entiendo que se haya enamorado o lo que sea que tenga en la cabeza con ella.

—Dios mío... Por eso nos mandaron un mensaje horas después. Deberían estar dormidos como un tronco y no pendiente de nosotras.

Todas las piezas se unieron en mi cabeza. Ni siquiera recordaba dónde estaban dormidos los dos. ¿Estaban en la misma cama al despertar y no me había dado cuenta de ello hasta ese momento? No me lo creía. Era despistada, pero me fijaba mucho en esos detalles. Me di un golpe mental y sacudí la cabeza para que siguiera.

—Claro, como vosotras os arregláis solas en la fiesta... —Rodó los ojos y le di un golpe en el brazo. Se giró en mi dirección—. Ese día conociste a Gael, ¿verdad? —Asentí, dejando que cambiara de tema, pero por poco tiempo—. ¿Cómo lo llevas con él? Cuéntamelo primero. Quiero olvidarme un poco y despejar la mente.

Bajé la mirada y apreté los labios en señal de que ya había pasado algo que no le había contado y que era algo importante. Él conocía el gesto, por lo que levantó la ceja y sonrió de oreja a oreja. Era tan curioso como yo, supuse que eso venía de nuestra unión de sangre imaginaria.

—¿Qué ha pasado?

—¿Te acuerdas del chico con el que estuve dos veces? El de la barca de aquel día y eso. —Frunció el ceño, queriendo saber más—. Se llama Gabriel, no Hugo, en realidad y es su hermano mayor.

—¿¡Qué dices!?

Le tapé la boca al instante, poniendo la cabeza en la almohada pues tuve que utilizar el brazo que me sujetaba. Abrí los ojos de par en par y miré a mi alrededor por costumbre, pero no había nadie al que le interesara nuestra conversación.

—Calla, por Dios. Él no lo sabe y Gabriel no va a decirle nada. Es un secreto entre nosotros. No quiero que se entere por nada del mundo. Nos ha costado entendernos en ese tema y no quiero destrozarle más. Eso ya sería una puñalada que no quiero dar. Prometo que lo hice sin querer, son muy distintos. ¿Cómo iba a saber que eran hermanos? Es una locura.

—Te has metido en un buen lío, enana. ¿No eres tú la que dice que todos los secretos

acaban viendo a luz? Deberías escucharte.

—Él va a volver a Nueva York cuando termine el verano. ¿Quién sabe lo que ocurrirá después? Quizás no nos volvamos a ver o solo nos veamos en estas fechas todos los años. No tengo ni idea. Lo único que quiero ahora es que no se entere, al menos este mes. Más adelante se lo contaré y será una anécdota más que hará su gracia y nada más.

—¿Y no crees que se sentirá engañado?

—Pero no dolerá tanto como lo haría ahora.

—¿Estás segura? Imagínate que se entera por algún modo. No puedes controlar eso. Lo matarías del disgusto y se enfadaría con los dos. ¿Quieres acaso meterte en esa relación de hermanos? Yo se lo diría. He aprendido de una buena maestra y yo que tú haría caso a su consejo.

—Te odio. Me lo pensaré.

Sabía que esa maestra de la que hablaba era yo. Justo esa tarde habíamos tenido esa misma discusión por no hablarlo y contar las cosas cuando debería. Miré al techo, no podía decírselo. Algo dentro de mí me impedía hacerle más daño. Demasiado le había hecho al enterarse de mi lío con alguien más, si le decía que fue Gabriel...

No, no podía. Se lo diría en algún otro momento. Quizá se lo pudiera contar justo antes de irse a Nueva York para que se enfadara conmigo en la despedida y no doliera tanto para él. Para mí no debería doler... O al menos eso pensaba. La verdad era que ese niño se había metido en mi cabeza como ninguno y no me gustaba esa sensación. Bueno, sí. Era una sensación que odiaba y, a la vez, no.

Esas cosas eran las que evitaba cuando decía que no volvería a enamorarme tanto de alguien. Nunca volvería a querer con tanto ahínco, tanto que me rompiera el corazón en pedazos al separarme. Y lo mío con Gael iba a ser eso, debía comenzar a superarlo. Él se iría, no volveríamos a vernos en mucho tiempo. O nunca más, si le contaba eso y decidía no seguir viniendo, lo cual entendería y respetaría. No sabía muy bien qué hacer.

—Tú mantén la boca cerrada. La razón por la que se enteró de que estuve con otro fue tuya. Cuando se lo contaste a Clary en el restaurante. Él estaba ahí, zopenco.

—No era mi intención, perdona.

Asentí, lo sabía. Solo necesitaba que tuviera un poco más de cuidado. No podía volver a ocurrir y mucho menos con el tema ya zanjado. En ese momento era yo la que necesitaba despejar la mente de esa conversación. Me giré hacia él, quedando cara a cara y sonreí. Él rodó los ojos, sabiendo lo que estaba por llegar.

Le tocaba contar su historia.

—¿Qué ocurrió después de Grecia?

—Clary no quiso nada más y Daniel se lo pidió varias veces. Desconozco muchas cosas sobre eso. Me lo contó él en su habitación, cuando yo comenzaba a estar con ella y no sabes lo mal que me sentía. No sé ni cómo pasó exactamente, supongo que todo empezó en la primera fiesta cuando la acompañé a casa y terminó en esta última, donde nos pilló.

—¿Lo habéis dejado?

—Solo apartado. No queremos hacer más daño. Te hemos hecho caso y queremos vernos en un sitio alejado, donde Daniel no lo sepa. ¿Crees que se le pasará?

—No pronto, pero sí, lo hará tarde o temprano. Se enamorará de otra chica y ya sabes, el mismo cuento de siempre. ¿Ya es oficial? Es decir, ¿sois novios?

—Se lo iba a pedir en la fiesta, pero vi cómo Daniel nos miraba y ahí me di cuenta de que



se había enterado. Ni siquiera sabía que había ido. No... No me fijé en nada. Solo estaba preocupado por pedírselo y no hacer el ridículo en el intento. Ya da igual, hice mal al ocultarlo. Ni siquiera sé si mis padres o Noemí lo aceptarían. ¿Crees que Lilly me matará? No quiero que descargue su ira contra mí, ya sabes cómo es de intensa con estas cosas.

—No te preocupes por eso, tonto. —Le acaricié la mejilla y sonreí—. Ellos van a apoyar lo vuestro si os queréis de verdad. No somos familia de sangre, lo somos de corazón, y eso significa que vamos a estar ahí en cualquier momento que lo necesitéis. Yo os apoyo y mis padres también. Seguro que Lilly os hará un interrogatorio para saber todos los detalles.

—Gracias.

—Estoy aquí, Álex, siempre lo voy a estar.

Le di un abrazo que fue algo difícil por estar los dos tumbados, pero gracioso y suficiente para aquel momento. A pesar de todas las bromas que nos hacíamos y los insultos de mentira que nos dedicábamos, era mi familia y la familia estaba ahí en todo momento. Yo sin duda iba a cumplir siempre mi palabra. Podía ser la pequeña de la familia, después de Daniel, pero me sentía lo bastante mayor como para cuidar de todos mis cercanos.

Alguien tocó la puerta con los nudillos y nos separamos del susto. Cuando vi a Gael en el umbral, abrí los ojos como platos y me senté de golpe. Miró a Álex en mi cama y descubrí que él no sabía nada sobre mi primo. Que no lo era en realidad, pero yo ya me entendía. Otra cosa es que me comprendiera Gael.

Hasta que caí en que no sabía cuánto tiempo llevaba ahí. ¿Y si nos había escuchado hablar sobre su hermano y...? Dios, sentía que temblaba por los nervios. Me separé de Álex hasta llegar a la esquina de la cama y sentarme en el borde.

—Puedo explicarlo.

—Adelante. ¿No es el chico que estaba con Clary en el restaurante? Y el del otro día... Aún tengo su camiseta.

—Sí... Es él. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—¿Importa? ¿Habéis hecho algo de lo que no pueda enterarme?

Sonaba a la defensiva. Me levanté y me acerqué a él unos pasos. Lo suficiente para que estuviéramos cerca, pero no tanto como para que quisiera alejarse de mí. Él tenía miedo de que lo hubiera engañado y yo tenía miedo de que se hubiera enterado de la verdad que escondía con su hermano.

—Claro que no, Gael. Él es Álex, mi primo. Bueno, no de sangre, pero lo considero de mi familia. Es el chico con el que está Clary. Solo me estaba contando una discusión que ha tenido con mi hermano. Le ha echado de la habitación y ahora duerme conmigo. No tienes nada de lo que preocuparte, te lo prometo.

Su mirada era severa, pero todo su rostro dejó de tensarse en cuanto una sonrisa apareció. Estaba nerviosa de verdad, esperaba por todos los dioses existentes que no hubiera escuchado nada. No iba a tener fuerzas para disculparme ni para... ¿Suplicar que me perdonara? Hacía mucho tiempo que no hacía eso con algún chico que me importara de verdad. Ya había considerado que no lo diría nunca. Y ahí estaba, pensándolo.

—Qué mona estás cuando te pones nerviosa.

Bajé los hombros que tenía en tensión, como todo el cuerpo, y fruncí el ceño. ¿Me había tomado el pelo o no necesitaba tanta explicación porque se fiaba de mí? No sabía muy bien cómo tomármelo. Estaba confundida, nerviosa... No tenía las palabras adecuadas, pues tenía miedo de fastidiarlo todo en ese momento y la verdad era que no necesitaba más problemas.

—No necesitas ponerte así, querida, creo en ti. Además, Clary ya me había dicho algo sobre él. Solo que no sabía que era tu primo... ¿Pero no de sangre? ¿Cómo se denomina eso? No lo entiendo.

—Bienvenido a la familia más grande de todas, sin ser de sangre —dijo Álex con una sonrisa.

—¿Por qué no avisaste de que estabas ahí? —interrogué sin hacer caso al comentario de mi primo.

—Acabo de llegar. He venido con mi madre por lo de la reunión que tienen ahí abajo y eso. Solo he escuchado un poco la historia de esa discusión o lo que fuera. Tranquila, Tracy, estás muy tensa. ¿Estás bien?

—Creía que ibas a enfadarte por creer cosas que no eran.

—Nunca, eso nunca. Yo siempre hablaré contigo primero, en eso se basa una... Bueno, una relación, pero tú y yo no lo somos... Lo que sea que tengamos. Confío en tu palabra. Si tú lo dices, yo me lo creo, ¿vale?

## 27. BARRERAS

*Me encontraste  
y dejé de sentirme perdida.  
Sentí que algo antiguo se volvía a abrir en mí  
y me sentí libre,  
infinita.*

Me sentía halagada, querida por Gael. Sabía que lo tenía a mi lado, pero nadie me había dicho al poco tiempo de conocerme que confiaba tanto en mí. Su mirada me decía que no mentía y yo cada vez me sentía peor por no contarle algo que debía saber algún día. Siempre creí que podía guardar bien un secreto, que no importaba cuál fuera ni lo que intentara escaparse de mi interior. Me equivocaba. Estaba terriblemente equivocada. Los secretos te comían por dentro hasta que salían ellos mismos a la luz. Y tú no podías hacer nada para detenerlos. Debías dejarlos en libertad o ellos buscarían la forma de hacerlo por sí solos. La mayoría de esas veces te destruían.

Sonreí sin poder evitarlo y desvié la mirada a la ventana para buscar unas palabras que nunca salieron. Además, Álex iba a bromear por mi timidez ante esa situación. No era típico que yo estuviera así, pero ya comenzaba a odiar que me pasara. Asentí en un leve movimiento y dejé que entrara. Se sentó en el suelo delante de nosotros, que estábamos subidos a la cama.

—Es la primera vez que veo a Tracy quedarse sin palabras. ¿Tienes fiebre? —preguntó poniendo una mano en mi frente. Se la quité de inmediato y le fulminé con la mirada—. No me comas, tranquila. Solo era... Un comentario.

—Un comentario que dice mucho más con la mirada que con las palabras —puntualicé. Sabía que iba a decirme que pasaba algo más con Gael para que me comportara de esa manera delante de él.

—Pues haz caso a mis ojos, dicen más que mi boca y sé que lo entiendes todo.

Tenía toda la razón. Decían una cosa sola y claramente: “*Estás enamorándote otra vez*”.

\*\*

Se acabaron los martes de descanso y día libre. No iba a dejar todo el día a Gabriel solo, a pesar de que casi no había gente y podía encargarse uno sin problema. Le dije a las ocho y media de la tarde que se fuera, que ya me encargaba yo de lo poco que quedaba. No puso pegas y se fue, deseándome una buena jornada, o al menos lo que quedaba de ella.

Estaba recogiendo la tienda cuando alguien apareció por la puerta. Tuve que encender las luces, pues las estrellas ya comenzaban a tomar el cielo, pero esa parte de la tienda se me había olvidado iluminarla. Por ello, me sobresalté cuando vi solo una sombra que se convirtió

en Gael cuando se acercó.

—Me asustaste.

—Perdón. ¿Cómo te va?

—Pues acaba de terminarse un día más, supongo que bien. Perdona por no quedar contigo. No me siento bien si dejo a tu hermano solo todo el día. No es muy justo si acaba de empezar, pero... Podemos hacer algo ahora.

—Claro —afirmó, sonriendo de oreja a oreja— y tranquila, no pasa nada. Me alegro que pienses en él y no le sobreexplotes como otros jefes que ha tenido. ¿Qué tal le va a Roger?

—Le dan el alta esta semana, a finales. Está mejorando rápidamente y los médicos le dicen que ha sido casi mágico. La doctora con la que hablé después de Roger me dijo que son notables sus ganas de vivir. Es fuerte y estoy muy orgullosa de él.

—Es increíble lo unidos que estáis.

—Me lo dicen mucho.

Le saqué la lengua para terminar con la conversación y esperó con paciencia los diez minutos que quedaban al último alquiler. Me trajeron los utensilios que pidieron y los coloqué todos en su lugar. Revisé que todo quedaba como lo había encontrado esa misma mañana y cerré con llave.

La verdad era que no tenía más lugares pensados que ese. Me daba algo de pena confesarle que esa era nuestra última “cita” que conformaría el acuerdo que teníamos de enseñarle la ciudad. Había miles de sitios más, pero el repaso de hoy terminaría con todo lo que nos quedaba por ver. Me daba pena acabar con esa pequeña etapa que eran nuestros encuentros causados por un trato. Cuando lo pensé bien, descubrí que no había quedado con él, exceptuando el primer día que llegó y me sorprendió, sin tener que ir a algún lugar.

No entendí por qué, pero la nostalgia me invadió un poquito. Y él lo notó.

—¿Todo bien?

Caminábamos por la arena en dirección a la ciudad. Asentí en respuesta y luego me encogí de hombros, no sabía muy bien qué me pasaba. Estaba a gusto a su lado. Estaba rara, me sentía extraña y no quería admitir nada de nada. No era el momento para estar pensándolo todo el rato o él lo notaría.

—Sí, claro. Solo que no tengo pensado más lugares que este. Así que... Digamos que este es el último. No tenía pensado quedar tantas veces, por lo que creí que íbamos a tardar más, pero la verdad es que queda aún unas semanas de verano.

—Y las disfrutaremos sea visitando lugares o no. Solo me importa estar contigo.

Reí por puro nerviosismo y asentí, feliz por sus palabras, dichas en el momento adecuado para sorprenderme.

El último lugar era una visita por la Vila Vella de Tossa, la “parte vieja” lo solía llamar yo. Era toda la zona que estaba junto a la muralla y al castillo. Todas las calles y las casas que había estaban construidas en piedra. Subimos una enorme cuesta, donde le hice una foto para que lo recordara. Él siempre salía bien. Además, entre las estrellas que ya se veían un poco, el cielo que estaba teñido de tantos colores por el atardecer y la hermosa combinación de luces de la ciudad, la foto quedó espléndida.

Una chica pasó por allí y Gael le pidió hacernos una foto a los dos, lo cual volvió a sorprenderme. Nos pusimos en las posturas más graciosas que podían existir y le dimos las gracias por la paciencia que tuvo que tener. Le envié las fotos a mi madre para que nos imprimiera unas copias, y así pudiéramos tenerlas en papel, y seguimos nuestro camino.

La cuesta estaba llena de vegetación en sus laterales. Las casas eran de las más bonitas, en mi opinión, de toda la ciudad. Había una que tenía un patio con un techo formado de flores violetas. Totalmente hermoso. Lástima que la propietaria no me cayera del todo bien. Digamos que me colaba cuando era pequeña para verlo desde abajo. Acabó cerrando bien las puertas para que nadie más volviera a entrar con su permiso, que me parecía algo normal.

Andábamos por calles que parecían de película, rincones más pequeños, bellísimos, en los que no necesitábamos palabras para describir lo que nos gustaba verlo. Acabamos nuestro recorrido en una heladería que se quedaba abierta hasta tarde, pues siempre había jóvenes como nosotros que íbamos después de cenar a tomar un helado y pasar la noche jugando. Al menos eso hacía yo de pequeña.

Nos sentamos en un banco alejado de la multitud y me senté de lado, mirándole. Él miraba Tossa con una sonrisa animada, feliz, como si solo verla ya le alegrara el día entero. Miré hacia el cielo, él sí estaba hermoso en ese momento con toda la combinación de las gamas de colores. Totalmente impresionante.

—Te toca preguntar. Piénsalo bien, porque es la última —le recordé mientras bajaba la vista del cielo. Tocaba aterrizar en la realidad de vez en cuando.

—¿Qué te hizo odiar las relaciones serias? ¿Por qué no permites a tu corazón volver a querer a alguien? Ya me entiendes. Y no me vale la respuesta corta, quiero la versión extendida, si es que ya soy legítimo para ello, por supuesto.

Suspiré. Esa era la pregunta que más me esperaba y que más miedo me daba responder. No podía echarme atrás y decirle que aún no estaba preparada, porque en realidad se había ganado ya toda mi confianza. Sería injusto no contárselo con toda la paciencia que había tenido, con todo lo que había aguantado, con todo lo que me había... ¿Si me sentía querida por él podía decir que me quería? No estaba segura.

—Se llamaba Joan. Me enamoré estúpidamente y perdidamente de él. Nos convertimos en novios rápidamente y todo surgió con mucha rapidez, pero aún así yo moría cada vez que estaba con él. Lo quería de verdad, como una tonta enamorada. Él solo jugó conmigo. Duramos cuatro meses, hasta el verano, donde me dijo que se iba y que no quería seguir con lo nuestro porque quería... Probar. Quería experimentar con más gente. Quería vivir la vida. Y no la quería pasar conmigo. La verdad es que querer a alguien con toda tu alma y que te diga eso, dolió. La gente me decía que no había sido para tanto, que había sido sincero y que al menos no había estado con otras. Aunque luego me enteré que sí.

—¿Te engañó?

—Lo típico, no pasa nada. Después de lo roto que tenía el corazón, ese fue solo una puñalada más que ni siquiera sentí. Nunca me interesé por si había sido verdad o no, no me importaba. Me encerré en mi habitación una semana y lo único que me animaba era alquilar mi barca y perderme en el mar. Era mi escape. Eso, la música y mi familia fueron lo único que me hizo despertar. Supe que iba a cambiar. No sé si a bien o a mal, pero iba a hacerlo. Me convertí en... Una piedra que no iba a enamorarse más. Siento amor por mis amigos y por mi familia, pero nada más allá. No me dejo.

—Deberías dejar que el corazón ame con libertad. ¿No crees que pueda doler más si dejas que tus sentimientos se arremolinen en tu interior? Los encierras en una prisión y acaban saliendo por sí solos. Eso te destroza, quieras o no.

Eso era lo mismo que había pensado yo hacía poco. No me podía creer que me leyera de esa manera el pensamiento. Hacía mucho que no me pasaba eso con una persona que no era

solo mi amigo. Con Eric me pasaba constantemente, y viceversa, pero eso ya me daba algo de miedo, como si supiera cómo iba a acabar eso.

Y el final no me gustaba demasiado. Ni a mí, ni a mi corazón.

Tragué saliva y bajé la mirada. Me encogí de hombros por milésima vez con él. No me gustaba no tener las palabras adecuadas para todas las situaciones y ya no era la primera vez que me pasaba. Apreté el puño en el que no tenía el helado y sonreí.

—Seguramente, pero ya sabes cómo es mi cabeza. No hay quien la contradiga.

—Déjame dudar. —Rodé los ojos y le saqué la lengua—. Bueno, en definitiva, ese Joan es un idiota que te creó una inseguridad en las relaciones que nadie se ha atrevido a quitar. Comprendo todo lo que sientes, de verdad, quiero ayudarte. No debes sentir eso solo porque alguien te ha hecho daño. Te aseguro que va a pasarte miles de veces y eso está bien. Son cosas por las que hay que pasar.

Negué con la cabeza y él me cogió el rostro entre sus manos, dejándonos cara a cara. Su mirada me decía que lo escuchara sin decir nada, pero tuve que negarme a ellos. No podía quedarme callada. Tenía que expresar lo que sentía.

—No, no quiero volver a sentirlo.

—Quiere como nunca y no te dejes dañar. Puedes querer a alguien muchísimo y aún así tener el ego de decir: “No valía la pena y me merezco a alguien mucho mejor, que me quiera tal y como soy. Si se quiere ir, que se vaya. Él se lo pierde”. Esa es la diferencia.

Sentía que su mirada me lo decía todo. Su decisión me echaba hacia atrás por no querer aceptar las palabras, pero también me impulsó hacia delante. Me transmitió su confianza y me hizo creer en todo de repente. Sonreí y quité sus manos de mi cara con suavidad. Miré hacia otro lado y me puse roja. Necesitaba cambiar de tema.

—Me toca. —No necesité ni pensarlo—. ¿Por qué volviste conmigo?

—No sé si estás preparada para la respuesta.

Fruncí el ceño. ¿Por qué no iba a estar preparada? ¿Es que era un secreto de Estado o qué? Me encogí de hombros y seguí comiendo mi helado en silencio hasta terminarlo, al igual que él. No me importaba que no creyera que estuviera preparada, quería saberlo y la última pregunta tenía, no, debía, ser eso. Roger me dijo que tenía algo que contar, que debía preguntárselo yo y escucharlo bien.

No me di cuenta de que lo acababa de hacer hasta que llegó la respuesta.

Gael asintió y su sonrisa desapareció. Agachó la cabeza solo para sonreír de nuevo, lo cual no entendí. Yo solía hacer ese gesto porque tenía bonitos recuerdos y no podía evitar que las comisuras de mi boca se levantaran solas. Mi cabeza funcionaba a todo ritmo, demasiado rápido, hasta que la respuesta llegó sola a mi cerebro.

No podía ser. No iba a decirlo.

—Me gustaste a primera vista. Sentí curiosidad y aproveché que sabía dónde vivías para ir a verte. No hice aposta lo del DNI, se te cayó al revés y “Tossa de Mar” fue lo primero que leí. Mi idea era solo darte la chaqueta y... Poco más. Esa noche me caíste bien, por lo que intenté dar una oportunidad a las vacaciones y aprovecharlas. Después encontré el trabajo, lo nuestro con los lugares... Creo que hay algo que no puedo evitar, Tracy.

—Sé dónde vas a llegar.

—Estoy enamorado de ti.

Lo dijimos al unísono. Mi corazón dio un vuelco. Me latía con fuerza, queriendo salir del pecho y decirle todo lo que sentía. No iba a hacerlo, después de todo, no era tan valiente para

expresar ciertos sentimientos. Se acababan de despertar todos de golpe y estaban formando una revolución en mi interior muy difícil de solucionar. Al menos para mí. Todos estaban en mi contra e iba a acabar cediendo, pero a mi manera. Aunque no estuviese muy segura de nada.

No sabía describirlo. Nada. No sabía ni lo que sentía. Agaché la cabeza y vi cómo se acercaba a mí. Sus piernas rozaron las mías y puso una mano encima de la mía, pero aún así no iba a conseguir que nuestra mirada se uniera. Eso terminaría con todas mis inseguridades y miedos. Y tenía... Miedo.

—No... No sé qué decir. Estoy confundida.

—¿Qué sientes, Tracy? Dilo. No te lo guardes. Dolerá más.

Miré hacia arriba, al cielo, esquivando sus ojos. Ya estaba oscuro y cubierto de estrellas. Eso me recordaba mucho a él. Con Gael había aprendido a verlas de otra manera, otra más..., íntima. Todas esas luces nos iluminaban desde lo alto del mundo y la Luna mandando entre ellas, como si fuera la madre de todas.

Iba a decirlo todo. Estaba decidida. ¿Qué tenía que perder? ¿Trocitos de mi corazón? Aún dudaba de si me quedaban algunos. Aunque suponía que si seguía latiendo era porque aún faltaban muchos asaltos que superar. Estaba preparado para ellos.

Saqué mi móvil y busqué la canción que lo diría todo por mí. Yo no podía decirlo, pero ella sí. El autor pensó en nosotros cuando lo hizo. Nunca pensé que dedicaría esa canción para una ocasión así. Mientras la buscaba, comencé a comparar todo lo que había cambiado. Antes era una chica inocente, romántica y llena de amor que dar a todo el mundo. En ese momento ya no era inocente, ya no era romántica, o no quería serlo, y seguía llena de amor, pero no lo daba con tanta facilidad como antes.

El tiempo cambia personalidades.

—¿Qué haces?

—La canción te lo dirá por mí.

Le dí al *Play*.

*Porque tú eres un cielo,  
porque eres un cielo lleno de estrellas,  
voy a darte mi corazón.*

*Porque tú eres un cielo,  
porque eres un cielo lleno de estrellas,  
porque iluminas el camino.*

*No me importa,  
sigue adelante y hazme pedazos,  
no me importa si lo haces.*

Solo necesitamos esas estrofas para mirarnos fijamente. Nunca nos habíamos visto con tanta intensidad. Sus ojos eran llamas que se compenetraban con las mías. Yo era fuego y él me avivó aún más. Ni siquiera luché por apartarnos. Estaba harta de hacerlo, de dejarlo todo de lado e ignorarlo. Esa barrera ya había caído, aquella barrera imaginaria que había causado que nunca nos hubiéramos mirado realmente, tal y como éramos y lo que sentíamos.

Si hubiera roto antes esa barrera, nos habríamos enamorado el primer día.

No me moví de mi sitio. Me paralicé, como si fuera la primera vez que sentía toda esa acumulación de emociones, como si fuera la primera vez que lo veía realmente, como si lo mirara interiormente.

Tampoco lo detuve cuando se acercó tan despacio que pareció que el mundo hubiera empezado a ir en cámara lenta. Incluso creo que me incliné un poco cuando estuvo a un centímetro de mis labios. La canción seguía sonando de fondo, hablando de las estrellas y del cielo cubierto de ellas, hablando de nosotros, diciendo lo que yo no me atrevía a admitir.

Sentí que era un beso sincero, no como todos los anteriores en los que me negaba a sentir lo que sentía. Aunque tampoco nos habíamos dado tantos. Supuse que fue porque también me enamoraría de esa forma. Pero ya daba igual. Quería regalarle todos los besos que no le había dado. Y eso hice en ese momento.

Se acabaron las barreras.



## 28. SECRETO A LA LUZ

*Sentía que te perdía,  
que lo poco que te había tenido  
se había desvanecido por completo.  
Me merecía ese daño  
y a ti, no.*

**E**stuve como diez minutos en la cama intentando dormirme de nuevo. Eran las nueve de la mañana y no había completado mis horas de sueño por culpa de una persona con la que me quedé mirando las estrellas hasta las... ¿Tres, cuatro de la mañana? Ni siquiera me acordé de mirar la hora. A pesar de ello, no tenía nada pero nada de sueño. Estaba bien despierta y sabía bien a que se debía.

Malditos recuerdos.

Sonreí, escondiendo mi cara en la almohada, y me di un golpe mental por parecer una niña de doce años enamorada de un chico como en las películas. Me sentía... Rara, pero era un sentimiento tan bonito que me dejé llevar por él. Gael me había mimado toda la noche desde que nos dimos el primer beso. No supe reaccionar, ni tuve palabras en la última hora después de eso. Me quedé callada y con las mejillas rojas. No necesitó nada más para darse cuenta de que yo sentía lo mismo que él y había dejado que mi corazón se guiara a oscuras. Aunque a veces no fuera la mejor opción.

Choqué con un cuerpo cuando me cambié de posición en la cama y fruncí el ceño. Ni siquiera recordaba que mi queridísimo primo seguía durmiendo conmigo. Me moví para tenerlo enfrente y vi que estaba apoyado en su brazo para verme bien con una sonrisa que pedía a gritos que se lo contara todo.

Como decía, la barrera había desaparecido, en todos los sentidos posibles de la frase.

—Esa sonrisa tonta. ¿Qué ocurrió ayer con el querido Gael?

—De todo.

—Quiero detalles.

—Le conté lo de Joan, me contó que estaba enamorado de Clary...

Abrió los ojos de par en par y se sentó en la cama, aún mirándome. Me eché a reír a carcajadas y él me dio un golpe en el brazo mientras no dejaba de moverme por el ataque de risa. Era muy expresivo y a veces no pensaba lo que se le decía, por lo que era de cambio de expresión rápido. Si lo hubiera pensado antes, habría supuesto que, si hubiera sido así de verdad, yo no tendría esa sonrisa.

—¡Idiota!

—Perdón, estoy de buen humor. —Se volvió a tumbar a mi lado—. Nos confesamos, en definitiva. Sentimos lo mismo y... No sé, me impulsó a dejarme llevar, a seguir siendo Tracy

con alguien. No tengo por qué cambiar ni cerrarme por un desamor. No volveré a hacerlo. Quiero... No sé ni lo que quiero. Estoy confusa pero eufórica.

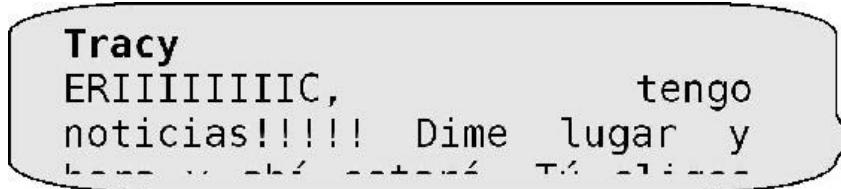
—Todos los síntomas de estar enamorada. ¿Le dices tú o le digo yo que lo mato si hace algo? —Le saqué la lengua—. Me alegro por vosotros. Sois tan monos juntos y no lo habéis visto hasta ahora. Yo predije esto desde que lo vi. Bueno, y todos. Solo que tú no lo sabías.

Tenía algún conocimiento sobre que mi familia ya se había imaginado todo mi futuro con Gael, como era obvio y como pasaba con todos los chicos con los que me veían, pues eran muy románticos, así que no me sorprendió.

Los odiaba a todos, pero los amaba como a nadie.

\*\*

Miraba al suelo a la vez que mandaba un mensaje a mi mejor amigo, el cual llevaba ya unos días raro y en los que no hablaba demasiado. Igualmente, sabía que me lo contaría tarde o temprano, por lo que lo dejé pasar y seguí con el texto que quería enviarle. Si aceptaba, me lo contaría en cuanto quedáramos la próxima vez.



**Tracy**  
ERIIIIIIIC, tengo  
noticias!!!! Dime lugar y  
-----

Ni siquiera le llegaban los mensajes y llevaba desconectado desde hacía ya dos días. Tenía miedo de que le hubiera pasado algo, pero no quise preocuparme. Quizá había pasado algo grave en su entorno y estaba ocupándose de ello. Le daba unos días para que me contestara, no más. Podía pensar que le había pasado algo malo, pero lo había hecho antes, desconectar unos días, y luego me llamaba. No era raro en él, por lo que no me preocupé mucho.

Gabriel entró por la puerta de la tienda una hora después de mí. Me dio un golpecito con la cadera, empujándome y desequilibrándome al coger un producto. Por suerte, no pasó nada ni me caí ridículamente. ¿Otro que estaba de muy buen humor? ¿Qué pasaba aquel día? ¿Era el día de las sonrisas y no me había dado cuenta?

—Buenos días a ti también. ¿Y esa alegría?

Di el cambio que debía a una chica y se fue. Miré de reojo a Gabriel que estaba colocando sus cosas encima de la mesa para que no molestaran y cogió el cuaderno de los encargos para ojearlo. Estaba con una sonrisa mientras se pensaba la respuesta. Lo dejó donde estaba, mientras yo atendía al siguiente cliente, y se apoyó en la pared, mirándome fijamente.

—¿Qué hicisteis ayer vosotros dos?

Casi se me cae el dinero que iba a meter en la caja. ¿Me había pillado solo con una mirada? No podía ser tan expresiva, era imposible. ¿Gael le habría dicho algo? No lo creía, pero era su hermano y tenían cierta confianza para hablar de ello. Aunque no entendía por qué me lo preguntaba a mí, por lo que supuse que no le había contado nada. Por eso recurría a mí

para saberlo. Sonreí al pillarle y al recordar todo lo que había pasado con su hermano.

—Solo... Bueno, nos dijimos ciertas cosas y... Eso. Nada más.

—Pues dime qué truco utilizaste porque nunca he visto a Gael entrando en casa tan tarde, a no ser que haya fiesta, y con una sonrisa tan... No sé cómo describirla, pero estaba como en las nubes, perdido. Estaba en su mundo.

—¿Y tú qué hacías a esas horas despierto? —Me giré hacia el chico mientras metía el producto en una bolsa y se la daba—. Gracias, tenga un buen día.

—Maratón de películas, pero eso no viene al caso. ¿Cómo se lo ha tomado?

—¿El qué exactamente?

—Lo que tuvimos.

Coloqué una mano en la barra de la tienda para sujetarme y fruncí el ceño. Negué con la cabeza, por supuesto. Me había explicado mal, se creía que habíamos hablado de lo que hubo entre nosotros, pero nada de eso. Ya habíamos hablado del tema. No iba a contárselo.

No me gustaba hablar de aquello y mucho menos en ese momento en el que no dejaba de pensar en Gael y en lo mal que me sentía por no decírselo. Seguramente, a ese paso en el que mi corazón se dejaba llevar, se lo contaría antes de lo que quería, pero sentía la necesidad de soltarlo y arreglarlo, aunque no tenía excusa alguna.

—Ya te dije que no iba a decirle nada, al menos por ahora.

—Creía que teniendo esa confianza que teníais para decir lo enamorados que estáis y que queréis tener una vida juntos para siempre, también la había para esa pequeñez. No tiene tanta importancia. No llegó a nada. Ni que hubiéramos...

—Calla, calla. Solo fue un lío, lo sé, pero tengo algo en el pecho que me dice que él no va a tomárselo así. A mí tampoco me haría gracia que un chico con el que quiero tener algo haya estado con mi hermano. ¿Sabes lo raro que se me haría? —Me recorrió un escalofrío—. No quiero ni imaginarlo.

—Si os queréis realmente, ese no va a ser un obstáculo.

—Pero sí un bache que va a doler. Y no sé a cuál de los dos hiere más, porque a mí ya me duele ahora.

—No sabía que te arrepintieras tanto.

—No me pasaría con tanta intensidad si no fueras su hermano. ¿Cómo iba a saberlo? ¡Sois tan distintos! Y no digo que os culpe, porque obviamente hay hermanos que no se parecen en nada, pero me da rabia no haberme dado cuenta.

—No podías saberlo. —Se acercó para darme un abrazo y lo acepté con ilusión. Lo necesitaba, la verdad—. No te digo que no le vaya a doler, pero lo superaréis. Yo veo lo que os decís con la mirada. Os queréis, por eso no pasará nada muy grave. Solo... Cuéntaselo y dale un poco de tiempo, necesitará pensarlo. Los baches se acaban saltando. Yo te ayudaré a que no te atasques.

\*\*

El jueves por la mañana el comedor se convirtió en un lugar pequeño para todos. Los padres de Gael habían venido para hablar del caso de Tyler. Habían vuelto a abrir su expediente policial o lo que fueran esos papeles y hablaron sobre todo lo que ocurrió con mi madre en el pasado. No lo habían localizado ni nada por el estilo, pero estaban investigando y trabajando con la policía de Tossa. Ellos eran de un rango un poco más alto, por lo que entraron sin

problemas. No sabía muy bien cómo iba eso de los puestos de la policía.

Gael y Gabriel también estaban ahí. Mi compañero de trabajo no tenía buena cara y me señalaba a Gael con la mirada varias veces. No sabía a qué se refería, pero poco a poco comencé a entenderlo. Estaba callado, en su mundo, serio. No me había hablado mucho, solo lo suficiente para que sus padres no sospecharan que estaba enfadado, o triste, o lo que fuera. No entendía nada.

Miré a Gabriel y me encogí de hombros, como él. Tampoco lo sabía. Pues estábamos en un lío. Le di un codazo a Gael y él me miró de reojo. Álex me miró frunciendo el ceño, pero mi mirada le dirigió toda mi preocupación. Daniel estaba callado viendo la televisión, aún estaba un poco resentido por todo.

—¿Pasa algo? —susurré a Gael.

—¿Tengo razones para que me pase algo?

—No lo sé. Dímelo tú.

Se encogió de hombros y volvió a atender a la conversación de nuestros padres. No podía haber pasado tan rápido de una alegría desmesurada el día anterior a una indiferencia que me dolía. Algo había pasado. Le envié una mirada acusatoria a Gabriel. Él me entendió a la primera y negó con la cabeza ligeramente. No le había contado nada. Entonces, ¿qué le ocurría?

No podía aguantar mucho en esa situación. Me ponía nerviosa no saber las cosas y menos las que repercutían en mí directamente. Además, no se podía haber roto lo que fuera que tuviéramos Gael y yo en trocitos en menos de cuarenta y ocho horas. Éramos dos adolescentes más que felices mirando las estrellas. ¿Dónde se había quedado esa luz? Sentía que el brillo de sus ojos había desaparecido. Debía haber sido algo grave. No podía dejar las cosas así, me negaba rotundamente.

—Dadnos un minuto —pedí a todos mientras cogía la mano de Gael—, tengo que darle una cosa. Ahora mismo bajamos.

Nadie lo discutió y nos dejaron ir con una sonrisa, pues no sabían lo que ocurría en realidad. Le tiré escaleras arriba y le empujé dentro de mi habitación, donde dejé la puerta entreabierta. No podía soportar mucho más con esa tensión que nos rodeaba. Le miré con ojos llenos de preocupación, pero la suya me rompió con solo verlo. Estaba dispuesto a hacerme daño y lo hacía a propósito.

Di un paso hacia atrás con una sola pierna, por lo que no se notó tanto mi desequilibrio. Igualmente, él ni siquiera quiso darse cuenta. Me miraba fijamente, buscando algún indicio de... ¿De qué?

No. No podía ser.

—¿Ahora me puedes decir lo que te pasa?

—Me sé la historia, Tracy.

—¿Qué historia?

—Deja de fingir que no tienes idea de nada. La historia que tuviste con mi hermano.

## 29. ESTRATEGIA

*La paciencia era grande, pero no infinita.*

*La mía se terminó  
y quise acabar contigo.*

*No importaba cómo.  
No importaba con quién.*

Me quedé pálida. No tuve palabras para negarlo ni para afirmarlo. Su mirada me hería tanto como creía que iba a hacer cuando se lo contara, solo que había pasado antes y no me lo esperaba, por lo que dolió más. No sabía ni dónde colocar mis manos, me puse nerviosa al instante y él rodó los ojos, como si no le importara lo que yo sintiera ni cómo estuviera en ese momento.

La mirada de Gael era dura. Me juzgaba como nunca y fue la primera vez que no luché para que eso cambiara. Tenía razones suficientes para estar enfadado y, además, por partida doble: por descubrirlo y por no habérselo contado yo. El arrepentimiento llegó rápidamente: debí habérselo dicho antes, cuando tuve la oportunidad. Aunque en ese instante no me saliera ninguna opción de decírselo. Me había quedado en blanco. Odiaba esa maldita sensación.

—Os oí ayer en la tienda. Iba a ir a verte y me encontré con eso. No escuché mucho, solo lo suficiente. ¿Cuándo esperabas contármelo, eh?

—No pude...

—Por eso el día que os conocisteis “oficialmente” os quedasteis con esa cara. Sí, os conocíais, pero mucho más que veros en una fiesta. No sé cómo no lo vi antes. Confiaba en ti, Tracy, pero ya veo que para ti no significaba nada.

—No digas eso, claro que me importa y mucho.

—Pues no lo parece.

La puerta se abrió más de lo que estaba, mostrando un Gabriel que no estaba muy cómodo metiéndose en esa situación. No mejoraba nada las cosas que apareciera justo en ese momento. Gael le miró igual que a mí, doliéndome el doble por también haber estropeado su relación. Me odiaba. Era horrible. Debía haber hecho algo para que no sucediera, para que no se hubiera enterado así. Ni siquiera me molestaba que nos hubiera escuchado, lo importante era que lo sabía.

Gabriel se quedó en el umbral, veía en sus ojos que no se atrevía a dar muchos pasos más hacia nosotros, hacia la discusión, hacia la tensión que había en el aire, la cual solo se había intensificado con él ahí.

—Ya nos vamos.

Gael pasó de largo delante de mí y ni siquiera nos miró ni se dio la vuelta para hacerlo. Bajó las escaleras con seriedad y desapareció de mi campo de vista. Bajé la mirada y me

crucé de brazos para detener los movimientos nerviosos de mis manos. Dejé que mi pelo me tapara la cara y reprimí las ganas de llorar. No iban a salirse con la suya. Hacía mucho que no salían por amor.

Y no me gustaba admitirlo.

Gabriel no se fue, cosa que me sorprendió. Se acercó unos segundos después algo incómodo. Sentí su mano en mi brazo y levanté la cabeza para sonreírle y negar con ella. No quería preocuparle más de lo que estaba por su hermano. No quería ser una carga para nadie ni que se sintiera culpable por nada.

—No sabía que...

—Tranquilo, no pasa nada. No podíamos saberlo. Tenía que enterarse tarde o temprano. He sido yo la culpable de no contárselo antes. Tengo que... Aguantar las consecuencias. Lo arreglaremos. Perdón por haberte metido.

—Tranquila. Recuerda lo que te dije. Dale un tiempo para que lo piense, luego yo mismo te ayudaré y le haremos entrar en razón. Esto no va a quedar así.

Me dio un abrazo que volví a agradecer y se lo devolví con todas las ganas que tenía. Estuve apunto de echarme a llorar, pero encerré las lágrimas en los ojos para que no salieran en ese momento. Me susurró que él iría antes a la tienda para darme un tiempo para mí y mis pensamientos. No sabía cómo no había descubierto antes lo bien que me caería Gabriel como amigo, aunque descubrirlo me había animado más. A veces necesitaba algo que me sorprendiera. Algo bueno. No necesitaba más sorpresas de las malas. Estaba servida.

Me dejó sola en la habitación, dejando la puerta casi cerrada. Apreté los puños y di un golpe con uno de ellos en el escritorio. Tiré todos los trastos que tenía encima de él con la otra mano, directos al suelo, creando un estruendo por un segundo, hasta que todas las cosas se quedaron quietas. El suelo se llenó de trastos. Me fijé en unos papeles que habían caído y los di la vuelta. Eran las fotos impresas de nosotros el otro día. Las pisé con todas mis fuerzas, arrugándolas. Hiperventilaba, pero intenté calmarme midiendo mi respiración. Debía tranquilizarme antes de hacerme alguna herida que no deseaba, como la que supuse que se crearía en mi nudillo.

Sentí unos brazos que me separaron del escritorio y me dieron la vuelta con brusquedad. Daniel me examinó las manos y vio lo rojo de uno de ellos, no era sangre, pero acabaría, como mínimo, en moratón. Me miró a los ojos con un rostro serio, sin una pizca de gracia en él. La mía tampoco la tenía. Totalmente al contrario, mi tristeza comenzaba a transformarse en enfado, como siempre. Odiaba esa sensación, pero tenía que dejarla ir para que desapareciera.

—¿¡Estás loca!?

—Ni que fuera la primera vez.

—Pero esperaba que esa fuera la última.

—Eso no puede controlarlo nadie. Siento defraudarte.

Solté mis manos de su agarre y salí de mi habitación hacia el baño, donde me encerré. Me detuve frente al espejo y me miré. Mi pelo era una revolución, al igual que mi interior. Respiré profundamente mientras lo peinaba con las manos y choqué los puños contra el lavabo, no con tanta fuerza como la que utilicé contra el escritorio. Ví un pequeño brillo en mis ojos que se convirtió en una gota de agua bajando por mi mejilla. Una sola. No salieron más. Reprimí un grito. Tantos problemas, preocupaciones y responsabilidades se arremolinaban en mi cabeza que necesitaba solucionarlo ya o me volvería loca.

Primer problema que había aparecido de la nada y había causado muchas de las responsabilidades que tenía en ese momento: el ataque de Tyler contra mí para vengarse de mi madre. No me pareció justo, pero la vida era así y debía encontrar una solución de una maldita vez. El móvil vibró en el bolsillo de mi pantalón, eso era un mensaje. Esperaba con todas mis fuerzas que no fuera de Gael, pues cualquier cosa suya en esos momentos sería hiriente por su mal humor actual. No aguantaría más discusiones.

Me sorprendí cuando vi de quién era. Justo lo que necesitaba.

**Eric**

Perdón por no contestar antes,  
preciosa. Mañana te invito a

Sonreí de oreja a oreja y le contesté positivamente, nunca me negaba a quedar con él, fuera donde fuera. Tendría que madrugar un poco más, pero eso no me importaba nada de nada después de todo lo ocurrido. Eric estaba bien, para mi alivio, pues con todos esos problemas había dejado aparcado a Tyler y podría estar actuando a mis espaldas sin yo darme siquiera cuenta. Odiaba que los detalles se me escaparan y encima algo tan importante como ese señor que nos acosaba desde demasiado cerca para mi gusto.

Guardé el móvil y volví a ver mi reflejo más sereno que segundos atrás. Abrí los ojos de par en par. Un plan iluminó mi mente. Tenía un plan que iba a funcionar si se hacía bien, como todos en realidad.

Abrí la puerta, viendo que Daniel estaba al otro lado. Pasé de largo y corrí escaleras abajo, saltándolas de tres en tres o incluso más al llegar a las últimas. Mis padres se asustaron de mi llegada repentina al salón y recuperé la respiración que había perdido en todo ese pequeño camino. Álex salió disparado de la cocina al oír el golpe que causé al dar el salto. Lo ignoré. Miré a mis padres.

—Déjame mandar un mensaje a Tyler. Quedaré con él un día y en el lugar que él quiera. Ponedme un... Chip de esos pequeños que no se ven nada. Tenemos que atraparlo ya. Nos vamos a volver locos si no hacemos algo pronto. Estoy harta de ir preocupada por lo que puede pasarme de aquí al trabajo o a cualquier lugar.

Mis padres se miraron entre ellos con una pequeña sonrisa, pero me miraron, negando con la cabeza. Rodé los ojos, mis planes siempre eran un disparate que ni de broma podían llevarse a cabo. Teniendo un chip estaría vigilada todo el rato, no había peligro alguno, pues Tyler no me quería realmente a mí. Quería a mi madre.

—Ese fue exactamente nuestro plan para atraparlo cuando éramos jóvenes —dijo mi madre—. No sé cómo hicimos esa locura, sinceramente. Supongo que nos sentimos invencibles, pero no, ni de broma te pondremos en esa posición.

—No sabemos lo que quiere Tyler. ¿Y si quiere desaparecer contigo para hacernos daño? No, ni locos vamos a dejarte hacer eso. Es demasiado arriesgado.

—Pero, a ver... —repliqué.

—Nada, Tracy, no te vas a meter en ese embrollo. No lo conoces, no sabes lo peligroso que puede ser. No discutas tal tontería —mandó mi padre. Me quedé callada, pues no tuve

más remedio. No quería otra discusión.

—¿Seguís teniendo el número de Tyler? —preguntó Álex. Mi madre asintió—. ¿Y a qué esperáis? Dádselo a Adley y a Evie, pueden registrarlo y encontrarlo de alguna manera. Todos los móviles están controlados por alguna empresa en la que seguro que pueden entrar.

—No sé si lo cambió cuando se fugó hace años, pero podemos intentarlo. No se me había ocurrido.

Mi madre cogió su móvil de encima de la mesa y mi padre llamó a los padres de Gael con el suyo. Daniel subió de vuelta a su habitación y Gabriel se metió en la cocina. Subí los brazos un segundo al cielo, intentando calmar mi poca paciencia, y subí los primeros escalones detrás de mi hermano. Estaba harta de que me negaran ese tipo de cosas, sabía que era una locura, pero ¿tenían una idea mejor? Porque no estaban haciendo nada para mejorar la situación. No veía cambios, no veía actualizaciones en el caso... No veía resultados.

Me detuve al instante. Una locura. Eso estaba pensando. Adley respondió al segundo de llamarlo y, mientras mi madre le contaba el plan, yo me quedé apoyada en la pared. ¿Me atrevía? Me atrevía. Debía hacerlo. Apunté el número de Tyler en mi móvil cuando mi madre se lo dictó a Evie y Adley y subí con sigilo las escaleras.

Si no me apoyaban en el plan, lo haría yo sola.

Cerré la puerta con suavidad. No podía creerme que fuera a hacer eso, pero ¿qué alternativa tenía? ¿Esperar a que Tyler apareciera o hiciera algún daño más a mis amigos? No podría soportarlo. El siguiente sería, si mis cálculos no iban mal, Gabriel. Nunca había visto el rostro de Tyler en persona y sabía que no lo reconocería, por lo que supuse que había pasado alguna vez por la tienda. Por eso fue a por Roger, vio nuestra conexión. Todo el mundo la veía. Gabriel estaba en peligro si no hacía algo ya.

Era verdad que Tyler era peligroso y no lo dudaba en ningún momento, pero yo era lo suficientemente valiente para plantarle cara. No me importaba salir herida si con eso lo detenía de una vez por todas. La familia iba primero. Y mis amigos formaban parte de ella.



## 30. CARA A CARA

*El miedo se apodera de la gente  
cuando sabe que no va a poder con la situación.  
No podía con ello,  
pero mi seguridad pudo  
y eso fue suficiente.*

**E**stuve todo el día pensando en mandar un mensaje a Tyler, en llamarle y decirle algo, pero ¿el qué exactamente? ¿Cómo podía hablar como si nada con el hombre que había apuñalado a Roger? Tendría que fingir demasiado una felicidad que no existía para quedar con él y solucionarlo de alguna manera. Debía hacerlo. Era la última forma que se me ocurría y la que tenía que funcionar sí o sí.

Pero no tuve la valentía de hacerlo hasta el día siguiente. Me levanté más temprano que de costumbre, dando un beso en la mejilla a Álex de despedida, y salí con todo lo que necesitaba para un nuevo día. Cerré la puerta de entrada con sigilo para no despertar a nadie y sonreí de oreja a oreja cuando vi a Eric apoyado en la pared. Lo abracé con demasiada alegría, tanta que casi le tiré al suelo.

Él también sonreía, pero vi al instante que algo había pasado, no era una sonrisa tan real como para que me la creyera. Me preocupé al instante, él no se ponía así por cualquier cosa. Fruncí el ceño y le acaricié la mejilla.

—¿Ocurre algo?

—Todo bien, solo he estado trabajando demasiado. Estoy cansado.

—Podíamos haber quedado a otra hora u otro día. Ya sabes que no me importa mientras acabemos viéndonos.

Negó la cabeza y se encogió de hombros simultáneamente. La verdad era que sí tenía unas pequeñas marcas oscuras debajo de los ojos que afirmaban lo que había dicho. Asentí para no meterme más en el tema, a pesar de que lo conocía y sabía bien que había pasado algo más, y anduvimos juntos hasta el restaurante más cercano, donde pedimos un café y un bollo como desayuno. Era nuestro lugar favorito para quedar, pues estaba a la misma distancia de su casa que de la mía, aproximadamente.

Llenamos el silencio con alguna novedad de las nuevas parejas de nuestro antiguo instituto que nunca imaginamos y otras cosas que nos hicieron reír. Cuando nos trajeron lo que pedimos, su mirada me preguntó por lo que me había pasado. Bajé la mirada unos segundos y di vueltas al café para pensar en lo que iba a decirle.

—No te conté una cosa. ¿Te acuerdas del chico de la fiesta con el que estuve dos veces?

—Él asintió. Un *déjà vu* se iluminó en mi cabeza, recordando la noche que se lo conté a Álex

—. Se llama Gabriel y el otro día descubrí que era el hermano de Gael. Trabaja conmigo en

la tienda.

—No me digas más. Se ha enterado, ¿verdad? —Asentí. Me encantaba no tener que decirlo yo, él descifraba mi mirada con facilidad. Alargó un brazo para acariciar mi mano y las entrelazamos—. ¿Qué ha pasado? Pareces demasiado afectada para ser Tracy.

Y se lo conté todo: la noche que pasé con él en la que nos confesamos todo lo que nos queríamos y el miedo que tenía yo por el daño que me iba a producir, y que ya me había hecho por mi culpa. No lloré, a pesar de todas las ganas que tenía. Me escuchó hasta el final y su expresión comenzó a convertirse en más real, supuse que mis problemas habían hecho que se olvidara de los suyos por un momento.

—Tracy, te conozco. Él debería saber que, si te has declarado, aunque sea con una canción y después de él, es porque lo quieres de verdad. Nunca he visto que hicieras algo así con alguien. Sé que él lo sabe y si no, se lo recuerdas con tu mirada seria que da miedo hasta que le entre en la cabeza.

—Quiero darle un poco de tiempo. Luego quedaré con él para hablar, no podemos estropear esto a... A un poco más de dos semanas de que se vaya.

—¿Ya te ha dicho que se va?

—No sé el día exacto, pero me dijo que se tenía que ir cuando termine el verano. El tiempo se nos acaba. Tengo demasiadas cosas en la cabeza como para que Gael se enfade conmigo todo lo que le queda en Tossa. No creo que lo soporte. Voy a ir a hablar con él aunque tenga que arrancarle del restaurante.

—Esa es la Tracy que conozco.

Su sonrisa me animó un poco más. Estaba decidido. No podía dejar que me evitara por mucho tiempo. Estaba acostumbrada a dar el paso yo, pero no en estas ocasiones. Me daba igual, Gael no iba a irse de rositas sin hablar conmigo de verdad. Podía enfadarse todo lo que quisiera, pero no quería perderlo.

Hablamos de ello otros cuantos minutos mientras terminábamos el desayuno hasta que sacó el tema maldito. Sabía que lo metería, sin embargo, no estaba preparada para contárselo. Mi plan no podía saberse por nadie o se vendría abajo. Nadie confiaría en que saliera bien, debía mantenerlo conmigo hasta el final.

—¿Algún indicio de Tyler?

—Nada. Están intentando localizarlo con el número que tenía mi madre, pero no creo que siga teniendo el mismo. No avanzamos mucho.

—Si puedo ayudar en algo, sabes que estoy aquí. —Asentí.

Pidió la cuenta cuando me apoyé en la silla y le miré de esa forma que él sabía bien. Quería que él también me contara sus preocupaciones, lo que le había pasado y por qué había desaparecido sin decirme nada. Normalmente me avisaba de su inactividad temporal y así me preocupaba un poco menos, pero en esa ocasión no me había dicho nada. Eso solo me dejaba con más ganas de saberlo.

Me leyó la mirada.

—No ha ocurrido nada, Tracy, puedes estar tranquila. Tuve que trabajar mucho y no pude coger ni el teléfono. No volverá a pasar, perdona. Ya sabes que siempre te aviso si pasa algo grave.

—¿Seguro que no ha sido nada malo ni grave?

—Seguro.

Su mirada me dijo lo contrario y él lo supo al momento de ver mi expresión de

desacuerdo. Pagó por los dos y nos fuimos sin decir ni una palabra. Me adelanté unos pasos en dirección a la playa, pues me tocaba abrir la tienda. No podía creer que se atreviera a mentirme y a pensar, además, que me lo creería y lo dejaría pasar como si nada. Si era así, no me conocía bien, y sabía que lo hacía mejor que nadie, por eso me sorprendió.

No dejó que me alejara mucho más de él, pues me agarró del brazo y me tiró hacia su cuerpo de vuelta. Me quedé a unos centímetros de él con una mirada dura que no me gustaba poner a mi familia, pero ellos sabían bien que no me gustaban las mentiras y mucho menos cuando sabía descifrarlas. Conocía los gestos de Eric de memoria, no iba a engañarme tan fácilmente.

—Tracy, por favor.

—¿Qué excusa tienes?

—Te lo contaré, ¿vale? Pero no ahora. Es importante, pero... Es un problema de... Te lo diré más adelante, cuando lo solucione. No me queda mucho, confía en mí, por favor. No he debido mentirte. Estoy preocupado por algo y no sé... Con las cosas de la Universidad, encontrar apartamento y todo eso tengo mucho lío.

—No pasa nada, Eric, ya sabes que confío en ti y podrías habérmelo explicado así desde el principio. Yo también estoy aquí cuando me necesites, siempre. Lo comprendo y lo respeto. Espero que todo se solucione pronto, pero no me mientas así.

Nos dimos un abrazo sincero y lleno del cariño que nos teníamos. No me importaba no saberlo si conocía con certeza que estaría bien. Era mayorcito y sabía cuidarse solo, por lo que confiaba en su criterio. Si él decía que lo solucionaría pronto (fuera lo que fuese), yo le creía y confiaba en su palabra. Esa era la confianza que nos brindábamos, esa era la confianza que valía la pena, la de verdad.

Me aseguró que nos veríamos pronto y nos dio pena hasta separarnos. Los dos teníamos trabajo que hacer y yo tenía un asunto pendiente que debía terminar cuanto antes. La tensión me recorrió por completo cuando saqué el móvil de mi bolsillo y busqué el número de Tyler. Estaba segura de hacerlo, pero no tanto de lo que iba a decir, a pesar de que tenía pensado miles de conversaciones y todas las respuestas posibles. Al fin y al cabo, sabía que se me iba a olvidar todo en el último momento. Odiaba mi mente.

Odiaba tantas cosas.

Pulsé el botón de llamar y recé por un momento que se hubiera cambiado de número hacía años. ¿Cómo iba a tener el mismo móvil? ¿Estábamos locos? ¿Qué loco mantenía su número después de todo lo que había hecho? Habían pasado casi treinta años desde el suceso de mi madre. Había que estar muy pirado para...

—¿Sí?

Mierda.

Había que estar muy pirado para ser Tyler.

Tenía la voz grave, tal y como la imaginaba. Si se esforzaba mucho podía parecer un psicópata de los que ponían esa voz tenebrosa al otro lado del teléfono. Me sorprendí y me bloqueé a la vez, todos los diálogos pensados, como bien sabía, se esfumaron de mi mente.

—Hola, eh... ¿Tyler?

—¿Tracy? ¿Cómo tienes...? ¿Qué narices quieres?

—Le he quitado el número a mi madre. Quiero quedar contigo, zanjar el tema de una vez.

—¿Cómo puedo confiar en ti? Podrías estar ahora mismo rodeada de policías escuchando la conversación. No me fío de nada ni nadie, como comprenderás. Ya me engañaron antes. No

caigo en la misma trampa.

—No puedes asegurarte, pero puedo decirte que tengo tu número como también lo tiene la policía. No han apoyado que hable contigo, por eso lo estoy haciendo sola.

—Sé lo de mi número y, como sabrás, si me están rastreando, también sabrán de esta llamada tarde o temprano. Te recomiendo pensar alguna excusa. Te llamaré mañana.

Colgó al instante. Me quedé con una sensación extraña en el cuerpo. Comenzaba a dudar si había hecho mal o bien en llamarle, pues en ese momento acababa de darle mi número de móvil y podría hacer lo que quisiera con él. Pensé en tirarlo al mar y decir que lo había perdido, pero no podía hacerlo. Debía seguir el plan.

Y el plan ya había comenzado.

\*\*

Llegué a casa agotada. Di un beso en la mejilla a mis padres que estaban viendo la televisión en el sofá junto a Álex, al cual revolví el pelo. Me habían dejado comida en el horno casi recién hecha, pues había llegado un poco tarde y lo comí en la mesa viendo las novedades de las redes sociales. Cuando me volví a dar cuenta, ya había terminado todo. Lo recogí rápidamente y subí a mi habitación.

Los recuerdos del día anterior me invadieron al ver mi pequeña herida en la mano. Daniel me había detenido y eso era decir mucho cuando aún se encerraba en su habitación y paseaba por la casa como alma que llevaba el diablo: silencioso y serio. Me puse el pijama con rapidez y me decidí a hablar con él. Ya habían pasado algunos días desde la discusión, era hora de cerrar el tema.

Toqué a su puerta unas cuantas veces y luego entré sin esperar respuesta. Siempre avisaba por si se estaba cambiando y no quería que lo viera, como era obvio en su etapa de adolescencia. Estaba tumbado en su cama, atento al móvil, cuando pasé. Cerré la puerta detrás de mí y me acerqué a él. Me senté en el borde de su colchón y lo miré. Él frunció el ceño.

—Solo he venido a hablar, no me mires así. Gracias por pararme ayer, los nervios me ganaron. —Le enseñé la mano y sonreí—. No me he hecho nada grave, por suerte. ¿Qué tal estás?

Había sido el mejor comienzo que había hecho nunca. Él se encogió de hombros y dejó el móvil a su lado para no mirarlo mientras estaba conmigo. Al menos no estaba tan borde, como los últimos días, y más abierto, tal y como era él en realidad. Solo quería que volviera mi hermano pequeño, revoltoso, pesado y al que quería con todo mi alma, si no es que más.

—He estado mejor, pero supongo que ya no me importa tanto.

Se encogió de hombros. No le importaba mucho que le hablara de eso. Lo entendía, yo había pasado por lo mismo. Sabía bien las etapas que tenía: enamoramiento, rotura de corazón, enfado, tristeza, pasotismo y recuperación. Cada uno a su tiempo.

—Vaya... Hemos llegado a la etapa “pasota” del desamor. La siguiente es superarlo, ya sea con ayuda de alguien más o solo. Seguro que seguirás adelante sin ningún problema.

—¿Y cuánto se tarda entre una y otra?

—Depende de ti. No tengas prisa, deja que todo llegue. Te quedan muchas épocas, como la Universidad. Seguro que encuentras a alguien allí.

—¿Eso me lo estás diciendo a mí o a ti? —Me reí a carcajadas y negué con la cabeza. Conseguí que sonriera—. Lo sé. Aún me quedan unos años, pero sé que lo superaré. Fue...

Bonito. Me gustó, pero no sé exactamente cuáles son mis sentimientos hacia Clary. Comenzar el Bachillerato me ayudará a estar ocupado y olvidarme de todo.

—Me apuesto algo a que hay alguien en tu clase a quien le gustas y no te has dado ni cuenta de ello. Ahora deberás fijarte mejor. Además, en ese curso también va gente nueva. Haz amigos, quizá pareja... Disfruta, ¿sabes? Pero hazlo como nadie.

—Lo haré. ¿Has arreglado algo con Gael? Nunca te he visto tan afectada por un chico desde Joan.

—Parece que tu hermana tonta se ha enamorado y justo su querido amor se ha enterado de su secreto. Me lo merezco, no pasa nada. Lo arreglaremos tarde o temprano. Soy Tracy, nadie se resiste a mis disculpas.

Una pequeña risa nos envolvió sorprendentemente. Sabía que hablando podíamos cambiar a mejor las cosas, nuestra relación. Ojalá todas las peleas pudieran arreglarse así de fácil. Aunque la vida no era tan sencilla, primero tenía que doler, luego debías aprender y, por último, podías superarlo sin problemas. Cada persona tardaba lo que tenía que tardar, a su tiempo y sin prisa.

—Y tú eres Daniel, mi caballero andante, y nadie, nadie, puede hacerte daño sin el permiso de la princesa, o sea yo, porque le patearé el culo. Así que ya estás animándote, saliendo por esa puerta y comiéndote el mundo. ¿Me has escuchado?

—A sus órdenes, princesa.

## 31. LA LLAMADA

*Nuestra relación se estaba quebrando  
cada vez más, aumentaba,  
hasta que los pedacitos se detuvieron  
y unas palabras los revivieron.*

**E**se día, el trabajo se me hizo muy largo. Entre todos los pensamientos que me recorrían, la preocupación que me embargaba y la espera por la llamada que no llegó a lo largo de la jornada laboral no podía evitar estar de los nervios. Me encontraba espesa, pero al menos Gabriel enmendaba mis errores y los cubría con una sonrisa. Se me olvidaba lo que me decían mis clientes o daba mal el cambio, pero él siempre se daba cuenta antes de darlo. ¿Qué haría yo sin alguien que me ayudara?

Gabriel confió en mi palabra de que todo iba a estar bien y se fue cuando ya se estaba terminando nuestro turno. Quedaba solo recoger las cosas y con todo lo que me había ayudado, se merecía irse a casa ya. Suspiré cuando hice un repaso general, ya recogido todo, y sonreí. Al fin, la noche de trabajo había terminado y podría...

Unos pasos se escucharon subiendo las escaleras y no me dio tiempo a reaccionar, solo a darme la vuelta, cuando alguien me empujó contra la pared. Me asusté de una manera increíble, creyendo que Tyler no me había llamado porque tenía planeado ir a verme en persona. No, eso no estaba planeado.

Mi respiración iba con rapidez, tanto que sentía el corazón latiendo en mi garganta. Uní la mirada con la que tenía en frente y me sorprendí, no sé si gratamente o no, pero reconocí los ojos de Gael, enfurecidos.

—Dios mío, Gael, vas a matarme de un susto.

—¿Por qué? ¿Creías que era él? ¿Qué has hecho? ¿Qué le has dicho?

—¿Qué?

—A él. A Tyler. —En un rápido movimiento, me robó el móvil del bolsillo y comenzó a mirarlo, separándose un paso de mí. No pudo hacer nada, pues estaba bloqueado con mi contraseña—. ¿Por qué has hablado con él? ¡Desbloquéalo! Quiero pensar de ti que no te has atrevido a hacerlo.

—Gael, tranquilo, por favor...

—¡Desbloquéalo, maldita sea!

Tragué saliva, pero le hice caso. Puse mi huella para que la pantalla inicial apareciera y buscó el registro de las llamadas. Tenía la opción de salir corriendo en ese mismo instante. No, me alcanzaría, la discusión iba a hacerse real en unos segundos, cuando descubriera que sí que había hablado con él. No sabía que vendría para echarme la bronca, pero sí había hecho caso a Tyler y sí tenía ciertas excusas.

El problema era que no me acordaba de ninguna.

Lo encontró rápidamente y su mirada furiosa me fulminó en cuanto afirmó lo que estaba buscando. Había descubierto mi llamada con Tyler. No sabía cómo sentirme, no me gustaba que me echaran la bronca, como lo iba a hacer en cuestión de segundos, pero lo merecía, lo merecía con creces. Había hecho una bobada, pero sentía que podía hacer algo.

Y lo iba a hacer.

—¿Sobre qué has hablado con él? ¡Dímelo! ¿Por qué le llamaste? ¿Cómo tienes su número? ¿Es que estás loca?

—Se lo escuché a mi madre y... Le llamé con un número privado. No sabe mi número y no... Creo que ni siquiera sabe que era yo. No me respondió. Hacía ruidos raros, no pasó nada. Gael...

Era la mayor mentira que había soltado en mi vida. Mentira tras mentira y ni una pizca de verdad, excepto que tenía el número gracias a mi madre. Me sentía mal y, a la vez, no tanto, pues así suavizaba la situación. No podía decirle todo, me tendría vigilada las veinticuatro horas, se lo contaría a sus padres, a los míos y a todo el mundo. Y yo estaría perdida.

—Gael nada. —Vi cómo borraba su número y el registro de llamadas y yo no lo detuve. Me lo devolvió con furia y volvió a acorralarme—. ¿No puedes pensar un poco? ¿Quién sabe lo que quiere ese loco!? ¿Qué plan tenías? ¿Quedar con él, hablar de algo para convencerle de que no hiciera nada más? ¿Crees que así ayudas con algo?

—La policía...

—La policía hace más cosas de las que crees. No sabes todo el trabajo que tienen con esto, llevan días sin ir a dormir a casa. Se preocupan por vosotros y tú no valoras su trabajo lo suficiente. ¿Te crees que están mirando las estrellas y perdiendo el tiempo? Pues no, Tracy, la cosa no es así.

Me quedé callada. No tenía palabras para rebatir eso, ni debía hacerlo, pero un sentimiento de impotencia me comenzó a subir hasta la cabeza, donde estalló. Me escabullí de su lado. Fui a paso rápido hacia la salida y me apoyé en la pared, esperando que saliera para poder cerrar. Lo hizo sin rechistar y se quedó, expectante, fuera. Cerré la tienda y pasé de largo, o al menos lo intenté. Me cerró el paso para que no me fuera lejos y se cruzó los brazos para parecer más imponente. Conmigo no iba a funcionar. Y menos con la impotencia y la furia que comenzaba a recorrerme.

No tenía punto medio. Era hielo o llamas. Mi mente solo sabía vueltas.

—Apártate de mi camino, Gael. Si has venido a echarme la bronca, enhorabuena, lo has conseguido. Ahora déjame en paz.

—No, hasta que te arrepientas de lo que has hecho.

—Lo hago.

—No lo parece.

—¿¡Tú qué sabrás!? ¿Acaso lees mis pensamientos? Porque siento defraudarte, no lo haces. Me siento mal, sí, y puedes decírselo a quien quieras, no vas a conseguir que me sienta peor. No tengo pedacitos que romper. Déjame sola y tranquila. Y apártate si no vas a decirme nada más.

—¿Por qué lo hiciste? —Cambió de tono al instante. Fruncí el ceño—. Lo de Gabriel.

Me sorprendí. El tema no tenía nada que ver con él, por lo que no me parecía justo meterle en ese preciso momento. De todas maneras, mi humor iba empeorando y eso solo hizo que las cosas se pusieran peor. Lo único que me faltaba era echar humo por las orejas, que lo haría si

eso fuera posible.

—No sabía que era tu hermano.

—¿Esa es tu excusa?

—Mira, Gael, me estás enfadando mucho. Sí, llamé a Tyler e intenté hablar con él. No salió bien, por suerte. Y sí, me lié con tu hermano aunque no quieras aceptarlo. ¿Sabes qué? Ni siquiera sabíamos nuestros verdaderos nombres. Yo era Sofia y él era Hugo, por eso me sorprendí tanto al verlo, aparte de que ya lo conocía. Supéralo ya, pasó y punto, no tuvo importancia.

—Para mí sí.

—¡Pues muy bien por ti!

Le di un empujón y me fui con rapidez, sin mirar atrás. Me estaba volviendo loca y no lo iba a soportar más. El enfado ya se había apoderado de mí, necesitaba tranquilizarme si no quería quemar algo con mis humos. Di vueltas por Tossa hasta que conseguí calmarme un poco, pero, cada vez que lo volvía a recordar, mi enfado se engrandecía. Necesitaba algo que hacer, algo distinto en lo que centrarme.

Mi móvil sonó justo en el momento adecuado. Miré la pantalla: Roger. Lo cogí con una sonrisa que apareció de la nada. Parecía que el destino había cumplido mi sueño y me había enviado una solución perfecta. Necesitaba hablar y estar con él. El enfado se esfumó, solo recorría la pena y la felicidad por mi cuerpo, todo a la vez.

—¡Roger! ¿Qué tal?

—Mi niña, muy bien. ¿Y tú? Quería contarte que ya estoy de vuelta en casa. Ya está todo perfecto, aunque me han asignado a una chica para que me ayude hasta que me recupere del todo. Es muy simpática, ya se ha ido. Solo quería decírtelo.

—¿Puedo ir a verte?

—¿Ahora? Claro.

—Estoy allí en diez minutos.

Colgué, feliz, y comencé a correr para evadirme de las preocupaciones y del enfado. Recorrí una avenida entera en cuestión de segundos y la energía comenzó a brotar en mí. Comencé a ir más despacio con los minutos, pues me quedaba sin respiración.

Mi móvil volvió a sonar. Seguro que era él, no sabía muy bien para qué, pero, al mirar la pantalla y oír el tono de llamada que no era el suyo, supe que no era él. El número que había no estaba registrado.

—¿Sí?

—Hola. —La voz de Tyler me detuvo el paso y el corazón. Me había olvidado por un momento de él—. ¿Podemos retomar la charla de ayer? Creo que querías decirme algo, si no me equivoco.

—Sí, pero... No sé si...

—Tracy, terminemos con esto. Quedamos el lunes por la noche en la playa, nada de policía, nada de padres. Tú y yo solos. Pasaré por tu tienda a las doce de la noche. Nos vemos.

\*\*

Llegué exhausta a la casa de Roger. Mis pensamientos no dejaban de atormentarme. Quedaban dos días para el lunes, no me daba tiempo a pensar algo bien planeado para atraparle. Solo



tenía una oportunidad para salvarme de esta: contárselo a mis padres y a los de Gael. Ellos me negarían quedar con Tyler y él se enfadaría aún más. Quizás me arriesgaba a que provocara algo que me hiciera arrepentirme de no haber acudido a su cita.

No, nada de padres. No quería más accidentes por su culpa.

Dos días. Solo cuarenta y ocho horas en las que no iba a dormir hasta que no se me ocurriera una idea y la perfeccionara. Debía quedar impoluta, indudable de su fiabilidad. No iba a ser posible, los nervios iban a poder conmigo y no me concentraba lo suficiente. Estaba hecha un torbellino de desastres.

Suspiré. No podía pensar en eso, al menos mientras estaba con Roger, pues se preocuparía y sabría que estaba en las nubes. No podía ponerle más problemas de los que ya tenía. No podía recordarle a ese hombre. No iba a permitir que Tyler se acercara ni un centímetro más a él. Haría que desapareciese fuera como fuese, por él y por todos.

La casa de Roger era grande. Allí había tenido a su familia antes de perderla, pues era su casa del pueblo que visitaban todos los veranos. Tenía la fachada marrón con toques más claros que le daban una chispa alegre. Me gustaba. Subí un par de escalones y toqué el timbre. La puerta era blanca, destacando en toda la casa si no fuera porque las cortinas que se veían en las ventanas eran todas de colores vivos: azul, amarillo, naranja... Era un sinfín de colores, pero él era así, le daba un toque suyo.

Roger me abrió la puerta. Sonreí de oreja a oreja y tuve cuidado cuando le abracé, pues tenía una muleta con la que se sujetaba. Lo miré con algo de tristeza y culpa por todo lo que le había pasado y él negó con la cabeza.

—Simple precaución. Puedo ir sin ella.

—Solo falta que la decore, entonces ya no parecerá raro.

—Lo he pensado. La puedo poner telas de colores, quedaría más llamativo.

Su casa era justo así, llamativa. Cada habitación era de un color. Me contó un día la historia: a sus hijos les encantaban los colores y dejó que cada uno pintara su habitación como quería, pues así aumentaba su creatividad. Era una buena idea y estaba segura de que iba a hacer lo mismo en un futuro, si es que los tenía algún día, claro.

Entramos en su habitación y él se echó en la cama. Le veía cansado, pero era completamente normal por todo por lo que había pasado. Le dije de ir a su cuarto para hablar un poco y así quedarme más tranquila cuando el viera en la cama, ya descansando y dispuesto para dormir. No sabía muy bien por qué le dije de ir a verle tan tarde. Lo necesitaba, sí, pero debía entender que él quería dormir. Igualmente, nunca me decía que no.

—¿Entonces todo bien?

—Nunca me he sentido tan vivo. No sé qué será lo que pueda hacer en unos días, cuando me recupere del todo, pero sé que esto no va a dejarme en la cama por siempre. Ya sabes, necesito aire y, además, soy el viejo Roger...

—No hay playa sin mí —dijimos a la vez y nos reímos. Solía decirlo para animarme y siempre conseguía hacerme reír. Amaba que estuviera tan feliz y viera siempre el lado positivo de las cosas, porque me contagiaba esa alegría tan suya.

—¿Qué tal tú? ¿Y Daniel? ¿Y todos? Cuéntame.

—Ya está solucionado con Daniel. Tuve una pequeña conversación con él. Todo bueno. En cuanto a Tyler... —Me encogí de hombros—. Supongo que estamos en ello. Es difícil, se ha escondido bien, pero a ti no volverá a molestarte, de eso me encargo yo. Y... Tengo que contarte algo de Gael.

Frunció el ceño y cogió mi mano para apoyarme. Sabía que estaba conmigo y tenía la confianza suficiente para contárselo todo y pedirle consejo. Estaba enfadada con Gael, pero había vuelto a pasar a tristeza. Quería arreglarlo todo aunque hacía unos minutos no lo pareciera, pues solo había echado sal en la herida.

Era un desastre de los pies a la cabeza.

Le conté todo con pelos y señales. No me dejé nada. Le dije lo de la fiesta que ya sabía, que resultó ser su hermano, me desvié diciendo que trabajaba muy bien y que estaba encantada con él... Todo, en definitiva. Él me escuchó sin interrumpirme ni un momento y yo me sentí libre de soltarlo.

—Es... Bueno, comprensible que esté así. No pasa nada, Tracy, no podías saberlo.

—Pero duele igual.

Asintió de acuerdo. Miró nuestras manos, quedándose así fijamente unos cuantos segundos y luego subió la mirada hacia mí. Sabía que había estado pensando en algo mientras tenía la mirada perdida. Él siempre tenía buenas ideas y se le ocurrían en un abrir y cerrar de ojos, literalmente.

—Mira, vas a hacer una cosa. —Asentí sin dudar—. Mañana vas a llamar a Gabriel, le pedirás su dirección y vas a ir allí a hablar con él. Ahí no van a negarte la entrada. Intenta hablar con él y no te detengas hasta que lo haga. Suéltate como lo has hecho conmigo, dile todo lo que sientes. Todo, ¿me entiendes? —Había resaltado ese “todo”, pero no sabía muy bien a qué se refería.

—Sé que quieres decirme algo dentro de esa última frase... ¿Qué quieres decir con eso?

—Él necesita que se lo digas. Tú sabes bien lo que quiere oír, necesita estar seguro de que lo sientes tanto como para confesárselo. Sé que te conoce, no tanto como yo, pero lo suficiente.

—Tengo que decirle que... ¿Le quiero?

—¿Lo haces?

Asentí, tímida. No solía reconocerlo, porque hacía mucho que no me pasaba de esa manera, pero sabía que Gael había tocado algo en mi interior para que no dejara de comerme la cabeza por él. Había entrado en mí pero bien y no dejaba de destrozarme por dentro.

Debía acabar. Iba a hacerle un hueco en mi corazón por mucho que me costara.

—Pues díselo. Deja de creer que va a hacerte daño, claro que lo va a hacer y los dos habéis sufrido ya. Tenéis que disfrutar del amor, hacer que valga la pena en lo poco que os queda juntos. Si os quedáis parados, ¿de qué sirve? ¿No querías vivir a tope? Pues vive, pero ama.

## 32. DIRECCIÓN

*Echarlo todo era la mejor terapia  
para sentirse mejor.  
Confesar que eras una persona  
que amaba, lloraba, se rompía el corazón...  
Que vivía.*

Alex seguía dormido cuando sonó mi alarma. La había bajado considerablemente para no molestarle mucho y lo suficiente como para que yo llegara a escucharla. A veces podía tener un sueño tan profundo que no oía nada de lo que pasaba a mi alrededor. Se podía quemar la casa o haber un terremoto que yo seguiría durmiendo. Al contrario que otras veces que me despertaba con solo oír pasos por la casa. Era rara.

Me levanté con energía y bajé corriendo a tomarme mi necesaria y gran taza de café. Me preparé en cinco minutos y me fui a trabajar. Gabriel llegaría en unas cuantas horas y debía pensar una forma de pedirle disimuladamente la dirección de su casa sin que creyera que... ¿Qué? Él sabía bien que iba a arreglar las cosas con Gael.

Por otra parte, estaba lo de Tyler, que no me había dejado dormir en toda la noche. Bueno, quizá las últimas tres horas solamente. Tarde o temprano, el sueño ganaba.

—¡Buenos días, querida jefecita!

—Gabriel, necesito que me des la dirección de tu casa.

—Estoy muy bien, gracias por preguntar. —Suspiré. La verdad era que me había pasado de descortés—. ¿Para qué la quieres?

—Voy a arreglar lo de Gael. En su casa no va a poder evadirme tan fácilmente. Quiero terminar con esto ya, le he dado su tiempo y ayer...

—Ya, ya, le conté a mis padres lo que ocurrió contigo y esa llamada. No quiero hablar del tema porque quiero creer que no necesitas otra charla sobre el tema ni ninguna amenaza si vuelves a hacerlo, por lo que pasemos a la parte importante. Te paso la dirección por mensaje ahora mismo —dijo, encendiendo el móvil— y puedes pasarte a partir de las cinco de la tarde, porque mi hermano sale del trabajo a esa hora. Si vais a discutir, que lo haréis, nada de incendiar la casa, ¿comprendido? La verja grande de entrada al patio está abierta si hay alguien dentro, para la otra deberás tocar el timbre. Y déjame por la tarde a mí, yo me encargo de la tienda.

—¡Gracias! —Me tiré a sus brazos y le di un beso en la mejilla. Él me sujetó por la cadera para no caerme y asintió.

—Sí, sí, soy el mejor, lo sé. Venga, a trabajar.

Me llegó el mensaje en un momento y le di otro beso más fuerte en la otra mejilla. Rodó los ojos como si no me despegara de él nunca y me dio un empujón cuando me separé. Le saqué la lengua, feliz, y él me lanzó un beso al aire. Sabía que iba a entenderlo y a darme la dirección sin rechistar. Un problema solucionado. Quedaba otro. El último.

Trabajé con una sonrisa renovada todo el día y, cuando llegó mi fin de turno, di otro beso

a Gabriel de despedida y salí corriendo de la tienda. Solo quería llegar a casa para comer algo rápido, pues no tenía mucha hambre, e irme corriendo a casa de Gael. Mi madre se sorprendió al verme tan feliz. Frunció el ceño y me siguió con la mirada hasta la cocina. Busqué el horario del restaurante y me di cuenta de que Gael tenía otro turno por la noche. Mi madre sabía lo que iba a decir solo por cómo la miré.

—¿Qué pasa con el turno de Gael? ¿Necesitas que le sume o le quite horas? Porque no voy a hacerlo.

—¡Por favor, mamá! Voy a ir en... —Miré el reloj, pues no sabía ni qué hora era. Estaba bien perdida—. Algo más de una hora a hablar con él a su casa. Gabriel me ha dado su dirección para que podamos arreglarlo de una vez. —Me tiré de rodillas al suelo delante de ella y le cogí de la camiseta, tirando suavemente de ella—. Necesito que le quites el último turno. ¡Por favor! Mamá... Nunca te suplico nada. Hazme este favor, por favor, por favor, por favor...

—Me matas a sorpresas, hija. No sé cómo voy a llenar ese hueco sin él. ¿Él está de acuerdo?

—Ni siquiera lo sabe y... —Oí las pisadas en las escaleras y Álex apareció. Las dos le miramos, pensando lo mismo. Me levanté de un salto y me acerqué a él con una sonrisa cautivadora—. ¡Álex! Mi primo favorito, ¿cómo has dormido?

Él me miró con el ceño fruncido, sabiendo que eso iba a ser un truco malévolo en el que acabaría perdiendo. Me miró con desconfianza mientras pasaba un brazo alrededor de su cuello y le daba un beso en la mejilla. Él no sabía bien en qué lío lo iba a meter, pero mi cara bonita esperaba suavizar el golpe.

—¿Qué quieres?

—¿Puedes cubrir el último turno de Gael por la noche? Solo serán las cenas, una o dos horas de nada. ¡Por favor! Es por una buena causa y por el bien de una bonita relación. Venga, querido primo, si está allí tu amor... Clary, no la comida. Hazme ese enano favor. —Iba a negarse, lo sabía, pero mis ofertas no se rechazaban—. Te compraré... Pizza. Toda la pizza que quieras durante la siguiente semana.

—Una o dos horas, nada más —accedió.

—¡Te amo!

—No sé si prefiero que venga él o hacer el turno yo sola, seguro que me sale mejor. Además, se va a distraer con Clary. Voy a matarte, querida Tracy —susurró mi madre, entrando en la cocina, yo detrás de ella. Me eché a reír a carcajadas. Yo también la quería mucho.

\*\*

La casa de Gael se encontraba a las afueras de Tossa. No me podía creer que, los días que nos habíamos ido tarde por la noche, había hecho todo ese camino para volver a casa. Estaba lejísimos. Si me lo hubiera dicho... No sé lo que habría cambiado, sinceramente, pero supongo que le habría invitado a mi casa más veces para que no fuera tan lejos solo.

Por el camino me dejé perderme en mis pensamientos contra Tyler mientras el *Google Maps*, cacharro que mi padre odiaba y yo no entendía muy bien por qué, me guiaba hasta el lugar indicado. No tenía ideas, no tenía planes... No tenía nada de nada. ¿Cómo iba a quedar con él? Se me tenía que ocurrir algo en poco más de veinticuatro horas. No podía decírselo a

nadie, eso estaba más que claro, y tenía el presentimiento de que algo malo iba a pasar si no acudía a la cita o hacía algo de lo que me arrepintiera. ¿Y si dañaba a alguien más? Eso sí que no podía permitirlo y era lo que más miedo me daba.

Además, las doce de la noche en la playa significa: “No va a haber mucha gente que nos vea, así que vamos a jugar a mi manera”. Y eso no me gustaba ni un pelo. Tenía pánico a lo que pudiera ocurrir, pero no quería a nadie más herido. Había empezado una batalla perdida y tenía que terminarla ganada. La decisión de mis acciones iba a y venía por momentos, por lo que esperé que toda mi valentía apareciera en poco más de un día.

El pensamiento de vengarle y lo que le hizo a Roger me sobrevoló por la mente, pero ni se me ocurría llevar un cuchillo y mucho menos utilizarlo contra alguien. Eso estaba en contra de mis principios. No era así. Suspiré, ya se me ocurriría cualquier cosa de vuelta a casa, era un camino largo que podía utilizar en pensar algo. En ese momento tenía que arreglar un corazón.

La casa de Gael era grande. Me dijo que su padre tenía casa allí, pero no me esperaba que fuera así de bonita. Tenía dos pisos y un patio bastante grande donde dos gatos, uno blanco y uno negro, jugaban con varios juguetes. Me morí de amor solo al verlos. Como me había dicho Gabriel, la verja de la entrada estaba abierta y entré sin hacer mucho ruido. Los gatos vinieron hacia mí corriendo y yo me agaché para acariciarlos. Eran muy cariñosos.

Me sobresalté cuando la puerta de casa se abrió de par en par, mostrando un Gael no muy contento por su visita, y me caí sentada en el césped. Se acercó con un paso seguro y uno de los gatos fue con él. Le cogió sin mucho esfuerzo y se agachó a mi lado.

—Supongo que tú eres la responsable de que tu madre me haya dicho que no vaya esta noche a trabajar. ¿Se puede saber qué haces aquí o también me lo quieres ocultar?

Esa me había dolido.

—Quiero hablar contigo.

—¿Quién te ha dicho que vivo aquí?

—Tu hermano, le pedí vuestra dirección. Él me ha dicho lo de la puerta abierta si no, no habría entrado. Temía que ni siquiera me abrieses. ¿Podemos hablar?

—Ya lo estamos haciendo.

—Pero no... —Cerré los ojos, llamando a mi paciencia, y suspiré. Acaricié el gato negro que aún seguía conmigo y vi cómo el blanco que sostenía él saltó para estar con su amigo, hermano... Lo que fuera—. Son muy bonitos. Déjame hablar contigo, Gael, por favor. Tengo que decirte algo.

—No sé si quiero escucharlo.

—Por favor, déjame que te lo explique todo. Yo no sabía nada. Te prometo que no lo habría hecho si hubiese sabido realmente quién era... —Solté al gatito para que siguiera jugando y me crucé de piernas, mirando hacia otro lado. Él no me interrumpió, solo se sentó frente a mí—. No quise contártelo antes porque sabía que iba a dolerte y estaba esperando el momento adecuado... Que es nunca, pero algo se me ocurriría.

Había empezado a soltarme y sabía que, llegados a ese punto, no iba a parar hasta que no me quedara nada. El comienzo ya estaba hecho, el desarrollo se hacía solo. No había nadie que me detuviera y él, por su mirada curiosa, sabía que no iba a ser el que lo hiciera.

—Si te sientes mejor, no he estado con ningún otro chico después de que tuviéramos esa conversación en la que te dije que no iba a estar con nadie más si estaba contigo. Te elegí a ti, Gael, siempre lo he hecho, aunque no quiera admitirlo. Lo de tu hermano ni siquiera me importó, por eso no entendí cuando te enfadaste por ello. Ya lo sabes bien, no estoy

acostumbrada a que yo le importe a la gente en ese aspecto. O quizá sea yo la ciega, yo qué sé, pero nadie me lo había dicho hasta que tú llegaste y yo me bloqueé porque creía que lo decías de broma o... No sé ni lo que pensaba, en realidad. Estaba confusa, pero sabía lo que quería.

Lo había dicho bastante rápido y no estaba segura de que lo hubiera entendido todo. Su mirada decía que sí. Sus ojos me miraban fijamente sin un atisbo de duda. Estuvo a punto de hablar, pero le corté al instante.

—¿Y...?

—Cállate, no he terminado. Siento lo de ayer. No debí ni hacer eso, ni gritarte, ni hablarte de esa forma, ni decir las tonterías que dije... En definitiva, ayer lo hice todo mal y lo admito. Entiendo que estés enfadado y me da igual que lo sigas estando, pero tenía que decirte todo esto y también que... Que te... —Bajé la mirada, pero lo dije alto y claro—. Te quiero, Gael.

El silencio nos inundó. No pude detener las lágrimas que me inundaban y bajaron rápidamente. Ni siquiera las detuve, dejé que corrieran y cayeran en la hierba, al menos así se regaba. Sonreí por la tontería y solo hizo que llorara más. Me tapé la cara con las manos. No podía pararlo por mucho que lo intentara.

Oí un ruido provocado por Gael y unas pisadas que se acercaban. Se sentó detrás de mí y sentí que sus piernas me rodeaban. Sus brazos me abrazaron y eso solo me hizo llorar más y más. Menos mal que ese día no quise pintarme, estaría fatal en ese momento, más de lo que estaba ya. Me apoyé en su pecho y seguí llorando hasta que comencé a secarme los ojos, ya no saldrían más lágrimas en un tiempo.

—¿Mejor? —Asentí. Me giré en su dirección y me escondí en su pecho, pues antes estaba de espaldas. Me quedé ahí un buen rato mientras me tranquilizaba—. Yo también te quiero, Tracy, aunque has sido bastante difícil debo decir.

—Seguro que ya te lo esperabas.

—Y aún así he seguido ahí.

Nos abrazamos con más fuerza que nunca y le aplasté unos segundos hasta que se quedó sin respiración. Le solté con una sonrisa y él me dio un beso rápido en los labios. Se me quedó corto, a decir verdad, pero no me quejé, pues eso ya era mucho para lo que me esperaba. La discusión de la que tanto tenía miedo y que sabía que iba a ocurrir sí o sí, no había ocurrido, pero sí me había sincerado como nunca. Solo necesitaba soltarlo todo, como me dijo Roger. Si lo hubiera conocido antes tan bien como ese verano, me habría llevado muchas menos sorpresas y tristezas. Sus consejos siempre me ayudaban a seguir adelante, por suerte, no había ni un instante en el que no le hiciera caso.

Se levantó, dejando que el aire volviera a correr por mi espalda, y me ofreció la mano. Me ayudó a hacer lo mismo y me quedé a unos centímetros de su cara, pues me había empujado hacia él. Se separó con una mirada pícara y sonreí de la misma manera. Los gatitos nos siguieron hasta casa y entraron peleándose con un juguete.

Su casa era enorme. En el hall había una estantería para colgar las chaquetas y los bolsos, que ya estaba bastante lleno. Fuimos por el pasillo de la izquierda que daba a un gran salón donde nos sentamos. Los gatos se subieron también y pidieron mimos maullando. Mi eterno amor ya se lo habían ganado. Nunca había tenido mascotas, pero me encantaban tanto los animales que tendría veinte si hiciera falta.

—¿Cómo se llaman?

—Lovie y Misina. Los tenemos desde hace poco. Su madre fue nuestra primera gata, pero

ya era vieja y murió poco después del parto. Nos quedamos con sus hijos, por supuesto, y no dejan de crecer. Solo tienen siete meses.

—Son hermosos —dije, jugando con la que creía que era Misina, la negra. Me intentó morder, pero no lo consiguió, por lo que siguió intentándolo. Me reí a carcajadas mientras sentía su mirada encima de mí—. Me pones nerviosa, Gael.

—Me alegro que hayas pasado de llorar a partirte de risa.

—Me he quitado un peso de encima, la verdad. Tenía miedo de que... No sé, no me abrieras o me chillaras y no me perdonaras... Lo habría aceptado, pero quizá me quedaba sin trocitos en el corazón.

—Creía que ya no tenías.

—Quizá haya alguien que me ha dejado algunos.

Sonrió ampliamente y me rodeó los hombros con su brazo libre, con el otro jugaba con Lovie. Me apoyé en él, volviendo a sentir esa tranquilidad que siempre me recorría cuando visitaba lugares con él. Sabía que, a pesar de que no quedaran más, íbamos a seguir tan unidos como de costumbre.

Aunque quizá no tanto cuando descubriera que había quedado con Tyler.

Pasamos la tarde jugando con los dos niños revoltosos de la casa y me la enseñó entera. Su habitación, en mi opinión, era la más bonita. Me contó la historia más a fondo de que tenían esa casa desde hacía poco en realidad, antes vivían más cerca de Barcelona y se mudaron allí porque querían algo de costa. Ahí es cuando comprendí que las casualidades nos habrían unido tarde o temprano y habría sido igual de bonito. O eso quería creer. No me imaginaba ese verano sin él, la verdad, seguro que habría sido mucho más aburrido.

Y yo seguiría siendo una cerrada en el amor.

A las ocho de la tarde comimos algo ligero, pues ellos estaban acostumbrados a su horario americano. No lo rechacé, sino que comí lo que me dio, buenísimo por cierto. Ya sabía por qué mi madre estaba tan contenta, pues cocinaba como nadie. Sus padres llegaron unas horas después y me invitaron a quedarme a dormir, lo cual acepté sin miramientos. Avisé a mi familia de que no iba mientras Adley preparaba mi habitación. Tenían una para invitados, pero Gael se negó a que la pusieran bien para mí, en vano.

—Mamá, dile a papá que no hace falta. Mi cama es grande, puede dormir conmigo.

—Destrozad un poco la cama de invitados, como si hubiera dormido allí, y ya está. Ya sabes cómo es tu padre de perfeccionista.

Gael rodó los ojos, pero a mí, sinceramente, me parecía un buen plan. Jugamos con los gatos en esa cama hasta que se quedaron dormidos encima de ella. Los dos me parecían monísimos juntos. Me costó dejarlos ahí solitos, pero Gael me empujaba a su habitación para que los dejáramos dormir.

Cuando nos acercamos a su habitación, le cogí de la mano y le acerqué a mí. Quedamos a un centímetro escaso, pues le había empujado demasiado fuerte. Me rodeó la cintura y miré detrás de mí por si venía alguien por el pasillo. Totalmente despejado.

—¿Qué pretendes?

—Léeme la mente.

—Tu mente ha leído la mía.

Me dio uno de esos besos que tanto ansiaba y no esos cortos que me dejaban con ganas. Dimos pasos ciegos hasta su cama y me tiró en ella, haciéndome reír. Cerró la puerta, dejando todo a oscuras excepto la poca luz que entraba de la ventana aún abierta. Su sombra se acercó

lentamente hasta que se colocó encima de mí.

—Nada de ruido. Mi hermano está al lado.

Le empujé a un lado y cambié la posición, poniéndome yo arriba.

—Entendido, *handsome*.

\*\*

La costumbre de levantarme a la misma hora me despertó junto a la luz del sol que me daba en toda la cara. Gael estaba a mi lado con una mano en mi cadera. Vi mi camiseta en la mesita de noche y sonreí al recordar lo que había pasado. Creo que nunca había sentido tantas emociones, pues, a parte de la intensidad, el amor se palpaba en la escena y hacía mucho que no me recorrieran tantos sentimientos.

Me giré para dar un beso a Gael en la mejilla y él ni se movió. Estaba bastante dormido. Me preparé para irme y busqué con sigilo un papel en su escritorio. Un mensaje en el móvil sería demasiado cutre, una nota de buenos días era más bonito y más en esa situación.

Cuando lo encontré, lo partí en dos y cogí un bolígrafo.

*“Buenos días, dormilón. He ido a trabajar. Se lo debo a tu hermano que me cubrió ayer (porque ya sabes que, si no, tendría la mañana libre). Llámame en cuanto te levantes y ven a visitarme. Te quiero.*

*Your darling.”*

Abrí los ojos como platos y estuve apunto de tachar la última parte. No podía venir a verme, Tyler estaría ahí, pero quizá era eso lo que necesitaba: refuerzos. Tenía que ir la policía, pero con el suficiente sigilo para que no asustara a Tyler y me utilizara como rehén. Lo dejé como estaba y se lo puse en la cama, donde yo estaba.

Cogí el otro trozo de papel y escribí algo sencillo. Por suerte, tenía un despertador digital, además del que tenía en el móvil, que no había puesto ayer, por lo que podía moverlo como quisiera. Puse la alarma a las 23:55 para que no llegara justo a las 00:00 a la tienda. Dejé la nota debajo sin que se viera, con la esperanza de que la descubriera cuando sonara el despertador, y el miedo volvió a recorrerme. Ya estaba hecho. No había vuelta atrás.

*“Lo siento, al final sí quedé con Tyler. Búscame y ve con cuidado. No sé lo que pretende.”*



## 33. PADRE E HIJO

*La traición dolía cada vez que ocurría,  
cada una peor que la anterior,  
cada una más profunda que la otra,  
hasta que el corazón dejaba de sentir  
y no importaban las grietas que tuviera.  
El juego se había acabado.*

Los padres de Gael estaban despiertos cuando pasé por la cocina. No tenía planeado quedarme, pero me llamaron desde allí y me detuve. Me invitaron a pasar y a tomar un desayuno rápido, pues sabía que tenía prisa por ir a trabajar. Me caían muy bien y seguía sin entrarme en la cabeza que ese chico saliera algún día con mi madre, que los dos se fugaron un día y cruzaron medio país para estar juntos. Sonaba de lo más romántico.

Me senté al lado de Evie y me sirvieron un café con algunas pastas que me gustaron muchísimo. Se veían felices, eran como la pareja perfecta, al igual que mis padres, aunque ellos tenían muchos gestos amorosos delante de nosotros. Evie y Adley eran más reservados.

—¿Qué tal va Gabriel en el trabajo? —me preguntó ella.

—Muy bien. Estoy súper contenta con él. Se ha adaptado con rapidez y a veces es más atento que yo, arregla mis fallos... Genial, en definitiva.

—Nos alegramos de oír eso. ¿Y con Gael?

—Mi madre está encantada.

—No, vosotros dos.

—Ah. —Me sonrojé y me encogí de hombros—. Muy bien, por ahora. Tenemos nuestros más y nuestros menos, pero todo solucionado.

No sacaron el tema de la llamada de Tyler, supuse que por no recordármelo y que me entristeciera o algo. No lo sé, pero agradecí mentalmente que no me echaran la bronca ni nada por el estilo por la tontería que hice —y que estaba haciendo—. Sabía bien que ellos fueron quienes lo descubrieron, pero supuse que también sabían que Gael había ido directo a echarme la bronca por ello.

Me fui minutos después, agradeciéndoles todo, y me fui directa a casa. Debía coger las chanclas y, de paso, cambiarme de ropa a una mucho más calurosa. Tenía demasiado calor. También pensé en ponerles alguna nota a mis padres para que también lo supieran, pero los vería luego, a la hora de comer, y ese era el momento perfecto para escabullirme, poner un aviso e irme a trabajar.

Todo el camino estuve pensando cosas que hacer contra Tyler pero, además del pequeño plan que no sabía si funcionaría con Gael, no tenía más ideas. No iba a salir bien. De todas

formas, no había marcha atrás, ya no podía volver solo para coger la nota que le puse debajo del despertador y volver a irme. Ya estaba hecho. Solo faltaba ver qué pasaba.

Crucé la esquina de mi calle. No me fijé en el coche que estaba aparcado frente a mi casa hasta que lo tuve a unos metros de distancia. No me sonaba de nada. No era de mi familia ni de ningún conocido, lo reconocería, y no era así. La puerta se abrió cuando me quedaban pocos metros para llegar a casa. Me quedé parada, esperando saber de quién era y quién estaba a esas horas de la mañana molestando. Aunque no era muy normal que alguien se hubiera quedado dentro del vehículo esperándome.

Hasta que lo entendí.

Del coche bajó un hombre de la edad más o menos de mis padres, rubio y con una sonrisa de extremo a extremo. Nunca le había visto en persona, pero las similitudes con el joven que era antes y las fotos que me enseñó mi madre me vinieron a la cabeza en forma de recuerdos del hospital, donde habíamos descubierto todo.

Tyler.

Mi cabeza empezó a dar vueltas y a pensar teorías. ¿Por qué estaba Tyler ahí? ¿Qué pretendía hacer esperándome tan pronto? ¿Por qué había venido ya si habíamos quedado por la noche en la tienda? Me contesté sola. No se fiaba de mí. No creía que no había llamado a la policía. Él tenía otro plan antes de quedar conmigo y mi llamada fue la excusa perfecta para llevarlo a cabo.

Su figura esbelta se acercó a mí mientras mi corazón tamborileaba en mi pecho. Tenía miedo, inseguridades descubiertas y ningún plan al que aferrarme. Me había topado totalmente por sorpresa y yo había caído en sus garras.

—Hola, Tracy. No nos han presentado. Yo soy Tyler. —Me ofreció su mano y yo solo asentí. Él sonrió y se encogió de hombros, volviendo a su posición inicial—. Sube al coche, voy a llevarte a un sitio.

—No quedamos ahora.

—Ha habido un cambio de planes.

—Pero tengo que trabajar.

—Que lo haga tu amigo por ti. Un día no pasa nada. Si todo sale bien, mañana estarás ocupando el puesto que es tuyo y podrás devolverle sus horas.

—¿Y si no sale bien?

—Entonces espero que hayas pasado un buen verano. Sube al coche, no me hagas repetírtelo dos veces. No quiero que tus padres se enteren tan pronto de que estoy aquí, es una sorpresa, ¿entiendes? Y no te atrevas a chillar o tendré que acabar con todo esto antes de lo previsto.

Asentí. Odiaba que me tratara como una niña pero, en esa situación, prefería que fuera así y no perdiendo los nervios, chillándome y empujándome. Su voz era tétrica si me hablaba de esa forma, lenta, pero no sabía qué era mejor. Le hice caso y me aproximé al lado del copiloto para subirme con él. Posó una mano en mi hombro, haciendo que un escalofrío me recorriera, y me di la vuelta.

—¿Me dejas tu móvil un momento? Como comprenderás, no puedo dejarte ir con él.

Se lo di sin rechistar y él lo tiró con un golpe rápido a los arbustos que había en mi patio. Desapareció, pues entró dentro de uno. Era una buena idea, sabría recuperarlo, pero los demás no lo verían ni se darían cuenta de que había desaparecido. Se suponía que yo estaba en el trabajo. Solo necesitaba unas horas para que Gabriel se diera cuenta de que algo iba

mal.

Subí al coche cuando él se fue a su lado y me paralicé ahí dentro. No sabía qué pretendía, ni adónde iba a llevarme, ni con quién estaría... Tenía un miedo atroz. Nunca me había sentido tan presa como en ese momento. Su voz inundó el pequeño espacio cuando me recordó que debía ponerme el cinturón. Le hice caso sin rechistar y entrelacé mis manos que no podían quedarse quietas por los nervios. No aguantaba esa sensación de pánico.

Dimos la vuelta en esa misma calle y proseguimos el camino. Giraba la cabeza a todos los lados para confirmar que no me veía ningún conocido, pero fallé. Al final de mi propio barrio, Eric se asomó por la esquina, estaba apoyado en la pared y me quedé mirándole fijamente. Estaba serio, pero no hizo nada. Agaché la mirada cuando arrancamos de nuevo, pues nos habíamos parado en un Stop, y dejé que Tyler me llevara donde quisiera.

\*\*

La casa era de una sola planta, blanca y muy bonita. Estaba en el pueblo situado a unos pocos kilómetros de Tossa. Nunca íbamos a encontrarlo, pues siempre había vivido al lado. Sabía bien que en el primer lugar donde sería buscado era la propia Tossa. Era demasiado listo como para ser encontrado. Se había escondido durante años y nunca le habían pillado, era ya un experto. No sé qué estaría pasando por mi cabeza cuando pensaba que podría pararlo yo sola. Aunque lamentarme ya no servía de nada.

Tenía el presentimiento de que habría hecho lo mismo habiendo quedado conmigo o no. De todas formas, ya era tarde, estaba con él en el coche y... Bueno, la única opción era tirarme en marcha, pero me iba a acabar atrapando igualmente. No tenía salida.

Salí del coche y fui detrás de él a esa vivienda. Un pequeño camino llevaba a la entrada y abrió la puerta con facilidad, pues estaba abierta. Toda la estancia estaba casi vacía. Parecía como si se hubiese mudado hacía muy poco. Varias cajas se encontraban en una esquina, había un sofá en mitad de la sala con una televisión enfrente y unas escaleras que iban hacia abajo al fondo. Además, había dos puertas que llevaban a otras partes de la casa, supuse que la cocina y el baño.

—No te cortes, haz como si estuvieras en casa. Ponte cómoda.

Me senté en el sofá e intenté tranquilizar a mi corazón. Tyler salió por donde habíamos entrado y comencé a escuchar su voz, supuse que estaba llamando a alguien. No quería que viniera nadie, ya tenía bastante con él. No necesitaba meter a nadie más en líos, a no ser que la policía descubriera este lugar. Esperaba que lo hiciera, pero buscando por Tossa iban a perder unas cuantas horas.

Al menos Gabriel podría darse cuenta de que había desaparecido antes de que lo hiciera Gael por la noche. Mis padres se preocuparán al instante y llamarán a Adley y Evie. Si no calculaba mal, en unas dos horas comenzaría todo el revuelo. A no ser que Tyler hiciera algo antes, lo cual pensé nada más verlo entrar. Su cara tenía una nueva sonrisa. Se acercó a mí, lo que hizo que se me parara la respiración y se sentó a mi lado, dejándome mi espacio. Se lo agradecí con la mirada. No tenía pinta de querer nada de mí.

—He llamado a Roxanne, tu madre —me dijo, mirándome, curioso. No iba a revelar mis pensamientos con expresiones si era eso lo que buscaba—. Estamos jugando un juego, al escondite. Yo te escondo y ella te busca. Le he dado más tiempo para divertirnos, el área es muy grande.

—¿Cuánto tiempo tiene?

—Un día, veinticuatro horas. ¿Qué te parece? ¿Es justo?

Nada de esto es justo, pensé. Me lo guardé, pues no quería enfadarlo, prefería su parte sonriente, inocente. Eso lo había leído muchas veces, la protagonista siempre gritaba y se quejaba, haciendo que el psicópata gruñera y acabara haciéndole daño, aunque fuera solo una bofetada. Yo no iba a despertar esa bestia, quería pensar que no haría nada eso si seguíamos hablando calmadamente.

—Está bien. ¿Qué pasará si no gana? —decidí seguir con su juego.

—Quizá, si van muy mal, les dé un poquito más de tiempo, pero no creo que lo haga. Igualmente, no querrías saber el final. Eso es sorpresa para todos. —Asentí. No quería preguntar más. Sabía bien que yo estaba metida en ese final hasta el cuello—. ¿Le dijiste tú a tus padres que le diesen mi número a la policía? ¿O fue la policía quien lo dijo?

—Yo... Solo lo apunté cuando se lo estaban pasando. No tengo ni idea de cómo empezó todo eso. Aunque, la verdad, nunca creí que tuvieras el mismo número de hace años.

Él se encogió de hombros, despreocupado. Lo miré más tranquila, pues él también lo estaba. No parecía nada... Peligroso. Al menos en ese momento, pero sabía que debía de estar alerta. Me desconcertaba, pues me esperaba un hombre más agresivo, más vengativo, más controlador. No decía que no lo fuera, pero lo escondía bastante bien. Supuse que no era la única que sabía mostrar solo lo que quería.

—Nunca me han obligado a cambiarlo. Hasta ahora. Además, tenía demasiados contactos y, ya te puedes imaginar, cambiar de número y tener que decir a todos tus conocidos tu nuevo móvil y bla, bla, bla...

—Es un rollo, sí.

Suspiró y asintió a la vez. Se levantó y se estiró de manera exagerada, tal y como yo lo hacía al despertarme todas las mañanas.

—Puedes hacer lo que quieras en esta zona de la casa. No hay mucho, lo sé, pero tienes televisión y la cocina está ahí enfrente con algo de comida. Vas a estar aquí un día entero, tómalo como una visita a un amigo.

Un amigo no me encerraría, le dije con la mirada. No lo entendió por lo que pareció, pero no me importó. No podía leerme la mirada.

Asentí sin protestar. Al cabo de unos minutos, me puse a ver la televisión y así pasé lo que pareció una hora. Tyler iba y venía todo el rato, pero no me quise interesar por lo que hacía. Los minutos pasaban en la vida real y en mis pensamientos se libraba una batalla. Pensé en escaparme corriendo miles de veces, pero vi cómo Tyler tenía una tarjeta para abrir la cerradura y salir. Sin esa tarjeta, irse era imposible. Y no, ni loca me arriesgaba a quitársela como en las películas. ¿Qué haría después? ¿Salir corriendo? ¿Y si él tenía otra tarjeta escondida? No cabía duda de que corría más que yo.

Otra hora pasó y, con ella, Tyler se fue. Volvió cinco minutos después y ni siquiera miré cuando la puerta se abrió. Hasta estaba en una posición cómoda, me había conformado con la seguridad de estar viva veinticuatro horas. Debía pasarlas con tranquilidad, con la mente despejada y puesta en lo que realmente importaba (planear un plan para escapar o dañarle para quitarle la tarjeta), además de fingir normalidad.

Oí demasiados pasos como para ser solo una persona la que entraba a casa. Cuando me giré en dirección a la puerta, mi cabeza estalló. Me levanté de inmediato de un salto, pero no quise pasarme con la emoción, por lo que me quedé de nuevo parada, pero con los ojos muy

abiertos. Mi mejor amigo y Tyler entraron por la puerta.

—Eric... ¿Qué haces aquí?

—Tengo que contarte algo, Tracy.

Tyler se puso a su lado y le sonrió. Eric fingía felicidad. Lo supe al instante. Le había atrapado también, nos había descubierto y le había pillado. Sabía que la mirada que nos habíamos dirigido desde el coche significaba algo. Él supo solo con eso que no estaba segura, que algo ocurría. Quizá nos había seguido hasta allí. Nos habíamos convertido en dos rehenes y no estaba segura de que eso fuera bueno o malo. No me moví ni un milímetro, a pesar de que tenía muchas ganas de abrazarlo y saber que estaba conmigo.

Pero acabó siendo todo lo contrario.

Otra traición.

Fue Tyler quien habló.

—Eric es mi hijo.

## 34. TRAICIÓN

*Había una vez un corazón que se rompió en pedazos.  
Ya casi no le quedaban, por lo que no supo qué hacer.  
Murió,  
pero algo hizo que reviviera.  
Érase una vez un corazón que revivió  
porque él mismo encontró razones para ello.*

Creo que en ese momento me volví pálida. Eric sonrió no muy convencido mientras Tyler le ponía una mano en el hombro, orgulloso de su hijo. La palabra se me atragantaba hasta diciéndolo mentalmente. Eric había visto a su padre en la foto de mi madre, en el hospital, lo había sabido desde ese momento y no dijo nada a nadie. Eso era por lo que estaba tan raro, esa había sido la razón siempre. Nada del trabajo, nada del cansancio. Su padre era Tyler.

Me dejé caer en el sofá, destrozada. Necesitaba descansar si no quería desmayarme. No podía volver a mirar a Eric con los mismos ojos. Me había traicionado y se veía que estaba de su lado. El problema, que era bonito en realidad, pues se había reconciliado con su padre, me perjudicaba, a mí y a toda mi familia. Estaba encerrada por un psicópata en una casa y mi mejor amigo era parte de todo eso. El mundo quería que me diera un ataque al corazón.

E iba a acabar consiguiéndolo.

Eric no se me acercó, sabía bien que iba a rechazarlo. Intenté contener mi falta de respiración. Funcionó, sorprendentemente, pues me quedé mirando la televisión de nuevo, como si fuese lo único que había en la sala. Ignoré sus conversaciones, no me interesaban de nada. Solo supe que Eric se fue y Tyler fue detrás de él. Oí algo de vigilar su búsqueda, por lo que supuse que mi amigo se iría a dar pistas falsas a mi familia. Así no iban a lograrlo nunca. Confiaban en él y hacían mal.

Me eché a llorar sin cambiar la expresión de mi cara. Las lágrimas solo caían por mis mejillas mientras me sentía intacta por fuera. Por dentro me estaba desgarrando. Ni siquiera sabía lo que estaba viendo en la televisión y eso que no dejaba de mirarla. Mi vista comenzó a nublarse exageradamente, hasta que me dejé llevar y todo cayó sobre mí. Me derrumbé. Se acabó. No me encontrarían nunca. Todo se acabaría allí, por una estupidez mía, por un idiota en el que confié y por un hombre que no podía dejar a mi madre y a su familia en paz.

No pude dejar de llorar por, al menos, una hora. No tenía esperanza alguna. La traición por la que acababa de pasar me había destrozado por completo. No tenía fuerzas para luchar, no tenía ganas para seguir. El camino se había terminado, los trozos de corazón que me dejó Gael se habían caído y no volverían a aparecer. Me tumbé en el sofá, bañada en lágrimas, hasta que me quedé dormida por el dolor.

Deseé nunca volver a despertar. Todo lo bonito que había tenido con Gael acababa de

desvanecerse por culpa de Eric. Me dolía no dejar de recordarlo. Volví a llorar a pesar de sentirme seca, pero necesitaba seguir expulsando mi dolor en forma de algo. No quería destrozarse nada, pues Tyler se pondría furioso y quizá eso solo empeoraría las cosas. Aunque ya no me importaba. Todo estaba roto. Yo estaba rota. Los cristales que me formaban se habían destruido. Y eso eran años de mala suerte... Como si no tuviera suficiente.

Cuando miré la hora al despertar por segunda vez, pues me había vuelto a dormir, habían pasado tres horas y media más, con lo cual quedaban dieciocho horas para el plazo que Tyler había dado a mis padres de encontrarme. El dolor ya no hacía tanto daño, mi cuerpo se había convertido en una coraza que aguantaba golpes y ya no sufría, pero, aún así, siguió recordando todo lo ocurrido.

Hasta que acabó desembocando en recuerdos felices con todos los que me rodeaban, con los que me querían... Y volví a llorar de nuevo con más fuerza.

Necesitaba a mi familia a mi lado, los abrazos de Gael, nuestras quedadas bajo las estrellas, a mi mejor amigo de vuelta y no ese clon que había visto hacía horas, a mi hermano Daniel para molestarle, el cariño de mis padres, a mi amiga Anastasia, a mi querida Clary y su vitalidad, a Álex y nuestras charlas, a Gabriel y sus tonterías... A Roger. No volvería a ver a Roger. No me lo podía creer.

Los necesitaba ver una vez más al menos, una última vez, una despedida... Ansiaba algo que me devolviera los ánimos. Necesitaba recuperar mis pedacitos de corazón, pues había comprendido justo en ese momento que todas y cada una de las personas que formaban parte de mi vida me brindaban parte de ellos, me mantenían viva, me salvaban del abismo, me hacían sentir que saltar del acantilado no era tan difícil si ellos estaban conmigo.

La puerta se abrió unas horas después, no sabía cuántas exactamente. El tiempo ya no me importaba. Tyler pasó por ella y se fijó en mí, acercándose al sofá. Me giré para verlo sin importar que me viera llorar. Era humana, lloraba. Y mucho. Él cambió su expresión a una de comprensión, como si fuera mi padre y entendiera todo por lo que me estaba pasando. Se sentó en el borde del sofá y me aparté para que no me tocara demasiado.

—¿Estás bien?

—Creo que no parece que lo esté.

—No, la verdad es que no. No culpes a Eric, no sabía cómo contártelo. No quería que pensaras que... Le había comido la cabeza o algo. Lo hemos arreglado, nos hemos reconciliado después de años separados.

—Me alegro por vosotros —susurré.

—No estés así, Tracy, pasará. Además, mi hijo no es tuyo, nunca lo ha sido. Siempre fue mío y tú hiciste que nos separásemos.

Abrí los ojos como platos. Recordé la nota que me envió. ¿Eso era de lo que tenía que reflexionar? ¿De que, supuestamente, yo le había robado a su hijo? ¿Qué narices le pasaba por la cabeza a ese loco si yo no había hecho nada?

—Eso es mentira, yo le conocí cuando ya se había ido de casa. Yo no tuve la culpa de nada —repliqué, girándome un poco para mirarle.

Estaba serio, pero convencido de que tenía razón. No, eso no lo aguantaría, era darme una culpa que no tenía y encima muy grave. No iba a pasar por ahí. Además, estaba harta de fingir. Tenía que ser yo misma, gritarle si tenía que hacerlo y enfrentarme a él si mentía.

Iba a convertirme en la chica de las películas.

—Intenté arreglarlo con él más adelante, ¿no te lo contó? Pero estaba obsesionado con una

chica que le había dicho de seguir con lo que él quería. Si no me quería a mí, no debía estar conmigo. Soy su padre, Tracy, padre e hijo teníamos que estar unidos. Supe al investigar que habías sido tú. ¿Y sabes qué descubrí más adelante? Que eras hija de Roxanne. La verdad es que la vida me ha dado un dos por uno. Quería vengarme de Roxy y su miserable novio que me tendió una trampa con sus amigos de la que escapé por poco y, además, de la impresentable que empujó a mi hijo a escaparse.

Me senté a su lado, mirándolo fijamente y enfrentándolo así, y le respondí con toda la sinceridad del mundo. No debía darme miedo ese señor.

—Si no tratas bien a tu hijo, él no tiene por qué aguantarte. Los padres son amables y comprensibles con sus hijos. Tú no lo eras. No sé cómo serás ahora, espero que hayas aprendido la lección porque tu hijo es una persona excelente y que vale mucho la pena. Deberías apoyarle más.

—¿Sigues pensando eso después de traicionarte?

—Él siempre me ha apoyado. Estoy harta de estar enfadada con... Cualquiera cosa. Fuimos felices, buenos amigos, los mejores, y mis buenos sentimientos no van a cambiar a pesar de que haya hecho eso. Si ha creído que es lo correcto, su conciencia se encargará en un futuro de despertarle. Yo no soy quién para hacerlo. El destino te lo devuelve todo, como el Karma. Ojalá a ti también te llegue y te des cuenta de todo lo que estás haciendo.

Eso le hizo cambiar el rostro. Su seriedad se acentuó al máximo. La mía también. A mí nadie me desafiaba con la mirada y ganaba, no si sabía bien que la razón la llevaba yo. No era momento para dudas.

—No hagas que las horas disminuyan por arte de magia, Tracy.

—Haz lo que quieras en tu estúpido juego.

—Ya veo que estás resentida. No pasa nada, lo entiendo.

Se levantó del sofá y se dirigió a la puerta, pero mi voz lo detuvo antes. Iba a soltarlo todo. Si Eric engañaba a mis padres con la búsqueda, nunca llegarían. No me importaba lo que ocurriera, si ellos no venían, ahí dentro no hacía nada portándome bien y estando sumisa. Yo no era así, no me gustaba ser así y mucho menos con personas como él. Negué con la cabeza y sonreí, levantándome lentamente.

—Estaré resentida contigo, pero no voy a encerrar a tu hijo en una casa y a esperar a que tú lo encuentres. Qué alivio que no sea así, ¿verdad? ¿Te lo imaginas? Piensa por un minuto que alguien secuestra a tu hijo —empecé, andando hacia él. Tenía una mirada con la que me deseaba la muerte, pero no dijo nada—, pero tú no sabes dónde está. Te preguntas qué has hecho para merecer esto y descubres que tu ex de hace muchos años es el culpable. ¿Te parecería normal que alguien con tanta venganza en su interior te arrebatara a tu hijo? Eric no se merece eso. No ha hecho nada.

—No sigas por ese camino que...

—¿Por qué no? ¿No es eso lo que está ocurriendo ahora? Has encerrado a la hija de tu ex, que te tendió una trampa porque no le dejabas en paz, y le has dado horas para que me encuentren. El juego solo te gusta a ti, pero no es nada justo. Si tú crees que lo es, no estás muy bien de la cabeza, Tyler.

Me detuve delante de él. Nos quedaban unos centímetros para chocarnos. Él era mucho más alto que yo, pero eso no se convirtió en un obstáculo. Le desafié con la mirada, él estaba a punto de estallar, lo notaba. En un movimiento rápido, sentí sus manos en mis brazos, aplastándome, mientras su mirada seguía siendo la misma con un toque tétrico que era lo que



me temía ver. Me dolía, me apretaba demasiado, pero no dije nada, no iba a ceder ante su impulso.

Las sirenas lo detuvieron. Creí por un momento que era yo la que se lo estaba imaginando, que mi mente deseaba tanto oír ese sonido que me estaba jugando una mala pasada. Pero no, pues Tyler se separó de mí y fue con rapidez a mirar por la ventana que daba a la entrada.

—Ya están aquí. ¡Qué mierdas hacen aquí!

Quería saltar de la emoción. Nos habían encontrado. Tyler estaba perdido. Vi en sus gestos nerviosos que no se lo esperaba, que creía que estaba a salvo en esa casa. Sonreí con ganas de llorar de nuevo, esa vez de alegría. Habían pasado horas desde que estaba en esa casa y no podía creer que se terminarían en breve. Esperaba que Tyler no hiciera ninguna locura y tuviera planes para que todos saliéramos sanos y salvos, no me gustaría tener que utilizar la violencia si me sentía en peligro.

Su móvil sonó. Oí perfectamente lo que decían al otro lado y reconocí la voz. Mi madre estaba ahí fuera junto con mi padre. Quise asomarme a verlos, pero no quería acercarme demasiado al hombre culpable de toda esa situación.

—Tyler, estás rodeado. Saca a mi hija de ahí y nadie saldrá herido.

—Ven tú a recuperarla, querida. Seguro que tiene muchas ganas de verte. De aquí no sale nadie.

—Ni se te pase por la cabeza, Roxy —oí a mi padre—. ¡Roxy!

En unos segundos, alguien tocó a la puerta. Tyler la abrió con una sonrisa y mi madre pasó con una mirada seria y despectiva para él, hasta que me vio. Su rostro se derrumbó y corrí con ella para abrazarla con todas mis fuerzas. Necesitaba saber que estaba de verdad ahí y no era un sueño. No lo era, era una realidad. Pero también lo era que estábamos atrapadas.

Mi madre se puso delante de mí, protegiéndome. Dio unos cuantos pasos hacia él, que se había cruzado de brazos. Se quedaron demasiado cerca, mamá sabía que no le haría nada malo. Se veía en la mirada de Tyler que seguía algo enamorado, como si no quisiese hacerle nada de lo que se arrepintiera. Pero eso nunca se sabía y yo no estaba segura de ello. Tenía miedo de perder a mi madre.

—Tyler, déjala libre. Me quieres a mí. Ya me tienes. Yo me cambio por ella.

—Mamá...

—No, creo que eso no va a ser una opción.

Él se acercó también. Enredó un dedo en un mechón de mi madre y su mirada cambió por completo. Había una pistola en su pantalón, no me podía creer que no la hubiera visto antes. Nos mataría a las dos con un golpe limpio. Negué con la cabeza, paralizada.

La pierna de mi madre se levantó, dando un rodillazo en las partes nobles de Tyler, él se dobló hacia abajo. Di unos pasos hacia atrás y me choqué con la puerta. Me di la vuelta e intenté con todas mis fuerzas abrirla, pero el dispositivo electrónico de la tarjeta permanecía intacto. No podíamos salir por ahí. Busqué más salidas con la mirada. Nada, las ventanas estaban completamente cerradas de la misma manera y romperlas nos costaría algo más.

Mi madre volvió a cubrirme, pues Tyler se estaba levantando con algo de dolor en esa parte. Eso debía de haber dolido bastante. Mamá estaba dispuesta ya a darle de nuevo si lo veía necesario, pero una sombra se movió rápidamente y empujó a Tyler contra la pared. No le afectó tanto, pues levantó el brazo y le dio un puñetazo en toda la mejilla a la persona que lo hizo.

—¡Gael!

Ni siquiera le importó el impacto del puño en su cara. Lanzó una patada contra el estómago de Tyler y le tiró al suelo. Iba a ir hacia él para terminarlo todo, pero los tres vimos que buscó la pistola con la mano y no tardó en encontrarla. Dispararía si no desaparecíamos de la sala.

Había que hacer algo pero ya.

Miré a todo nuestro alrededor. Teníamos que salir por algún lado si no queríamos acabar ahí. Gael escupió sangre en el suelo y se limpió con la camiseta. Nuestra mirada se unió, no supe qué sentimiento me transmitió primero. No estaba segura si era traición por lo que había hecho, si es que había leído la nota ya, o ilusión por verme bien. Yo también me alegré de verlo y tuve que contenerme mucho por no correr y abrazarle.

La situación no estaba para ello.

—Al sótano —dije. Se me acababa de ocurrir. Gael no había podido entrar por otra parte sin hacer ruido. Quizá ahí habría una salida que no estuviera vigilada por el dispositivo electrónico que nos mantenía presos en ese momento.

Corrimos antes de que Tyler se levantara o hiciera alguna locura con el arma. Bajamos las escaleras de una en una y con demasiada prisa y presión como para arriesgarme a saltar de tres en tres. En ese momento sí era peligroso. Gael se dirigió a una puerta que había encima de unas escaleras, al otro lado de la sala. Se tiró a ella, pero no ocurrió nada.

Cierre automático.

No había tarjeta, no había salida.

Cogí a Gael por los hombros y lo empujé para que bajara, pues seguía intentándolo y no quería que acabara haciéndose más daño. Él me miró fijamente y negué con la cabeza para que me entendiera sin necesidad de palabras. Su camiseta verde estaba llena de sangre de antes. Si no hubiera sabido la razón de ello, me preocuparía más de lo que ya estaba. No parecía importarle la herida ni el puñetazo que había recibido. Su pómulo estaba algo enrojecido.

—Están... Ahí fuera, los policías que iban a ayudarnos a salir. ¿Por qué no entraron después de mí? Yo entré por aquí hace apenas unos minutos.

—Porque una vez que entras por primera vez, el mecanismo se activa y, sin tarjeta, nadie entra ni sale —respondió Tyler, bajando lentamente las escaleras—. Olvidé esa entrada y tú lo activaste. Una vez cerrada la puerta, nadie vuelve a utilizarla. Buen golpe, pero muy rastroso por tu parte.

—Como si tú no lo hubieras sido.

Mamá se puso delante de nosotros. Una mano se dirigía a nosotros y otra a Tyler, intentando tranquilizarle con la mirada. Sabía que no dejaría que él nos hiciera nada mientras ella estuviera ahí.

—No estamos para hacer locuras. Vamos a arreglar esto.

—No te veo convencida de querer hacerlo. Antes...

—Lo sé, lo sé. Me puse nerviosa. ¿Qué es lo que quieres, Tyler? Dímelo y yo haré lo que sea para dártelo. Hay mucha gente fuera que puede ayudarte. Los niños no tienen por qué salir heridos. Tienen mucho que vivir aún.

—¿Lo que quiera?

—Lo que quieras.

Negué con la cabeza. Iba a llevársela. Sabía que mi madre, por su mirada dirigida nosotros, estaba siguiendo su juego y sabía que saldría bien. Yo no estaba tan segura. Mis

lágrimas comenzaron a brotar de nuevo, no podía perder a nadie. Me acerqué a mi ella, tomándola del brazo, pero me apartó con un pequeño empujón. Gael tomó mi mano para apoyarme. No me funcionó de nada. Quedarme quieta no me ayudaba.

Todo ocurrió con demasiada rapidez. Tyler levantó la mano con la pistola y apuntó a mi madre. Gael me apartó para impedir que me acercara mientras él se aproximaba a mamá. Iba a intercambiarse por ella. Intenté agarrarle del brazo para negarme a que lo hiciera, pero ya estaba muy delante como para agarrarlo.

—Quiero venganza.

Un disparo.

Una herida.

## 35. EL SÓTANO

*La emoción llegó a la cima  
y las lágrimas pudieron con todo.  
El agua lo dijo todo por mí.  
Lloré a mares,  
pero me sentí más feliz que nunca.*

**A**lgo comenzó a dolerme, a quemarme. La situación se había descontrolado demasiado y un mareo me recorrió. Se me pasó rápidamente, pues no me permitía perder el conocimiento en ese momento. Eric había aparecido en escena detrás de Tyler y le había clavado algo en el brazo en el que sujetaba la pistola. La bala cambió de dirección y acabó impactada en mi brazo izquierdo. No era una herida muy grande, pues solo me había rozado, pero sangraba mucho, demasiado para mi gusto.

Aun así, eso no me detuvo para adelantarme a todos y coger la pistola que había caído de las manos de Tyler. Todos se sorprendieron. Me aseguré con una mirada rápida de que Gael y mamá estaban bien y miré a Eric, al cual apunté. Él levantó las manos a la altura de los hombros mientras Gael se encargaba de sujetar al psicópata que había caído al suelo por la herida que le había producido su hijo.

Mi mirada se volvió borrosa y las cosas comenzaron a volverse lentas, pero seguí en pie, intentando disimularlo todo. Los ojos de Eric me decían que él lo sabía, sabía que estaba a punto de caerme, pues él conocía lo que me pasaba al ver demasiada sangre donde no debería haberla, como cuando vi a Roger.

—Explícame a qué maldito juego estás jugando, Eric, porque no me gusta.

—Tracy, tranquila, baja la pistola, yo no soy ninguna amenaza. —Eso no me convenció demasiado, por lo que seguí con el brazo en alto—. Engañé a mi padre para salvarte. Sabía que había algo que no me contabas, un plan. Cuando quedé con él, me contó que le habías llamado para veros. Tenía que pararte. Yo llamé a la policía. Yo les traje hasta aquí.

Miré a mi madre, quien asintió. No parecía nerviosa por tener yo la pistola, pero sí parecía un poco tensa. La mirada de Eric me afirmaba su versión. Mi cabeza dio un vuelvo y asumí todo. Nunca me había traicionado, seguía siendo mi mejor amigo, nunca se había ido. Tyler estaba acabado.

La pistola cayó de mis manos y sentí que el mundo me daba vueltas cuando vi en el suelo toda la sangre que había. Las gotas seguían cayendo, sentía algo bajando por alguna parte de mi cuerpo. No era solo agua o un líquido normal, la sangre seguía saliendo de mi extremidad. Mi brazo sangraba y sangraba. La herida era pequeña, pero esas eran las que más daño hacían. Un segundo después sentí que alguien me cogía en brazos, volaba por la habitación y me dejó llevar.

\*\*

Desperté en una habitación llena de gente. La luz se reflejaba en las paredes blancas y me cegó por un momento. Me dolía el brazo, donde tenía una pequeña venda, pero nada grave, por lo que pude notar. Oí varias voces, pero aún se me distorsionaban. Necesité unos segundos para reconocer todas las caras. Todos estaban ahí. Mis padres fueron los primeros en abrazarme. Daniel los empujó para hacerlo también, cosa que me hizo sonreír. Lo recordaba todo.

Miré a mamá, que tenía lágrimas en los ojos. Todas las pupilas de la sala estaban sobre mí, pero no me importó. Quería asegurarme de que todo lo que recordaba era real, que todo había acabado, que todos los problemas se habían resuelto y desaparecido. No estaba lista para más malas noticias.

—¿Tyler?

—No volveremos a verlo nunca, tranquila —me dijo papá con su mirada tranquilizadora—. Él ya no importa. La policía se lo ha llevado. El caso está cerrado... Y no sé si gracias a ti, señorita. ¿En qué estabas pensando?

Me reí a carcajadas por su repentina seriedad. Mi madre estaba con la misma expresión. No me importó. Ya todo había pasado. La realidad volvía a su cauce y era lo único que me importaba. Las broncas eran otro tema aparte que me tomaría con alegría, pues ya no servirían de nada en ese caso en concreto. Había salido todo bien, pero me juré a mí misma no volver a meterme en tal locura.

—Perdonadme, no sé qué se me pasó por la cabeza. Deja de pensar en eso, estamos bien. Todo se ha acabado. No volveré a hacerlo, lo prometo, pero también espero que no aparezca ningún ex más que quiera venganza. No quiero volver a ser el centro de eso.

—No, tranquila, solo tengo dos serios y uno es más adulto que el otro —dijo mamá mirando a Adley, que estaba detrás con su esposa, sonriendo—. No pasará nunca más, no permitiré que te metas en tales problemas. Creo que no he tenido tanto miedo en mi vida. Casi me da un ataque al corazón. ¿Qué tal estás, por cierto?

—Muy bien, solo siento una molestia en el brazo. —Alargué el brazo para revolver el pelo de Daniel y sonreí—. Mi caballero andante, te quiero, idiota.

—Yo también a ti, tonta.

Anastasia vino corriendo hacia mí con su típica efusividad y me abrazó tanto como para aplastarme. No dijo mucho, pues sabía que se lo reservaba para nuestra siguiente quedada, que sería muy pronto. Clary y Álex venían juntos. Él me abrazó y se puso al lado de Daniel. Los miré con alegría, todo esto les había ayudado para reconciliarse. No dejaban de ocurrir cosas bonitas después de que todo lo malo ocurriera.

Los padres de Gael, él y Gabriel también me abrazaron. La mirada del chico que me gustaba me dijo que quería llorar. Sus ojos brillaban demasiado y se habían cristalizado un poquito, pero no salió nada, por lo que no hice comentarios sobre el tema.

—Vi tu nota y déjame decirte que estás loca.

—Él nos avisó justo antes de que llamara Tyler —informó Evie—. No vuelvas a hacer una locura así. Eres la chica más cabezota que he conocido nunca en un caso. Por suerte, siéntete tranquila, se acabó todo.

—Eso es lo único que necesitaba oír.

Guiñé un ojo a Gael para decirle así que hablaríamos en privado. Todos se quedaron conmigo y el médico me dijo de quedarme a dormir, pues ya era tarde, al día siguiente por la mañana volvería a casa sin problemas después de confirmar que todo iría bien. Lo que decía, la herida no había sido grave. La gente que había fue disminuyendo por horas hasta que, por la noche, solo quedaba mi madre, Gael y Daniel. Mi padre se fue para llevar en coche a Clary y a Álex a casa. No podía estar más agradecida de tenerlos de nuevo a todos a mi lado. A mi familia.

Mi madre y Daniel se fueron poco después y Gael los acompañó hasta la puerta. Se quedó ahí, sin mostrar gestos de que iba a volver conmigo. Eso me hizo dudar un poco, pues no sabía lo que tenía pensado.

—Tengo una sorpresa para ti.

Fruncí el ceño. No necesitaba regalos ni nada de eso. Había comprendido y se me había metido en la mente que lo único que necesitaba eran ellos. Salió un segundo y volvió sin tardar, pero acompañado de alguien.

Roger.

Me eché a llorar al instante. No podía creerme que estuviera ahí. Andaba un poco lento por la muleta, pero no dudé en aplastarlo en un abrazo cuando llegó al borde de mi cama. No había dejado de pensar en él, de saber que iba a darle una sorpresa en cuanto saliera del hospital, visitándole personalmente a casa. Tenía tantas ganas de verlo que no podía con la emoción que recorría mi pecho. Hasta tuve que controlarme, pues la energía hizo que mi brazo me diera un ligero pinchazo.

Gael había desaparecido cuando le busqué con la mirada y agradecí ese momento a solas que nos estaba brindando. Se sentó en la silla que tenía al lado de la cama y le cogí de la mano con nuestro gesto.

—No tienes por qué tenerme envidia de estar en el hospital. Con uno que estuviera aquí ya sobraba, no tenías por qué copiarme.

—Si hubiera sido a propósito, no tendría una herida en el brazo. Ya sabes que yo voy a lo grande. He tenido miedo de no volver a verte y ya es demasiado cuando, en el mismo verano, ya lo he sentido dos veces. No me gusta la sensación.

—A mí tampoco, pero no sé si es peor estar pensándolo o que te llamen de repente y que te digan que la loca de Tracy está en el hospital porque la han disparado. Me lo han contado todo y no he venido a echarte la bronca. Sé que lo hiciste con la mejor de las intenciones y seguro que tú sola has aprendido la lección. No quiero perderte. Primero tengo que irme yo, a ti te queda mucha vida.

—Igual que a ti, Roger, no digas bobadas.

\*\*

Una semana después, todo había vuelto a la normalidad. El verano siguió su curso mientras cada vez quedaba menos para que diera a su fin. Las ganas y los nervios de irme a la Universidad aumentaron por momentos. Por cierto, al final elegí la de Barcelona, la más cercana a mi familia, que me daba grandes oportunidades para mi futuro. Me mudaría a un piso en tres semanas y prometí a mis padres que volvería todos los fines de semana a verlos.

Álex ya había vuelto a Madrid, donde sus padres nos llamaron nada más saber lo ocurrido. Mi padre se lo contó todo y prometió ir pronto a verlos. Eso siempre lo cumplía.

Clary y Daniel se comenzaron a llevar mejor, ya eran grandes amigos.

Gael estaba a mi lado. Nos encontrábamos cogidos de la mano y yendo en dirección a mi casa, pues ya habíamos pasado un rato juntos después del trabajo, como todas las noches. Siempre me acompañaba a casa. Incluso a veces se quedaba a cenar y a dormir. No volví a negar mis sentimientos, los echaba todos fuera. Le quería y no me cansaba de demostrarlo a todas horas.

—Tengo... Una noticia que darte —dijo. Nos sentamos en las escaleras que daban a mi casa y nos quedamos juntos con las manos entrelazadas—. Nos vamos el sábado. No he podido decírtelo antes porque no estábamos seguros, pero ya están comprados los billetes.

Eso me destrozó. Sabía que el final estaba cerca, que se iría en poco tiempo, pero no tan pronto. Apreté más nuestro agarre y mi mirada comenzó a nublarse. No quería pensar en ello, no quería que se fuera. Era egoísta, pues él tenía que volver, pero no podía ni creerme que ya era hora de dejarlo ir después de pasar por tantas cosas y haberlas superado todas.

—Pero... Solo quedan cuatro días.

—Lo sé, pero tengo otra cosa de la que hablarte. —Le miré con ciertas lágrimas en los ojos. Él me las quitó en cuanto cayeron y se lo agradecí con una sonrisa—. ¿Quieres venir conmigo a Nueva York?

No me lo podía preguntar en serio. ¿Era en serio? Mis ojos se unieron a los suyos, buscando algún toque de broma o burla. No había nada. Era de verdad.

—¿Qué?

—Ven conmigo. Puedes... Venir unos meses, volver para fin de año, pues supongo que quieras pasarlo con tu familia. Puedes tener un año sabático, disfrutarlo, trabajar en algo que te guste... Me tendrás a mí siempre. Tracy —murmuró más serio, cogiéndome de las manos y obligándome a verle a los ojos—, confío en lo nuestro. Me gustas, me encantas y te quiero. Lo he pensado mucho, es una locura, lo sé, pero prométeme que lo pensarás.

—Lo prometo —dije sin dudar.

Eso era una completa locura.

## 36. INDECISIÓN

*La noticia impactó.  
La decisión se discutía en mi mente.  
El veredicto se dio solo.  
Fue tan bonito  
que nos costó llegar al final.*

Cerré la puerta de entrada detrás de mí. Me dejé resbalar con la espalda pegada en ella, rodeé mis piernas con los brazos y me quedé pensativa. Era una locura tan grande como el universo. ¿Cómo iba a ir con él al otro lado del mundo? Por una parte, toda mi familia, mi vida, mi futuro estaba aquí... Pero, por otro lado, mi mente se estaba planteando muy seriamente ir. Una nueva oportunidad, una nueva vida, un despertar nuevo cada día... Una escapada como la que tuvo mi madre a mi edad.

Unos pasos me despertaron. No sabía muy bien el tiempo que llevaba ahí sentada. Estaba en una postura cómoda, por lo que me había permitido a mí misma quedarme ahí luchando con mis pensamientos. Cuando subí la mirada, vi a mi padre agacharse y ponerse a mi lado de la misma forma en la que yo estaba.

—¿Ha ocurrido algo?

—Gael me ha invitado a ir a Nueva York con él.

Eso pareció sorprenderle. Seguro que creía que habíamos tenido una discusión de nada o que tenía un problema menor, pero ese nadie se lo esperaba, ni siquiera yo. No estaba muy segura de que los padres de Gael supieran también sobre el plan de su hijo loco. Tan loco como la chica con la que estaba, que le gustaba o lo que fuera. No me hacía especial ilusión poner nombre a relaciones que tenían fecha de despedida, como la nuestra.

Y la despedida tenía fecha: cuatro días.

—*Wow...* Sinceramente, me esperaba todo menos eso. ¿Y qué piensas?

—Que sería una gran oportunidad para... Para hacer de todo. Estaría con él, viajaría lejos, repetiría la historia de mamá, ¿te acuerdas? Bueno, sin los problemas con los padres ni estaría sola, pues están Gael y toda su familia conmigo. Pero os tengo aquí, tengo toda mi vida, mis estudios, mi futuro... Estoy confusa.

—Bueno, a ver... —Se rio ligeramente y me miró—. Tu madre no es un gran ejemplo de ello. Le fue bien al comienzo y al final también, ya sabes, me conoció y todo eso —bromeó. Nos echamos a reír por ello y sonreí—, pero creo que puedes imaginarte lo que ocurrió cuando la dejó Adley o cuando tuvo que aprender a vivir ella sola. Tuvo a sus amigos a su lado, claro, pero dolió, eso seguro. —Asentí con la cabeza baja. Él me obligó a mirarle—. Tracy, eso no va a pasarte a ti. Nosotros estaremos aquí siempre, sin importar lo que ocurra. Quiero que lo pienses bien y, cuando llegues a una conclusión, hables con nosotros



seriamente. Nosotros te ayudaremos.

—Gracias, papá.

—Te quiero, hija. —Posó un beso en mi cabeza cuando me abrazó—. Vamos a quererte elijas lo que elijas, pero gastas tus ahorros, ¿eh?

—Ya lo veremos.

\*\*

Anduve los últimos pasos y suspiré antes de tocar a la puerta. Estaba feliz, muchísimo, por volver, por verle, por hablar con él y pedirle consejo. Necesitaba su sabiduría para sobrevivir. Quería que me abriera los ojos y me indicara el camino que debía seguir, a sabiendas que eso lo elegiría yo, él solo me guiaba hacia la senda más próxima a mi felicidad.

Abrió con una sonrisa y le abracé fuerte antes de entrar. Había preparado el café para los dos y me senté en la silla con ganas de charlar con Roger. Seguía con la muleta, pero ya andaba muchísimo mejor sin ella. En unas semanas, podría quitársela sin problemas. Y eso me hacía feliz, pues se notaba que los estragos estaban desapareciendo. Al igual que mi brazo, el cual seguía protegiendo con una venda, pero ya ni siquiera dolía.

—¿Qué tal todo, mi niña? ¿Y la tienda?

—Muy bien. Gabriel se está encargando de ella. En una hora tengo que ir yo, pero me ha dicho que puedo tardar más. Le ha cogido el gusto y le encanta, no puede irse sin trabajar de más. Creo que, en un futuro, si no consigue trabajo o se cansa de Nueva York, vas a tener un empleado fijo.

—Estaría encantado. Y... Hablando de empleados y de la tienda. Tengo que hablar contigo un asunto. ¿O quieres contarme tú algo antes?

—No, tú primero.

—Bien... Agárrate a la silla. —Reí e hice el gesto de apretar mucho la taza para sujetarme, aunque no funcionaba de nada, como era obvio—. Quiero que te quedes la tienda.

Titubeé. La taza se resbaló un segundo de mis manos, pero la sujeté con fuerza a tiempo para no montar ningún estropicio. No me podía estar pasando eso. Dos de las mejores noticias que me podían dar en menos de veinticuatro horas, sin embargo, eran tan contradictorias que no podía cumplir las dos a la vez. Si me quedaba con la tienda, no podía ir a Nueva York; y si iba a Nueva York, no podría ocuparme de la tienda.

La cabeza me provocó un mareo por la confusión que se movía en mi mente. Dejé la taza encima de la mesa mientras una decisión giraba a mi alrededor. Mi sueño desde pequeña había sido trabajar en la tienda. Mi sueño desde hacía unos meses era seguir trabajando siempre en la tienda. Mi sueño se acababa de cumplir, Roger me la daba sin ni siquiera pedírselo. No podía negarme a ello, pero sentía tristeza por la respuesta que tenía que dar a Gael.

Quería quedarme. Mi familia y toda mi vida estaban ahí. Además, era joven e inexperta, tenía mucho tiempo para ver mundo y poder seguir con él. Lo nuestro era un amor nuevo, vivir juntos solo estropearía las cosas. No quería que lo hiciera, quería estar bien con él, aunque tuviera que dejarlo ir. Éramos de lugares distintos, el destino nos uniría si confiaba en lo nuestro.

—¿Por qué a mí, Roger? No... No me esperaba esto.

—Esa tienda ha pasado de generación en generación por toda mi familia. Cayó en mí por

accidente, pero acabé amándola. Tú eres lo más cercano que tengo a una familia, Tracy, quiero que te la quedes tú. Sé que te gusta, que el mar es tu pasión. Esa tienda es para ti.

—Pero... Yo no puedo... Me voy en...

—Lo sé, claro que tengo en cuenta la Universidad. Yo pagaré la tienda con lo que ganemos. Además, nunca vas a estar sola. No pienso dejar ese puesto. He pensado en redecorarlo, en hacerlo más grande y yo me encargaré de dar paseos en yate. Lo incluiremos en el catálogo. A la gente le encantará. Algo así como lo que hacía antes con mi barco, como cuando conocí a esa pequeña Tracy.

Parecía tan emocionado como un niño. Eso era lo que más me gustaba de él. Podía ser viejo por fuera, pero tenía un espíritu de niño por dentro. Me encantaba su idea. No me dejaría sola en, al menos, los siguientes quince o veinte años. Para ese momento, ya sería lo suficiente mayor para encargarme y vivir de ella. Quería hacerlo y tenía muchas ganas. Ojalá poder hacer que envejeciera con más lentitud para que siguiera con su sueño mucho más tiempo, y conmigo.

—Yo vendré todos los fines de semanas, si no tengo exámenes, claro, pero puedo hacerme cargo de ella para ayudar.

—No vas a ayudar más, Tracy, es tuya. Quiero que firmes el traspaso antes de irte.

—Eso es mucha responsabilidad, pero acepto. ¡Claro que acepto! —Me levanté de golpe y volví a abrazarlo—. ¡Gracias, Roger! Me haces la chica más feliz del mundo. Prometo protegerla como si fuera mi hija y dejar que siga de generación en generación como vosotros lo hacíais. Quiero hacerlo bien.

—Confío en ti, querida, eso no lo dudas. —Nos cogimos de las manos mientras no podía dejar de mirarle a los ojos. Me inspiraban confianza y gratitud—. ¿Qué tenías que decirme?

—Oh. —Me sorprendí. Ya se me había olvidado ese tema. Me senté de nuevo, pero acercándome más a él para no romper nuestro lazo—. Gael me invitó a irme con él, a Nueva York. No puedo hacerlo, no me siento... Preparada. No quiero estropear nuestra relación tan pronto. Sé que no voy a verlo en mucho tiempo, pero así serán mucho mejor los encuentros, ¿no? Y... Os tengo aquí. Quiero ir a la Universidad, vivir la vida universitaria, pasarlo bien, trabajar de lo que me gusta y cumplir metas poco a poco. Una de ellas será visitarle. Lo haré algún día. Creo que no he sabido tomar una decisión hasta que no lo he dicho en alto.

—Lo tienes muy claro, yo no tengo nada más que decirte. ¿Aún no le has dicho nada de tu respuesta, verdad? —Negué. Lo había adivinado con solo mirarme—. Gael lo entenderá. Es un chico listo. Me cae bien y me parece que es genial para ti. Confío en que un día os volváis a ver, el amor va a seguir ahí a pesar de que el tiempo o personas pasen por encima. ¿Confías en lo vuestro?

—Claro que lo hago. Confío más en lo nuestro que en cualquier otra cosa. Sé que el destino nos unirá, aunque tenga yo que empujarlo.

\*\*

Llegué a casa exhausta. No me podía creer que hubiera tanta gente en la tienda un mísero miércoles. Aunque no había nada de comparación con el mes de julio, agosto había sido menos movidito. Se notaba que se acababa el verano y yo no quería aceptarlo. Me quedé a las puertas de mi casa, pues un silbido me hizo voltearme.

Eric se apoyó en la verja de mi patio y sonreí al verlo. Corrí a abrazarlo y me elevó para

darme varias vueltas en el aire. Acaricié su mejilla al notar que le preocupaba algo. No habíamos hablado mucho en los últimos días, pues él estaba arreglando papeleo y cosas del caso que ya se había cerrado definitivamente. Él estaba fuera de sospecha.

—¿Todo bien?

—Supongo que mejorará a partir de ahora. Se acabó todo y me voy en dos semanas a mi nuevo piso alquilado. Parece que la vida universitaria nos espera. —Asentí, de acuerdo con él—. ¿Tú qué tal?

—Una locura tras otra, pero todo bien. —Me miró el brazo y negué con la cabeza—. Tranquilo, ya es una mísera herida sin importancia. La bala solo me rozó.

—Perdón por no estar ahí antes.

—Lo entiendo, no lo sientas. Lo importante es que está todo bien. ¿Qué pasará con tu padre? ¿Sabes algo?

—Irás a la cárcel. No sé cuántos años, pero ten por seguro que muchos. Me dejó algunas cosas en su antigua casa: algunos ahorros, ropa, objetos que llevaré al piso nuevo... En el fondo, parece que me quería un poco. Lo siento por no contártelo antes, me quedé en *shock* cuando vi la foto de mi padre en el móvil de tu madre. Fui a hablar con él y comprendí que la única forma para que me lo contara todo, era fingir que volvía con él.

—Hiciste bien, nos salvaste a todos. No te disculpes por esas cosas. Me dolió, sí, pero desperté más vitalizada. Entendí lo que verdaderamente importaba y tú estabas entre esas personas importantes a pesar de lo que creía que habías hecho. Siempre voy a quererte. No puedo evitarlo.

—Me alegra decir que siento lo mismo por ti, pero recuerda que no pienso fallarte, Tracy, eres mi amiga y mi hermana pequeña de corazón.

—Entiéndeme, no me esperaba eso.

—Claro que lo entiendo, me dolió más a mí verte de esa forma que a ti. Iba a esperar un poco más para decirle todo a la policía, pero ver tus ojos cristalizarse me rompió a mí por dentro. No me destroces así otra vez, por Dios. No sé si podré soportarlo.

—Lo soportarás, pero si lo hacemos juntos. Ya lo sabes, somos los mejores.

Eso venía de “mejores amigos”. La gente se reía de nosotros porque creían que uno de los dos quería tener una relación con el otro y ese no quería, pero la verdad era que ninguno lo quería, solo necesitábamos tenernos en las buenas y en las malas. Así, pasamos de ser los mejores amigos, a ser los mejores.

—Los mejores.

## 37. ¿FINAL?

*El destino quiso unirnos  
y él mismo quiso separarnos.  
Sé que confía en nosotros.  
No podemos defraudarlo.*

No pude decirle nada el jueves. La garganta se me secó y no podía admitirle que no iba a ir con él, no aún. Pasamos media noche juntos de nuevo, pasándolo bien y recordando viejos y bonitos momentos. Incluso visitamos a Roger los dos juntos para que se despidiera de él. El viernes sería todo para mí. Todavía no quería mentalizarme de que iba a perderlo mucho tiempo, incluso quizá para siempre. La distancia no siempre funcionaba y casi nunca cuando nos separaban horas y horas de avión y un gigantesco mar. Me daba pena admitir que podía ser la última vez que lo vería. No quería pensar en ello, nuestro vínculo seguiría ahí a pesar de todo.

El viernes me decidí, tenía que decírselo ya. Quedamos antes del trabajo para ir a desayunar en algún lado. Escogimos un restaurante pequeño pero cómodo y bonito por dentro. Nos sentamos en una mesa y oímos el aroma de los bollos recién hechos. Me moría por ese olor. Mi estómago gruñó al instante, haciéndonos reír. Pedimos un café y unos cuantos bollos para los dos, pues nos moríamos de hambre. No tardaron nada. Tenían una pinta de muerte.

—Te noto rara.

Di unas cuantas vueltas al café para quitar un poco la espuma que se había formado y asentí, no muy contenta. Él lo comprendió al instante y vi que una sonrisa aparecía en su rostro. Mi mirada era totalmente lo contrario, a pesar de que tenía miles de cosas que me animarían al cumplirlas, él no estaba entre ellas, pues su camino por Tossa terminaba el sábado, al día siguiente.

—Tracy, no pongas esa cara —me dijo, alargando el brazo para tomar mi mano—. Es la respuesta, ¿verdad? —Asentí—. Debí decirte que no pasaba nada que fuera un “no”. Al igual que tú comprendiste que tenías un lugar en mi casa, yo tengo que comprender que tu lugar es este.

—Roger me ha dado la tienda.

—Eso es una noticia fantástica. ¿Cómo vas a combinarlo con tus estudios? —Abrió los ojos de par en par y me miró seriamente—. No me digas que vas a dejar tus estudios por mantenerla.

—¡No, no! —Me reí a carcajadas—. No pienso hacer esa bobada. Voy a estudiar en la Universidad y vendré los fines de semana. Roger se encargará de ella mientras yo no esté, hasta que pueda hacerlo yo sola. Además, se va a encargar de hacer cruceros por la zona. Está muy ilusionado por volver. Supongo que contratará a alguien mientras no esté, pero no sé qué

vamos a hacer sin tu hermano.

—Pues... Creo que vas a tener que hablar con él para convencerle. De todas formas, quiero cambiar de tema, si no te importa. —Fruncí el ceño, pero asentí. Estaba tan raro como yo—. Iré luego a buscarte al terminar el trabajo. Quiero hacer algo esta noche, contigo. Estar juntos mirando las estrellas o algo así. Es el último día y no quiero desperdiciarlo.

—Podemos subir al acantilado.

Allí comenzamos esa locura de mirar las estrellas y quedarnos despiertos toda la noche. Allí lo terminaríamos.

No volvió a salir más el tema de su ida, a pesar de que estaba presente en el ambiente. Le acompañé hasta el restaurante y le di un beso corto de despedida. Clary nos vio y formó un corazón con sus manos. Iba a hacer un gesto, pero Gael se me adelantó y le sacó la lengua. Me reí a carcajadas junto a mi querida prima y les despedí con la mano.

Al llegar a la tienda, Gabriel ya se había encargado de todo. Me saludó con un abrazo rápido para dejarme colocar las cosas que llevaba encima. Cuando me giré, él seguía allí, tímido. Eso no había pasado nunca. Fruncí el ceño y me acerqué a él, le acaricié el brazo por si había algo que le preocupaba y necesitaba a alguien que lo apoyara. Él sabía que yo estaba ahí.

—Oye, ¿estás bien?

—Voy a quedarme.

No sabía exactamente si lo había escuchado bien. Sacudí la cabeza para despertarme del ensueño que se me formó en un segundo y fruncí el ceño en su dirección. Él me miraba cautelosamente, como si tuviera miedo de mi reacción. Me lo pensé dos veces, pero no me quedaba claro.

—¿Qué?

—Voy a quedarme, aquí, en Tossa. Y... Me preguntaba qué ibais a hacer con la tienda. Quiero decir... —dijo torpemente. Sonreí de oreja a oreja, ya lo había entendido. Esa era la razón por la que Gael cambió de tema al hablar de él, no quería contármelo. Él lo sabía todo—. No sé qué planes tiene Roger ni nada de eso, ni siquiera lo conozco en persona, pero... No sé, he cogido cariño al trabajo.

—Todos lo hacen. Bienvenido a Tossa.

—¿En qué sentido?

—Tienes el trabajo. Yo solo podré trabajar los fines de semana a partir del comienzo del curso. Tú te encargarás de los demás días, pero vas a tener que hacerlo solo, si estás dispuesto. Roger va a abrir una sección de cruceros, quizá, con mucha confianza, te deje hacer alguno con él. —Su sonrisa había aparecido de nuevo y aumentaba con el ritmo de mis palabras—. Además, en invierno no suele haber mucha gente, por lo que podrás volver a Nueva York unos meses para ver a tu familia. Eres el candidato perfecto.

Me rodeó con sus brazos tan rápido que no tuve tiempo de hacer lo mismo y me aplastó completamente. Me reí a carcajadas mientras lo hacía y me mareé un poco cuando comenzó a dar vueltas conmigo aún ahí. Necesité de su ayuda para no caerme al volver a la tierra. Comprendía su felicidad y yo estaba tan contenta como él, pero podía avisarme de su efusividad.

—¿Seguro que Roger está de acuerdo con esto?

—Cariño, en cuestión de semanas, esta tienda será mía. Estás contratado y punto. Roger se encargará de ampliarte el contrato y todos esos rollos. Él será tu jefe mientras yo no esté.

Aunque, tranquilo, si le caes tan bien como a mí, se convertirá en un segundo padre para ti.

—Estoy tan... Feliz. No sé cómo describirlo. ¡Quiero gritar!

—¡Pues hazlo!

—¡Ya lo hago!

Nos volvimos a reír hasta que nos dolió el estómago de hacerlo. Mi respiración se agitó y me apoyé en Gabriel para no caerme, pero él estaba igual que yo y se tiró aposta al suelo. Yo caí detrás de él y seguimos con la risa hasta que lloramos de alegría. No podía estar más feliz, más animada. Por un momento, me olvidé de todo, de que su familia se iría, excepto él, de que la Universidad comenzaba en breve y no podía estar más nerviosa...

Solo quería que todo fuera como debía ser. Y, como siempre y como mi padre decía, el destino diría.

\*\*

La noche cubrió el cielo. Gael apareció en la entrada de la tienda con una pequeña chaqueta, pues quedarse hasta el amanecer en el acantilado cuando septiembre se acercaba, era sinónimo de que iba a hacer un poco de frío. Gabriel se quedó con la tienda y se encargó de cerrarla. Ya confiaba plenamente en él. Los clientes estaban felices, pues era tan alegre como Roger y yo, justo lo que se necesitaba en ese puesto. Ya era parte de la familia.

Anduvimos en silencio hasta nuestro destino: la cima del acantilado. Nos sentamos en la hierba y nos quedamos mirando el horizonte.

—Ya te lo ha contado, ¿no? —Asentí—. Él también lo ha estado pensando mucho. Se va a quedar en casa con Lovie, por si quieres visitarlos alguna vez. Me ha dicho en un mensaje que le vas a dejar las vacaciones libres para ir a vernos.

—Claro, en invierno la tienda casi no vende, excepto, supongo, los cruceros que haga Roger. Él no tiene nada que hacer en ese momento, ni siquiera hay tanta clientela en el restaurante. Podrá ir sin problemas. ¿Por qué ha decidido quedarse? ¿No ha pensado en todo lo que puede dejar allí?

—Le da pena, claro. Lo único que tiene allí es a nosotros y a unos cuantos amigos con los que comparte el piso. Aquí le he visto mejor, más suelto, más feliz, tiene más amigos con los que va de fiesta... Este es su lugar. Además, tiene una edad ya para decidir lo que quiera. Si él está bien, que sé que lo estará, yo también lo estoy. ¿Lo cuidarás por mí?

—Eso no lo dudes.

Me rodeó la cintura para acercarme a él y me apoyé en su hombro mientras me reservaba las ganas de besarle para luego. Quería asegurarme de que no se sentía mal por la respuesta que le había dado. Sé que era una bobada enfadarse o molestarse por decir que no, pero necesitaba que me dijera que, a pesar de todo lo que íbamos a distanciarnos, estaríamos bien, seguiríamos como amigos, hasta que nuestros caminos quisieran juntarse de nuevo. Si es que querían hacerlo algún día. No iba a forzar al destino.

Confiaba en que esa relación no pudiera apagarse con el frío de la despedida. La llama podría volver a encender algún día todo lo que tuvimos.

—¿Seguro que no te importa?

—Claro que no. —Supo al instante a lo que me refería—. Los dos sabíamos desde el principio que esto iba a pasar y, aún así, nos arriesgamos a conocernos y a querernos. Lo que importa es que me he sentido parte de una familia con la que no comparto la sangre y, sobre

todo, que he conocido a una bella persona a la que nunca olvidaré.

—Yo tampoco lo haré. Has formado un antes y un después en mi vida y eso no puedo agradecerse a cualquiera. Además, te habría acompañado sin dudarlo si no fuera por todas las cosas que tengo aquí... Y como siga diciendo estas cosas y recordándolas, sé que voy a echarme a llorar.

Me intenté reír, pero una lágrima ya me traicionaba cuando lo decía. Me la quité con rapidez y me dejé abrazar por el calor brindado por Gael que me acompañó toda la noche, hasta que el sol salió. Nos pasamos toda la noche mirando las estrellas, jugando a nuestro juego de ver formas con ellas, recordando todas las bonitas anécdotas que habíamos creado en esas semanas.

El amanecer llegó demasiado pronto, dándome la mejor despedida con él. Lloré, no puedo negarlo, pero él lo hizo conmigo y entonces intentamos reírnos llorando. Las lágrimas salían y las risas con ellas, haciendo una mezcla rara de la que no pudimos escapar en unos largos minutos. La confianza estaba creada, la amistad se volvería infinita.

Cuando miró la hora, me temí lo peor. El momento había llegado. Sus padres le habían llamado al comienzo de la noche para decirle que estuviera puntual en casa, pues tenían que viajar hasta Barcelona para tomar el avión y el trayecto sería largo. No le dejé levantarse, pues tenía algo que darle.

—Ten. —Me quité la chaqueta que llevaba puesta. La había elegido a propósito, era aquella que perdí en Grecia y él me trajo de vuelta—. Quiero que te la quedes.

—No digas bobadas, Tracy.

—No son bobadas. Es la chaqueta que me trajiste, quiero que sea tuya. Sé que no te queda tan bien como a mí, pero no hace falta que la lleves puesta. Esta querida prenda hizo que tú volvieras a devolvérmela. Tenla tú, por si necesitas otra vez una excusa para volver o salir de alguna situación incómoda. Sirve para todo.

La cogió con una sonrisa y bajó la mirada. Sonreí yo también mientras le secaba la lágrima que cayó de sus ojos. Nos miramos fijamente, cruzando pensamientos y entendiéndonos perfectamente. Me puse de rodillas frente a él para cogerle de la cara y plantar besos por todo su rostro. Eso le hizo reír.

—Quizá no pueda venir tanto como me gustaría, pero me ayudará a recordarte. Ten. —Se quitó la suya, que era parecida a la mía pero más grande y con menos detalles—. Ten tú también algo mío. No es justo que te quite una chaqueta. A ti, al contrario, te quedará mejor que a mí.

Ni siquiera le llevé la contraria. Me puse su chaqueta para cubrirme y me puse de pie. Le ofrecí mi mano e hizo lo mismo con mi ayuda. Le di un beso corto que nos hizo sonreír y me empujó hacia él para hacerlo más lento y pausado. Ya no había euforia, rapidez ni intensidad, sino emociones, pasión y quizá alguna que otra lágrima que se coló entre los labios.

Llegamos algo tarde a su casa, donde sus padres estaban asegurándose de que no faltaba nada. Cuando nos vieron, sonrieron con algo de pena, aunque no supe muy bien si por nosotros o por la despedida de Gabriel. Le abrazaron y le dieron miles de consejos antes de acercarse a nosotros, que mirábamos la escena en silencio y cogidos de la mano, dándonos ánimos así.

—Gracias por todo —les dije cuando se acercaron a despedirme.

—Gracias a ti por acoger a mis hijos en tu familia. Cuida de Gabriel —me pidió su madre, que fue la segunda en abrazarme.

—Estaré ahí si necesita algo. Incluso tiene la puerta de mi casa abierta si algún día le da pereza hacerse la comida —le aseguré. Miré al susodicho, que me guiñó un ojo—. No os preocupéis, aquí estará bien. Yo le echaré a patadas de Tossa cuando llegue el invierno.

—No podría irme más tranquila.

Di el último abrazo a Gael, sintiendo que algo de mí se iba con él. Creía que, cuando se decía eso en las películas, siempre se exageraba, pero acababa de sentirlo en mis propias carnes y podía admitir que era verdad. Le di los últimos pedacitos de mi corazón en ese abrazo y sentí que él llenaba el mío con los suyos. Nos lo dijimos con la mirada.

—Recuerda que tenemos la promesa de que mi pelo se volverá rosa si el tuyo lo hace de azul.

—Vete pidiendo cita en la peluquería. —Sonreí y le di el último abrazo en el que más fuerza utilicé. No quería soltarlo, pero tenía que hacerlo.

Me quedé al lado de Gabriel, quien me acababa de fijar que llevaba a Lovie en los brazos. Las lágrimas amenazaban en mis ojos, pero no llegaron a salir. Se metió en el coche sin dejar de mirarme y le despedí con la mano. Su hermano me pasó el brazo por los hombros, sintiendo que intentaba animarme. La mirada de Gael me decía más que sus gestos. Quería quedarse, yo quería irme con él, pero sabíamos bien cuál era nuestro lugar. Nuestro sitio estaba allí donde estaban aquellas personas a las que queríamos. Por eso, un pedacito de mi corazón se fue con él, al igual que sentí que yo me quedaba con una parte de él, la cual protegería como si fuera mía.

El coche arrancó y los tres ocupantes nos despidieron. Fueron despacio por la calle hasta que el vehículo desapareció en la esquina. Me eché a llorar en silencio, pero tenía una sonrisa en el rostro.

Lovie apareció de repente delante de mi cara. Me reí y cogí al animalito que me miraba con sus ojos azules, los cuales me recordaban a toda la tarde que pasé con Gael y donde me abrí a él completamente. Le dejé en mis brazos y lo acaricié mientras dejaba que Gabriel me ayudara a quitarme las lágrimas.

—Vamos, jefa, nos toca trabajar.



# EPÍLOGO

*Miradas.  
Emociones.  
Risas.  
Viajes.  
Reencuentro.*

## CUATRO AÑOS DESPUÉS

**L**a maleta estaba lista. Había revisado todo unas quinientas veces, como mínimo. Eric y Anastasia me esperaban en la entrada de casa. Había despedido a todos el día anterior con miles de lágrimas en los ojos. Iba a ser un viaje largo y pensaba quedarme unos cuantos meses. No quería dejarme nada. Di la última ojeada a mi querida habitación en la que ya solo estaba en verano y ciertas fiestas, pues la Universidad me había consumido en mi piso de Barcelona. Ya no era mío, ni volvería a estar allí nunca más, pero me había llevado bonitos recuerdos.

Había terminado la Universidad hacía dos meses escasos y mis padres no dejaban de decirme lo orgullosos que estaban de mí. Daniel, por su parte, hacía empezado hacía dos años y ya estaba en Madrid de vuelta, pues se había decidido por seguir el camino de papá. Además, allí vivía con Álex. Una perfecta combinación, sin duda. Por el momento, les iba bastante bien.

Anastasia tenía las manos en su cintura cuando comencé a bajar las escaleras, como si no aguantara que su querida amiga tardara tanto. Admitía que la hora se me había ido un poco de las manos, pero llegaba de sobra igualmente. Eric metió mi maleta en el coche de mi amiga y abrazó a mis padres por última vez en unos meses.

—Cúidate mucho y llama a Aisha antes de irte. Como no esté, me llamas a mí y yo me encargo de matarla —me dijo mamá. Rodé los ojos—. Te quiero, hija, pásatelo muy bien, estudia y no te olvides de que tu familia está en España. Ven a vernos alguna vez.

—Me tendréis aquí en Navidad —aseguré—. Visítad a veces a Gabriel, es un completo desastre, ya sabéis.

Asintieron con una sonrisa, a punto de reírse. De él me había despedido la última. Le había hecho una visita a casa, donde vivía con una chica que conoció en Barcelona cuando le invité un fin de semana a mi piso. Se conocieron y... Bueno, surgió. Esa chica había viajado más a Nueva York a conocer a su nueva familia que yo en toda mi vida. Debía admitir que había ido una vez. Me quedé dos semanas en enero en casa de Gael, el primer año de Universidad. Ese verano volvió con su familia en julio y agosto y no habíamos vuelto a vernos desde hacía ya dos años. Además, no hablábamos tanto como me gustaría, pero las

circunstancias no nos daban para más. Los estudios y el trabajo nos mantenían ocupados.

Por ello, si los estudios no me dejaban viajar, debía llevar los estudios donde yo quería irme. Y así, mi destino se convirtió en Nueva York, donde haría un Máster para terminar por completo mi carrera de Filología Inglesa. Esa fue mi decisión. Si todo iba bien, el destino decidiría lo demás.

—¡Hasta luego, mi niña! —gritó papá desde la entrada de casa.

Les despedí en el coche y Anastasia arrancó. Se había sacado hacía poco el carné de conducir y, por eso, en los viajes siempre dejábamos que condujera ella. Podría haberlo hecho yo, pero ya había conducido demasiado de Barcelona a Tossa cuando me lo saqué hacía ya tres años. Habían pasado muchas cosas desde aquel verano inocente que recuerdo con mucho cariño, a pesar de ocurrir todo lo que ocurrió.

Mi móvil sonó. Fruncí el ceño cuando vi el nombre de Gabriel en lo alto del mensaje y el contenido de este. ¿Qué querría? ¿No podría habérmelo dicho el día anterior cuando fui a despedirle? Lo odiaba, pero era Gabriel, todos le queríamos a nuestra manera y yo más que nadie, exceptuando su familia, pues esos años juntos nos habían ayudado a aumentar la confianza.

**Gabriel**

Ven a casa un

—Pasa por casa de Gabriel.

Anastasia se desenvolvía bien con el coche. Nos detuvimos en la casa que no dejaba de transmitirme recuerdos bonitos y me bajé del vehículo. Por suerte, él ya me esperaba fuera con un sobre que me entregó. Lo saludé con un abrazo y fruncí el ceño.

—¿Qué es?

—Solo una dirección. No le he dicho nada, pero mis padres lo saben. Se me ha escapado, perdón.

—No pasa nada. Solo quiero darle una sorpresa, aunque no sé cuándo podré. Tengo que familiarizarme con todo y... Eso es enorme. Necesito mi tiempo y todo eso, pero iré. Ya te contaré cómo va. ¿Cuándo vuelves?

—Antes de que tú vengas, te lo prometo. Coincidiremos allí.

Le abracé de nuevo y me metí de nuevo en el coche. El camino se me hizo corto por los comentarios de Eric. Él había terminado también su carrera e iba a Barcelona a trabajar en la restauración de edificios. No sabía cuáles de memoria, y eso que no dejaba de repetirlos, pero se le veía tan emocionado que no me importaba nada más. Por su parte, Anastasia había estudiado Diseño de Moda y, bueno, ya se puede uno imaginar todo ese universo. Desfiles por aquí y, si te iba bien, ya tenías un hueco en ese mundo. A ella no le iba nada mal.

Me llevaron al aeropuerto donde mis primas, Clary y Lilly, me esperaban. Me despedí de mis amigos con muchos abrazos que casi me hacían llorar y ellos me despidieron con la mano. Quería a esos locos y sabía que lo que le iba a echarlos de menos no sería normal.

Me giré para saludar a mis primas con un enorme abrazo. Clary me ayudó con la mochila que llevaba y yo llevé la maleta. Me hacía feliz encontrarme con Lilly, pues era a la que menos veía y sus consejos eran tan buenos como los de Roger. Que, por cierto, él se había

convertido en el viejo marinero y sabio Roger, el que surcaba los mares de Tossa con su crucero y todos los que se animaban a acompañarlo. Tenía listas de espera para sus viajes por las aguas. Un día viajé con él y cada ciertos minutos contaba por el micrófono una curiosidad del lugar en el que estábamos y, de paso, una bobada que hiciera reír.

Por cierto, en el invierno de hacía ya cuatro años, comenzaron las reformas de la tienda. Se convirtió en un puesto grande, luminoso y lleno de objetos. Habíamos contratado a la novia de Gabriel para que nos ayudara cuando estábamos en apuros. Se había unido también a esa familia. Roger era feliz y seguía dando sus consejos, incluso a algunos niños que viajaban en sus cruceros. Cuando veía a uno con una cara larga, él estaba ahí para cambiarlo. Siempre decía que no quería tristeza, necesitaba sonrisas en su crucero.

Lilly nos llevó hasta la puerta de embarque de mi avión. Como aún quedaba una hora para todo el lío, fuimos a comer algo. Tenía muchísima hambre y, a la vez, mi estómago estaba cerrado por los nervios. Clary se despidió media hora después, pues había quedado allí con un amigo. Amigo o lo que nosotras llamábamos “amigo por ahora”. Las cosas con Álex funcionaron unos años, luego se separaron por la distancia y dejaron que todo fuera como el destino quisiera. Al final, la filosofía de papá se había impregnado en toda la familia.

—¿Qué planes tienes allí? —me preguntó Lilly.

—Estudiar mi último año, si todo va bien, trabajar en una editorial como traductora o editora y ver a Gael. Quiero sorprenderle, nadie le ha dicho que voy, ni siquiera yo. Ya no hablamos tanto como antes, tiene mucho trabajo y acaba agotado. Ya sabes, lo típico. Y lo entiendo, yo hace días que no cojo el móvil.

—Lo sé. Te irá bien. Además, me ha dicho Roxanne que Aisha y Marvin se quedarán unas semanas más allí, ¿no?

—Sí, van a enseñarme a manejar un poco por la ciudad y luego viajarán a México. No me puedo creer que aún sigan viajando tanto, llevan así toda la vida. Es increíble.

—Nosotros ya lo hemos superado. Recuerdo de pequeña que Marvin se iba cada año y volvía en mis cumpleaños. Cuando crecí, esos dos aventureros se unieron y comenzaron a volver cada vez menos, pero los tengo cariño, a pesar de que vengan cuando quieran y se queden menos que en otros lugares. Dicen que esto lo tienen muy visto.

—¿Y George? Qué raro que no haya venido.

—Está con las niñas en casa. Se ha dado cuenta de que crecen demasiado rápido y no quiere perderse su infancia. —Nos reímos—. Solo tienen tres años, no quiero imaginarme cuando tengan dieciocho y se vayan a otra ciudad a estudiar.

—Se mudará con ellas.

Asintió y otra carcajada nos inundó. Tomé mi café y me quedé mirando nuestro alrededor mientras pensaba en mis primas pequeñas. Lilly había tenido gemelas con George. Eran los padres más felices del mundo y ellas las niñas más guapas y afortunadas de todo el universo. Eran completamente iguales, sin embargo, sus padres las diferenciaban sin problemas.

Lilly sacó una carpeta del bolso que llevaba encima y me lo dio. Ese día se estaba convirtiendo en toda una sorpresa y eso que me quedaba aún todo el viaje por delante. Tenía algo de miedo por tantas horas en un avión, pero estaba emocionada y sabía que mis tíos estaban esperándome al otro lado. Mi felicidad ganaba a los nervios con mucha diferencia.

—¿Qué es?

—Es algo que me dio tu madre hace ya muchos años. Sabes que estudió Psicología, ¿no? Pues ese fue su último trabajo antes de terminar sus estudios. Es muy bonito y escribe como

nadie. Es todo investigación, pero sé que ella lo sintió desde dentro. Me lo dio para ayudarme a entender a las personas, pues describe muy bien... Ciertas cosas. Pensé que sería mejor si lo tenía su hija.

—Me habría venido muy bien hace muchos años.

—Nunca es tarde. Léelo en el avión. Llámame cuando llegues y cuéntame tu opinión. Puedes decírselo a Roxanne, seguro que se alegra de que lo tengas tú ahora.

—Muchas gracias, Lilly.

—A ti, pequeña. Por cierto, bonito color de pelo.

—El azul me sienta bien, ¿verdad? —dije tocando un mechón de cabello. No me lo había teñido hasta hacía una semana de ese color, pues antes me llamó el naranja, luego el morado y después el rosa. Uno por año. Ese tocaba el azul.

La hora se me pasó en un abrir y cerrar de ojos y, cuando me quise dar cuenta, estaba pasando el control para entrar al avión. Despedí con la mano a Lilly por última vez, el cual me devolvió, y entré con la sonrisa pegada al rostro, la mochilla llena de ilusiones y una carpeta con el trabajo de mi madre. Me senté en mi asiento, me coloqué a mi gusto y, mientras todo el mundo se colocaba, abrí la primera página del trabajo.

### *EL SECRETO DE LAS EXPRESIONES: LA SONRISA Y LA MIRADA.*

Me metí en la lectura a fondo. Cuando terminé, volví a leerlo. Y así hasta tres veces. No me podía creer que solo el título definiera tanto mis preocupaciones cuando conocí a Gael. No supe descifrar su mirada hasta más tarde, cuando me abrí y estuve dispuesta a sentir, a amar, a vivir. Ese era el gran secreto.

El viaje se me hizo hasta corto. Leí el trabajo varias veces y otro libro de ficción que me mantuvo enganchada todas las horas que me quedaban de trayecto. América fue una pasada solo con verlo desde el cielo. Estaba completamente fascinada. Aterrizamos sin ningún problema y recuperé mi maleta antes de buscar a mis tíos que me esperaban en la salida del gran aeropuerto en el que me encontraba.

—¡Tracy!

—¡Tía! —Corrí hacia ella y me tiré a abrazarla. Casi nos caemos al suelo, pero no pude evitarlo. Hacía mucho que no les veía y estaba emocionada porque ellos fueran los que me enseñarían toda la gran ciudad. Me moría de ganas.

Abracé a Marvin de la misma manera y me llevaron hasta su coche, que era alquilado en realidad, pues ellos no se permitían tener un coche propio. Era comprensible, ¿dónde se compraban el coche y cómo lo llevaban de viaje con ellos? Era mejor alquilar uno si sabías que ibas a utilizarlo mucho en ese país.

Me llevaron hasta mi piso que tenía muy buena pinta por fuera. Por dentro, fue aún mejor. Mis futuras compañeras estaban ahí y me explicaron todo lo que debía saber. Me enseñaron mi habitación, me dieron mi copia de las llaves y les dije en inglés que tenía que irme con mis tíos a ver la ciudad. Me llevé una pequeña mochila y nos fuimos. Ya tendría tiempo de conocernos mejor.

—¿Por qué no te llevamos ahora a la editorial que elegiste? —preguntó Aisha—. Con suerte, te dirán su decisión en una semana o así y, si no te cogen, podremos mirar muchas más. Aquí no tendrás ningún problema, pero vas a tener que alquilar un coche, andar mucho o coger

el autobús.

—Ya me lo pensaré, pero vale. Vamos a la editorial. Menos mal que cogí los papeles del currículum.

—Eso es porque ya nos conoces, cariño —acertó Marvin. Así era.

Aparcaron unas calles antes, pues el sitio para hacerlo era horrible. Había muchísima circulación, muchísimas personas y muchísimo de todo. Me llevaron hasta un enorme edificio muy bonito y aparentemente lujoso. Si trabajase ahí, me sentiría muy privilegiada. Parecía como en las películas y yo me sentía la protagonista.

—Te esperamos en la cafetería de la esquina. Suerte.

—Gracias, luego voy.

Saqué de mi pequeña mochila los papeles de mi currículum y el sobre que me había dado Gabriel. Lo abrí. Ponía una simple frase con una dirección. Miré a mi alrededor, buscando la calle y todos los datos. Sonreí.

Ese era el lugar.

Entré y pregunté a la secretaria dónde se encontraba el despacho de la persona que se encargaba de los nuevos empleados, pues me había llamado para una reunión y todos esos rollos. Era completamente mentira, pero sabía bien dónde me metía, a pesar de no haber estado nunca. Ella me dijo el piso y el número del despacho y me dirigí hacia allí. Tenía ganas de practicar mi inglés y sabía que allí iba a convertirme en una profesional.

Llegué al despacho y toqué la puerta. Me temblaban las piernas, pero tenía que mantenerme firme. Oí que me gritaba algo. No entendí mucho, por lo que abrí y pasé sin estar muy segura de que me hubiera dejado. Él estaba de espaldas a mí, mirando por el gran ventanal que tenía unas vistas maravillosas de la ciudad.

Lo que decía, era parte de una película.

—I can't. Maybe other day.

Estaba hablando por teléfono. Me quedé de pie esperando a que terminara la llamada con los papeles y una chaqueta, por si acaso, en mis brazos. Analicé el lugar y su esbelta figura. Tenía el escritorio ordenado, tal y como me imaginaba. Me centré en él, era un poco más alto, al igual que yo, por los tacones, porque yo ya no crecía más, y tenía el pelo rosa. Mi corazón dio un vuelco, había cumplido su promesa. Yo me había teñido de azul y él, de rosa. Lo último que me imaginaba era que se hubiera acordado de eso después de tantos años.

Se giró cuando terminó con la llamada.

—What are you doing...? —Abrió los ojos de par en par al verme. Un sentimiento de alegría y emoción me invadió al ver su expresión—. No me lo puedo creer.

—Hola, Gael.

—Dios mío, Tracy.

Recorrimos con rapidez el pequeño espacio que nos separaba y lo abracé con todas mis fuerzas. Era aún más guapo que cuando lo vi por última vez y, además, con traje se veía muchísimo mejor. ¿Qué hacía esa prenda a los hombres que los hacía más atractivos? Tenía que tener un secreto, sin duda.

Se separó para verme y tocó mi cabello y mi cara con urgencia, como si pensara que era una alucinación. Me reí y cogí sus muñecas para detenerlo. Yo también necesitaba pensarlo dos veces y asegurarme de que estaba ahí de verdad.

—Me vas a desgastar de tanto tocarme la cara. Soy real, no lo dudes tanto.

—¿Qué haces aquí? ¡Estás loca! ¿Cómo...? ¿Por qué no me has dicho nada? Estás

preciosa. Has cambiado un poquito.

—Es el pelo, me da un toque de niña buena. —Reímos. Aún no nos habíamos separado, seguíamos a centímetros de distancia—. Cumpliste tu promesa. ¿Cómo sabías que tenía el pelo rosa? Tú tampoco me has dicho nada de eso, dijimos que tenías que mandarme una foto.

—Me lo puse ayer y me lo dijo Gabriel. Hablé hace unos días con él y... Él sabía que ibas a venir, ¿verdad? Y el capullo no me dijo nada...

—Tus padres también lo saben. Y... Bueno, he venido a devolvarte la chaqueta —dije, dándole la prenda que me había regalado hacía años—. Te la dejaste en Tossa y, claro, no podía dejarla allí. —Nos echamos a reír y tiré la chaqueta al escritorio, donde desordenó algunos papeles. Le entregué los míos y frunció el ceño—. En realidad he venido a dar mi currículum y preguntar al encargado de este papeleo si podía contratarme en su editorial. ¿Tengo que hablarte en inglés?

—No hace falta. ¿Qué tiene que ofrecerme, señorita?

—Soy bilingüe y he estudiado Filología Inglesa en la Universidad de Barcelona. Creo que sería una buena traductora o editora, lo que la empresa requiera. Voy a estudiar un Máster aquí, así que quería preguntarle si podía trabajar solo media jornada.

Él me miró emocionado, pero siguió mi juego. Su mirada me mostraba esperanza e ilusión, al igual que la mía. Tenerlo delante me había desenterrado recuerdos y aún no me podía creer que lo tuviera delante en carne y hueso y con los sentimientos a flor de piel, como si me hubiese vuelto a enamorar de él.

—Llamaré al jefe mañana por la mañana para tener una reunión con él y consultárselo. En unos días, yo mismo le llamaré para darle una respuesta.

—Tiene mi contacto en los papeles.

Se acercó de nuevo, tirando los papeles en el escritorio y descolocando todo como yo había hecho. Sonreí de oreja a oreja y sentí una mano en mi cintura, sujetándome para que no me alejara de su lado.

—Creo que no necesito los papeles para llamarte, *daring*.

Unimos nuestras frentes mientras rodeaba su cuello con los brazos y le obligaba a acercarse un poquito más y terminar con el espacio que separaba nuestros labios. Fue como la primera vez, la de verdad, la que hicimos cuando los dos sabíamos que había algo más que amistad entre nosotros. Aquella vez en la que nuestros corazones dijeron “*sí, quiero*”, en la que nuestras miradas se unieron para dejar que nos descifráramos. Esa conexión seguía ahí después de tanto tiempo.

Su mirada me hablaba, pero sus labios se adelantaron.

—Quédate conmigo.

—No voy a irme.

***LA HISTORIA NO TERMINA,  
PERO LA CONTINUACIÓN TE LA DEJARÉ A TI.***

# AGRADECIMIENTOS

Los segundos agradecimientos son aún más difíciles que los primeros. No ha pasado tanto tiempo desde ellos, por lo que intentaré resumir.

Gracias a Fernanda, de nuevo, por apoyarme tanto y ser parte de mis historias, tú siempre estarás en ellas.

A todos los que nos separan kilómetros y kilómetros de distancia, que algún día quitaremos de en medio, y seguimos siendo inseparables.

A mi familia. A mi madre, por emocionarse más que yo al ver los libros, por ser mi editora personal, por todo. A mi padre, por apoyarme, a pesar de no tener nada que ver en el campo de la lectura. A mi hermana, por tu esfuerzo al leer sin ser tan lectora como yo. A Paola y mis tíos, por alegrarse tanto y emocionarse por su sobrina. A María, por estar siempre ahí. A mi tía Celsa, por tanto. A mi abuelo Amador, por inspirarme en crear el personaje de Roger. Por aquí aún te echamos de menos. Y a los demás, por apoyarme en aquella manía de leer tanto.

A mis amigos cercanos por seguir ahí y no dejar de apoyarme en mis locuras. A Julia, Adrián, Anita, Lorena (no tengo palabras para ti, lo sabes todo, love you!), los nuevos que llegaron y los que siguen ahí... No puedo expresar todo esto con palabras, todo lo agradecida que estoy, todo lo que sentí al ver que os tenía a mi lado. Por estar ahí. Gracias.

A mis queridos compañeros del viaje a Grecia que lo hicieron simplemente perfecto, a los profesores que lo hicieron posible... Una experiencia, sin duda, que nunca olvidaremos.

A David, por enseñarme la importancia de la confianza y crear esa afición por ver las estrellas a las cinco de la madrugada. Me has enseñado otra visión del mundo.

A María, mi ya para siempre compañera de vida, gracias por hacer que mis días sean más alegres. Te quiero, boba. Y a tu familia por hacerme sentir como una más.

A Marta, de Munyx Design, la creadora de las portadas de las dos historias que conforman la bilogía. Sin ti esto no habría sido posible y sigo sin saber bien cómo agradecértelo. Gracias.

Y a ti, por estar aquí leyendo mis locuras. Espero que lo hayas disfrutado porque habrá más. ¡Nos leemos en la siguiente!





## SOBRE LA Autora

**R**aquelita Gómez, nacida en Palencia (España) en el 2000, es una estudiante universitaria de Salamanca en el Grado de Filología Hispánica. Amante de las letras y la literatura desde pequeña y escritora unos años después cuando descubrió la magia de la escritura.

Escribe su primer libro, *El secreto de tu sonrisa*, y lo publica in-dependientemente en agosto del 2019 en la plataforma de Amazon. El segundo tomo se publica en diciembre del mismo año con el nombre de *El secreto de tu mirada*, dando por finalizada esta bilogía.

Por otra parte, ha conseguido que uno de sus poemas sea incluido en la *Antología poética* publicada por Sinergias Editorial.

Y pronto más historias.

Esto solo es el comienzo.

# LA BILOGÍA

La biología ya completa y disponible.



# REDES SOCIALES

Instagram — @raquelita\_gd12

Facebook — Raquelita Gómez

Twitter — @Raquelita\_gd12

Correo — [raquel9@hotmail.es](mailto:raquel9@hotmail.es)

¡Contacta conmigo y cuéntame si te ha gustado!